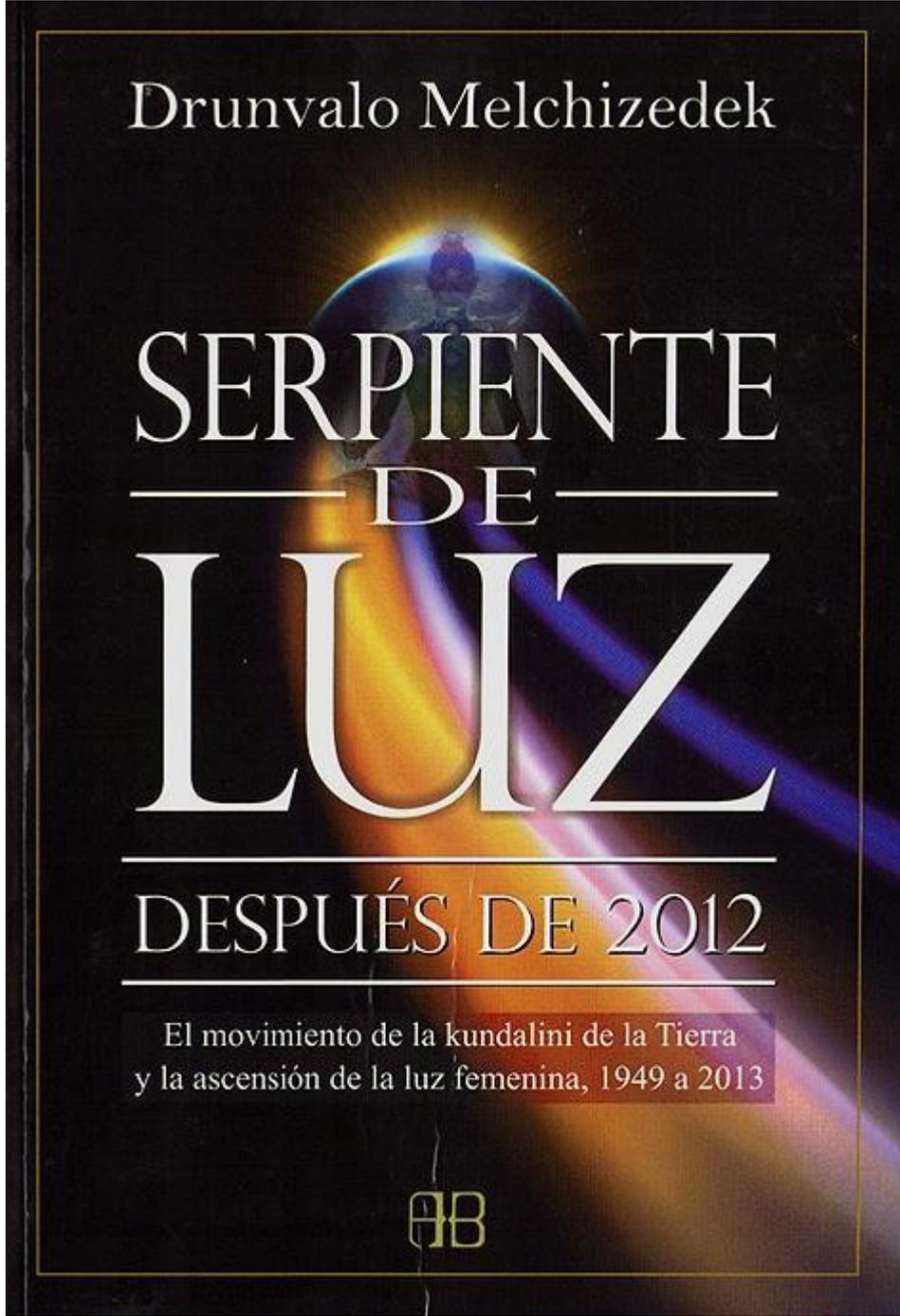


Drunvalo Melchizedek



SERPIENTE
— DE —
LUZ

— DESPUÉS DE 2012 —

El movimiento de la kundalini de la Tierra
y la ascensión de la luz femenina, 1949 a 2013



SERPIENTE DE LUZ

«Sólo la Madre Tierra y los antiguos mayas saben lo que va a suceder.»

De Serpiente de Luz

El nuevo libro de Drunvalo Melchizedek es en parte una aventura de viajes y en parte una enseñanza espiritual y constituye un relato de primera mano de un proceso que tiene lugar una vez cada trece mil años, cuando la energía kundalini de la Madre Tierra surge del centro del planeta y avanza como una serpiente hasta llegar a su nuevo hogar.

La kundalini de la Tierra tuvo su hogar en en la antigua Lemuria. Más tarde pasó a la Atlántida y de ahí a los Himalayas. Con cada nuevo cambio ha variado nuestra idea de lo que significa la espiritualidad. Y también el género. Y el corazón. En esta ocasión la Serpiente de Luz se ha mudado, con grandes dificultades, hasta los Andes.

En su obra *Serpiente de Luz*, Drunvalo nos relata historias de los treinta y cinco años que ha pasado sirviendo a la Madre Tierra. Viaja con él alrededor del mundo mientras sigue a sus guías y a su propio y creciente conocimiento interior. Su historia es una cadena viva de ceremonias para ayudar a sanar los corazones, alinear las energías, corregir antiguos desequilibrios...; en resumen, para aumentar nuestra consciencia de la indivisibilidad de la vida en el universo.

Todo está ya colocado en su sitio, listo para el «cambio de épocas», la gran transformación en la consciencia humana. Este libro es un regalo del Universo. Espero que te sirva como disparador para que puedas volver a despertar los recuerdos guardados en tu interior de forma que recuerdes quién eres y por qué estás aquí. ¡Que comience la aventura!...

Bob Friszel,

Instructor de Flower of Life y escritor

Metafísica
2012
Espiritualidad

ISBN 978-84-96111-66-0



9 788496 111660

ARKANO BOOKS

www.alfaomega.es

Drunvalo Melchizedek

**SERPIENTE
DE
LUZ
DESPUES DE 2012**

El movimiento de la Kundalini de la Tierra
y la ascensión de la luz femenina, 1949 a 2013

Título original: *Serpent of Ligth. Beyond 2012*
Editado originalmente por, RedWheel, Newburyport, MA (EE.UU.)

Traducción: Blanca González Villegas

Diseño de cubierta: Rafael Soria

© Drunvalo Melchizedek, 2008 Editado por acuerdo con Red Wheel

De la presente edición en castellano: ©ArkanoBooks, 2008

Alquimia 6

28933 Móstoles (Madrid)

Tel: 91 614 53 46 / 58 49 - Fax: 91 618 40 12

www.alfaomega.es

Depósito Legal: M. 21.891-2008 I. S.B.N.: 978-84-96111-66-0

Primera edición: mayo de 2008

Impreso en España por: Artes Gráficas COFAS, S.A. - Móstoles (Madrid)

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (artículos 270 y siguientes del Código Penal). El **Centro Español de Derechos Reprográficos** (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

*A nuestros ancestros, que siguen
viviendo en nuestros corazones y que algún
día volverán a caminar con nosotros hacia
el futuro.*

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	13
CAPÍTULO UNO	
La apertura.....	17
CAPÍTULO DOS	
La antigua cosmología 101 y los cambios modernos.....	23
CAPÍTULO TRES	
La Serpiente de Luz y la Gran Pirámide Blanca De Tibet.....	33
CAPÍTULO CUATRO	
La pirámide Nakkal.....	47
CAPÍTULO CINCO	
La puesta en equilibrio del aspecto femenino de la Red de Conciencia de Unidad.....	55
CAPÍTULO SEIS	
La puesta en equilibrio de la red femenina alrededor de la Tierra: El Yucatán y los ocho templos (primera parte).....	71
CAPÍTULO SIETE	
La puesta en equilibrio de la red femenina que rodea la Tierra: El Yucatán y los ocho templos, (segunda parte).....	99
CAPÍTULO OCHO	
«Te necesitamos otra vez».....	121
CAPÍTULO NUEVE	
La isla de Moorea, las cuarenta y dos mujeres y los cuarenta y dos cristales.....	127
CAPÍTULO DIEZ	
La isla de Kauai y la ceremonia tetradimensional de la transferencia de poder del varón a la hembra.....	137
CAPÍTULO ONCE	
Los anasazis y la rueda medicinal de un nuevo sueño.....	155
CAPÍTULO DOCE	
La ceremonia del rayo.....	189
CAPÍTULO TRECE	
Viaje a la tierra maya.....	199
CAPÍTULO CATORCE	
La purificación de las tierras mayas.....	221
CAPÍTULO QUINCE	
El arco iris circular.....	235
CAPÍTULO DIECISÉIS	
Kohunlich y el tercer ojo: La integración del hombre y la mujer.....	245
ÍNDICE	
11	
CAPÍTULO DIECISIETE	
Palenque y el espectáculo de luz en Uxmal.....	257
CAPÍTULO DIECIOCHO	
La invitación inca a Perú.....	267
CAPÍTULO DIECINUEVE	
La isla de la Luna y la isla del Sol.....	277
CAPÍTULO VEINTE	
La ciudad escondida de Cahuachi.....	281
CAPÍTULO VEINTIUNO	
Los waitahas y los maories de Aotearoa (Nueva Zelanda).....	289
CAPÍTULO VEINTIDÓS	

Amor incondicional: imágenes del interior del corazón.....	311
ACERCA DEL AUTOR.....	315

INTRODUCCIÓN

¡La vida es algo asombroso! Cada trece mil años tiene lugar en la Tierra un acontecimiento sagrado y secreto que lo transforma todo, un suceso que cambia el curso mismo de la historia. Y este raro acontecimiento está teniendo lugar ahora, aunque pocos son los que lo saben. Además, la mayor parte de las personas que lo conocen lo han mantenido en secreto y oculto hasta hoy.

Estoy hablando de la kundalini de la Tierra. Existe una energía, conectada con el centro de la Tierra, cuyo aspecto y comportamiento son muy similares a los de una serpiente en movimiento. Esta energía se traslada por la Tierra al igual que la energía kundalini lo hace por el cuerpo humano.

Es la energía que da vida a los buscadores espirituales de todo el mundo; no sólo en los ashrams, los kankas y los monasterios, sino incluso en la vida corriente y entre la gente normal que, a su modo, está buscando a Dios. La kundalini de la Tierra es la energía secreta conectada con los corazones de toda la humanidad.

La kundalini de la Tierra está siempre ligada a una única localidad de la superficie terrestre y permanece en ella durante unos trece mil años. Al cabo de ese tiempo se traslada a otro lugar distinto para asentarse en él otros trece mil años, basándose en ciclos de tiempo que denominamos «precesión de los equinoccios». Y cuando se produce este traslado, cambia nuestra idea del significado de lo «espiritual». Se transforma según las nuevas energías del ciclo futuro y nos conduce a un sendero espiritual más elevado.

La idea general es la siguiente: la kundalini tiene dos polos, uno de los cuales es el centro exacto de la Tierra; el otro se localiza en algún punto de la superficie del planeta, y puede estar situado en cualquier lugar del mundo. Es la propia consciencia de la Tierra la que decide dónde debe hacerlo.

Cada doce mil novecientos veinte años exactamente se produce un pulso por el cual la polaridad de la kundalini de la Tierra cambia al polo opuesto, mientras varía simultáneamente su situación sobre la superficie del planeta. Esta nueva localización no sólo despierta con rapidez a las personas que viven cerca de este punto sagrado, sino que también envía una frecuencia a la red electromagnética que rodea la Tierra. Esto, a su vez, afecta a las redes de consciencia en modos que vienen determinados por el ADN de la Tierra. Crecemos según un plan y un diseño establecidos.

A los pocos que saben de este acontecimiento, y de lo que está sucediendo a nuestro alrededor, se les transfiere una sabiduría y un estado apacible que constituyen su herencia, pues ellos conocen la asombrosa verdad. En medio del caos, de la guerra, del hambre, de las plagas, de la crisis medioambiental y del colapso moral que todos estamos experimentando en la Tierra en la actualidad al final de este ciclo, ellos entienden la transición y no tienen miedo. Este estado carente de temor es la clave secreta para la transformación que, a lo largo de millones de años, ha seguido siempre a este sagrado acontecimiento cósmico.

En un determinado nivel, esto significa que, en el plano espiritual, le ha llegado el turno a la mujer de conducir a la humanidad hacia la Nueva Luz. Y con el tiempo, esta luz espiritual femenina permeará todo el ámbito de la experiencia humana, desde las mujeres que dirigen en los negocios y en la religión a las jefas de Estado. Para el año 2012 ó 2013, esta luz espiritual femenina se habrá hecho tan fuerte que resultará evidente para todos los que vivimos en este querido planeta y continuará creciendo durante miles de años más.

Es probable que, para muchos de vosotros, todo esto carezca de sentido hasta que hayáis leído los capítulos dos y tres. El capítulo dos trata del Conocimiento Cósmico de lo que está ocurriendo realmente en la naturaleza y las estrellas, así como de su relación con este nuevo ciclo de luz. El capítulo tres es la historia de cómo las antiguas culturas han venido entendiendo este acontecimiento sagrado hasta el momento presente. Ambos te preparan para el contenido de este libro.

A partir del capítulo cuatro encontrarás relatos de mi experiencia e implicación personal con esta Serpiente de Luz y con los cientos de tribus y culturas indígenas que han ayudado en secreto a guiar esta energía espiritual desde Tíbet hasta su nuevo hogar, en América del Sur.

Una energía que, tras pasar de Tíbet a India, recorrió serpenteando casi todos los países del mundo hasta llegar a Chile, el nuevo hogar de la kundalini de la Tierra, el nuevo «Tíbet».

Lo que ha ocurrido en el mundo a lo largo del sendero recorrido por la kundalini de la Tierra es casi increíble. Gentes de diferentes culturas y países trabajando todos juntos «como si» estuvieran coordinados por un poder superior, simplemente por el bien de la vida humana. Y yo creo que, sin esta ayuda espiritual, la humanidad sería incapaz de evolucionar al próximo nivel de consciencia, crucial para nuestra propia supervivencia.

En mi caso, la llamada de este modo de vida fue tan fuerte que sentí que no tenía elección. Sencillamente comenzó a manifestarse a mí alrededor mientras yo seguía a mi guía interior.

Pero no soy el único. Hay decenas de miles de personas, en su mayoría indígenas, que han sido conducidas por una profunda dirección interior, desde 1949 hasta el presente, para ayudar a llevar a esta inquebrantable Serpiente Blanca a su nuevo hogar en las alturas de los Andes chilenos, donde finalmente reside en la actualidad. Esto no sólo supone un cambio del poder espiritual del hombre a la mujer, sino que también significa un traslado del poder espiritual desde Tíbet e India a Chile y Perú. La Luz del Mundo, que ha sido nutrida y expandida con las culturas tibetana e india, ya está completa. Su nuevo reinado acaba de comenzar en Chile y Perú, y pronto afectará a los corazones de toda la humanidad.

Éste es el relato de lo que me aconteció mientras seguía a mi guía interior para ayudar a restaurar el equilibrio de un mundo lleno de problemas. Mi entrenamiento ha consistido en permanecer conectado con la Madre Tierra y el Padre Cielo en un lugar secreto dentro de mi corazón. Es muy sencillo. Una vez que uno se ha conectado de este modo con la Madre y el Padre divinos, la vida se convierte en una sucesión de milagros. Nadie podría jamás planear este tipo de historias. Han sido concebidas fuera de mí mismo, en la naturaleza que nos rodea. Algunas de ellas hacen añicos las leyes de la física, pero no las de nuestra Madre.

Como dije anteriormente, ¡la Vida es algo asombroso!

CAPITULO UNO

LA APERTURA

En 1971, dos esferas de luz que relucían suavemente, una verde brillante y la otra de un color ultravioleta, penetraron en la habitación en la que me encontraba meditando y se identificaron a sí mismas, diciendo:

—No somos distintas a ti. Somos tú mismo.

A partir de aquel momento, mi corazón se abrió a nuevas posibilidades de vida y ha continuado abriéndose cada día más. Está claro que tengo que hacer frente a los mismos problemas del día a día que el resto de la gente: tengo esposa e hijos, debo pagar facturas y emplear gran parte de mi energía en mis responsabilidades como padre. Pero estos seres, que se denominan a sí mismos «ángeles» y que se me aparecen como bellas esferas de luz, me han mantenido conectado con la Luz interior de mi corazón, y esa Luz siempre me ha conducido por las circunstancias que me rodean en formas que resultan difíciles de creer desde el punto de vista de un espectador exterior.

Y podéis estar seguros de que esta misma Luz interior está también en vuestro corazón. Nadie es especial a los ojos de Dios. Todos somos exactamente iguales, pues sólo existe un Espíritu que se mueve a través de todo y todos.

Es la simple Verdad de la realidad que mencionaba Santo Tomás en su Evangelio de Cristo: «Dios está a tu alrededor y dentro de ti». En este mundo moderno, en el que las imágenes de televisión e internet inundan nuestras mentes, resulta fácil olvidar la Verdad de nuestra realidad. No tienes más que observar la Luna (estoy hablando en serio, mira la Luna) y verás qué fácil es sentir lo increíble de nuestra existencia. Por eso la Verdad sigue siendo la Verdad, a pesar de lo mucho que el hombre la distorsione.

Desde 1972 hasta 1994 estudié con estas esferas de luz un tema que el mundo ha denominado «geometría sagrada», que sin duda me enseñó que toda la creación procede de un único patrón, la Flor de la Vida. Esto me dio la prueba que mi mente necesitaba para entender que sólo existe Una Consciencia en este Único Universo, y esta prueba irrefutable permitió a mi mente rendirse a mi corazón. En último término, la vida comienza de una forma simple, en lo que podría denominarse el «modo original».

Para que sepas algo más de mí, te ofrezco los siguientes datos. Me gradué en la Universidad de California (Berkeley), donde obtuve una licenciatura en bellas artes y una diplomatura en física y matemáticas. He estudiado la Consciencia humana con más de setenta maestros espirituales de todo el mundo y prácticamente todas las religiones y disciplinas. Mi primer libro, *El antiguo secreto de la Flor de la Vida*, volumen I, fue publicado en 1998, y el volumen II en el año 2000. En unos cuantos años estos libros fueron traducidos a muchos idiomas y están presentes en más de cien países de todos los continentes.

En 1994 surgió una escuela para enseñar la meditación de la Mer-Ka-Ba, el cuerpo humano de luz, a partir de las instrucciones que se dan en el segundo volumen (antes de que se publicaran los libros), y eso provocó enseguida la creación de otras escuelas, en más de sesenta países, en las que impartían clases más de ciento cincuenta maestros expertos.

En 2004 publiqué un nuevo libro, *Viviendo en el corazón*. Este trabajo desvelaba información nueva acerca de la consciencia humana, una información que era, y sigue siendo, muy poco conocida por la población mundial, pues ha sido mantenida en secreto por casi todas las enseñanzas espirituales y religiosas del mundo. Este libro también ha sido distribuido por todo el mundo.

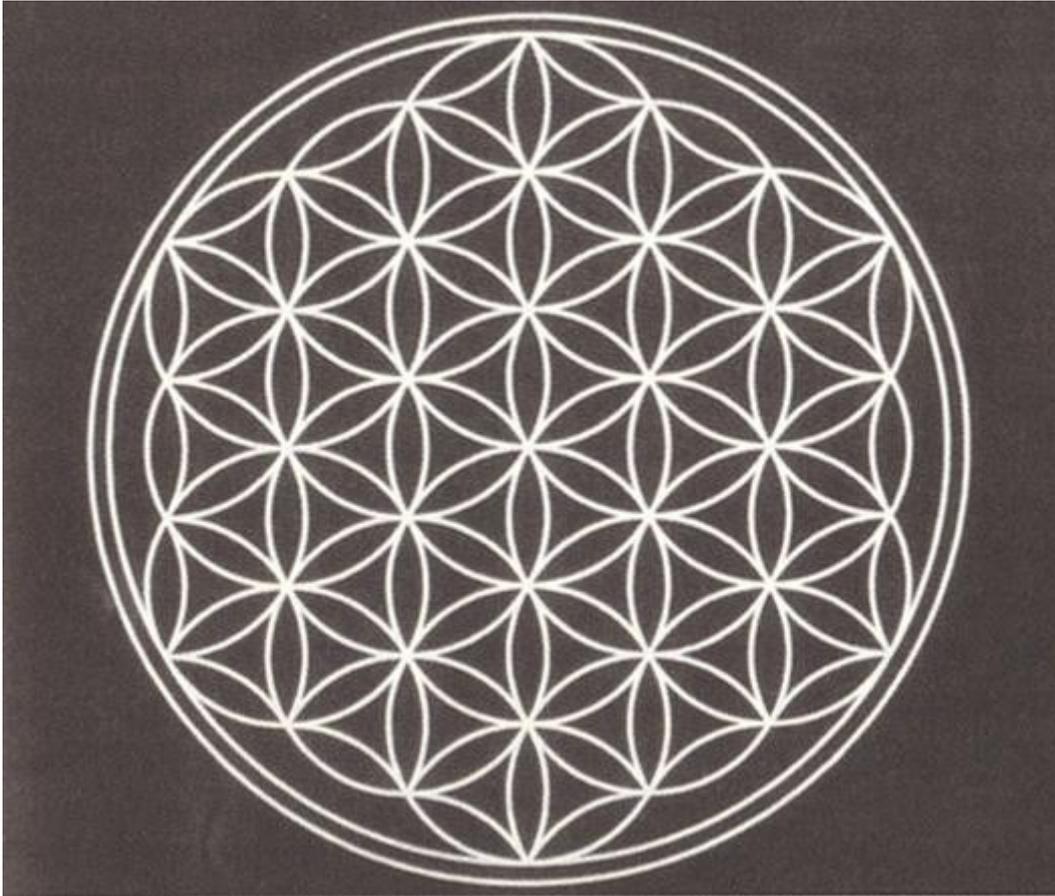


FIGURA 1: Flor de la Vida.

Lentamente he ido respondiendo a las peticiones e invitaciones para enseñar estos conocimientos en seminarios y talleres, conferencias, artículos de prensa, páginas web y radio y televisión, y hasta el presente he visitado y enseñado en más de cincuenta países.

El conocimiento de esta historia acerca de la Serpiente de Luz me ha ido llegando despacio, por partes al principio, aunque en los últimos cinco años se ha acelerado. En un principio no entendí el pleno significado de lo que se me estaba siendo presentado. Hasta el cambio de milenio no empecé a comprender realmente lo que nos estaba sucediendo a mí y a esta energía que ahora recibe el nombre de Serpiente de Luz, tal y como era denominada hace cientos de miles de años. (En Oriente se le llamaba también, y al mismo tiempo, «La Gran Serpiente Blanca».)

Cuando lees estas historias, permanece inmerso en tu corazón, no en tu mente, pues ésta nunca entenderá cómo las personas pueden coordinarse durante miles de años, ni el modo en que complejos acontecimientos humanos pueden ocurrir sin ningún plan humano. Pero tu corazón sí lo sabrá. En él está todo el conocimiento y toda la sabiduría.

Seguro que tu corazón conocerá la Verdad y, con suerte, responderá a ella.

Utilizo las historias de mi vida como forma de ofrecerte una inspiración que te ayude a encontrar el mismo lugar que está en los corazones de ambos. Cuando estás inmerso en tu corazón, no necesitas hacer nada para producir el cambio, pues éste tendrá lugar automáticamente y pleno de gracia. Pero para alcanzar tu corazón, como me han dicho todas las tribus indígenas que conozco, primero debes recordar a tu Madre Divina. Si recuerdas este primer gran concepto de todas las gentes indígenas de la Tierra, el significado interior de lo que se te da en él aparecerá. Tu Madre está viva y muy consciente, extremadamente consciente, más allá de lo que es capaz de entender el hombre industrializado del siglo XXI.

La Tierra no es una roca; posee un nombre y una personalidad en el cosmos. Y puedes creerme, conoce su nombre. Y es su espíritu, el espíritu de la Madre Tierra, lo que se esconde detrás de cada una de estas historias. Ella fue la que creó estos relatos que, tejidos con miles de otras historias procedentes de hombres y mujeres de todos los rincones del mundo, conducirán con seguridad a una completa transformación de la humanidad. Cuando termines estos relatos, ¿cómo podrías ignorar lo mucho que tu Madre te ama? Y, en agradecimiento, ¿cómo podrías negarte a ofrecer tus servicios para satisfacer las necesidades de tu Madre?

Ceremonia

Y, por último, el formidable significado de la ceremonia. Hace mucho tiempo, la humanidad no vivía a través de la mente, sino del corazón. Los sueños fueron los que crearon el mundo, pero ahora es el pensamiento lo que conforma nuestra forma de vida. Los viejos modos poseen un tremendo poder que la mayoría de nosotros olvidó hace ya mucho tiempo y, como verás en estas historias, es posible que a menos que lo recordemos nos veamos enfrentados a un desequilibrio que no se resolverá por sí solo, sino que deberemos ser nosotros los que lo resolvamos.

Desde el día en que Adán y Eva fueron creados, su propósito y el de sus descendientes era cuidar de los «jardines». Y a medida que la humanidad ha ido desarrollándose lentamente a lo largo de cientos de miles de años, este propósito inicial nunca ha cambiado ni vacilado.

El cuidado de la Madre Tierra cristalizó con el tiempo en lo que en la actualidad reconocemos como ceremonia. Y para todas las culturas primitivas e indígenas del mundo, la ceremonia ha guardado la esencia de las responsabilidades de la tribu hacia sus antepasados, remontándose en sus corazones hasta el primer hombre y la primera mujer.

En mi tribu, los taos, todos los años se celebraba una ceremonia el día 30 de septiembre, un día denominado de San Jerónimo. Los taos creían que era absolutamente imprescindible celebrar esta ceremonia o la Tierra, literalmente, se saldría de su eje y todas las personas que habitaban sobre ella lo perderían todo. Solía acudir gente de todo el mundo para observar cómo los «indios» trepaban por aquel poste increíblemente alto: un árbol de treinta metros de altura, desprovisto de todas sus ramas y enterrado unos dos metros y medio para que se mantuviera vertical, tal y como creció. Mediante cuerdas colgantes, cuatro indios se esforzaban por trepar al poste y, por medio de esta ceremonia, proporcionar a la Tierra otro año durante el cual girar alrededor del Sol.

Era una ceremonia bella y peligrosa que arrastraba a personas ilc todo el mundo hasta este pueblo, pero ¿realmente creían esos visitantes que si los indios no trepaban al poste, todo estaría perdido? Lo dudo. Puede que uno o dos sí lo hicieran, pero la mayoría de la gente está convencida de que las ceremonias indígenas no son más que superstición, algo sin ningún fundamento científico. Para los indios (los nativos americanos), sin embargo, ésta es la verdad de su realidad. Todas las células de su cuerpo creen firmemente en ello.

La humanidad se ha separado del corazón del mundo para ir a parar a la lógica de la mente, y sus creencias están depositadas en el químico, el físico y el matemático. La ciencia les ha probado que toda esta antigua creencia en la ceremonia no es otra cosa que ignorancia.

Y, sin embargo, el hombre moderno con su gran ciencia, de la que está convencido que es la «verdad» suprema, ha creado un mundo al borde de la destrucción total en menos de dos mil años, un mundo al que quizá sólo le queden unos pocos de existencia si no se toman medidas drásticas. El hombre antiguo, por su parte, con sus tontas ceremonias, ha conseguido mantenerse en él durante millones de años. Puede que si queremos sobrevivir, debemos tener en cuenta esta ancestral sabiduría, o al menos entender, incluso con nuestra mente lógica, que la ceremonia es realmente capaz de crear un mundo en equilibrio.

Como nativo americano con cuerpo blanco he seguido las costumbres indígenas, pues ellas me han mostrado el secreto de la creación. No es la mente la que posee la inteligencia, sino la luz del mundo procedente del corazón. La creación siempre comienza en el corazón, y a partir de ahí es transferida a la mente. Hemos olvidado nuestra esencia y si no la recordamos muy pronto, nuestra gran mente tecnológica nos conducirá a un mundo de dolor generalizado y destrucción global. Un mundo sin corazón es un mundo mecánico separado de la Realidad.

A continuación te ofrezco unas historias que recuerdan nuestra interconexión íntima con Dios y con el proceso de la creación. Te las entrego para que tú también recuerdes y vuelvas a la armonía y al flujo del universo.

El amor es la respuesta a todas las preguntas..., incluso a las preguntas de la mente.

CAPÍTULO DOS

LA ANTIGUA COSMOLOGÍA 101 Y LOS CAMBIOS MODERNOS

Para que puedas llegar a comprender las historias que vienen a continuación, para que todo tenga sentido, es preciso que sepas algo de cosmología. Esta cosmología, el paisaje de fondo de lo que se presenta en estas páginas, está basada fundamentalmente en la precesión de los equinoccios y los ciclos de cambio asociados a ella.

La precesión de los equinoccios

Puede que creas que sabes lo que es la precesión de los equinoccios y lo que ésta significa, pero espera un momento, por favor, hay algo extraordinario acerca de este ciclo que probablemente no hayas escuchado antes. Por lo que yo sé, nunca se ha escrito sobre ello con anterioridad y se ha mantenido sólo en las tradiciones orales de tribus y culturas indígenas de todo el mundo. Recibe el nombre de Serpiente de Luz.

Por decirlo de una forma sencilla, la precesión de los equinoccios (PE a partir de ahora) es simplemente un movimiento del eje de la Tierra. Un movimiento o revolución que precisa algo menos de veintiséis mil años para completarse (para ser exactos, veinticinco mil novecientos veinte años). Si el eje de la Tierra fuera un lápiz, el

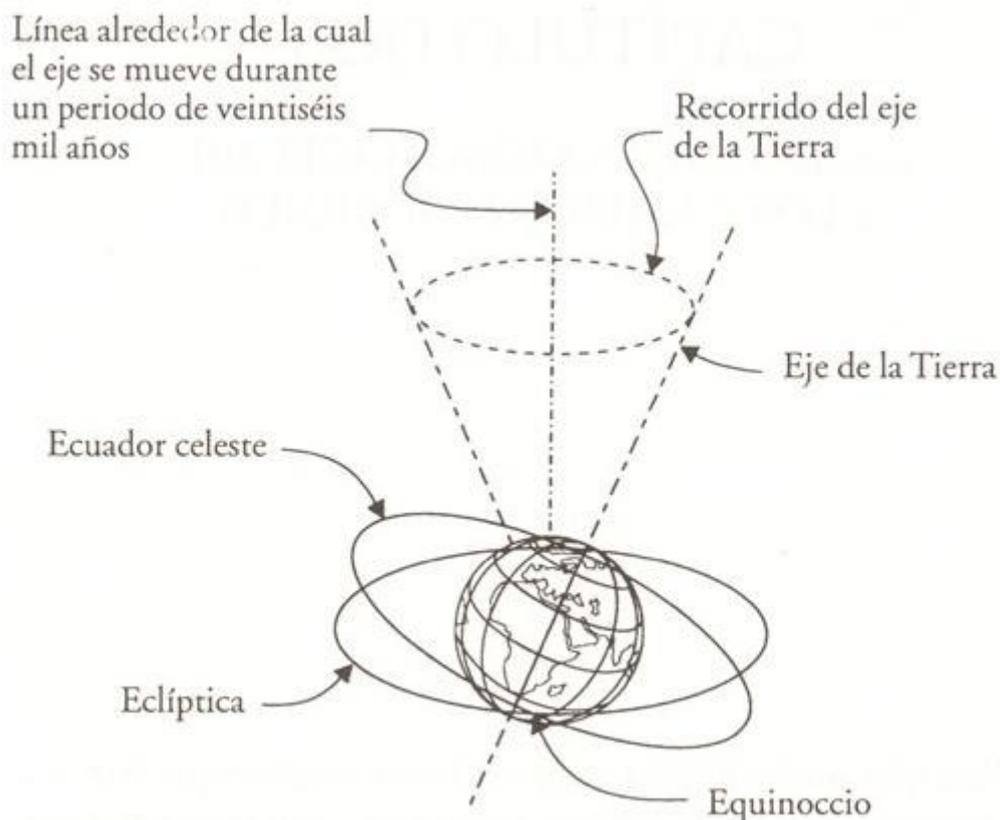


FIGURA 2: Dibujo de la PE.

círculo dibujado con cualesquiera de sus extremos sería como el que aparece en esta ilustración. (Dentro de la PE existen movimientos adicionales que se tratan en *El antiguo secreto de la Flor de la Vida*, volumen I. El que nos importa en esta historia es el de la PE principal.)

A medida que el movimiento del eje de la Tierra va completando lentamente un círculo, va señalando y pasando por todas las doce constelaciones celestes, una tras otra. Esto significa que la PE apunta, o «entra», en una nueva constelación cada dos mil ciento sesenta años. En otras

palabras, existen doce divisiones de la PE, cada una de las cuales representa una constelación diferente y un tipo de energía considerablemente distinto. La mayoría de las civilizaciones antiguas eran conscientes de la PE y de estas doce divisiones del cielo nocturno; hasta la civilización más antigua que conocemos, la de los sumerios, que vivieron hace unos seis mil años.

Es interesante señalar que, en términos astronómicos y matemáticos, son necesarios dos mil ciento sesenta años de observación continua del cielo nocturno para llegar a darse cuenta de la existencia de este movimiento del eje de la Tierra. Desde un punto de vista arqueológico se creía que, antes de los sumerios, nosotros, los seres humanos, éramos unos bárbaros peludos sin la inteligencia y disciplina necesarias para observar y registrar el cielo nocturno durante un periodo tan largo de tiempo. Sin embargo, los sumerios conocían exactamente la PE desde el comienzo mismo de su civilización.

Esto desconcierta a los científicos y arqueólogos que han estudiado el asunto, pero es auténtico. En antiguas ciudades sumerias, enterradas a gran profundidad bajo la superficie terrestre, se han descubierto en época reciente miles de tablillas de barro. Están escritas en el primero y más antiguo de los lenguajes humanos conocidos, el antiguo cuneiforme, y se remontan a los principios de la civilización sumeria. En ellas se describe la PE con gran detalle y exactitud. Los antiguos sumerios poseían esta sabiduría cósmica, aunque ello resulte imposible desde el conocimiento de la historia que hoy día tenemos.

¿Qué explicación tiene este misterio? En mis dos primeros libros, *El antiguo secreto de la Flor de la Vida*, volúmenes I y II, ofrezco una posible respuesta, pero no voy a adentrarme ahora en ella dado que no es relevante para esta historia.

Los tibetanos y los hindúes también registraron los movimientos de la PE desde tiempos ancestrales. Ambas culturas otorgaban una enorme importancia a cada una de las doce divisiones, y se referían a ellas como «yugas» o «periodos de tiempo». Consideraban que cada yuga poseía una característica diferente que, según ellos, afectaba a toda la humanidad durante ese yuga concreto. Recuerda que cada yuga representaba también una constelación diferente, por lo que conformaría una parte integral de la astrología.

Todos hemos escuchado que estamos entrando en la era de Acuario. Es cierto. El 21 de diciembre de 2012, el eje de la Tierra se encontrará en el borde de esa constelación y, por primera vez en doce mil novecientos veinte años, se estará acercando al centro de la galaxia en lugar de estar alejándose de él. A lo largo de los próximos dos mil ciento sesenta años, el eje de la Tierra cruzará la constelación de Acuario. Pero hay mucho más acerca de este fenómeno que no suele conocerse y que, de hecho, afectará a tu vida mientras vives y respiras, y cumples tu destino.

La astrología moderna

Hoy día, la gran mayoría de la población de la Tierra no cree en la astrología. Está considerada una especie de cuento de viejas, identificada fundamentalmente con el cumpleaños de un individuo y con los patrones de las estrellas en el momento de su nacimiento, pero no siempre fue así.

La astrología fue adoptada por la consciencia humana desde el principio de la civilización para entender y predecir diversos aspectos del futuro. Sin embargo, su uso principal no era el personal. En los tiempos antiguos, en Babilonia y Asiria o en el Egipto de hace seis mil doscientos años, la interpretación del movimiento y los patrones de las estrellas y los planetas se empleaba para ayudar al bienestar público y al rey, dado que su persona estaba ligada a la supervivencia del pueblo. La «astrología del horóscopo» individual no apareció hasta la conquista de Egipto, por parte de Alejandro Magno, en el año 332 a.C.

La estrella más cercana a la Tierra, el Sol, es una parte fundamental de la astrología. El Sol afecta a nuestro clima, pone en jaque a nuestros satélites y a la red mundial de comunicaciones cuando hay erupciones solares y repercute, incluso, en los campos magnéticos de la Tierra. Sin la radiación solar no existiría ninguna clase de vida sobre este planeta. La Tierra no sería más que una roca flotando por el espacio.

La Luna mueve los océanos de la Tierra y produce las mareas. También influye decisivamente sobre nuestro clima, afecta a los patrones biológicos del apareamiento y el nacimiento de las

formas de vida de todo el planeta, y repercute, incluso, sobre las emociones humanas, como pueden demostrar los informes policiales de cualquier gran ciudad. Se cometen más delitos el día anterior, ese día y el día después a la luna llena que en ningún otro momento del mes. Esta tasa de criminalidad no es sólo una coincidencia. Las personas están más sensibles emocionalmente durante la luna llena y, por tanto, hacen cosas que normalmente no harían.

Por eso, afirmar que los cielos no ejercen ninguna influencia sobre las gentes de la Tierra demuestra bastante ignorancia y es falso desde el punto de vista científico.

Dado que existen influencias como las que acabamos de describir, ¿podría darse alguna si la Tierra misma se colocara en una dirección diferente con respecto a todo el resto del firmamento? Según las civilizaciones antiguas, la respuesta es «sí»; cambiamos cada vez que el eje de la Tierra gira hacia una nueva posición y una nueva constelación. De hecho, según las antiguas creencias, cambia todo lo que existe sobre este planeta.

La Serpiente de Luz

La kundalini de la Tierra cambia su emplazamiento sobre la superficie del planeta en dos puntos muy concretos de la PE. Lo que nos interesa no es el apogeo, el punto de la PE más lejano al centro de la galaxia, ni el perigeo, el punto más cercano. Más bien son los puntos en los que la *dirección del eje* de la Tierra comienza a apuntar hacia el centro de la galaxia y cuando comienza a hacerlo en sentido contrario. El 21 de diciembre de 2012, el eje comienza a apuntar hacia el centro de la galaxia y la kundalini de la Tierra empieza a cambiar su localización.

La vida es orgánica y no siempre perfecta y matemática, pues está basada fundamentalmente en la serie Fibonacci (0, 1, 1, 2, 3, 5, 8, 13, etc.), que se aproxima nada más a la razón áurea. En otras palabras, el 21 de diciembre de 2012 es la fecha matemática en la que debería tener lugar ese movimiento, pero, de hecho, el cambio de la kundalini ya se produjo en 2002. Sin embargo, en un ciclo elíptico de veinticinco mil novecientos veinte años, una diferencia de diez equivale casi a la perfección y resulta muy orgánica. De todas formas, el auténtico impacto sobre la consciencia humana no ha hecho más que empezar y no será alcanzado hasta algún momento del futuro inmediato. ¡Qué gran época para vivir!

En ambos puntos, la kundalini de la Tierra se mueve realmente de un emplazamiento concreto sobre la superficie del planeta a otro. Así, cuando la Tierra se encuentra en el ciclo en el que el eje apunta en sentido contrario al centro de la galaxia, la energía básica de la Tierra, procedente de su centro, se traslada a una nueva localización sobre la superficie. El resultado es un enorme y evidente cambio del entendimiento y la práctica espiritual que se filtra, con el tiempo, hasta la vida diaria del hombre corriente de la calle.

El impacto de este cambio en el punto geográfico que la kundalini acaba de abandonar, y en el nuevo al que se acaba de trasladar, es también tremendo. Del lugar que acaba de abandonar se va también la energía espiritual, y probablemente nunca más volverá a él. En el sitio al que acaba de mudarse, una nueva y revitalizada energía espiritual parece aparecer de la nada, una energía que afecta intensamente a las personas que viven en esa zona. Ellos, a su vez, influyen sobre el mundo entero con su recién encontrada sabiduría y luz.

La energía kundalini

¿Qué es la kundalini de la Tierra? Probablemente la mejor forma de explicarlo sea compararla con la del ser humano, pues la Tierra y el cuerpo humano son casi idénticos desde el punto de vista de la energía. No es sólo la energía kundalini de la Tierra la que es muy similar a la de las personas, sino que incluso campos energéticos tan gigantescos como el campo Mer-Ka-Ba del planeta y el campo Mer-Ka-Ba humano (el cuerpo de luz) también son exactamente iguales, a excepción de su tamaño proporcional. Cada uno de los campos geométricos electromagnéticos del campo de la Mer-Ka-Ba de la Tierra es idéntico al de cada uno de los seres humanos que habitan sobre ella.

En las personas existen cinco posibles flujos de energía que se originan en la base de la columna vertebral. Cada uno de ellos tiene un propósito diferente para las distintas etapas del desarrollo humano.

El primero, con el que la mayoría de nosotros estamos familiarizados, es la energía sexual. Sabemos lo que es tener un orgasmo y podemos sentir esa energía sexual que sube por nuestra columna. Pero existen otros cuatro flujos de energía, y uno de ellos recibe el nombre de kundalini. La mayor parte de la gente la experimenta de forma secuencial tras el orgasmo sexual, aunque no siempre es así; unas pocas personas lo hacen antes. Cuando esta energía kundalini asciende por la columna vertebral, cambia nuestra forma de «ver» o de interpretar el mundo que nos rodea, dependiendo de por dónde se mueva dentro del sistema energético humano.

La energía kundalini se parece a la sexual en que es una energía muy fuerte e incontrolable que asciende por nuestra columna. Pero mientras que la energía sexual está relacionada con el proceso de creación, la kundalini está relacionada con nuestro proceso de crecimiento espiritual. Una vez que hayamos experimentado las energías sexuales y kundalini, lentamente y a lo largo del tiempo iremos experimentando los otros tres flujos energéticos, aunque esta experiencia puede no vivirse durante esta vida. (No voy a extenderme ahora sobre estos otros tres flujos energéticos, dado que no forman parte de estas historias.)

En este momento de la historia es la kundalini de la Tierra la que se está moviendo y cambiando de lugar, comenzando una nueva vibración. Este cambio energético afectará a todos y a cada uno de los habitantes del planeta. Esta energía kundalini de la Tierra recibe el nombre de *Serpiente de Luz*.

Un apunte dramático

Para poder entender mejor el significado del punto de la PE que alcanzaremos el 21 de diciembre de 2012, debemos tomar en consideración los siguientes datos científicos.

Hace trece mil años, en el momento (o muy cerca de él) en que el eje de la Tierra comenzó a apuntar en dirección contraria al centro de la galaxia, el polo norte de la Tierra cambió de posición, trasladándose desde la bahía de Hudson (según se cree) hasta donde hoy se encuentra. Tuvo lugar un giro completo del eje polar en relación con la superficie de la Tierra, un giro que ha sido registrado científicamente.

Y trece mil años antes, hace veintiséis mil años, cuando nos encontrábamos en el mismo punto del ciclo de la PE en el que nos encontramos ahora, el eje de la Tierra también cambió. Algunos científicos están considerando la posibilidad de otro giro del polo, basándose en lo que sucedió las últimas dos veces en que la Tierra se encontró en estos puntos de la PE. La naturaleza se mueve en ciclos.

Otra razón por la que muchos científicos están preocupados es que, en los dos cambios anteriores del polo físico que ya hemos mencionado, el campo magnético de la Tierra también varió antes del giro del polo. Y en la actualidad este campo magnético está en el momento más inestable de los últimos trece mil años. Se ha comprobado científicamente que hace unos dos mil años, el campo magnético de la Tierra comenzó gradualmente a debilitarse. Y de repente, hace unos quinientos años, este campo comenzó a debilitarse intensamente.

Hace entre treinta y cinco y cuarenta años, el campo magnético de la Tierra empezó a mostrar anomalías, que se reflejaron en los patrones migratorios de las aves y los animales, que dependen de él para guiarse. Por primera vez, las aves y otros animales migratorios se estaban perdiendo, pues el campo magnético había cambiado de dirección o estaba ausente.

Hacia 1997, el campo magnético comenzó a mostrarse inestable, tanto que empezó a resultar peligroso aterrizar aviones con el piloto automático. Estaban ocurriendo demasiadas desviaciones del verdadero norte. Todos los mapas magnéticos de los aeropuertos del mundo tuvieron que ser corregidos para ponerlos al día con la realidad. (Puedes comprobar fácilmente la veracidad de este dato.)

En el año 2005, los científicos geólogos de todo el mundo comenzaron a hablar de las increíbles anomalías magnéticas que estaban siendo registradas por todas partes. Sugerían que, en algún momento del futuro cercano, la Tierra podría experimentar una inversión de sus polos magnéticos, por la cual el polo norte se convertiría en polo sur, y viceversa. Esta discusión

científica global duró once días antes de que los gobiernos de la Tierra la acallaran. En 2006, los mismos científicos se inquietaron todavía más por la naturaleza extrema de las anomalías magnéticas y predijeron que esta inversión de los polos podría tener lugar en cualquier momento. Y otra vez se volvió a acallar su voz, en esta ocasión después de sólo cinco días.

Las historias que vas a leer están basadas en esta información cósmica. Son historias reales, aunque desde el punto de vista de las creencias modernas pueden resultar increíbles, y te las ofrezco para inspirarte y para que percibas la posibilidad de un futuro maravilloso fuera del ciclo de oscuridad que parece estar invadiendo el mundo. Te pido que no te vuelvas para mirar a la oscuridad, sino que dirijas tu atención a la Luz.

La guía pura está en tu interior.

La vida puede dar la sensación de ser un viaje misterioso, pero en el interior del corazón es un juego de niños.

CAPÍTULO TRES

LA SERPIENTE DE LUZ Y LA GRAN PIRÁMIDE BLANCA DE TÍBET

Tal y como ha registrado la ciencia, hace dieciséis mil años tres grandes trozos de un asteroide cayeron sobre el océano Atlántico junto a la costa de lo que hoy se conoce como el estado de Georgia, en Estados Unidos. Los sacerdotes de la Atlántida supieron que el fin de su gran país estaba cercano.

Hace dos mil años, Platón denominó a este continente perdido Atlántida y habló con admiración de su cultura y su belleza, pero la mayor parte de los arqueólogos modernos siguen considerándolo solamente una leyenda. A pesar de todas las búsquedas y exploraciones realizadas a lo largo de los años para probar su existencia, no se ha podido establecer nada concluyente, pues cuando la Atlántida desapareció bajo las olas del océano Atlántico se llevó con ella toda evidencia al fondo del mar.

Por eso, en este momento, no es posible comprobar esta historia. Pero es de esperar que en el futuro sí se pueda. Edgar Cayce, el Profeta Durmiente, afirmó en los años veinte que la Atlántida volvería a surgir del océano Atlántico, cerca de Bimini, antes del año 1970, y es muy posible que así lo hiciera. En enero de ese año, la revista *Life* informó de que muchas islitas pequeñas procedentes del fondo oceánico, que se encuentra a más de dos kilómetros y medio de profundidad en las cercanías de Bimini, asomaron a la superficie en diciembre de 1969. Muchas de ellas volvieron a sumergirse, pero algunas siguen estando allí hoy día. ¿Era correcta la predicción de Cayce? El tiempo lo dirá.

Cayce realizó más de doce mil predicciones para los años anteriores a 1970, y sólo una de ellas resultó equivocada; una sencilla, relacionada con un hermano gemelo al que realizó un diagnóstico.

Luz Espiritual del Mundo, la kundalini de la Tierra, una energía en forma de serpiente enroscada en las profundidades de la Tierra, residió dentro de este antiguo continente durante miles de años. Fue esta energía espiritual la que hizo que otras culturas acudieran de todas partes del mundo a la Atlántida en busca de iluminación, tal y como los modernos buscadores viajan de todo el mundo a India y Tibet.

Aquel inmenso asteroide realmente se precipitó desde los cielos tres mil años antes del fin de la Atlántida, pero constituyó la razón física de la desaparición del continente. La kundalini de la Madre Tierra, la Serpiente de Luz, pronto iba a empezar a mudarse a un nuevo lugar para aportar equilibrio a lo que rápidamente se iba a convertir en un nuevo mundo. Un mundo nuevo, quizá, pero este impacto iba a significar el hundimiento y la muerte de la Atlántida.

Debes recordar siempre que no existen los errores. Todo sucede por razones que afectan a todos los tipos de vida, en todas partes y con absoluta precisión.

Los sacerdotes internos del antiguo continente de la Atlántida, la Hermandad Nakkal, sabían, gracias a su conocimiento interior, el lugar exacto al que se mudaría y en el que se establecería la Serpiente de Luz, enroscada como una sierpe en el interior de la Tierra, para hibernar durante otro largo ciclo de trece mil años, y que al cambiar su situación sobre la superficie del planeta cambiaría también la forma en la que los seres humanos interpretan la vida. La Hermandad Nakkal sabía que tendría que abandonar la Atlántida y mudarse al lugar donde la Serpiente de Luz iba a encontrar su nuevo hogar.

También sabía que, dondequiera que se instalara la Luz del Mundo, las personas que habitaran en esa región se iban a convertir en los grandes maestros espirituales del planeta. Siempre ha sido así, pues esta Luz afecta a las personas que viven cerca del lugar donde reposa y les lleva de forma natural a un estado de iluminación que depende de su capacidad para recibirlo. Los habitantes de esta nueva región iban a comenzar a despertar y a recordar su íntima conexión con todo tipo de vida, en todo lugar, y con Dios. Con el tiempo recordarían incluso el lugar sagrado del interior de sus corazones donde reside Dios y donde dio comienzo la creación. Y en su recuerdo, se convertirían en luces espirituales para el resto de la humanidad simplemente por su propio ser.

Por eso, la Hermandad Nakkal comenzó a hacer planes para abandonar su amado país de la Atlántida y seguir a la fuente de su entendimiento. No tenían otra elección. Hicieron sus planes

y se prepararon para irse casi doscientos años antes de que la Atlántida se hundiera finalmente en el océano, antes de verse inmersos en el caos. Con el tiempo, los nakkals siguieron a la Gran Serpiente Blanca de la kundalini de la Tierra hasta una zona remota situada en las alturas de los Himalayas, en una región occidental de lo que hoy día se denomina Tíbet.

Cuando finalmente la Atlántida se hundió, hace unos trece mil años, sus sacerdotes externos (no los nakkals internos) la abandonaron rápidamente en lujosos barcos. Se vieron forzados a salir del país por los terremotos, los volcanes y los incesantes hundimientos de tierras y avenidas de agua. No se trasladaron muy lejos. Los sacerdotes externos llegaron a las costas de lo que en la actualidad es la península del Yucatán, en México, y hoy día los conocemos como los mayas. Sabemos que esto es así no sólo porque lo afirmen los mayas, sino también gracias a un antiguo documento en piedra encontrado por los arqueólogos en Yucatán, denominado Códice Troano, que se guarda en el Museo Británico. Se estima que tiene al menos tres mil quinientos años de antigüedad, fue traducido por el historiador Augustus Le Plongeon y describe con gran detalle el hundimiento de la Atlántida.

El calendario que los mayas tienen en el presente fue creado originalmente durante la época en que la Atlántida estaba viva y en las mejores condiciones, y fue llevado en mano a Yucatán por los sacerdotes en su fuga de una muerte segura.

Este sacerdocio externo está vivo entre los mayas actuales y su representante es Hunbatz Men, un sacerdote y chamán maya elegido en los años ochenta por los ancianos secretos como portavoz para el mundo exterior. Ahora ha sido reemplazado por un hombre humilde llamado don Pedro Pablo, también elegido por los ancianos mayas. En el interior de la cultura maya encontramos a don Alejandro Cifrión Pérez Oxlaj, que conserva la información original desde los comienzos mismos de esta cultura. Don Alejandro es en la actualidad el presidente del Alto Consejo Sacerdotal Maya, formado por más de cuatrocientos ancianos de México, Belize y Guatemala. El tiempo desvelará la profundidad de sus conocimientos y su sabiduría.

La Gran Pirámide Blanca

Los nakkals, los sacerdotes internos de la Atlántida, llegaron a Tíbet con tremendas dificultades para comenzar la construcción de una de las mayores pirámides del mundo. Es una pirámide hecha de sólidas piedras blancas y que, en la actualidad, da la impresión de haber sido creada en tiempos modernos, pues su estado de conservación es perfecto. Parece completamente nueva.

Esta Gran Pirámide Blanca tenía dos misiones simultáneas: marcar la localización exacta de la energía kundalini de la Tierra y enfocar esa energía en beneficio de la humanidad. Creó una zona de energía que abarcaba enormes distancias; los habitantes de aquella región iban a experimentar unos cambios muy especiales en sus mentes, cuerpos y corazones. Algunos iban a cambiar más que otros, pero con entrenamiento los cambios iban a ser inevitables. Esta influencia sobre las personas hizo surgir grandes maestros espirituales, cuya iluminación alcanzó al resto del mundo. Tíbet, algunas partes de China, India y Nepal se convirtieron en el nuevo centro de la Luz del Mundo (aunque en la época de la construcción de esta pirámide, ninguno de estos países había nacido aún).

Tuvieron que pasar casi seis mil años después de que la Atlántida se sumergiera en el océano antes de que la raza humana comenzara a recordar lo que realmente era y la civilización volviera a florecer una vez más. Durante todos esos miles de años, los nakkals permanecieron junto a la Gran Pirámide Blanca para protegerla y para prosperar con su energía iluminadora. Con el tiempo, los nakkals dieron origen a la raza tibetana y han perdurado hasta la época moderna.

Lentamente, la influencia de la Serpiente de Luz comenzó a dar vida a grandes almas como Lao Tzu, que escribió el *Tao Te Ching* {*Libro del recto camino*}, una de las obras más importantes jamás creadas. Y por supuesto, creó el / Ching, probablemente el libro más asombroso que se haya escrito nunca y que provino también de esta región. Buda vivió dentro de su área de influencia y creó el budismo, una religión mundial que, según mi experiencia personal, posee más que ninguna otra un profundo entendimiento de los campos de energía humanos y unas dimensiones de consciencia que sobrepasan la consciencia normal de cualquier otra religión. El budismo tibetano es la única religión que aún recuerda la Mer-Ka-Ba, el cuerpo humano de luz, y lo que es más importante: lo que significa y cómo crearla y utilizarla. (La Mer-Ka-Ba es el

campo humano de energía que se extiende esféricamente entre ocho y nueve metros, en todas direcciones, a partir del cuerpo físico.) Muchos grandes hombres y mujeres (aunque fundamentalmente hombres durante esta parte masculina del ciclo) surgieron allí sencillamente porque la Serpiente Blanca estaba enroscada en el interior de la Tierra bajo la Gran Pirámide Blanca construida por la antigua Hermandad Nakkal.

Pero muy pronto todo esto podría cambiar una vez más.

Los mayas actuales sabían, gracias a su asombroso calendario, el más exacto que la humanidad haya creado jamás, que se estaba acercando una época especial. Como el gran Sol que se asoma para desvelar el cielo matutino y la belleza del mundo vivo, algo tremendo estaba comenzando a moverse en el interior de la Tierra, algo que iba a desvelar un secreto fantástico que el alma humana perdió hace ya mucho tiempo. Muy dentro del vientre de la Madre, una energía ancestral comenzaba a moverse lentamente de un lado a otro, de una forma muy parecida a la de una serpiente que se desliza sobre la Tierra. Esta energía con aspecto de serpiente comenzó a despertar y a sentir la necesidad imperiosa de hallar un nuevo hogar y una nueva forma de expresar la vida mientras la constelación de Acuario, lentamente, comenzaba a ejercer su influencia.

¡Cada doce mil novecientos veinte años, este impulso resulta innegable!

China invade Tíbet

y la Serpiente de Luz comienza a moverse

El Panchen Lama, el segundo en categoría tras el Dalai Lama, que entonces contaba sólo once años de edad, pidió a China en 1949 que «unificara la tierra madre», con lo que quería decir que volviera a colocar a Tíbet bajo su dominio. El dirigente comunista chino Mao Tsé Tung respondió anunciando la intención de China de «liberar a Tíbet de los imperialistas extranjeros». En 1949, China invadió Tíbet.

El mundo se sentía aún cansado y enfermo por todas las muertes y el dolor provocados por la Segunda Guerra Mundial, que había terminado sólo cuatro años antes. Los británicos, que declararon en las Naciones Unidas que estaban «interesados en el mantenimiento de la autonomía tibetana», no tuvieron el corazón ni los medios para resistir a los chinos, y no apoyaron a los tibetanos ni salieron en su defensa.

En el año 1959, tras el levantamiento tibetano en Lhasa y su salvaje represión por parte del gobierno chino, el Dalai Lama huyó a India en busca de refugio, seguido por miles de refugiados tibetanos.

En ese mismo momento, tras un descanso de trece mil años, la Serpiente de Luz comenzó a deslizarse desde el interior de la Gran Pirámide Blanca de Nakkal hacia la superficie de la Tierra. Lentamente al principio, más y más deprisa después, esta energía kundalini comenzó a moverse a través de Tíbet. Luego, en un solo día, abandonó el país junto con el Dalai Lama y pasó a India. Fue casi como si el Dalai Lama invocara a la Serpiente para que abandonara Tíbet.

Pero este movimiento de la Serpiente de Luz hacia India fue sólo el comienzo de un viaje terrenal muy, muy largo, que con el tiempo iba a atravesar la mayor parte del planeta, exactamente igual que había sucedido cuando abandonó la antigua Atlántida para mudarse a las alturas de las montañas tibetanas trece mil años antes.

El gran encuentro

En el otro lado del mundo, los ancianos mayas de todas las zonas de México, Belize y Guatemala convocaron un gran encuentro de todas las tribus mayas. Era la primera vez que una reunión así se convocaba en tiempos modernos, y se trataba de un acontecimiento realmente importante.

Este encuentro se produjo porque el calendario maya mostraba claramente que la Serpiente de Luz iba a moverse en 1959 y que iba a necesitar la asistencia de los nativos, tanto de América del Norte como del Sur.

Los ancianos mayas se reunieron para celebrar juntos una ceremonia por lo que el calendario maya estaba profetizando: el final de un gran ciclo y el comienzo de un nuevo ciclo y un nuevo mundo; un mundo en el que todos los cielos se abrirían a la humanidad y seríamos libres de

explorar nuestro entorno natural de espacio, tiempo y dimensión más allá de la Tierra. La profecía había predicho una época de maravillosa paz y crecimiento espiritual. Los mayas guatemaltecos predijeron el comienzo de este nuevo ciclo para el 19 de febrero de 2013.

¿Y por qué no el 21 de diciembre de 2012, como se había predicho considerando el momento del cambio de la PE a Acuario? Lo siento, no lo sé. Esta pregunta habrá que hacérsela a los propios mayas guatemaltecos, pues son los únicos que realmente pueden entender el porqué de esta discrepancia de dos meses.

Como ya hizo la Hermandad Nakkal antes que ellos, los mayas celebraron este importante encuentro para compartir sus conocimientos y su profecía, de forma que pudieran estar preparados como cultura para responder correctamente a su responsabilidad cósmica de guiar y marcar el movimiento de esta eterna Serpiente de Luz. Durante esta reunión se descubrió que los mayas de las tierras bajas, aquellos que habitan en México y Belize, habían perdido, a causa del tiempo y de los conquistadores españoles, casi todos sus conocimientos y la profecía, y que su legado vivo prácticamente había desaparecido. Pero para alivio de la Madre Tierra, el legado no estaba muerto. Todavía seguía vivo en Guatemala. Allí, en lo alto de las montañas, cerca de la bella ciudad antigua de Tikal, los ancianos mayas, la mayoría de los cuales contaban más de cien años de edad, aún conservaban los conocimientos y profecías que habían llegado de la Atlántida trece mil años antes.

Así que los ancianos guatemaltecos entregaron a los mayas de las tierras bajas «quince libros». Los mayas de las tierras bajas recibieron el encargo de estudiar y aprender estos conocimientos, y se les comunicó que en el futuro recibirían más libros. De este modo se inició el regreso del calendario, los conocimientos y las profecías mayas.

En esa época, el mundo exterior no supo nada de este intercambio, aunque tampoco les importaba. El materialismo era lo que regía el mundo.

El hombre industrial interviene

Con la mejor de las intenciones, algunos exploradores del conocimiento, como José Arguelles y muchos otros, comenzaron a estudiar el calendario maya con la creencia de que los mayas de México mantenían sus conocimientos intactos, cuando en realidad no era así. Estaban limitados por una infusión incompleta de los mayas guatemaltecos. Y por eso se escribieron muchos libros acerca del calendario maya, que realmente no pueden completarse y hacerse exactos hasta que los mayas guatemaltecos no terminen de devolver sus conocimientos a los de las tierras bajas.

Según los mayas de Guatemala, los mayas de las tierras bajas todavía deben leer y comprender cinco «libros» más, y afirman que el decimosexto libro, *El libro de los insectos y las estrellas fijas*, es el que determina el comienzo y el final de los ciclos cósmicos. Esta es la razón de que la fecha del 21 de diciembre de 2012 nunca se entendiera realmente y de que la del 19 de febrero de 2013 nunca se supiera.

La Serpiente de Luz busca su nuevo hogar

La Serpiente de Luz siguió al Dalai Lama a India, pero no se quedó allí. Continuó moviéndose, abriéndose camino gradualmente a través de todas las regiones de la superficie de la Tierra.

Este movimiento duró unos diez años, desde 1959 hasta algún momento a finales de los años sesenta. Finalmente, cerca ya del término de su viaje por todo el mundo, la energía kundalini de la Madre Tierra bajó desde Canadá, atravesando Estados Unidos, hacia México, Belize y Guatemala, para seguir adentrándose en América Central.

Cuando llegó a Panamá tuvo lugar algo increíble que la mayoría de las tribus indígenas, con excepción de los mayas, no esperaban. Cuando la Serpiente de Luz llegó al canal de Panamá, no pudo cruzarlo. El canal de Panamá era la mayor geomancia terrestre que jamás se había llevado a cabo en el mundo. Separa, literal y energéticamente, dos continentes entre sí e impidió por la fuerza que la energía kundalini cruzara hacia Sudamérica.

La energía kundalini de la Tierra se quedó atascada, bloqueada. Muchos creen que la detención de la Serpiente de Luz fue la fuente de los problemas de guerras y conflictos de Colombia y otros países cercanos. La kundalini de la Tierra no podía cruzar el canal, lo que provocaba un inmenso desequilibrio energético. (Esto mismo puede suceder en una persona. Cuando la kundalini asciende por la columna vertebral, si uno de los chakras está bloqueado la energía

kundalini no puede seguir subiendo, aunque lo sigue intentando. Lsto puede producir dolor, enfermedad e incluso la muerte de la persona si el problema no se soluciona.) Este hecho supuso un problema real para los indígenas del mundo, un problema que tardaría muchos años en ser resuelto.

Nadie, excepto los mayas, sabía qué hacer.

Perú responde al nuevo ciclo

Mientras tanto, en las alturas de las montañas de Perú, un hombre plenamente iluminado llamado Óscar Ichazo, junto con otros doce hombres que le rodeaban como los apóstoles rodeaban a Jesús, estaba listo para ayudar a la energía kundalini de la Tierra a cumplir su recorrido y para preparar al mundo para la nueva era que se avecinaba. Esperaban que la Serpiente de Luz se asentara en las altas montañas del norte de Chile antes de finales de los años sesenta y que en esa época su trabajo pudiera comenzar.

Así que Óscar viajó a Estados Unidos con uno de esos doce grandes hombres, Claudio Naranjo, a mediados de los años sesenta para presentar al mundo industrial una antigua forma de conocimiento basada en algo que no se comprendía en aquella época, la geometría sagrada, que Óscar denominó *Arica*.

Claudio también se preparó para presentar otra forma de conocimiento, basada en la obra del gran ruso Sufi Gurdjieff, y que provenía de lo que recibe el nombre de eneagrama, un sistema de conocimiento que liga la transformación humana al sonido y a la música. Claudio iba a presentar un aspecto poco conocido de esta sabiduría, por la cual la personalidad humana puede ser dividida en veintisiete formas. Su propósito era sencillo: ofrecer al mundo industrial una herramienta para salir de la rueda de los «tipos de ego» y acceder al mundo superior de la iluminación. Creía que, al hacerlo, comenzaría a cambiar a todo el mundo, sacándonos de la vida materialista que llevamos, de forma que pudiéramos acceder a los chakras superiores y al mayor potencial humano.

Pero todo esto finalizó unos cuantos años después de haber empezado. En un solo día Óscar paralizó la escuela que había puesto en marcha, y que se había extendido por todo Estados Unidos, y volvió a Perú. ¿Por qué? Muy sencillo: la Serpiente de Luz estaba bloqueada, su culminación no llegaba a tiempo (al menos según lo que interpretaba la mayor parte del mundo indígena) y nadie sabía cuándo lo iba a hacer. Los mayas, por supuesto, sabían con exactitud en qué consistía el problema, cómo corregirlo e incluso cuándo sería corregido. Pero permanecían en silencio y esperando.

La ceremonia del águila y el cóndor

Ellos sabían que este problema no podría solucionarse hasta que no se llevara a cabo la ceremonia del águila y el cóndor. Así lo afirmaba su calendario. También sabían que mover el flujo de poder de la gran Serpiente de Luz iba a requerir más energía humana que la contenida sólo en América Central y del Sur. Necesitaban la energía y la cooperación de Norteamérica. Y esta ceremonia podía reunir a América del Norte, el Águila, y a América del Sur, el Cóndor, de forma que pudieran trabajar al unísono para ayudar a esta energía kundalini de la Tierra a llegar a su destino final.

Muchas tribus, incluso blancos que imitaban a los nativos, creyeron que podían llevar a cabo esta ceremonia del águila y el cóndor, y lo intentaron varias veces. Lo que no se entendió fue que la ceremonia debía aguardar hasta un determinado día del futuro y que sólo podía ser celebrada por los mayas.

El 19 de febrero de 2001, tal y como había predicho el calendario maya, este pueblo y otros doscientos de América del Norte, Central y del Sur se reunieron en Guatemala, y la ceremonia del águila y el cóndor tuvo lugar al fin. Todo está documentado en una preciosa película titulada *El camino blanco: visiones de los indígenas de América*, que se cita al final de este libro.

Cuando la ceremonia quedó concluida, ya se podía por fin hacer algo para ayudar a la Serpiente de Luz a encontrar su lugar de descanso, aquél donde podría enroscarse en las profundidades de la Tierra durante los próximos trece mil años y presentar al mundo entero los nuevos conocimientos espirituales y la energía que iba a necesitar la raza humana para seguir su camino.

Los dos grandes pájaros vuelan al unísono

En fechas posteriores de ese mismo año de 2001, tribus de toda América (entre las que se encontraban los esquimales, los hopis y muchas otras de Estados Unidos; los mayas, por supuesto, y más de quinientos pueblos de ambos continentes) comenzaron a trabajar juntos con un propósito único: ayudar a la Gran Serpiente Blanca a cruzar el canal de Panamá y completar su viaje.

Los mayas me pidieron ayuda, pues mis raíces también forman parte de una tribu de Norteamérica: los taos pueblo de Nuevo México. Se designaron tres días, que recuerdo que fueron en septiembre de 2001, para que cada tribu y cada persona pudieran trabajar a su modo en pro de este único objetivo común. Tribus indígenas de los dos continentes, trabajando juntos el mismo día, comenzaron a celebrar ceremonias por todas partes.

Recuerdo que abandoné todas mis ocupaciones durante esos tres días y me puse a meditar. En mi tradición, el método elegido es la Mer-Ka-Ba, el cuerpo humano de luz, por lo que coloqué un campo Mer-Ka-Ba viviente sobre el canal de Panamá y entré en meditación profunda, utilizando todo lo que sabía para ayudar a la kundalini de la Tierra a cruzar el canal.

El primer día y el segundo pareció que no sucedía nada. Yo podía sentir la tremenda energía de todas aquellas personas dedicadas trabajando al unísono, pero no era capaz de percibir ningún cambio en la Serpiente. Estaba empezando a pensar que quizá podíamos estar fallando, pero no permití que las dudas entraran en mí ser y seguí meditando.

Al final del tercer día sentí que algo estaba ocurriendo. Al principio fue como un pequeño flujo de energía, como una diminuta fuga en una presa, pero la energía siguió ensanchándose y haciéndose cada vez más poderosa. Por fin, la Serpiente de Luz se liberó y comenzó a agitarse con energía de un lado a otro como hacía cuando se estaba trasladando alrededor del mundo. Entró en Colombia, con gran fuerza y determinación, y continuó por Sudamérica, moviéndose por todas partes, entrando en cada región y en cada país.

Todo el mundo indígena exhaló un gran suspiro de alivio y gritos de júbilo llenaron el aire desde los dos continentes. Los dos grandes pájaros volando al unísono, como uno solo, habían obrado el milagro. Los mayas sabían que eso era lo que iba a suceder, pues así había sido profetizado en su calendario sagrado; pero con calendario o sin él, cuando sucedió en la vida real fue excitante. Ahora es cuestión de experiencia humana y profundas emociones.

Al mismo tiempo, allá arriba, en las alturas de los Andes del norte de Chile, ciento doce tribus estaban sentadas en un enorme círculo esperando la llegada de la Serpiente de Luz. El sitio exacto había sido ya predicho por los mayas, y las tribus rodeaban el lugar, cantando y bailando, haciendo de esta ceremonia el acontecimiento humano más importante en miles de años. También ayudaron a convertir a este diminuto trozo de tierra en la región más sagrada sobre la superficie del planeta.

Estos hombres y mujeres puros siguieron celebrando ceremonias hasta muchos meses después, cuando la Serpiente de Luz finalmente reptó hasta su casa y entró en su sagrado lugar de descanso en la Tierra. Es un lugar que transformará la zona de Chile y Perú en unos nuevos Tíbet e India, un lugar en el que nacerán grandes maestros; unos maestros que serán brillantes luces para el mundo, tal y como lo han sido los de Tíbet e India.

Mi parte en esta saga no había hecho más que empezar. Había que hacer muchas más cosas y yo no tenía ninguna premonición de los cambios que iban a acontecer en mi vida. La Madre Tierra estaba a punto de apuntarme a la tribu del arco iris de liberación e iluminación. Una parte de mi vida estaba a punto de desvelarse en formas que yo no podría haber imaginado jamás.

¿Qué otra cosa podemos hacer más que servir de ayuda?

CAPITULO CUATRO

LA PIRÁMIDE NAKKAL

Aquella mañana me desperté en las alturas del árido desierto de Nuevo México, a unos dos mil quinientos metros sobre el nivel del mar. Como un vasto océano, los arbustos de salvia verde grisácea se extendían hasta el horizonte en todas direcciones excepto hacia el este, donde la imponente cadena montañosa Sangre de Cristo se alzaba contra el cielo. La nieve que aún se podía contemplar en las cumbres en aquel día de comienzos de verano no era algo inusual. A veces no desaparece en todo el año. Hacia el oeste, escondido a mi vista, yacía el profundo cañón del río Grande, abriéndose camino en secreto a través de esta parte del desierto en la que no ha estado casi ningún ser humano. Al norte, a unos treinta kilómetros de mi hogar, se alzaba la segunda montaña aislada más alta del mundo, la montaña Ute.

Fue en esta montaña Ute donde la caballería de Estados Unidos intentó eliminar a los utes en 1800. Como éstos pretendían defenderse contra la terrible injusticia que les estaba infligiendo el gobierno estadounidense, eran considerados peligrosos y se afirmaba que debían ser aniquilados.

La caballería persiguió a los utes durante cientos de kilómetros hasta llegar a esta montaña, que recibió su nombre muchos años después en su honor. Los utes y la caballería sabían que en la montaña no había agua, pero en su desesperación los nativos ascendieron por ella para esconderse. La caballería rodeó la montaña y esperó. En realidad no estaban seguros por dónde habían ido los utes, pero esperaron, creyendo que al carecer de agua, si estaban allí arriba, tendrían que bajar.

Según cuenta la historia, los utes rezaron a la Madre Tierra para que les diera agua, pues sabían que sin ella morirían en la montaña o se verían forzados a bajar para que la caballería los matara a todos: hombres, mujeres y niños. Se extinguirían.

Y la Madre Tierra, que vivía en los corazones de los utes, respondió. Un manantial brotó de la montaña, nutriendo sus cuerpos y salvando sus vidas.

Unos tres meses después, la caballería de Estados Unidos decidió que los utes no debían haberse refugiado en la montaña y abandonaron la búsqueda. Los utes siguen vivos en la actualidad gracias a esta montaña y a su milagro, cuya energía se difunde por todo el valle en el que yo vivía en 1985.

Yacía en mi lecho pensando que algo parecía diferente o especial aquella mañana, pero no sabía por qué. Ese sentimiento permaneció en mí durante todo el día.

Yo formaba parte de un grupo de hombres y mujeres que regentaba una escuela esotérica llamada Escuela de Misterio Nakkal. El nombre me lo habían dado los ángeles, que nunca me contaron el motivo. Yo sabía que los nakkals eran los antiguos sacerdotes de la Atlántida, pero fuera de eso no sabía nada más. Sencillamente acepté el nombre porque la sugerencia procedía de una fuente superior.

Nuestro recinto abarcaba unas ocho hectáreas y estaba rodeado por millones de hectáreas, literalmente, deshabitadas. Teníamos dos casas de adobe, un jardín natural, una pequeña zona de apartamentos, un área de trabajo y garaje, un precioso centro de conferencias de adobe (con techos de siete metros y medio de altura y construido en forma de pentágono) y lo más importante de todo, una bella sala de oración subterránea llamada kiva. La escuela era perfecta para enseñar y aprender.

Estar completamente aislados de la civilización facilitaba mucho nuestra tarea, pues no había nadie que pudiera juzgar nuestro trabajo ni nuestras acciones, que habrían resultado extraños para algunas personas de nuestra cultura actual. Cada luna nueva, por ejemplo, instalábamos una cabaña de sudación de los nativos americanos con una enorme hoguera para calentar las piedras. Unas cuarenta personas ayunábamos al menos un día antes de la sudación y, durante horas, tocábamos los tambores y cantábamos, entonando el nombre de la Madre y la presencia del Gran Espíritu, entrando en nuestros corazones y esperando a que las piedras se pusieran del color rojo anaranjado de la vida.

Cuando llegaba el momento adecuado, entrábamos en la kiva subterránea rodeados de la más completa oscuridad, con humildad y sin ropa, tal y como marcaba la tradición nativa, y con una actitud de absoluta santidad para estar con la Madre. Era como estar en su seno. Prana, vacío, tierra, agua, fuego, aire, los seis elementos de la creación y la naturaleza estaban presentes al mismo tiempo en esta ceremonia.

Aquella tarde escuché a alguien que gritaba un fuerte « ¡Uau!» y corrí a ver quién era. El Sol se iba a poner en unos treinta minutos y llovía suavemente contra las montañas del este.

La razón del «¡Uau!» estaba clara. Enmarcando la cadena montañosa Sangre de Cristo aparecía el arco iris más increíble que he visto en toda mi vida. No había uno solo, sino tres: un arco iris dentro de otro arco iris dentro de otro arco iris. Los intensísimos y brillantes colores vibraban como si estuvieran cargados de electricidad. Me quedé sin habla.

Mientras observaba aquel milagro, me inundó el mismo sentimiento que había notado al despertarme aquella mañana. De algún modo u otro, aquel día era especial. Pero no había nada que pareciera distinto de los demás días a excepción de aquel asombroso arco iris. Sin embargo, el sentimiento se negaba a abandonarme.

La mañana siguiente, una furgoneta blanca y sin rotular paró frente a nuestro centro de conferencias. Como estábamos escondidos del público y en un sitio tan remoto, era poco habitual que alguien nos encontrara cuando no se estaba llevando a cabo ningún taller.

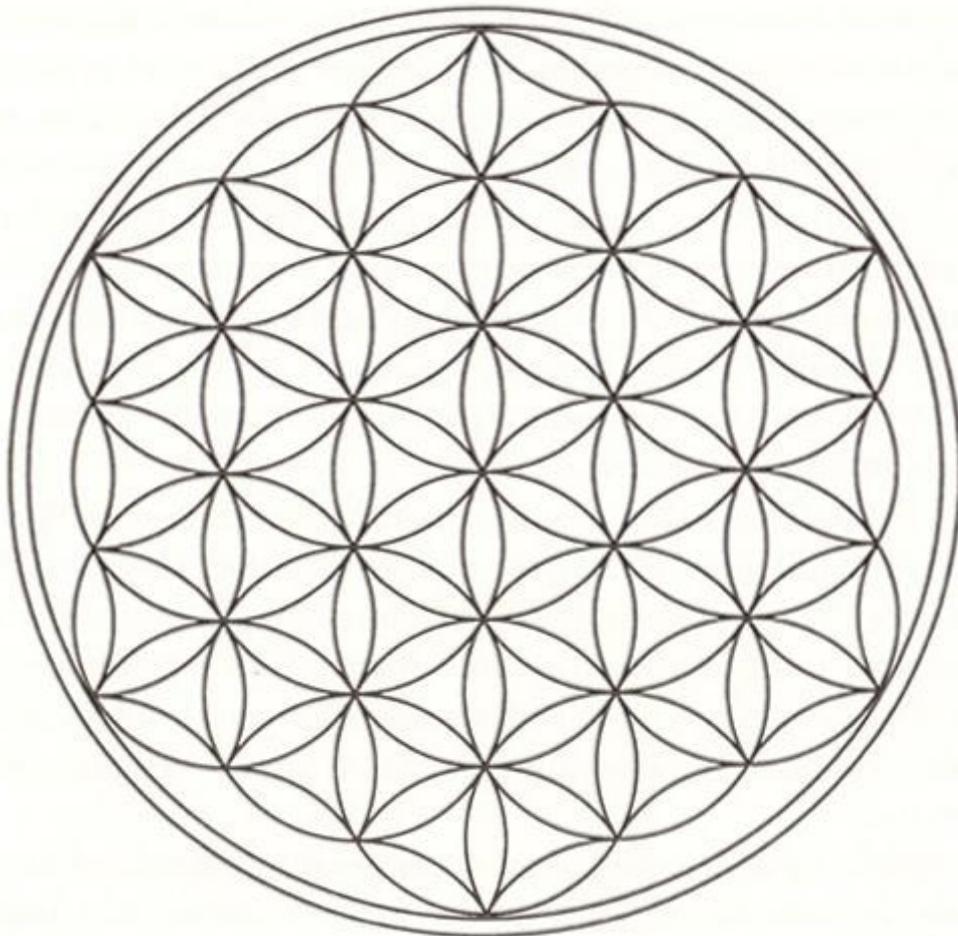


FIGURA 3: La Flor de la Vida.

Un grupo de cuatro hombres jóvenes, en la treintena, bajó de la furgoneta y caminó hasta la sala de conferencias donde me encontraba yo en una pequeña cocinita preparando el desayuno. Uno de ellos abrió la puerta delantera, me miró y preguntó:

— ¿Sabe dónde puedo encontrar a un hombre llamado Drunvalo?

Le dije quién era yo, y él fue derecho al grano:

— ¿Alguna vez ha visto este dibujo?

Me entregó un dibujo de la Flor de la Vida. Los diecinueve círculos me eran tan familiares como la palma de mi mano.

Yo vi este dibujo por primera vez pintado sobre una pared egipcia de seis mil años de antigüedad, y desde entonces lo he encontrado por todo el mundo: en India, Inglaterra, Irlanda, Turquía, Israel, Polonia, Suiza, Grecia, China, Japón, México y en unos cincuenta países más, casi siempre en sitios antiguos. Y seguimos descubriéndolo en distintos países todos los años. Pero lo más significativo de esta historia, como podrás comprobar, es que también lo había visto en Tíbet.

Como yo llevaba impartiendo enseñanzas acerca de este dibujo desde 1984, aquellos hombres habían hecho averiguaciones sobre mí y querían saber lo que significaba.

En ese punto les pregunté por qué estaban tan interesados en la Flor de la Vida. Se sentaron a mí alrededor y empezaron a relatarme una larguísima historia acerca del descubrimiento en Tíbet de una pirámide muy inusual que su equipo de exploración había encontrado unos meses antes. Lo que tenían que decirme era prodigioso.

Hace ya tanto tiempo de aquello que he olvidado los nombres de aquellos cuatro hombres, pero el que parecía ser el portavoz, o el que llevaba la voz cantante, se excitó y comenzó a hablar con autoridad. Sacó mapas y fotografías que puso sobre la mesa, los extendió, y me miró directamente a los ojos.

Me habló acerca del primer equipo de investigación que había intentado llegar a esta pirámide tibetana, pero me contó que sencillamente no estaban preparados para el largo y difícil viaje. Se tardaban seis meses en alcanzar la pirámide, que se encontraba a gran altura en las montañas occidentales de los Himalayas. No existían mapas claros, pues prácticamente nadie había estado jamás en aquella zona, y habían subestimado el tiempo que tardarían en llegar.

Para complicar el tema aún más, la pirámide era completamente blanca y estaba permanentemente cubierta de nieve, a excepción de dos o tres semanas al año, por lo que el equipo debía cronometrar perfectamente su llegada para poder encontrar la estructura y, con suerte, entrar en ella.

Me contó que el primer equipo llegó hasta el borde de las montañas desde donde se podía contemplar aquella magnífica pirámide en el valle que se encontraba a sus pies, pero no pudieron continuar, pues de haberlo hecho todo el equipo habría muerto. No tenían suficientes provisiones para el tiempo extra y no tuvieron más remedio que dar la vuelta. Yo creo que esto ocurrió a principios de la década de los ochenta. Pero sólo unos pocos años más tarde, aquellos hombres que estaban sentados alrededor de la mesa lo intentaron una vez más.

En esta ocasión se prepararon mejor y llegaron a la pirámide tibetana justo en el momento en que se encontraba completamente expuesta para su exploración. Se quedaron pasmados al comprobar que, a diferencia de la Gran Pirámide de Egipto, ésta no estaba sellada. Tenía una única abertura, que permitió al equipo entrar sin hallar ningún obstáculo.

Durante los dos días siguientes, me relataron cómo encontraron la pirámide, que denominaron Gran Pirámide Blanca. Explicaron el aspecto que tenía y cómo carecía de marcas, escrituras, jeroglíficos o cualquier otra cosa sobre la superficie o en las paredes, tanto interiores como exteriores, a excepción de una única imagen preferente colocada en la parte superior de una pared central de la sala principal. Se trataba de la imagen de la Flor de la Vida. Aquella era la razón de que me hubieran buscado y encontrado en medio del solitario desierto.

Querían que les hablara acerca del significado de la Flor de la Vida. Esperaban que yo les podría conducir a quienquiera que hubiera construido aquella pirámide, pues no tenían ni idea de quién podría haber sido.

Yo no podía explicar lo que la Flor de la Vida «significaba realmente» en una o dos horas. Por eso se quedaron dos días. Es el dibujo de la creación de todo el universo y todo lo que éste contiene, incluyendo a todas las criaturas vivientes. Es incluso el dibujo de la creación de aspectos del universo que no son considerados cosas o materias, tales como las emociones y los sentimientos. Puse el máximo empeño y les di un minitaller sobre la de Flor de la Vida, en el que suprimí todas las ceremonias, los círculos de oración, los relatos con mensaje y, por supuesto, la cabaña de sudación de los nativos americanos.

Aquellos hombres me hablaron acerca de la increíble suerte que habían tenido de ser los primeros seres humanos en tocar realmente aquella inusual pirámide. Me informaron de que no se conocía ninguna otra pirámide cerca de ella y que estaba completamente aislada en una

región inaccesible de los Himalayas. Siguieron contándome lo extraño que resultaba que una pirámide así estuviera situada en un lugar en el que jamás había existido civilización alguna.

El sentimiento que había tenido el día anterior de que algo especial iba a ocurrir no me había abandonado. Yo sabía que aquella información era importante, pero en realidad, en aquel momento, no sabía hasta qué punto.

Cuando se fueron de la Escuela de Misterio Nakkal, llenos de entusiasmo, las fotografías que me habían mostrado de la asombrosa pirámide seguían volviendo a mi cabeza una y otra vez. Casi podía saborear la causa de su importancia, pero todavía no acudía nada a mi mente.

Finalmente, un par de días más tarde, cuando me encontraba meditando, los dos ángeles aparecieron en mi visión interior, y me dijeron:

—Esa construcción se llama Pirámide Nakkal. Sabemos que en este momento no lo entiendes, pero a su debido tiempo lo harás. En un futuro, todo te será revelado.

Pero ¿por qué Pirámide Nakkal? ¿Y por qué Escuela de Misterio Nakkal? En aquel momento, lo único que sabía era que los nakkals eran los sumos sacerdotes de la Atlántida. No sabía que tuvieran ninguna relación con Tíbet.

Había tanto que yo no sabía... Pero confié en los ángeles y los guardé en mi corazón. Cuando me hablaban, siempre me sentía como un niño pequeño que pretende entender el mundo que le rodea, unas veces desconcertado y otras excitado, pero fundamentalmente asombrado por la vida y por el modo en que los ángeles introducían el conocimiento con tanta suavidad en mi simple entendimiento.

Llegó un día en que la Escuela de Misterio Nakkal se disolvió, como sucede con todas las escuelas de ese tipo, pero el recuerdo del equipo de exploración y la pirámide que habían encontrado no me abandonaba. Y a su debido momento, los ángeles me contaron toda la historia, que iré compartiendo contigo mientras continuamos caminando.

La Serpiente de Luz había dejado su hogar, la Pirámide Nakkal, y se estaba moviendo libremente para encontrar un hogar nuevo y, con el tiempo, una nueva pirámide, y la Red de Conciencia de Unidad sobre la Tierra estaba casi concluida. Para 1989 y 1990, cuatro años antes de mi primer aprendizaje sobre la pirámide, la red había crecido hasta alcanzar el primer nivel de Unidad, pero la Serpiente de Luz todavía seguía buscando su sitio en la Tierra, aparentemente desfasada con el ADN cósmico.

Pero jamás debemos olvidar que la Vida es perfecta.

CAPÍTULO CINCO

LA PUESTA EN EQUILIBRIO DEL ASPECTO FEMENINO DE LA RED DE CONCIENCIA DE UNIDAD

En la mayoría de las tradiciones espirituales, las habilidades psíquicas no se consideran importantes, pero sin embargo uno debe atravesar esa zona de la consciencia humana para alcanzar el otro lado. Durante mi época en la Escuela de Misterio Nakkal, y mediante la dirección de los ángeles, fui instruido en habilidades psíquicas en diversos niveles.

Pero debemos tener en cuenta que el modo de la mente, la habilidad psíquica, también es considerado algo peligroso por muchas tradiciones espirituales, pues una persona puede llegar a dominar fenómenos psíquicos de niveles muy altos y aun así mantener su ego. Uno debe proceder con cuidado, pero sin dejar de proceder. Es un paso necesario para la iluminación espiritual.

Cuando éramos estudiantes empezábamos con cosas sencillas, como ver el aura. Las auras son los colores electromagnéticos que irradia el cuerpo y que forman una envoltura de energía con forma de huevo. Pueden ser vistas utilizando instrumentos científicos y ordenadores, pero también mediante la consciencia humana cuando ésta ha sido entrenada.

Fundamentalmente, de los hombros hacia arriba, las auras son principalmente nuestros pensamientos. Desde los hombros hasta al-rededor de las rodillas, son nuestras emociones y sentimientos. Las enfermedades corporales hacen que el color proceda de las partes afectadas, normalmente con formas geométricas, y las formas y los colores cambian cuando la enfermedad de la persona mejora o empeora.

Ver auras conduce a leer auras, lo que implica un conocimiento del significado de los colores. Esto nos lleva a saber lo que las personas están pensando y las emociones que están sintiendo. Y con todo ello comenzamos a cruzar el puente sutil entre la creencia de que eres un individuo y el mundo exterior es algo independiente a ti, y el convencimiento de que sólo existe Una Consciencia y de que cualquier cosa puede ser conocida y experimentada. En este Universo Único no existen los secretos.

Durante esa época de enseñanza empecé a descubrir que podía comunicarme con otras personas a grandes distancias. No quiero decir comunicarnos como si estuviéramos hablando por teléfono, sino más bien como a través de una videoconferencia, sólo que yo hablaba de forma telepática y sabía todo lo que se escondía tras las palabras.

Mi primera experiencia psíquica relacionada con la telepatía tuvo lugar en 1971. Fue con una mujer india llamada Bupi Naopendara, que se me apareció por medio de un brillante punto de luz, como un sol diminuto, que parecía venir de la nada. Lo habitual era que, a poca distancia y justo frente a mí, aquel pequeño sol se expandiera, atenuara su brillo y adquiriera una forma ovalada de poco más de un metro de ancho y algo menos de un metro de alto. El centro de aquel óvalo se iba abriendo a medida que el minúsculo sol se expandía, y en medio del óvalo aparecía una ventana por la cual podía ver otro lugar. A través de ella podía contemplar a Bupi y hablar con ella como si nos encontráramos en la misma habitación. No sólo la veía a ella, sino a cualquier otra persona que ella me presentara. A veces, incluso su perro paseaba por la ventana. Aquella comunicación con Bupi se mantuvo cada día durante un año y medio.

Por eso conocía ese aspecto de los *siddhis* (un término hindú que significa «poderes psíquicos») antes incluso de empezar a estudiar en la Escuela de Misterio Nakkal. A pesar de ello, cuando nuestra historia comienza en 1985, yo me consideraba un principiante.

La mayor parte del tiempo, la experiencia del estudio psíquico resultaba excitante; a veces daba un poco de miedo, pero en general suponía un gran desafío mental. Y justo cuando estaba empezando a sentirme un poco más cómodo con aquellas inusuales ideas, mis guías interiores me empujaron al mundo para ser utilizado, y quizá probado, por la Madre Tierra. Lo cierto era que yo no sabía gran cosa. Pero, aparentemente, había determinadas cosas que podía hacer por los Maestros Ascendidos y por los guías que iban a colaborar con la consciencia y la sanación del mundo. Ahora bien, ¿quiénes eran esos guías interiores y exteriores? Resulta un poco difícil de explicar, así que debes tener paciencia. Las dos esferas de luz, o ángeles, eran el hilo que mantenía unido todo el tapiz, pero existían muchos mentores; la mayoría de ellos estaban vivos,

pero algunos no. Y la mayor parte de los maestros que estaban con vida en 1985, en la actualidad, en 2007, ya han pasado a otros niveles de ser más elevados. En aquellos días yo me sentía bastante solo, a no ser por los ángeles, que seguían guiando el curso de mi vida.

Casi todos aquellos maestros estaban, de un modo u otro, conectados con la Gran Hermandad Blanca y los Maestros Ascendidos. Éstos son sencillamente personas, como tú y como yo, que espiritualmente han avanzado más que la mayor parte de la humanidad y viven en otras dimensiones de consciencia de la Tierra. Tanto la Gran Hermandad Blanca como los Maestros Ascendidos tienen personas dentro de sus órdenes, como St. Germain y Thoth, que experimentan y afectan directamente a esta Tierra tridimensional.

Hasta hoy puede que haya tenido unos noventa maestros principales de todas las grandes religiones y la mayoría de las disciplinas espirituales del mundo. Sin embargo, no estoy diciendo que sea un gran estudiante. Aprendo despacio y me considero bastante vago. En realidad, estoy seguro de que tú lo hubieras hecho mucho mejor. He cometido numerosísimos errores al aprender y recordar mi conexión con Toda Vida en todas partes. Pero sí puedo afirmar que lo hice lo mejor que pude, y si he aprendido algo es que la Vida es perfecta, entera y completa, y que no carece de nada.

Los Rayos de Luz, la Red de Conciencia de Unidad y la Serpiente de Luz

Algo sucedió cuando viajé a Yucatán hacia 1987, una señal íntimamente relacionada con la Pirámide Nakkal y que me ayudó a hacerme mucho más consciente. Fue cuando los mayas me mostraron lo que ellos llaman «los Rayos de Luz», un fenómeno generado por la glándula pineal. Estos Rayos de Luz aparecen alrededor de la cabeza humana sólo cuando la persona está espiritualmente sana. Mis mentores y guías creían que este paso en la consciencia es absolutamente necesario para que una persona comience *conscientemente* el proceso de ascensión.

Estos Rayos de Luz son la conexión entre la mente y el corazón, y su aparición supone un gran paso para recordar nuestra verdadera relación con el Creador. Para que una persona pueda conectarse plenamente con la energía de la Serpiente de Luz en los niveles superiores, debe tener sus Rayos de Luz en funcionamiento, al menos en un nivel mínimo. Son demasiado complejos para que pueda explicarlos en un libro como éste, pero en el futuro escribiré otro acerca de este nivel de entendimiento; si deseas una explicación ya, puedes obtenerla en mis talleres globales, donde gustosamente te ofreceré esta información personalmente.

Thoth

Uno de mis mentores interiores, al que a menudo se hace referencia como Thoth, el Escriba de Egipto, se me apareció varios años antes del descubrimiento de la Pirámide Nakkal. Me fue asignado por los ángeles para que estudiara con él durante un tiempo, y no cabe duda de que su experiencia y sabiduría han sido fundamentales para mi entendimiento.

En 1985, Thoth me dijo:

—Existe una situación de desequilibrio en la Red de Conciencia de Unidad que rodea la Tierra, concretamente en el aspecto femenino. Necesitamos tu ayuda, y al mismo tiempo esta experiencia te ayudará a crecer espiritualmente. ¿Aceptas?

Y bien, en primer lugar, ¿qué es la Red de Conciencia de Unidad? La mayor parte de las personas no suelen conocer esta información, aunque sí la mayoría de los gobiernos más poderosos del mundo. Existen campos electromagnéticos de forma geométrica que rodean y contienen la Tierra por completo. Hay millones de ellos y desde el espacio parecen como una luz brillante alrededor de la Tierra. Cada una de las especies vivas de cada ser vivo, incluso de los insectos, tiene, y de hecho necesita tener, una red de energía que rodee la Tierra para que pueda existir.

Los seres humanos no somos diferentes, y existen tres redes asociadas a la consciencia humana. La primera está conectada con determinados pueblos indígenas del mundo, tales como los aborígenes australianos, pues ellos son las personas vivas más antiguas. La segunda está basada geoméricamente en los triángulos, y es la red que permite nuestra consciencia humana específica (del bien y del mal) sobre la Tierra. La tercera es la Red de Conciencia de Unidad, basada en el dodecaedro pentagonal interconectado con el icosaedro, y es la nueva red para la

consciencia que está ahora evolucionando sobre la Tierra. Sin esta Red de Conciencia de Unidad, la humanidad nunca sería capaz de ascender al nivel superior de consciencia, por lo que su importancia resulta evidente.

Fue Estados Unidos quien descubrió la segunda red y Rusia, la Red de Conciencia de Unidad.

Esta Red de Conciencia de Unidad ha estado «en construcción» durante unos trece mil doscientos años, justo desde antes de «la Caída»: la caída de la consciencia, de la que habla la Biblia. Y desde la Caída, la Vida ha estado intentando restaurar esta red i.in sumamente importante para que la humanidad pudiera volver al estado de evolución en que se encontraba antes de la Caída, l'n este nivel, es muy sencillo.

Esta red consta de tres partes energéticas: la masculina, localizada en Egipto; la femenina, situada en una inmensa área circular cuyo centro se encuentra en Yucatán (México), y la infantil, o neutra, en Tíbet. Era la parte femenina la que no estaba completamente equilibrada y requería atención. Y esta parte femenina de la Red de Conciencia de Unidad es lo que constituye el foco de la historia que sigue.

Será de gran ayuda entender que esta Red de Conciencia de Unidad y la Serpiente de Luz están profundamente interconectadas. La Red de Conciencia de Unidad es el patrón que contiene y sostiene la consciencia humana en un nivel concreto, que se encuentra justo después de nuestra actual consciencia humana del bien y del mal. La kundalini, la Serpiente de Luz, es la energía que guía a la humanidad para que encuentre y acceda a esta Red de Conciencia de Unidad. Sin esta nueva vibración específica procedente de la Serpiente de Luz, la humanidad estaría perdida y jamás encontraría su camino hacia la consciencia superior. El Gran Espíritu nos ha proporcionado todo lo que necesitamos, y a la perfección.

Pero hay muy pocas personas que estén directamente conectadas con esta Conciencia de Unidad y la expresen. Tiene que haber al menos dos, o no existiría. La verdad es que hay por lo menos ocho mil Maestros Ascendidos que emplean esta red para ser conscientes. Personalmente, creo que hay muchas más personas que están llevando a cabo la transformación sobre la Conciencia de Unidad mientras escribo estas palabras.

Pero lo más importante para la mayoría de los seres humanos es que ésta es la red de consciencia a la que nosotros, como raza humana, estamos a punto de pasar en un futuro inmediato. La ascensión no significa necesariamente abandonar la Tierra, como sugieren algunos; es más bien un cambio en la consciencia, un cambio en cómo uno interpreta la Realidad Única.

Los ocho templos y los ocho cristales

Debía responder a Thoth. ¿Aceptaría su misión? Avergonzado, respondí:

—Sí, ayudaré. Pero realmente no sé qué hacer.

—No te preocupes, Drunvalo; sólo tienes que seguir a tu corazón. El procedimiento es siempre el mismo.

—De acuerdo. ¿Qué es exactamente lo que quieres que haga?

Sin dudar, Thoth dijo:

—Necesitamos que vayas a ocho templos mayas de México y Guatemala y coloques un cristal en cada uno de ellos en un lugar específico. El emplazamiento de cada cristal debe ser perfectamente calculado al nanómetro o no funcionará, y todo lo que estés intentando fracasará.

»Te mostraremos dónde colocar los primeros cuatro cristales, pero deberás descubrir por ti mismo dónde van los otros cuatro. Sólo tu corazón puede ayudarte a llevar a cabo esta tarea.

Al día siguiente se me dieron los nombres de los ocho cristales, se me informó de que deberían ser de una calidad muy alta y se me encargó que los comprara ese mismo día.

Fui corriendo a una tienda de cristales que conocía y descubrí que no se trataba precisamente de una compra barata. En aquel momento estaba apurado de dinero, pero no podía hacer nada y los compré.

De vuelta a casa, los coloqué sobre una tela azul oscuro y entré de nuevo en meditación. Se me dijo que debía ir a casa de Katrina Raphael, que por aquel entonces era una buena amiga mía, y pedirle que me dijera en qué templo debía ir cada cristal. Aquello me pareció tonto, y hoy día sigo sin saber por qué tuve que preguntarle a Katrina. ¿No me lo podía haber dicho Thoth?

Como tanto Katrina como yo vivíamos en Taos (Nuevo México), el encargo era fácil y me acerqué en mi coche hasta su casa. Pero aquél no era un día corriente para Katrina. Era una experta en cristales que estaba escribiendo su primer libro, titulado *La iluminación por los cristales*, acerca de sus conocimientos especiales, y su editor le había pedido que entregara el manuscrito a las cinco de la tarde de ese mismo día. Por eso, cuando me asomé a la puerta, me dijo:

—Vete, Drunvalo; hoy no. Estoy demasiado ocupada para charlar.

Levanté el índice de mi mano izquierda, y dije: —Katrina, sólo necesito unos cinco minutos, por favor.

—Drunvalo, por favor, voy retrasadísima. En otro momento.

Pero a mí me habían dicho que me asegurara de recibir la información de dónde iban los cristales *ese día*. Por eso insistí, y ella me contestó:

—De acuerdo, cinco minutos, ni un segundo más.

Rápidamente le hablé de los ocho templos y los ocho cristales, y le entregué la lista que se me había dado. La leyó durante unos tres segundos, abrió la tela azul que contenía los ocho cristales y, sin pensarlo, señaló los templos uno a uno y anunció un cristal para cada uno, sin emplear más de ocho segundos en cada cristal.

—Muy bien, Drunvalo, tengo que trabajar.

—De acuerdo, de acuerdo —murmuré—. Déjame que escriba lo que acabas de decirme.

Al recordar aquella experiencia, sé que realmente fue la grandeza lo que inspiró a Katrina para elegir qué cristal iba en cada uno de los templos. En mi recorrido por ellos, cada cristal que ella había elegido era siempre exactamente del mismo color principal o de la energía de ese templo. Sigo sin saber por qué no me dijeron eso de principio. Supongo que estaba aprendiendo a confiar.

Mientras estaba teniendo lugar el viaje a México y Guatemala, otra parte de la historia, relacionada con los fenómenos psíquicos y la red sobre la Tierra, se engranó con él. Para contar esta parte debo volver al principio.

Los taos pueblo

En mi anterior y única otra vida sobre la Tierra, desde 1850 hasta 1890, viví como curandera de una pequeña tribu de Nuevo México llamada los taos pueblo. Puedo recordar cada minuto de esa vida, que forma una historia por sí misma, pero no una que necesite contar aquí.

Lo importante es que mi padre en aquel tiempo era el jefe de la tribu, y mi madre estaba considerada por los taos como una gran alma. En mi vida actual, mi madre de la tribu es mi hermana mayor, Nita Page, y mi padre de la tribu es el hijo de mi hermana, Ken Page. Ahora soy su tío, aunque sólo nos llevemos cuatro años de diferencia. (Mi hermana es dieciséis años mayor que yo.)

En esta vida, cada año y durante más de cuarenta, un hombre fuerte y realmente santo llamado Juan Concha, el dirigente espiritual de la tribu taos en 1985, estuvo yendo a casa de mi hermana, en California, para asegurarse de que Nita, Ken y yo nunca olvidáramos nuestras raíces. En realidad, la tribu iba a tener trabajo para nosotros en el futuro y no quería perder nuestro rastro.

Los tres osos se despiertan

Mi hermana fue la primera en despertar, hace mucho tiempo, a principios de los años sesenta. La tribu la recogió, confirmó quién era, y dio comienzo a un programa de entrenamiento especial creado específicamente para ella. Dentro de la tribu taos había doce tribus, y cada una de estas tribus menores poseía su propia kiva y su camino espiritual específico. Nita fue entrenada en la tribu «fetiche de cristal», que la condujo a su kiva de las profundidades de la tierra para empezar su entrenamiento. Esto resultaba tremendamente inusual, pues normalmente sólo los hombres son admitidos en las kivas. Pero debido a quién era, hicieron una excepción y le enseñaron los antiguos modos.

Yo fui el segundo en despertar, en 1971, cuando las dos esferas de luz, los ángeles, se me aparecieron, pero hasta 1980 no me pidieron que fuera a Taos para comenzar mi entrenamiento

con la tribu. Yo di por supuesto que, cuando llegara allí, la tribu correría hacia mí con los brazos abiertos y me acogería, pero no fue así.

Anuncié que había ido para comenzar mi recuerdo. Sólo me miraron, y dijeron:

—Entra en el pueblo y espera. Vendrán a buscarte cuando llegue el momento.

Dos años más tarde, cuando ya casi había olvidado por qué estaba allí, Jimmy Reyna, mi futuro mentor, llegó a mi casa y me pidió que asistiera a una ceremonia tribal. Era el comienzo de un programa de entrenamiento, de doce años de duración, en el que me enseñaron gran parte de lo que he aprendido acerca de los niveles espirituales.

Pasaba mucho tiempo con la hermana de Juan Concha, Cradle Flower, que me enseñó el funcionamiento interno de las formas que tenía la tribu de usar los cristales, los fetiches y los sueños para crear realidades. Aunque aprendí todo esto directamente de la tribu, fue en la vida diaria donde tuve que darme cuenta de su poder. Lo que debía dominar era el cruce del puente entre dos mundos, los dos modos de ser, tan diferentes.

Mi hermana y yo esperamos durante años el despertar de Ken. Pensábamos que tendría lugar cualquier día, pero nada sucedía. Ken había crecido en la tradición católica, pero su dios era el dinero. Se había hecho muy rico con centros comerciales, puertos deportivos, restaurantes, tiendas de automóviles y muchas cosas más. Creo que puedo afirmar que Ken era un multimillonario con el materialismo instalado en el núcleo de su mundo.

Pasaron los años. Tanto Nita como yo comenzamos a creer que Ken nunca iba a despertar. Finalmente, debo admitir que lo dejé a un lado y me mudé desde Nuevo México a Colorado, donde estaba viviendo en aquel momento, para continuar con mi vida. Muchos años más tarde casi me había olvidado de él, pues vivíamos en dos mundos paralelos. Y entonces un día de 1983 ó 1984, un año o dos antes de que la Pirámide Nakkal fuera descubierta, Ken tuvo una experiencia.

Ken no tenía ni idea de temas como el que estamos tratando en este libro. Vivía una vida basada por entero en las cosas materiales que uno posee y con las que uno se pasea. La única parte de la vida que le importaba era el tipo de coche que conducía, la marca del traje que llevaba o la dirección donde vivía. El lado espiritual de la vida no le afectaba en absoluto. ¿Habilidades psíquicas? Ken no creía en ninguna de esas extrañas posibilidades. De hecho, si alguien hubiera hecho flotar un objeto por la habitación, al instante habría creído que era cosa del demonio. Católico cien por cien.

Pero aquel día, la vida de Ken cambió para siempre. Le habían invitado a una fiesta, con vino y queso, y todo el mundo paseando y hablando de sí mismos. Pero la Madre Tierra había decidido que había llegado el momento en que Ken debía despertar.

Una mujer joven se le acercó y le preguntó si le gustaría tener una «lectura». Él le respondió:

—¿Quieres leerme un libro?

Ella le hizo sentarse y sacó un mazo de cartas de tarot y comenzó a hacerle una lectura, la primera de su vida. Creo que podríamos llamarla su lectura virginal.

La mujer empezó a decirle cosas que sólo él conocía. No una o dos, sino muchas experiencias pasadas y profundamente escondidas, y con todo lujo de detalles. Él estaba abrumado. Nadie, y en especial ningún extraño, le había dicho jamás cosas así de sí mismo de la manera en que esta joven lo estaba haciendo. Aquello estaba alterando su concepto de la vida.

Al final de la lectura, Ken estaba completamente abierto a cualquier cosa que ella dijera. Para él, estaba sucediendo un milagro. Ella se inclinó hacia él, señaló con el dedo directamente hacia su tercer ojo, bajó la voz y dijo:

—Ken, tienes un tío que vive en Nuevo México y debes visitarle. Tiene algo que enseñarte. Deberás quedarte con él tres días.

Aquello era la gota que colmaba el vaso. Ken sabía que yo vivía en Nuevo México, pero no podía imaginar cómo podía saberlo aquella muchacha.

Dejó la fiesta y a la mañana siguiente llamó a su madre para pedirle mi número de teléfono. Aquello era algo que, sencillamente, no podía pasar por alto. Era demasiado poderoso, y su curiosidad acerca de lo que yo iba a enseñarle estaba estallando como una supernova.

Reunión

En aquella época yo estaba viviendo con mi novia en una vieja comunidad hispana cerca de Taos. Nuestro hogar era primitivo: una pequeña casita de adobe con dos habitaciones y sin un auténtico cuarto de baño. Ambos éramos artistas y pintábamos sobre el lienzo escenas de naturaleza suroccidental para poder conseguir algo que llevarnos a la boca. Yo me había licenciado en bellas artes y era un apasionado de la materia. Parece que eso nunca me abandona durante demasiado tiempo. Aunque mi entorno era precario, yo me sentía muy feliz viviendo allí.

Un día recibí una llamada telefónica de Ken. No había hablado con él desde hacía casi diez años, como le dije, y nuestras vidas habían avanzado en direcciones divergentes. Ken me contó la lectura de la chica y me preguntó si podía venir a visitarme «durante tres días».

—Por supuesto, Ken. Me encantará verte.

Alrededor de una semana después llegó a mi humilde casa en un flamante Lincoln Town Car negro. Estaba totalmente fuera de lugar en aquella vieja y pobre comunidad hispana. Se bajó del coche con su traje de tres piezas y sus gafas de sol especiales, que se aclaran cuando te apartas del sol.

Abrí la puerta. En lugar de saludar, miró hacia el interior, escrutando la habitación; luego dirigió su mirada hacia mí, y dijo:

—¿Vives aquí?

No podía creer, acostumbrado a su estilo de vida, que yo pudiera realmente vivir en una casa así.

¿Qué podía decir yo?

—Ken, sé que es sencilla, pero a mí la vida me parece maravillosa. Pasa.

Caminó hasta una silla, le quitó el polvo con asco y se sentó. Me miró directamente a los ojos, y dijo:

—Bueno, pues ya sabes lo de la lectura, pero lo que no sabes es que ella me dijo que tienes algo que enseñarme y que tardarás tres días en hacerlo. ¿De qué se trata?

—Poco a poco, Ken. No tengo ni idea de lo que se supone que debo enseñarte, si es que debo enseñarte algo. Si esperas unos minutos, vuelvo enseguida y quizá pueda contestarte.

Fui a la habitación trasera, donde había preparado un lugar de meditación. Me senté, y muy pronto entré en un estado de consciencia alterado, tal y como me habían enseñado. Allí, en mi visión interior, estaban los dos ángeles. Les pregunté qué querían que hiciera.

—Enséñale a Ken todo lo que sepas acerca de los cristales —me dijeron. Y desaparecieron.

Me levanté y pensé en ello por un momento. Yo llevaba muchos años estudiando los cristales y estaba incluso dando talleres sobre éstos para sacar algo más de dinero. (El arte y la pintura no eran suficientes, desde luego.) Si tuviera que enseñar a Ken todo lo que sabía sobre los cristales, eso nos llevaría cada minuto de aquellos tres días.

Volví a entrar en la habitación en la que me esperaba Ken. —Bueno, ¿sabes ya lo que vas a enseñarme? —me preguntó. Sin rodeos, como quería Ken, le contesté: —Sí, parece ser que debo enseñarte todo lo que sé acerca de los cristales.

A Ken se le salían los ojos de las órbitas y su expresión era de perplejidad.

— ¡Piedras! Me vas a enseñar cosas sobre las piedras. ¡Es ridículo! Las piedras no van a ayudarme.

—Ken, los cristales son algo más que piedras. Comencé a explicarle cómo los cristales están, en realidad, vivos y conscientes; algo que comprendo que está más allá de la consciencia normal, pero no más allá de la ciencia. Le enseñé la tabla periódica de los elementos, que había colgado en una pared. Le mostré cómo el carbono, el sexto elemento, está asociado con toda la química orgánica y todo lo que normalmente se considera vivo. Pero directamente debajo de él, una octava por debajo, está el silicio, el elemento principal del cristal de cuarzo y del ochenta por ciento de la corteza terrestre.

Le expliqué que la ciencia había descubierto, en los años cincuenta, que el silicio posee exactamente los mismos principios de vida que el carbono, y que hoy día la ciencia entiende que el carbono y el silicio son los únicos dos elementos que se sabe que pueden crear vida. La ciencia ha encontrado formas de vida en las profundidades del océano que están vivas, conscientes y que se reproducen, cuyos cuerpos están formados enteramente por silicio, sin

ningún rastro de carbono. Por tanto, cuando hablamos de cristales, debemos entender que son conscientes de mucho más de lo que los humanos admitimos.

Los cristales son capaces de recibir y enviar tanto los pensamientos humanos como las emociones. Esto lo descubrió el científico Marcel Vogel, que posee más de doscientas patentes, incluida una del disco flexible de los ordenadores mientras trabajaba para la Bell Labs. Todo esto tiene sentido cuando uno se da cuenta que la primera radio del mundo estaba fabricada con cristales. Simplemente colocabas un cristal de cuarzo sobre una mesa, lo tocabas con un cable y podías escuchar la señal de radio por los altavoces. El cristal estaba recogiendo la señal electromagnética en la banda de frecuencias de la radio.

Pero también los pensamientos humanos se encuentran en la escala de frecuencias electromagnéticas. Los pensamientos tienen una longitud de onda muy, muy larga, comparada con las ondas de radio; pero a excepción de esa longitud, son exactamente lo mismo. Por tanto, ¿por qué no iba un cristal a ser capaz de captar los pensamientos?

Ken jamás había pensado en esto con anterioridad.

— ¿Así que quieres decir que un cristal puede saber lo que estás pensando?

—Sí, Ken. Pero es mucho más que eso. ¿Cómo crees que funcionan los ordenadores? No son otra cosa que cristales, y sin esos cristales los ordenadores no existirían. Es la naturaleza viva de un cristal lo que les permite hacer lo que hacen. ¿Lo entiendes?

»Los cristales naturales pueden guardar un «programa», lo que significa un patrón de pensamiento, y seguir ejecutando ese patrón de pensamiento durante toda la eternidad a menos que alguien lo borre. Un cristal debidamente programado puede cambiar vastas zonas del mundo humano e influir sobre ellas.

Así fue como Ken y yo comenzamos a intercambiar ideas acerca de los cristales. Nuestra discusión duró tres días, hasta que sentí que Ken se había hecho buena idea de cómo trabajaban los cristales con la consciencia humana. Al cuarto día, Ken me dio un fuerte abrazo y volvió a su mundo ligeramente cambiado. Al menos creo que entendió que un cristal era algo más que una piedra.

CAPÍTULO SEIS

LA PUESTA EN EQUILIBRIO DE LA RED FEMENINA ALREDEDOR DE LA TIERRA EL YUCATÁN Y LOS OCHO TEMPLOS (PRIMERA PARTE)

La entrada de Juan Concha

Cuando Ken se alejó, yo no estaba muy seguro de que fuera a volverle a ver. Habían pasado diez años desde la última vez que estuvimos juntos, pero ahora parecía que la distancia que nos separaba estaba disminuyendo.

Unas dos semanas más tarde, me llamó por teléfono. Estaba tan excitado que casi no podía ni hablar. Con voz temblorosa me dijo que había estado alojado en el hotel Hilton de Walnut Creek (California), y que cuando se disponía a abandonar el hotel observó que en el vestíbulo se estaba celebrando una exposición de cristales en la que vendían unos ejemplares fantásticos.

Gracias a su pequeño conocimiento de los cristales, le había llamado la atención un enorme generador de cristal de cuarzo de calidad superior, y lo había comprado. Un generador de cristal concentra tu propia energía y la usa según tus intenciones. Aquel cristal en concreto medía unos veinticinco centímetros de longitud por unos cinco de ancho. Empleado correctamente, poseía un gran poder potencial.

Mientras conducía hacia su casa, al otro lado de las montañas y junto al mar, Ken sostenía el generador de cuarzo con la mano izquierda y el volante con la derecha. Estaba circulando por una autopista a algo más de cien kilómetros por hora cuando otro coche pasó por su lado como una exhalación, se metió en su carril y comenzó a girar fuera de control delante de él. Ken no tuvo más opción que dar un volantazo hacia el tráfico que venía en dirección contraria para evitar chocar contra el otro coche.

Me dijo que la siguiente cosa que recordaba era que se estaba dirigiendo directamente contra un coche conducido por una mujer. Ambos se movían a gran velocidad y les separaban unos seis metros. Ken podía ver a la mujer gritando y con los brazos hacia arriba para protegerse la cara.

Y entonces pareció perder la consciencia, y la siguiente cosa que recuerda fue que estaba de nuevo en su carril, circulando a poco más de veinte kilómetros por hora. No había nada delante de él. Miró por el retrovisor y pudo ver muchos coches amontonados a causa de un accidente múltiple, quinientos metros a sus espaldas, pero él estaba bien, no había sufrido ni un rasguño.

No era capaz de explicar lo ocurrido. Bajó la mirada hacia el brillante cristal de cuarzo que sostenía en la mano y se preguntó si aquella piedra había tenido algo que ver con el hecho de que él siguiera vivo.

Por teléfono, me preguntó:

—Drunvalo, ¿por qué sigo vivo? ¿Cómo es posible que no chocara contra aquella mujer? Es imposible que haya sucedido todo esto.

Yo no era capaz de responderle, por lo que le dije que le volvería a llamar. Colgué el teléfono y entré en mi sala de meditación para hablar con los ángeles.

Éstos me explicaron que Ken y Juan Concha habían hecho un pacto hacía mucho tiempo por el cual ese día se cambiarían los puestos, lo que significaba que el espíritu de Ken pasaría al lugar donde estaba el espíritu de Juan, y el espíritu de Juan pasaría al cuerpo de Ken, pero sólo durante un tiempo, y que luego volverían a cambiarse. El pacto debía durar dos años.

Éste es otro tema del que el público en general no suele ser consciente, pero que es conocido en muchas partes del mundo.

Los espíritus avanzados pueden «entrar» en otros cuerpos bajo determinadas condiciones. Normalmente, la persona que ocupa el cuerpo muere y deja este mundo, pues ha llegado el momento en que debía morir, y el nuevo espíritu entra en él y lo devuelve a la vida. No es tan sencillo, pero tiene lugar en lo que dura una respiración. Lo que fuere que haya matado al cuerpo es reparado instantáneamente por un profundo conocimiento del modo en que funciona

la creación. (Podéis creerme, la vida sobre el planeta Tierra no es lo que parece. Ni siquiera se aproxima a ello.)

Hay un par de razones por las cuales un espíritu utilizaría este proceso. La primera y más evidente es para ahorrar tiempo. El espíritu avanzado no tiene que atravesar las etapas iniciales de la vida, pero en ocasiones el proceso de entrada tiene lugar a una edad muy temprana. La otra es para seleccionar a una persona con especiales habilidades, conocimiento o un puesto en la jerarquía de la Tierra que será necesario cuando el espíritu entrante tome el cuerpo para cumplir la razón de su venida a la Tierra. Este proceso se emplea por todo el universo.

Para ofrecerte algo más de mi experiencia personal, yo entré en este cuerpo el 10 de abril de 1972. Durante casi nueve años antes del cambio, yo había estado hablando por telepatía con la persona que estaba en este cuerpo para prepararle para lo que iba a suceder. Entonces, cuando exhaló su último aliento, yo respiré hacia el interior de su cuerpo por primera vez e inmediatamente recuperé todos mis recuerdos. Pero a las doce horas olvidé por completo quién era en realidad y los recuerdos del cuerpo tomaron el control durante casi tres años. Realmente creí que era la persona que había nacido en aquel cuerpo.

Un día, los ángeles me dijeron:

—Ha llegado el momento de que recuperes tus recuerdos.

Me pidieron que me tumbara sobre mi cama y me preparara. No sabía de qué estaban hablando, pero casi al instante comencé a recordarlo todo. La llegada desde otro mundo, la entrada en esta galaxia a través de la nebulosa del Cangrejo (detrás de la estrella central de las Tres Marías, las estrellas que forman el cinturón de Orión), el recibimiento de mi tatarata-tatarata-rabuelo Machiventa Melchizedek, el paso a las Pléyades, luego a Sirio, más tarde a Venus y, finalmente, a la Tierra en 1840. (Diez años después entré en mi primer cuerpo humano mediante un nacimiento normal.) Por eso entendí perfectamente las dificultades por las que estaba atravesando Ken.

En el pacto entre Ken y Juan, este último podría entrar en el cuerpo del primero durante dos años, y luego Ken volvería a recuperarlo para continuar con su vida. Este acuerdo en concreto es muy, muy poco habitual. Juan había muerto hacía unos pocos años, por lo que Ken debía entrar en otro mundo para llevar a cabo aquella hazaña. No era cosa fácil.

En cualquier caso, los ángeles me pidieron que le contara todo esto a Ken. Recuerdo que estaba allí sentado, con el teléfono en las manos, incapaz de marcar su número porque no sabía cómo decírselo. Después de los tres días que habíamos pasado juntos, yo era consciente de que él no sabía nada acerca de la consciencia superior. Por fin decidí que lo mejor era exponérselo simplemente, pues me daba cuenta de que probablemente no lo iba a entender.

—Ken, ¿eres tú?

—Sí. ¿Has averiguado lo que sucedió?

—Sí, pero probablemente no vas a entender realmente lo que voy a contarte.

—No importa —contestó Ken—. Después de lo que me dijiste acerca de los cristales, soy capaz de creer cualquier cosa.

—De acuerdo —le dije—. Ken, según mi guía interior, esto es lo que sucedió.

Le expliqué todo lo relativo a Juan Concha y cómo realmente en aquel momento él no era Ken, sino Juan. Le expliqué todo, hasta cómo Juan se iría dentro de dos años y Ken volvería.

Silencio completo al otro lado del hilo telefónico.

—Ken, ¿sigues ahí?

Ken suspiró y habló lentamente, arrastrando las palabras:

— ¿Estás loco?

Y me colgó. Supuse que nunca volvería a saber de él, pero yo había seguido lo que mi guía interior creyó que sería el camino más sano: sencillamente, decir la verdad. Y dejé los resultados en manos del Gran Espíritu.

Juan está vivo

Pasé algún tiempo sin recibir noticias de Ken. Decidí seguir con mi vida, con el convencimiento de que él recordaría cuando llegara el momento apropiado. Me estaba preparando para ir a Yucatán, en México, para colocar los cristales especialmente programados en los templos de la selva y nunca había estado allí antes.

Me figuraba que, a partir de ese momento, probablemente iba a hacerlo sin ninguna ayuda, excepto la procedente de mi corazón. Y este primer viaje al mundo original debía mantenerse en secreto. Nadie debía saberlo, nadie excepto mi familia y unos cuantos amigos. Estaba solo.

Una mañana, poco antes del viaje, sonó el teléfono mientras hacía las maletas. Era Ronda, la mujer de Ken, a la que tampoco había visto en diez años. Por el sonido de su voz me di cuenta de que estaba enfadada:

—Drunvalo, sé que hace años que no hablamos, pero hay algo que debo preguntarte ahora mismo. Estoy realmente preocupada.

Yo le contesté:

—Hola, Ronda. ¿Estás bien? ¿Qué es lo que necesitas preguntarme?

Ella respondió:

—Sé que has estado trabajando con Ken, y quiero que me digas lo que hiciste con él. ¿Le diste algún tipo de drogas o algo parecido?

En ese momento se me dispararon todas las alarmas. Al instante, repliqué:

—No. ¿Qué es lo que quieres decir?

Su voz se aceleró.

—Drunvalo, en este momento Ken está arriba, en el dormitorio, completamente desnudo, con una pluma de águila en el pelo, tocando el tambor y bailando en círculos. Está fuera de sí y creo que tú tienes algo que ver con esto.

¿Qué podía decirle? De ningún modo podía explicarle lo que le había dicho a Ken. Por tanto, sencillamente le conté la verdad.

—Ken no parecía el mismo la última vez que hablé con él.

Le dije que esperaba que Ken estuviera bien, y ella colgó. Me quedé allí, sentado, intentando entender dónde nos llevaba todo aquello.

Menos de una semana después, unos días antes de que emprendiera el viaje, Ken (Juan) me llamó.

—Drunvalo, sé que estás a punto de irte a Yucatán, y tú sabes que debo estar contigo durante este viaje.

No había previsto aquello. No sabía qué contestarle. Le dije que debía confirmarlo, y así lo hice. Se me comunicó que, efectivamente, él debía acompañarme en aquel viaje a México y Guatemala. Thoth me dijo que ambos tendríamos cosas que enseñarnos mutuamente.

El comienzo del viaje

Ken me informó de que había decidido ir en coche de California a Albuquerque, donde nos debíamos encontrar para tomar el avión. En la carretera que atraviesa Arizona, cruzando el cálido y seco desierto, se pueden encontrar «tiendas de piedras» en las que viejos mineros venden las piedras y cristales que encuentran entre la artemisa y en los ríos y montañas cercanos. Estos establecimientos no se parecen en nada a las bonitas y refinadas tiendas en las que la mayoría de nosotros adquirimos nuestros cristales. Las viejas tiendas de piedras son unos lugares decididamente mugrientos, pero a veces se puede descubrir en ellas algún estupendo cristal.

Ken se había parado en una de aquellas tiendas y estaba observando una vitrina de cristal que protegía los mejores objetos cuando reparó en un péndulo de ónice negro. Estaba depositado en el estante inferior y muy hacia el fondo de la vitrina. Le picó la curiosidad y pidió que se lo enseñaran.

El viejo dudó:

—¿De verdad desea ver ese péndulo?

Ken se sintió sorprendido, y pensó: «¿Por qué no?»

—Sí, si me hace el favor.

—Un hombre me encargó que fabricara este péndulo en los años veinte, pero nunca volvió para recogerlo —respondió el anciano—. Es usted la primera persona que, en todo este tiempo, me ha pedido que se lo enseñara.

Ken tomó esto como una señal, y dijo:

—Lo hizo usted para mí. Lo que pasa es que me ha llevado algún tiempo llegar hasta aquí — y lo compró, creyendo que, de verdad, el hombre lo había fabricado sólo para él.

Cuando me lo enseñó, no pude creer lo que veían mis ojos. La mayor parte de la gente utiliza péndulos pequeños, ligeros y fáciles de transportar. Aquél medía unos quince centímetros de largo y al menos cinco en la parte más ancha, y tenía forma de cono terminado en punta. Le habían perforado un agujero en la parte superior para atarle una cuerda. Al ser de ónice, era negro como el carbón, estaba muy pulido y pesaba bastante. Era también el mismo tipo de piedra que el primer cristal que Katrina había elegido para que fuera colocado en el templo de Uxmal.

Ken se sentía orgulloso de su péndulo. Yo no sabía qué decir. No me sentía capaz de contarle que nadie utiliza herramientas psíquicas tan grandes. ¿O sí lo hacen?

Los ocho templos

Aterrizamos en Mérida y descansamos una sola noche. Barajamos la idea de salir a explorar la ciudad y divertirnos un poco antes de empezar, pero tanto Ken como yo nos sentíamos tan ilusionados con la idea de empezar nuestro trabajo que decidimos hacerlo directamente. Alquilamos un pequeño Toyota rojo con aire acondicionado. Nos dijeron que saldría mucho más caro, pero la verdad es que nos alegramos de poder escapar del calor de vez en cuando.

Le expliqué a Ken qué era exactamente lo que estábamos haciendo allí. Le mostré el mapa de México y la lista de los ocho templos, y le dejé sentir los ocho maravillosos cristales que nunca volverían a casa con nosotros.

Cada uno de ellos había sido programado por Thoth específicamente para uno de los templos. Le expliqué a Ken que los ocho templos que íbamos a visitar no habían sido erigidos en sus respectivos lugares al azar. Estaban colocados formando una espiral que se ensanchaba cada vez más. El centro exacto de esa espiral estaba situado en Uxmal, y se decía que era más pequeño que un átomo.

Cada una de aquellas asombrosas pirámides también había sido construida en un emplazamiento geográfico concreto para representar y canalizar la energía de la Tierra. La energía de cada templo representaba la energía de un chakra del cuerpo humano.

1. Uxmal (México): el chakra base de un nuevo ciclo.
2. Labná: el chakra sexual, la unión de los contrarios.
3. Kaba: el tercer chakra, la fuerza de voluntad.
4. Chichén Itzá: el chakra corazón, el amor incondicional.
5. Tulum: el chakra garganta, las corrientes de sonido y su manifestación.
6. Kohunlich: el chakra tercer ojo, la glándula pituitaria; habilidades psíquicas.
7. Palenque: el chakra pineal, la preparación para el nuevo mundo.
8. Tikal (Guatemala): el chakra base de un nuevo ciclo.

Esto lo sabían los mayas desde hacía muchísimo tiempo. Conocían también muchas más cosas, como el mundo está a punto de descubrir. Esta parte femenina de la Red de Conciencia de Unidad está conectada a muchas más espirales de energía femenina. Tikal está conectado con el principio de otra octava de templos encarados hacia el norte, que eventualmente vuelve a conectarse y forma un enorme círculo que procede del sur.

Para poder entenderlo mejor, imagina cómo están distribuidos los ocho chakras principales del cuerpo humano. Luego observa los complejos de los templos y te darás cuenta de que sus energías están conectadas entre sí exactamente de la misma forma. Cada templo posee la energía de un chakra concreto. Por ejemplo, al igual que el cuarto chakra del cuerpo humano es el del corazón, así también el cuarto templo posee esa misma energía del corazón.

Existe mucha más información esotérica relacionada con este propósito, que tiene que ver con la Red de Conciencia de Unidad que rodea la Tierra. Son estos templos, junto con otros lugares sagrados, los que realmente producen el impulso necesario para formar la red. Sin ellos, seríamos incapaces de pasar a los niveles superiores de consciencia.

Estas espirales de energía de los templos invierten su dirección cada vez que se alcanza una octava de templos. Se mueven hacia el sur, desde Guatemala hacia Nicaragua, Costa Rica, Panamá y Colombia, para entrar a continuación en Perú. En este país, en el lago Titicaca, entre la isla del Sol y la isla de la Luna, la energía da un giro de noventa grados para dirigirse hacia el

océano Pacífico a través de Chile. En el océano Pacífico, esta energía femenina continúa por el fondo marino hasta llegar a la isla de Pascua y sigue hasta una increíble isla llamada Moorea, en cuyo centro se encuentra el punto central del eje de la Red de Conciencia de Unidad. Si atravesáramos la Tierra siguiendo este eje, volveríamos a salir a la superficie en Egipto, a unos dos kilómetros y medio de la Gran Pirámide. Este punto estaba claramente marcado en el antiguo Egipto.

Moorea posee un gran significado para la humanidad. Concentra toda la energía de la Red de Conciencia de Unidad a través del centro de su territorio con forma de corazón. Según yo lo siento, Moorea es el lugar más femenino del mundo.

Desde Tikal, en Guatemala, la energía también se dirige hacia el norte, pasando por más templos mayas y luego por templos aztecas, continuando a través de México hasta alcanzar el territorio estadounidense. En Nuevo México, justo al otro lado de la (tontera entre los dos países (según me dijeron los apaches, que me aseguraron que todo esto es verdad), esta energía femenina sigue moviéndose a través de tres pirámides físicas que fueron construidas hace mucho tiempo por los nativos americanos. Estas pirámides eran necesarias como puente hacia el norte para la energía, pues en ese lugar no existía ningún campo natural de energía.

Al llegar a Taos Pueblo y a la montaña Taos, continúa hacia el lago Azul, el más sagrado para los taos, y da un giro de noventa grados, exactamente igual que en el Titicaca pero en dirección contraria. El lago Azul, aunque de un tamaño mucho menor que el Titicaca, canaliza esta energía femenina exactamente del mismo modo y con el mismo poder.

Desde el lago Azul, la energía pasa al monte Ute, la misma montaña sagrada de la que hablamos anteriormente. A partir de este punto continúa hacia el oeste, pasando sucesivamente de un lugar sagrado a la cumbre de una montaña, a otro lugar sagrado, hasta que llega al lago Tahoe, el lago Donner y el lago Pirámide, en California y Nevada. A continuación, se mueve con rapidez hacia el océano Pacífico y sigue a lo largo de montañas sumergidas y puntos de energía hasta alcanzar la isla de Maui y el cráter Haleakala. Desde ese lugar comienza a dirigirse hacia el sur, siguiendo la cadena de islas que hace mucho tiempo constituían Lemuria. Su destino final es otra vez la isla de Moorea, completando así el círculo.

Esta energía femenina de la Red de Conciencia de Unidad forma, más o menos, un enorme círculo dividido en dos partes que se juntan en Moorea. Esta es una isla interesante y asombrosamente bella. Tiene forma perfecta de corazón y está rodeada por un arrecife de coral, que también presenta la misma forma. Cada casa de la isla tiene un dibujo de un corazón en algún lugar que dé a la calle. En ella, tu cuerpo puede sentir el amor.

En aquel momento, según le dije a Ken, los Maestros Ascendidos sólo estaban interesados en corregir la red en México y Guatemala. Lo demás formaba parte de una ceremonia que vendría después.

Ken estaba sentado, lleno de incredulidad.

—Según lo que yo entiendo —comentó Ken—, esta Red de Conciencia de Unidad se comenzó hace más de trece mil años y se está completando justo ahora. La complejidad de este campo de energía sobrepasa todo lo que yo podría imaginar.

—Ken, no tienes ni idea. Lo que hemos hablado no es más que una pequeña parte de toda la red de pirámides, templos, iglesias, monasterios, sinagogas, ashrams, kankas, edificios sagrados, mezquitas, círculos de piedra, etcétera, y fenómenos naturales como montañas, valles, manantiales, ríos, lagos, masas de agua y, lo que es más importante, vórtices, que han sido conscientemente alterados mediante la geomancia y funcionan como una unidad que realmente crea la Red de Conciencia de Unidad que rodea el planeta. Si realmente supieras las relaciones interconectadas entre todos esos lugares sagrados que están representados por más de ochenta y tres mil lugares sagrados de todo el mundo, por no mencionar todos los demás que son naturales, te sentirías abrumado. En especial cuando te dieras cuenta de que fue una sola consciencia la que concibió, organizó y creó esta asombrosa Red de Vida que el mundo denomina las «redes».

»Ken, lo que me han explicado es que esta Red de Conciencia de Unidad es lo único que separa la extinción del ser humano de su ascensión. Lo que es seguro es que, en este punto de los ciclos, será una cosa o la otra.

»De ahí la importancia de nuestro viaje. El aspecto femenino de la Red de Conciencia de Unidad debe ser equilibrado para que los cambios geométricos de la red que permiten la posibilidad de la nueva consciencia femenina sagrada se conviertan en una realidad viva. Para que las mujeres de todo el mundo recuerden su íntima conexión con Dios y, con ello, sepan exactamente lo que deben hacer para traer el equilibrio a este mundo y más allá.

Tenía que decirlo:

—Ken, el tiempo de la precesión de los equinoccios está sobre nosotros. Sólo quedan unos veintiocho años para la llegada de 2012 y 2013, el momento en que el calendario maya afirma que será el fin de este largo ciclo. Y los cambios están siendo cada vez más rápidos. Como lo femenino está a punto de recibir el poder para decidir la dirección en la que la Tierra debe moverse, debe ser preparado. Y nosotros podemos ayudar.

Uxmal

Ken arrancó nuestro Toyota y salimos del hotel. Habíamos comprobado que teníamos todos los mapas que íbamos a necesitar para el viaje. Intentamos pensar en todo lo que podría hacernos falta, cosas como agua embotellada, comida para el viaje y protector solar. Sabíamos que íbamos a estar dentro de aquel coche durante bastante tiempo.

Cuando salimos creíamos que todo el viaje nos llevaría unas dos semanas o algo menos, pero en realidad tardamos más de un mes en completarlo. No es fácil viajar por México y Guatemala, pues en muchos sitios las carreteras son muy deficientes. Un estadounidense mira el mapa de carreteras, y dice:

—Perfecto, tardaremos una hora.

Pero la realidad es que son tres o cuatro horas. Todavía no habíamos adquirido las lentas maneras mexicanas, pero aquello era inevitable.

Habíamos planeado ir a los tres primeros templos el primer día, puesto que estábamos al principio de la espiral y no había demasiada distancia entre ellos. Y luego volveríamos a Mérida para pasar la noche y haríamos los otros cinco templos durante los siguientes doce días, más o menos.

Uxmal está a unos ciento doce kilómetros de Mérida hacia el interior, y como a Ken le apetecía conducir, yo me recosté en mi asiento. Era la primera vez que estaba en Yucatán y no había esperado que fuera tan llano. No sé por qué, tenía la idea de que estaba cubierto de montañas y selvas. Es verdad que hay montañas y selvas en México, pero no están en Yucatán. Hay mucha maleza y resulta casi imposible avanzar sin un machete, pero para llegar a la auténtica selva hay que ir más hacia el interior.

Llegamos a Uxmal fácilmente y sin problemas. Era antes de que el gobierno mexicano decidiera colocar vallas alrededor de los templos para controlar a la gente. En aquella época, prácticamente, no había nadie a quien le importaran los templos y no había necesidad de vallas. Pudimos entrar hasta los lugares sagrados, al menos hasta la mayor parte de ellos, sin pasar ningún control, y pudimos permanecer en ellos todo el tiempo que quisimos. Pero estábamos cumpliendo una misión y sentíamos que aquellos tres primeros templos tenían que quedar finalizados el primer día.

Cuando entramos en los terrenos de Uxmal y nos acercamos al Templo del Mago, sentí que la vibración me penetraba hasta los huesos. Se percibía allí una energía claramente diferente de cualquier otra que yo hubiera sentido en México hasta entonces. Había vivido algo parecido en Egipto, en la Gran Pirámide. Es una sensación muy difícil de describir.

De pie junto a la base del templo, tuve que inclinarme hacia atrás para ver la punta de la pirámide. Era magnífica. Tenía la piedra de ónice en mis manos, y Ken me dijo:

—Drunvalo, ven aquí —Ken estaba recostado contra la pirámide mirando las piedras muy de cerca—. Mira.

Y señaló el mortero que unía las piedras. Allí estaba la razón de la piedra de ónice. El mortero negro grisáceo estaba fabricado con ónice molido y cubría toda la pirámide.

Es evidente que aquello supuso una recarga para ambos. En ese momento supimos con seguridad que estábamos haciendo exactamente lo que se suponía que debíamos hacer, fuera lo que fuese. Y nos echamos a reír.

Cuando cambiamos de lugar, pudimos contemplar por vez primera una vista general del emplazamiento del templo, y nos pusimos serios. Sabíamos que la pirámide cerca de la cual se suponía que debíamos colocar el cristal de ónice era la llamada Gran Pirámide, y en ese momento nos dimos cuenta de lo colosal que era aquel lugar. Se extendía varios kilómetros a la redonda. No sabíamos por dónde empezar.

No tardamos mucho en encontrar a alguien que sabía exactamente dónde estaba la Gran Pirámide. Nos dirigimos hacia ella en línea recta. Tuvimos que andar un rato, pero allí estaba: majestuosamente erguida frente a nosotros. Una pirámide inmensa, impresionante. Todo lo que Thoth me había comunicado era que el cristal debía colocarse en algún lugar directamente frente a la fachada norte. Habíamos traído una brújula para estar seguros de cuál era la que daba a ese punto cardinal.

Delante de la fachada norte se extendía una pradera totalmente llana que enmarcaba la pirámide. Era rectangular, creo que de unos treinta metros de largo por unos doce de ancho, y carecía de características distintivas. Ken sacó su ya famoso péndulo, al que había atado una cuerda. Esta cuerda medía casi un metro de largo.

Una vez más me quedé sin poder articular palabra. Escondí una sonrisa, me senté sobre los escalones de la pirámide y observé. Ken estaba en plena acción... Lo malo es que nunca había utilizado un péndulo con anterioridad. Sólo me había oído hablar sobre ellos en Taos, cuando le conté cómo puedes encontrar cualquier cosa con uno de ellos. Él no sabía que normalmente las piedras de los péndulos miden entre dos y cinco centímetros, y que la cadena o cuerda que los sostiene puede tener entre quince y veinte. Y que los pequeños círculos se utilizan para encontrar localizaciones o la respuesta a las preguntas.

Todo esto carecía de importancia. Ken se encontraba en su corazón y estaba trabajando para Dios. Su péndulo, de casi veinte centímetros y con su cuerda de casi un metro, comenzó a girar en grandes círculos, prácticamente golpeándole las piernas mientras caminaba. Era un hombre que daba la sensación de saber exactamente lo que estaba haciendo, y yo le dejé hacer. ¿Quién era yo para decirle que lo estaba haciendo mal?

Ken siguió maniobrando así durante unos veinte minutos, caminando por la hierba hacia delante y hacia atrás varias veces. De repente, dejó de mover el péndulo justo cuando iba a pasar junto a mí, y me dijo:

—Drunvalo, ¿cómo sé cuándo he llegado al punto especial en el que debemos colocar el cristal?

Con cara seria, le respondí:

—Ken, sigue lo que te marque el corazón y, de una forma u otra, lo sabrás.

Realmente creía en él, pero aquello suponía un desafío para mi estrecho sendero de entendimiento espiritual.

Ken pareció comprender perfectamente y comenzó a utilizar el péndulo otra vez con más energía aún y unos movimientos todavía más amplios. Esto duró unos veinte minutos más; y de pronto sucedió.

Cuando Ken estaba pasando sobre un punto concreto, el péndulo giró en espiral al instante hasta alcanzar una posición única y comenzó a tirar hacia el suelo. Ken tiró hacia atrás. Estaba realmente de puntillas, con los brazos levantados y tirando con todas sus fuerzas, cuando la cuerda se rompió y el cristal de ónice se hundió con gran fuerza en el suelo unos siete centímetros.

Ken volvió la cabeza hacia mí y me dirigió una mirada que significaba: «No ha sido culpa mía». Lo que realmente salió de sus Labios fue:

—Y ahora, ¿qué hago?

—Ken, acabas de encontrar el punto; estoy seguro.

Recogí su péndulo y en el suelo quedó un agujero cónico perfecto. No había ninguna duda. Aquél era el punto en el que debíamos enterrar el cristal.

Me eché hacia atrás un momento y contemplé el punto en relación con el conjunto del complejo, y al instante me quedó claro. El punto estaba exactamente en el centro de la pirámide, y si dibujásemos una línea imaginaria a lo largo de la pared final del edificio que estaba inmediatamente a la izquierda de la pirámide, cruzaba exactamente por ese punto. Eso haría que en el futuro resultara muy fácil encontrarlo, si ello fuese necesario.

Celebramos nuestra primera miniceremonia, enterramos el cristal de ónice en el agujerito y lo tapamos. El punto desapareció como si nunca hubiera estado allí.

Es interesante señalar que, diez años más tarde, el chamán y sacerdote maya Hunbatz Men me pidió que celebrara una ceremonia con él y con su tribu en Uxmal. Volví a aquel punto para ver qué sensación me producía y, ante mi sorpresa, un arbolito había crecido exactamente sobre el lugar en el que el cristal estaba enterrado. Era el único árbol de la pradera. Sentí que la Madre quería asegurarse de que nadie podría mover o tocar el cristal. ¡Qué forma más natural de hacerlo!

Kaba

Nos apresuramos para que nos diera tiempo a terminar con los otros dos templos. Labná debía ser el siguiente, pero mientras íbamos en el coche Thoth se me apareció y me dijo que quería que cambiásemos el orden y fuéramos primero a Kaba.

A medida que nos acercábamos a ese lugar, el centro de la fuerza de voluntad, el cielo se oscureció y comenzó a llover con suavidad. El recinto del templo estaba rodeado por una cadena y daba una sensación extraña, casi carcelaria. No deseaba entrar en él, pero sabía que tenía que hacerlo. Si hubiera podido, me habría saltado aquel lugar.

En la entrada nos recibieron dos ancianos; resultaría más exacto decir dos ancianos gruñones. Intentaron que nos fuéramos y volviéramos otro día, pero como comprenderás no teníamos más remedio que llevar aquello a cabo, pues los templos debían seguir su secuencia o la que nos habían indicado.

Al fin, aunque a disgusto, nos dejaron entrar en el recinto del templo. Aquel sitio era mucho más pequeño que Uxmal y no creo que tardáramos más de quince minutos en encontrar el punto en el que debíamos enterrar el cristal. Utilicé mi péndulo «normal» y en unos minutos lo teníamos. Enterramos el cristal detrás de una antigua pared y salimos de allí tan pronto como nos fue posible.

Labná

Salimos corriendo de Kaba como si acabáramos de asaltar una gasolinera y enfilamos hacia Labná, situado a sólo unos minutos de distancia. Al acercarnos, el cielo se despejó y una preciosa luz rosada nos envolvió como si de una neblina se tratara. Labná era el centro sexual de Yucatán y era fácil sentir su energía.

En los límites del recinto del templo nos recibió una pareja joven y hermosa que parecía estar enamorada de la vida. Su forma de invitarnos a «entrar en su hogar» fue extremadamente cordial. Nos dijeron que podíamos ir a cualquier lugar que nos apeteciera y quedarnos allí tanto tiempo como quisiéramos.

El cristal de este templo era la cornalina, una piedra rojiza, y la tierra y los caminos del lugar tenían el mismo color. Recuerdo que coloqué la piedra que debíamos plantar sobre el suelo y fue como si desapareciera. La piedra y la tierra eran exactamente del mismo color. Pensé en Katrina.

Una vez más, sólo tardamos entre quince y veinte minutos en encontrar el punto, y enterramos el cristal en su hogar.

— ¡Qué fácil es esto! —nos dijimos el uno al otro—. Deberíamos ser capaces de terminar este viaje en otros siete u ocho días.

Qué poco sabíamos.

Llegamos de vuelta a Mérida justo a tiempo para cenar un poco y nos fuimos derechos a la cama. En cuestión de minutos, los dos estábamos dormidos. La energía del día había sido más fuerte de lo que habíamos creído, y antes de que nos diéramos cuenta estábamos ya en brazos de Morfeo.

Chichén Itzá

Al día siguiente nos pusimos de nuevo en carretera, Ken conduciendo nuestro pequeño hogar rojo lejos del hogar. Teníamos la idea de terminar Chichén Itzá y seguir hacia Tulum, junto al mar Caribe, donde pretendíamos pasar nuestra tercera noche. Pero el día no transcurrió como

habíamos planeado. Los retrasos menudearon e hicieron que nuestro viaje se volviera mucho más complicado de lo que habíamos creído al principio.

El maravilloso cielo azul y la selva verde eran fascinantes. El olor de la jungla me hacía sentir vivo. Incluso comencé a soñar despierto con mi niñez en California. Lo que más recuerdo de mi época de crecimiento son los olores del campo donde vivía. Y el aroma de todas aquellas flores tropicales disparaba mis recuerdos.

Es indudable que aquellos recuerdos formaban parte de un periodo de mi vida anterior a mi entrada en este cuerpo (en abril de 1972), pero se mantenían dormidos en mis células y yo los sentía como propios.

De repente me vi sacudido de vuelta a la realidad cuando Thoth intentó llegar hasta mí. Apareció en mi visión interior y comenzó a informarme de que había hecho un cambio en el emplazamiento del cristal de Chichén Itzá. Se estaba comunicando telepáticamente, y este modo de comunicación revela mucho más que las palabras que se pronuncian.

Lo que me estaba diciendo en realidad era que el emplazamiento del cristal en Chichén Itzá era tan importante para que todo funcionara correctamente, que no quería que nadie supiera dónde se situaba. Por eso me había dado una localización falsa, por si acaso otra persona leía mi lista. Thoth me miró directamente a los ojos, y me dijo:

—Drunvalo, te pido que abras los ojos y yo te mostraré dónde deseo que lo coloques.

Hice lo que me indicó, y al instante apareció un punto brillante de luz frente a mí, muy parecido al que había visto con Bupi Naopendara muchos años atrás. La esfera de luz se expandió formando un óvalo y se abrió una ventana a otro lugar de la Tierra. Cuando se completó, tenía un aspecto muy parecido a un brillantísimo y suave anillo dorado de luz de unos noventa centímetros de ancho por sesenta de alto. Fuera de él estaba la realidad del lugar por el que circulábamos. Dentro del anillo aparecía otro lugar.

Contemplé un pequeño lago o estanque de agua color esmeralda a través de la cual nada se transparentaba. Un saliente de piedra blanquecina de unos doce metros de altura rodeaba la orilla exterior. Del borde del saliente colgaban plantas y flores, y la selva envolvía el agua. Era precioso. Estaba mirando aquel profundamente romántico agujero de agua cuando Thoth me interrumpió, y me dijo:

—¿Puedes ver lo que hay en el interior del anillo dorado?

Le describí el estanque y sus elevadas paredes blancas, y Thoth pareció darse por satisfecho. Me dijo:

—En lugar de colocar el cristal sobre la fachada norte de la pirámide llamada El Castillo, como te pedí que hicieras en un principio, tírala al agua cuando la encuentres. ¿Has comprendido?

Le pregunté dónde estaba el agua, y él me respondió:

—Te llevarán allí. No tienes que hacer nada.

Y desapareció.

Salí de la meditación, me volví hacia Ken, que estaba conduciendo, y le conté todo lo que acababa de suceder. No pareció extrañarle. Me miró, y dijo:

—De acuerdo; sin problemas.

Supongo que después del péndulo que se enterró por sí mismo en Uxmal, Ken estaba preparado para cualquier cosa.

Cuando llegamos a un cartel que decía «Aparcamiento de (Chichén Itzá)», Ken entró y empezó a buscar un sitio donde dejar el coche. Se volvió hacia mí, y dijo:

—Drunvalo, las últimas tres veces que estuvimos en los templos nos perdimos. He leído que este sitio es muy grande y me parece que esta vez deberíamos llevar un guía. ¿Qué opinas?

—¿Por qué no? —le respondí, mientras aparcábamos el pequeño Toyota.

Estábamos empezando a recoger nuestras cosas cuando un viejo indio de ochenta años o más llamó a la ventanilla de Ken. Ken se sobresaltó y se echó sobre mí, literalmente, mientras se hacía un juicio del anciano, que le estaba pidiendo que abriera la ventanilla.

Ken bajó el cristal unos cinco centímetros y le preguntó qué deseaba. El anciano, sonriendo amablemente, le dijo: —¿Desean un guía?

Mirándolo en retrospectiva, no era un anciano cualquiera. Había sido enviado por el Universo y sabía exactamente lo que hacía.

Ken se sintió excitadísimo y se volvió hacia mí como si acabara de crear aquel milagro. Y quién sabe, puede que así fuera. Salimos del coche para conocer a aquel hombre. El viejo maya poseía una energía que yo había percibido con anterioridad muchas veces con algunos de mis maestros. Supe de inmediato que el hombre estaba allí para mucho más que sólo para guiarnos por el recinto del templo. Me incliné y le mostré el respeto que merecía.

Era muy amigable y realmente nos «mostró» los terrenos del templo. Pasó unas cuatro horas hablando entre templo y templo, contándonos la historia secreta que se escondía tras cada uno de los edificios. Hacia el final nos condujo a la Pirámide del Castillo, el punto central del recinto, allí donde Thoth nos había pedido originalmente que colocáramos el cristal. Nos dijo que aquella pirámide era la entrada al corazón humano y la clave para el entendimiento maya.

Pero a continuación, dijo algo que me sorprendió. Se volvió hacia nosotros y nos miró a los ojos con seriedad.

—Esta pirámide —dijo, señalando al Castillo— y todo este gigantesco complejo están aquí por una única razón. Y esa razón no tiene nada que ver con los edificios que nosotros, los mayas, creamos. Aquí, en esta selva, hay algo mucho más poderoso e importante. Si desean seguirme, se lo enseñaré.

Se volvió y comenzó a alejarse del templo, y en cuestión de minutos estábamos inmersos en la selva mexicana. Siguió avanzando a través de la espesa vegetación durante medio kilómetro y, de repente, emergió a un claro, un claro que yo reconocí en mi interior.

Frente a nosotros estaba la imagen que Thoth me había mostrado de camino hacia Chichén Itzá. Allí, en la vida real, estaban el estanque de agua color esmeralda y la pared blanca de detrás. Era exactamente como Thoth me lo había enseñado. Exactamente igual.

El anciano comenzó a hablar, pues tanto Ken como yo nos habíamos quedado mudos. Ligeramente excitado, su voz pareció adquirir mayor potencia.

—Este pequeño lago es lo que se denomina un cenote. Para los mayas es un estanque que se abre directamente al corazón de la Madre. Tanto en la antigüedad como ahora nosotros, los mayas, lo consideramos sagrado, y constituye la verdadera razón por la cual construyeron Chichén Itzá en este lugar. No lo hicieron por ninguna otra razón, sólo para honrar este estanque sagrado.

Y continuó diciendo:

—En mil novecientos cincuenta, los de la revista *National Geographic* vinieron y dragaron el fondo, encontrando los huesos de más de trescientos mayas que se habían sacrificado a sí mismos a esta agua. Eso se llevaba a cabo durante una ceremonia, y la persona elegida para ser sacrificada recibía el gran honor de volver a la Madre de este modo honorable.

»Pero cuando estaban dragando este cenote, el personal de *National Geographic* encontró también miles y miles de cristales junto a los huesos. Aquellos cristales contenían las oraciones de nuestros antepasados, y se los llevaron. Y por si eso no hubiera bastado para desmoralizarnos, volvieron al cabo de unos pocos años y volvieron a dragar para encontrar cualquier cristal que pudiera haber quedado en el cenote, y se fueron.

«Grande fue la tristeza de mi pueblo, pero sabemos por qué estáis aquí. Con gran respeto y honor, os dejo con nuestro sagrado cenote. ¡Qué el Gran Sol bendiga lo que hacéis!
Con estas palabras, se volvió y desapareció, envuelto por la jungla.

Ken me miró. Sabíamos lo que teníamos que hacer. Cogimos el cristal de la tela que lo envolvía y lo sacamos a la luz. Sabíamos que Thoth había programado en aquel cristal palabras destinadas a sanar la Red de Conciencia de Unidad, pero ambos sentíamos que hacían falta más.

No sé lo que Ken le habló al cristal, pero por lo que a mí respecta había visto el interior de aquel anciano y mi corazón se había conectado con él. Podía sentir y conocer la belleza del alma maya a través de él, y lo único que deseaba era ayudarles. Por eso recé al cristal, para que los mayas que viven en la actualidad pudieran despertar y recordar su antiguo pasado, recordar su sagrado conocimiento y sabiduría, y para que les fuera permitido devolver ese poder a la vida.

Con estas palabras resonando aún en mi corazón, Ken arrojó el cristal al centro mismo del cenote. Cuando se hundió hasta el fondo y el agua comenzó a cargarse de aquellas oraciones, de alguna forma supe que mi relación con los mayas acababa de empezar. Lloré de alegría, pues sabía que ese cristal iba a devolver la vida al pueblo maya. Mientras las lágrimas rodaban

por mis mejillas, pude sentir cómo el poder volvía a la tierra. Me sentí enormemente humilde y excitado por lo que iba a venir en el futuro.

Khan Kha

Nos pareció que la ceremonia había sido completada y volvimos a la jungla para regresar al hotel. Pero al salir de ella, lo primero que vimos fue El Castillo, y su vista nos hizo desear subir hasta la cumbre una vez más.

En ese momento ya no éramos más que unos turistas, pero ¿qué más daba? Era divertido. En la cumbre de la pirámide se abrían cuatro puertas. Tres de ellas estaban conectadas entre sí por un pasillo interior en forma de «U». En la abertura de la «U» había otra puerta, dando al norte, que conducía al centro mismo de la pirámide. La razón de que los mayas dispusieran así las entradas, la ignoro.

Entramos por el este a las tres puertas interconectadas, y una vez dentro vimos que había empezado a lloviznar. Pensando que sería mejor que nos apresuráramos por si se ponía a llover en serio, cruzamos rápidamente la cuarta puerta sólo para sentir aquel lugar una vez más.

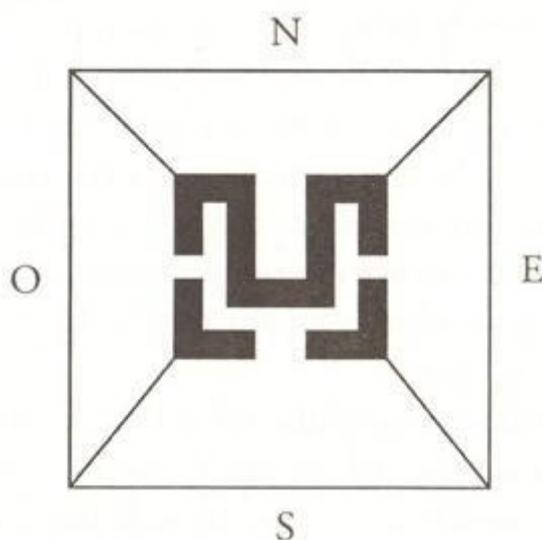


FIGURA 4: Dibujo de las cuatro puertas de entrada.

Para mí, la energía de aquella pirámide era una de las más poderosas del mundo. Así como la Gran Pirámide de Egipto canaliza la energía de la mente (masculina) de la Red de Conciencia de Unidad, Chichén Itzá canaliza la energía del corazón (femenina). Y a medida que la nueva energía pura y femenina de la kundalini de la Tierra comience a moverse por los cuerpos físicos de nosotros, los seres humanos, y luego a las redes, todos cambiaremos.

Tenía que sentirla una vez más.

Llevábamos allí unos quince minutos, sintiendo aquella energía, cuando el sonido del aguacero nos devolvió a la realidad. Al darnos cuenta de que debíamos irnos, nos miramos el uno al otro y corrimos hacia la entrada, pero era demasiado tarde. Estaba lloviendo a cántaros, tanto que sólo podíamos ver a una distancia de treinta metros. Todo el resto de la gente se había ido y estábamos completamente solos en la cumbre de aquella increíble pirámide, a excepción de un perrito que, por lo que fuere, se encontraba en nuestra misma situación. ¡No había manera de bajar!

Ríos de agua bajaban por los escalones de la pirámide formando pequeñas cascadas. Para poder hacerse una idea de lo que era aquello, habría que haber estado allí. Los escalones mayas de la pirámide están pulidos como cristales por los miles de personas que suben y bajan por ellos cada año, y a diferencia de los de la Gran Pirámide de Egipto, que son inmensos, éstos sólo miden unos veinticinco centímetros de ancho. Estaban tan resbaladizos que resultaba imposible bajar por ellos. Ni siquiera el perro estaba dispuesto a intentarlo. No podíamos hacer más que esperar a que cesara la lluvia.

Al cabo de una hora, Ken empezó a impacientarse, pero no había nada que hacer. Miré hacia la enorme pradera que rodea la mayor parte de la pirámide y vi que había desaparecido bajo el agua. Era como si estuviéramos sentados en lo alto de una pirámide en medio de un enorme lago. La lluvia nos impedía ver la selva y sólo había agua desde el cielo hasta el suelo y hasta el borde de la pirámide. Creo que jamás podré olvidar aquella imagen.

Mientras Ken se reclinaba indolentemente contra la pared de la entrada y observaba la lluvia, yo decidí ir hacia el centro de la pirámide a meditar. Llevé conmigo aquella imagen de la pirámide en medio de un lago y me senté en lo que sentí que era el centro exacto, de cara a la abierta entrada en la que Ken seguía esperando su libertad. Cerré los ojos.

Comencé a sentir el fluir de la energía de mi cuerpo humano de luz, el antiguo campo Mer-Ka-Ba de los egipcios y los judíos. Descansé durante unos minutos, simplemente sintiendo el flujo por encima y por debajo. Comencé a entrar en estados de consciencia más profundos, pero sin ningún propósito ni intención. En un momento dado pude percibir todo el campo de energía de la pirámide y me sentí conectado con los mayas.

Lo que sucedió después fue de lo más extraño. Me olvidé de dónde me encontraba y, como un niño pequeño, decidí adentrarme en la pirámide para ver si podía encontrar alguna sala. No pedí permiso; tampoco albergaba ningún propósito concreto.

Recuerdo con claridad cómo la tierra pasaba a mi lado mientras mi espíritu y mi cuerpo de consciencia se adentraban más y más en el espacio interior de la pirámide. Pude observar los cambios en la estructura de piedra y tierra mientras descendía. Y entonces sucedió.

En realidad, fueron dos las cosas que sucedieron simultáneamente. Un gran murciélago negro salió de la lluvia torrencial, pasó volando junto a Ken y el perro y se dirigió directamente hacia mi cara. Se paró unos centímetros antes de llegar, chilló y me clavó ligeramente las garras en la cara.

En ese momento exacto, y desde el interior de la pirámide, una voz de hombre gritó a escasos centímetros de mi oído izquierdo:

— ¡No!

Estos dos sucesos simultáneos me devolvieron de golpe a mi cuerpo con una fuerza enorme. Decir que me hicieron chocar contra mi cuerpo describiría mejor lo que pasó. Lo cierto es que estaba de vuelta. El murciélago me tocaba la cara.

Instintivamente levanté el brazo y el animal voló hasta un saliente de piedra, se dejó caer hacia un lado y me observó.

Yo le observé a él durante un rato hasta que comprobé que no iba a atacarme de nuevo. Luego volví a cerrar los ojos, en un intento por recuperar el equilibrio tras un sobresalto semejante.

Tardé unos minutos en volver a tranquilizar mi respiración, pero cuando lo conseguí volví a estar en espíritu. Me sentí avergonzado porque sabía que nunca debería haber intentado entrar en aquel espacio sagrado sin permiso. ¿Cómo pude hacer algo semejante?

La voz masculina que había gritado « ¡no! », volvió a hablar.

Me dijo:

—Podemos ver tu corazón, así que no te sientas mal. Sabemos que no pretendías hacer ningún daño, pero aun así no puedes entrar en esta zona sagrada.

Me hablaba con un tono de voz cargado de amor y respeto, y mi corazón se abrió a él. Este tipo era puro. Muy pocas veces en la vida se encuentra uno a alguien que viva en ese nivel de consciencia. Le pregunté su nombre, y él me contestó: -Khan Kha.

Luego me preguntó el mío, y yo se lo dije. Empezó a charlar conmigo como si fuera un viejo amigo. Me dijo que era el arquitecto de aquella pirámide y uno de sus protectores. Yo le dije que lo estaba haciendo muy bien. El se rió como un chiquillo. Me dijo que también era el arquitecto de una pirámide de Palenque que llamamos el Templo de las Inscripciones. Pero me dijo:

—Éstos son los dos únicos templos que he diseñado. Oí unos ruidos procedentes de Ken y supe que debía irme. Me despedí de Khan Kha y honré su luz. Abrí los ojos y Ken, desde la entrada, me estaba diciendo que me levantara para irnos. Sentí la energía de Khan Kha y pensé que me gustaba aquella persona. Lo triste era que probablemente nunca le iba a volver a ver. Para entonces no tuvimos ningún problema para bajar, pues hacía ya un rato que la lluvia había cesado y Ken había esperado hasta que los escalones estuviesen más o menos secos. En unos

minutos estábamos de vuelta al hotel y allí le conté a Ken todo lo que había pasado en el centro de la pirámide con Khan Kha.

Días después me había olvidado por completo del señor Kha.

Un apunte de historia

Ken y yo decidimos pasar un día más en Chichén Itzá, pues nos habían dicho que la tarde siguiente, a la puesta del sol, iba a tener lugar un fenómeno maya secreto. El día siguiente era el 21 de marzo de 1985, el equinoccio de primavera.

¿Qué importancia tenía esto? En la base de la cara norte de la pirámide del Castillo se puede ver una gigantesca cabeza de serpiente tallada en la piedra. Está mirando hacia el norte. Pero si te sientas de cara a la pared occidental de la pirámide a la puesta del sol de ese día en concreto, sucede una cosa que debes ver para creer. Ese día, los escalones de la pirámide producen una sombra que, durante un corto periodo de tiempo, justo a la puesta del sol, conecta con la cabeza de serpiente de piedra y da la sensación de ser una serpiente completa que baja por el borde de la pirámide. ¡Es impresionante! Esta serpiente anunciaba a los mayas la llegada del equinoccio de primavera, el momento de plantar sus semillas y otros asuntos espirituales.

Pero el lector de este libro debe darse cuenta de otra cosa aún más importante. Por todas partes está aumentando el número de personas espirituales, pero en México se puede comprobar la velocidad con la que están despertando. Observa lo siguiente:

Ken y yo estábamos allí en 1985, y el gobierno había instalado unas gradas metálicas para que los turistas pudieran contemplar el acontecimiento. Había sitio para unas cien personas y no se llenaron.

Diez años más tarde, en 1995, el sacerdote maya Hunbatz Men me pidió que participara con él en la ceremonia de Chichén Itzá, y resultó ser el mismo día, el 21 de marzo. La creciente consciencia en temas espirituales era evidente, pues estaban presentes más de cuarenta y dos mil personas.

En 2005 me volvieron a pedir que celebrara la ceremonia con los mayas en Chichén Itzá (además de en otros templos) y había más de ochenta mil personas. (Véase capítulo trece.) Era un mar de gente. La visión de tantas personas despertando a la consciencia hacía que mi corazón cantara y mi mente comprendiera que la humanidad estaba por fin comenzando a abrirse lentamente como un loto a la luz del amanecer.

Puede dar la sensación de que, como siempre, la vida es algo serio y que no admite distracciones, pero no es así. Estamos evolucionando de forma exponencial, incluso frente a la vida diaria y corriente que parece no saber dónde va, pero que aun así procede con rara exactitud. El ADN cósmico gira y la vida responde.

CAPÍTULO SIETE

LA PUESTA EN EQUILIBRIO DE LA RED FEMENINA QUE RODEA LA TIERRA

EL YUCATÁN Y LOS OCHO TEMPLOS (SEGUNDA PARTE)

Los últimos cuatro templos

El tiempo se fue ralentizando, más y más, hasta que perdí la noción del día en que estábamos. Ya ni siquiera se trataba de pensar. Era un segundo tras otro segundo y el eterno ahora. Todos mis sentidos estaban abiertos de par en par a medida que cada templo disolvía cada vez más mis formas de ser urbanas, y mi espíritu iba lentamente haciéndose consciente del mundo tridimensional con una nueva luz.

Allí estábamos sobre la tierra firme de cada día, profundamente inmersos en cada nanosegundo. La vida se abría constantemente a otra nueva apertura.

Me sentía de maravilla. Casi no podía esperar a llegar a Tulum. Aquél era el chakra garganta, conectado con el mundo de las corrientes de sonido, una de las primeras energías de la creación. A medida que pasábamos por cada uno de los templos, íbamos ascendiendo cada vez más niveles de consciencia de la parte femenina de la Red de Conciencia de Unidad. Podía sentirla, a pesar incluso de mis problemas para sintonizar con ella.

Tulum está a orillas del Caribe, de cata al mar. Había sido fácil conectarse con Chichén Itzá, pues resultaba enormemente familiar, pero Tulum vibraba en lo que me parecía un nivel mucho más elevado. Y era precioso: hierba, piedras vivas, cielo azul claro y agua azul oscuro por todas partes. Pude comprobar con mis propios ojos por qué los mayas habían elegido aquel lugar, pero supe que pronto iba a tener que ver con mi tercer ojo, mi «ojo único», la razón energética de por qué habían ido allí.

Antes de que saliéramos de Estados Unidos, Thoth nos había dicho que nos indicaría dónde debían ir los primeros cuatro cristales, pero que para los cuatro últimos Ken y yo estaríamos solos a la hora de encontrar el emplazamiento exacto que devolvería cada templo a la vida o a otro nivel de vibración.

En Tulum me sentía confiado cuando comencé a buscar el lugar, pero a medida que pasaba el tiempo comencé a pensar que aquel trabajo estaba por encima de mi comprensión o de mi capacidad. Había estado utilizando un péndulo para sentir las energías antiguas, al igual que había hecho Ken; pero en Tulum cada punto parecía tan increíblemente fuerte que la tarea de elegir uno u otro resultaba en principio insuperable. Le confié a Ken que era como distinguir la melodía de un violín en una orquesta de cien instrumentos. Todos producían la misma sensación: ¡poder!

Buscamos durante cinco horas sin encontrar ni una sola posibilidad. En un punto concreto, paramos a comer. Ken me decía que se sentía completamente desconcertado, y que si no éramos capaces de encontrar el lugar especial bien podíamos volver a casa. Eso no hacía más que provocarme una tensión mayor, pues yo sentía lo mismo.

Le dije:

—De acuerdo; vamos a meditar y ver si hay algo dentro de nosotros que sienta de forma nueva. Es evidente que lo que estamos haciendo no funciona.

Encontramos los dos un lugar en el que sentarnos a unos pocos metros uno del otro y entramos en nosotros mismos. Al cabo de media hora obtuve un «conocimiento». No podría decirte cómo llegué a aquella conclusión, pero sentí que sería capaz de encontrar el emplazamiento del cristal si dejaba que mi intuición tomara el control de mi mente emitiendo un zumbido y «siguiendo» el sonido. Después de todo, estábamos en el chakra garganta.

Ken dijo simplemente:

—Yo te sigo. ¡Adelante, tío!

(Tener a Ken allí era como tener al personaje serio de un dúo cómico siguiéndome por todo México.)

Pues funcionó. Comencé a moverme sin pensar, escuchando el sonido de mi garganta. Este método nos condujo, en cuestión de minutos, a un pequeño templo situado en las alturas, cerca del borde de un acantilado que daba al océano, un lugar en el que antes no habíamos reparado. Si me alejaba del punto donde debía enterrar el cristal, el sonido cambiaba y bajaba de tono, pero cuando me acercaba a él aumentaba su potencia.

Cuando entramos en el pequeño edificio, de no más de tres metros cuadrados y medio, el sonido de mi garganta paró por completo. Supe que había llegado. Lo supe con certeza cuando saqué el cristal y pude comprobar que la antigua pintura que cubría el interior de la cúpula era exactamente del mismo color. Enterramos el cristal bajo aquella cúpula y nuestro trabajo quedó finalizado.

Kohunlich

Mientras circulábamos siguiendo la costa hasta nuestro próximo templo, nos mantuvimos en silencio. Después de Tulum, sabíamos que aquello iba a ser mucho más complicado de lo que creímos en Nuevo México, ¿íbamos a tener que cambiar psíquicamente en cada uno de los templos? ¿Poseíamos en nuestro interior ese tipo de habilidades? ¿Las poseía todo el mundo? ¿Qué iban a suponer para nosotros, como seres humanos, aquellas experiencias? ¿Había algún propósito en nuestra estancia allí más allá de lo que Thoth nos había dicho? Las preguntas no cesaban de formularse en mi mente.

Dejamos el océano a nuestra izquierda cuando pasamos de la costa oriental de México a un pueblecito llamado Chetumal, cerca de Belize. Al principio no sabíamos si el templo de Kohunlich estaba en aquel país o en México. Se había descubierto hacía poco y no llevaba mucho tiempo reflejado en los mapas, y daba la sensación de estar situado justo en la frontera.

Una vez en Chetumal, sin embargo, la gente nos dijo que Kohunlich estaba en México. Fue un gran alivio, pues pronto descubrimos que el gobierno mexicano no nos dejaría llevar nuestro coche alquilado a Belize.

—¿Están ustedes locos?—dijeron—. Si llevan ese coche a Belize, se lo habrán desguazado y vendido antes de que transcurra un solo día.

Así que fuimos disminuyendo la marcha cada vez más y nos detuvimos para pasar la noche en una hacienda apartada de la carretera. Decidimos beber un poco de tequila por vez primera para relajar nuestros cuerpos cansados. Y lo logramos. Yo no estoy acostumbrado a beber. A la mañana siguiente nos despertamos muy tarde, pero con anchas sonrisas de felicidad en nuestros rostros. Estábamos preparados para cualquier cosa. O eso pensábamos.

Echamos todas nuestras cosas en el «viejo rojo» y partimos llenos de emoción, como si estuviéramos sobre el camino de baldosas amarillas del Mago de Oz. Estábamos convencidos de que aquel día iba a suceder algo mágico. Tulum había sido increíble y Kohunlich tenía que serlo aún más. Estaba más alto en el espectro de energía.

Habíamos comprado un mapa del terreno que mostraba con gran detalle las carreteras secundarias y los pueblecitos pequeños. Kohunlich estaba claramente señalado y el camino para llegar allí parecía muy sencillo. Creíamos que nuestro día estaba ya establecido.

Pero cuando llegamos al lugar en el que el mapa señalaba Kohunlich, éste no estaba allí. De hecho, allí no había nada. Las gentes del lugar nos miraban como si estuviéramos locos. Confundidos, regresamos a Chetumal. No sabíamos qué hacer.

De vuelta al pueblo, decidimos preguntar a alguien que pudiera saber dónde estaba realmente situado Kohunlich. Vimos a un militar de pie junto a un viejo y destartado restaurante mexicano, y Ken entabló conversación con él, pues aquel hombre hablaba inglés. Ken le preguntó si conocía Kohunlich, y los ojos del hombre se iluminaron.

—Sí. Llevé a mi familia y a mis hijos a Kohunlich el mes pasado, y sé exactamente dónde está.

1 En español en el original (*N. de la T.*)

Estudió nuestro mapa y se echó a reír. Nos dijo que la persona que lo había dibujado no tenía ni idea de dónde se encontraba el templo. Según él, ni siquiera estaba en el mismo lado del mapa.

Nos marcó el lugar y nos dio detalles de cómo llegar a él. Le dimos las gracias y nos pusimos en camino hacia Kohunlich, con la sensación de que por fin íbamos a ser capaces de empezar aquella parte de nuestro viaje.

Unos tres cuartos de hora más tarde, llegamos a la zona donde el militar nos había dicho que estaba Kohunlich, pero allí no era. Nadie sabía de qué estábamos hablando. Kohunlich estaba empezando a constituir un problema.

Volvíamos al pueblo una vez más, pensando a quién podríamos pedir que nos indicara el camino, y decidimos que un conductor de taxi sería quien mejor lo podría saber. Elegimos a uno y le preguntamos acerca de Kohunlich. Él sacó nuestro mapa y reunió a otros cinco taxistas en corro. Empezaron a hablar en español muy rápido. Luego se separaron, y el primero nos dijo:

—Bueno 2, podemos mostrarles exactamente dónde se encuentra en este mapa. Todos hemos estado allí muchas veces, pero estaba intentando buscarles la mejor ruta para llegar desde aquí. La he marcado con el bolígrafo. Es un sitio precioso. Les gustará.

Le dimos las gracias y Ken le entregó una propina por su ayuda. Su sonrisa se hizo casi más ancha que su cara.

Seguimos la ruta que nos había sugerido el taxista y ésta nos llevó directamente al punto al que él había pretendido que fuéramos, pero, como de costumbre, Kohunlich no estaba allí. Después de tres viajes, lentamente estábamos perdiendo el día. Paramos a la orilla de la carretera, mudos de asombro. No dijimos nada, sino que nos quedamos mirando el paisaje. Parecía imposible.

De repente, Ken se incorporó de golpe y gritó:

—Ya lo tengo. Sé lo que se supone que debemos hacer.

Me hizo dar un brinco, pues estaba empezando a dejarme llevar por mis pensamientos.

—¿Y qué es lo que debemos hacer, Ken?

—¿No es Kohunlich el sexto chakra, el del tercer ojo? ¿No te acuerdas de que en Tulum tuvimos que cambiar? Quizá se suponga que debemos utilizar nuestro tercer ojo para encontrar este templo. Drunvalo, estoy seguro de que es así. Escucha, tú utilizas tus habilidades psíquicas para encontrar Kohunlich y yo conduzco.

Todo lo que pude decir fue:

—Gracias, Ken.

Me di cuenta de que probablemente tenía razón. Thoth había dicho que en los últimos cuatro templos deberíamos encontrar el punto especial por nosotros mismos, y que ambos íbamos a aprender de este viaje. Quizá había llegado el momento de hacerlo.

La idea me excitó y levantó mi ánimo.

—De acuerdo, tú conduces —me volví hacia Ken—, y yo te diré cuándo debes girar. Sigue de frente —Ken arrancó y volvió a la carretera, dirigiéndose a algún lugar.

Cerré los ojos y repetí el sonido del nombre del templo, «Kohunlich», una y otra vez para mis adentros. Tras tres o cuatro minutos, dejé de pensar y comencé a sentir. Cada vez que llegábamos a una intersección o un cruce de caminos, dejaba que mi cuerpo sintiera y respondiera. Cualquier cosa que mi cuerpo sugiriera, yo lo aceptaba.

—Ken, gira a la izquierda en esta próxima intersección.

Sin hacer ninguna pregunta, Ken giraba. Continuamos así durante casi ciento veinte kilómetros, girando allí donde mi cuerpo decía que lo hiciéramos. Estábamos completamente perdidos. Todo nos resultaba extraño y estábamos muy lejos de nuestro hotel.

Recuerdo el último desvío hacia un camino de tierra muy poco transitado. Era estrecho y estaba lleno de baches. Y lo peor de todo era que nos estábamos metiendo en una selva muy

2 En español en el original (*N. de la T.*)

espesa. Yo creo que Ken estaba empezando a ponerse nervioso por la forma en la que se sentaba, erguido en su asiento, y por primera vez expresó una duda.

—Drunvalo, ¿estás seguro de que este camino es el correcto?

—Ken, no estoy seguro de nada. Sólo estoy intentando utilizar mis posibilidades.

Y el camino nos llevaba cada vez más hacia el interior de la selva. Ya no había ningún rastro de civilización, sólo jungla.

Seguimos unos cinco minutos más por aquel camino y, de repente, observamos una señal marrón con una flecha dorada señalando el camino: *Kohunlich*.

Ken y yo casi nos volvimos locos de alegría. ¡Bien! ¡Había funcionado! Nada en mi vida había jamás despertado mis emociones y movilizado mi adrenalina tanto como la vista de aquella sencilla señal. También me enseñó cosas acerca de mí mismo y de las posibilidades de los seres humanos, cosas que he conservado hasta hoy. Thoth tenía razón, íbamos a aprender mucho el uno del otro.

El tercer ojo

Entramos en aquel recinto, inmerso en la jungla, en el que el cielo quedaba completamente fuera de la vista. Había estanques con flores de loto flotando en la superficie del agua y plantas tropicales por todas partes. Era increíblemente fantástico..., ¡y tan surrealista! Nada parecía real. Me sentí como si estuviera en el escenario de una película de Hollywood.

Encontramos a un hombre solitario, un arqueólogo a punto de irse a casa, y nos dijo que su equipo acababa de descubrir Kohunlich hacía un año y medio. Sólo estaban trabajando en la primera pirámide, pero el lugar se extendía a lo largo de kilómetros en todas direcciones.

—Adelante, echad un vistazo —nos dijo—. Pero, por favor, no toquéis la superestructura que rodea la pirámide.

Y nos dejó solos.

Subimos por la única pirámide expuesta y por primera vez vimos algo que nos dejó muy claro el concepto de la conexión de cada uno de estos templos con los chakras. Cubriendo cada superficie de esta pirámide de cuatro lados había caras humanas en relieve. Cada una de estas caras medía unos tres metros de altura y sobresalía de la pirámide alrededor de medio metro. Y en cada cara, en la zona situada entre las cejas, aparecía un punto redondo señalando el tercer ojo. Nunca había visto nada parecido en todo México.

Kohunlich estaba conectado con el sexto chakra, que se localiza exactamente en el tercer ojo. Y allí, sobre la frente de cada uno de aquellos rostros regios, estaba la prueba de que los antiguos mayas también conocían la función energética de este lugar sagrado. Era impresionante.

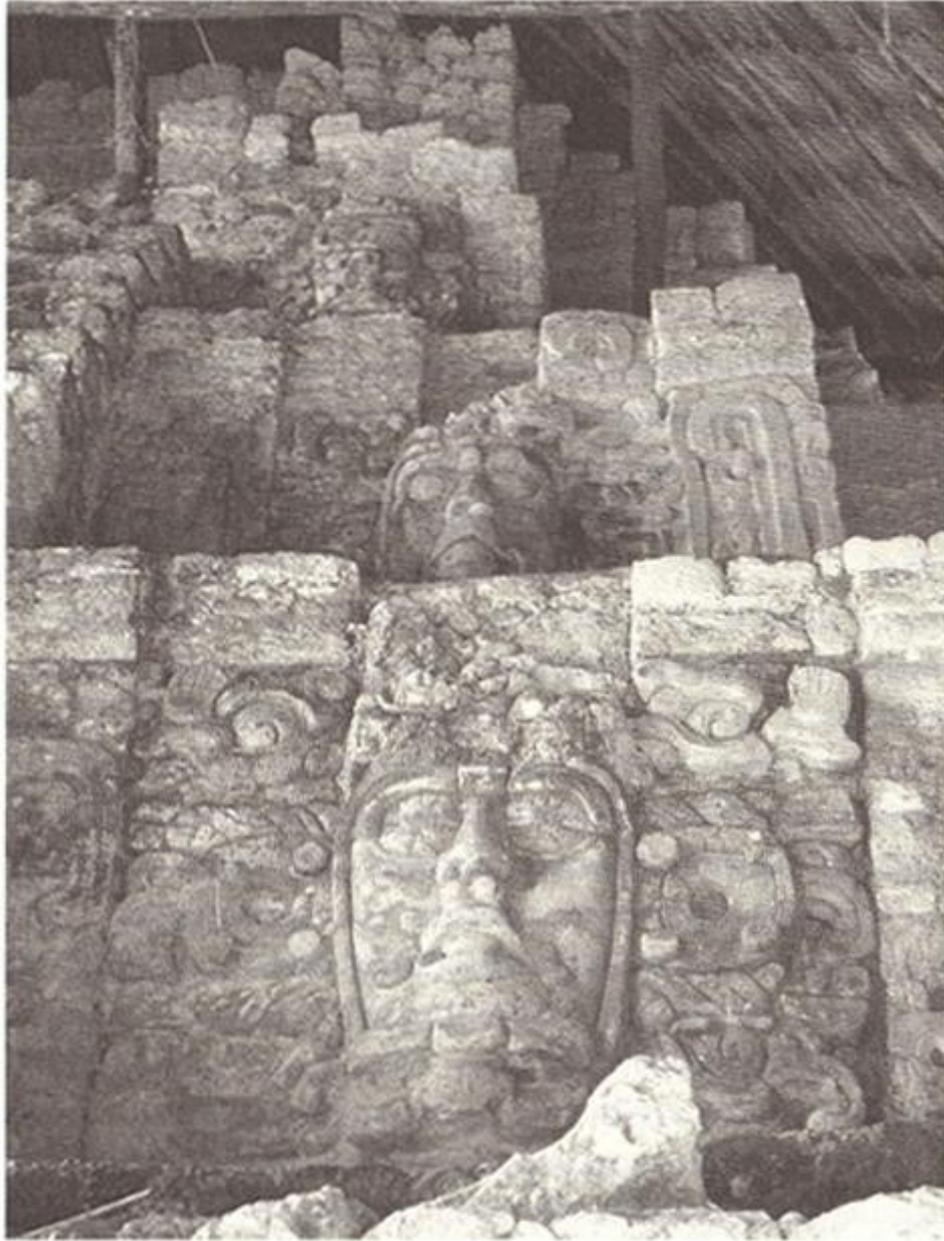
Pero teníamos trabajo que cumplir, y al cabo de un cuarto de hora dejamos de ser turistas y comenzamos a buscar psíquicamente el lugar secreto donde debíamos colocar nuestro cristal.

Kohunlich era el lugar más poderoso, en términos de energía pura, de todos los que habíamos visitado hasta entonces. Pero fue como si padeciéramos de muerte cerebral y, olvidándonos de la lección de Tulum, una vez más comenzamos a utilizar nuestros péndulos. Al cabo de una hora nos rendimos. Aquello no funcionaba. La realidad nos hizo recordar nuestro dilema inicial.

Nos sentamos en los escalones de un pequeño templo cercano a la pirámide grande y comenzamos a razonar como habíamos hecho en Tulum.

—Drunvalo, esto no vale para nada —dijo Ken—. Deberíamos haber aprendido algo de Tulum. Puesto que aquí está el tercer ojo, y dado que encontramos este templo gracias a nuestras habilidades psíquicas, creo que sólo necesitamos ese método para localizar el punto. Tú fuiste el que encontraste este sitio, pero ahora quiero hacer yo lo que tú hiciste y, de un modo u otro, encontrar el punto en meditación. ¿Crees que podré hacerlo?

—Ken, yo creo en ti. Adelante, y hazme saber lo que encuentres.



Las caras de Kohunlich mostrando el tercer ojo.

Ken cerró los ojos y estuvo ausente unos veinte minutos. Luego los volvió a abrir muy excitado.

—Ya sé lo que estamos buscando. Déjame que te lo enseñe.

Sacó papel y bolígrafo y dibujó lo que había descubierto en su meditación. Me dijo que en el suelo había un agujero como el del dibujo, y que directamente delante de él había un arbolito. Entre el árbol y el agujero grande había otro agujero pequeño de unos siete centímetros de diámetro. Allí, en ese agujero pequeño, era donde debíamos colocar el cristal.

El agujero grande era tan raro que, si lo encontrábamos, no íbamos a tener ninguna duda de que fuera ése, pero resultaba muy extraño que un agujero así pudiera existir. En lugar de expresar mis dudas, me levanté y dije:

—De acuerdo, vamos allá. Si está por ahí, lo encontraremos.

Ken respondió con rapidez:

—Drunvalo, yo he descubierto el aspecto que tiene el agujero. Te toca a ti encontrarlo —no hay duda de que lo suyo es la oratoria.

Acepté el reto. Mantuve la imagen del agujero en mi mente e intenté percibir la realidad para buscarlo. Mi cuerpo se vio empujado en una dirección que nos alejaba de la pirámide principal hacia la jungla. En cuestión de segundos había desaparecido todo rastro de civilización y estábamos rodeados sólo de naturaleza. Pero el tirón de mi cuerpo continuaba.

Era difícil moverse a través de la densa jungla, y no contábamos con ningún machete, que es lo que la mayoría de los mexicanos utiliza. Pero no dejamos que eso nos detuviese. Nos abrimos camino entre la maleza y seguimos avanzando. Noté que me estaba arañando los brazos, por lo que me bajé las mangas y las abotoné para protegerme.

Debíamos llevar casi tres kilómetros recorridos cuando el tirón de mi cuerpo cambió. Estábamos pasando a la izquierda de dos grandes colinas cuando mi cuerpo, literalmente, se volvió hacia ellas. Entre ambas colinas había un espacio abierto y supe que debíamos entrar en él.

—Ken, ven conmigo. No estoy seguro, pero creo que el camino es por aquí.

Aquel espacio abierto entre las dos colinas medía unos dieciocho metros de ancho y, por alguna extraña razón, estaba limpio de maleza. Por primera vez pudimos caminar con facilidad, y habíamos recorrido la mitad del camino cuando ambos paramos de golpe. Estábamos contemplando algo que no debería haber estado allí, pero que estaba.

Sobre la ladera que quedaba a nuestra derecha había una escalera que conducía a la cumbre. Allí, en medio de la densa selva mexicana, una escalera que parecía traída de Grecia. Estaba fabricada de un mármol dorado y blanco formando dibujos y pulido como el cristal. Daba la sensación de haber sido construida el día anterior. Una barandilla de mármol conducía a lo que debían ser unos ciento cincuenta o doscientos escalones. A ambos lados de la escalinata, selva áspera y enmarañadas raíces de viejos árboles. Realmente era como si alguien la hubiera construido hasta la cima de la selva y es tuviera escondido en algún lugar, observándonos. Producía escalofríos.

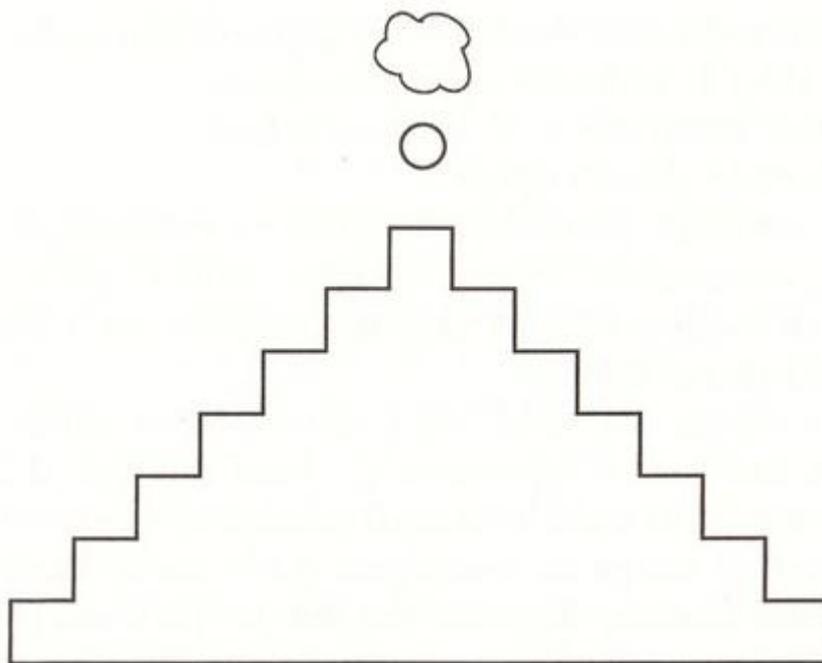


FIGURA 5: Dibujo del agujero y el árbol.

Habíamos olvidado totalmente nuestra misión. Aquello resultaba demasiado fascinante. Finalmente, Ken preguntó:

— ¿Tú crees que habrá alguien que conozca esto?

Yo no supe qué responder. En su lugar, le dije:

—Subamos y veamos dónde nos conduce.

En completo silencio, como si pudiésemos despertar a alguna criatura mitológica, trepamos por aquellas escaleras que parecían elevarse hasta el cielo. En la parte superior, la escalera giraba a la derecha y se abría a una zona dispuesta para el descanso, de unos trece metros cuadrados, con suelo y bancos de mármol. Toda la cumbre de la colina estaba cubierta por la selva excepto aquella zona. Totalmente confundidos y fascinados, nos sentamos en uno de los bancos.

— ¿Qué te parece, Ken? ¿Tú crees que los griegos llegaron a Yucatán y reclamaron esta colina como de su propiedad?

Ken negó silenciosamente con la cabeza.

Por alguna razón, saqué mi péndulo y lo probé. Funcionaba. A través de él podía sentir que el extraño agujero de Ken estaba allí, en aquella colina. La excitación recorrió mi cuerpo.

—Ken, está funcionando. Creo que es aquí.

— ¿Dónde? ¿En esta colina?

Sin contestarle, le pedí que me siguiera y caminé en la dirección que sugería el péndulo. Me condujo directamente al otro lado de la cumbre de la colina. Otra vez estábamos envueltos por la densa selva, avanzando con lentitud.

Y de repente, allí estaba. Nos sentimos como si acabara de tocarnos la lotería y no supiéramos qué hacer con todo el dinero. Cuando miré hacia abajo, hacia aquel extrañísimo agujero del suelo, me recorrió el cuerpo un sentimiento que nunca olvidaré. Aquel sentimiento me decía: «Recuerda esto, pues la Vida te va a presentar cosas aún más extrañas durante tu vida, y todas ellas poseen un significado y un propósito».

Aquel agujero medía unos tres metros de profundidad y entre tres y medio y cuatro de ancho. Las paredes y el suelo, que se adentraban en la tierra, estaban fabricados por el hombre y bordeados de piedras perfectamente cortadas en forma rectangular. Había algo obvio que Ken no había visto en su meditación: del suelo salían dos tubos de arcilla roja. Cada uno de estos tubos tenía unos treinta centímetros de diámetro y sobresalía otros treinta del suelo. Reflexioné acerca de lo que podrían ser, pero no se me ocurrió nada.

Volví a mirar hacia arriba y vi el arbolito que Ken había visto en su meditación. Me levanté de un salto, me dirigí hacia él a través de la vegetación y busqué un agujero pequeño frente a él. Allí estaba, tal y como Ken lo había visto con su visión interior.

Enfoqué mi linterna a través de él para ver lo que había en su interior, pero no pude ver nada. Estaba negro como ala de cuervo. Pero en cuanto al lugar donde se suponía que debíamos colocar el cristal, no cabía ninguna duda.

Ken se acercó y miró también hacia el interior, pero tampoco pudo ver nada. Era como mirar hacia las estrellas, pero sin que hubiera estrellas. ¡Todo lo que podíamos ver era misterio! Misterio, pero confianza.

Retiramos el cristal de la tela. Ambos lo sostuvimos un momento en oración por los mayas y luego yo fui el elegido para colocarlo en el interior de la Tierra. Recuerdo que, durante nuestra ceremonia y en el momento adecuado, dejé caer el cristal en la oscuridad y pude sentir cómo caía. No estaba golpeando contra nada. Psíquicamente era como si lo hubiera liberado al espacio profundo y el cristal estuviera flotando, alejándose del planeta.

Nos mantuvimos en silencio durante largo rato. Sin decir nada, ambos nos sentamos en el borde del gran agujero maya para observar el arbolito. Cerramos los ojos. Me daba la sensación de que los mayas estaban a nuestro alrededor, y ahora eran mis hermanos y hermanas. Éramos del mismo espíritu. Nuestro propósito era el mismo: acercar el cielo a la tierra.

Estuve bastante tiempo meditando y, de repente, volví a mi cuerpo y me encontré sentado frente al sagrado agujero maya, mirando hacia la tierra. Ken seguía meditando. En silencio me levanté y seguí a mi corazón a través de la selva hasta el borde de la colina, y mis sospechas se confirmaron. ¡La colina era una pirámide maya! Los tubos de arcilla roja eran los que habían despertado mis sospechas. Creo que eran los tubos de respiración de los espacios interiores.

Todo quedó claro. En ese momento comprendí muchas cosas. Me sentí increíblemente honrado por ser una de las personas que estaban ayudando a traer de vuelta los antiguos recuerdos, algo que le sucede a la consciencia sobre la Tierra siempre que la humanidad de ese momento comienza a recordar lo que realmente es.

Palenque

Estuvimos conduciendo toda la tarde con la intención de llegar a Palenque a la puesta de sol, pero no lo conseguimos. Estaba mucho más lejos de lo que creíamos. Palenque estaba vallado y no lo abrían hasta las ocho de la mañana siguiente, por lo que nos dimos la vuelta para encontrar el hotel más cercano.

Ken aparcó y pagó el hospedaje mientras yo descargaba el equipaje. Habíamos encontrado una habitación pequeña y sin grandes lujos, con dos camas bastante viejas que casi la ocupaban por completo. La puerta chocó contra mi cama antes incluso de llegar a abrirse a la mitad, lo que me pareció que tenía una cierta elegancia desde el punto de vista mexicano. (No me malinterpretes; me encantan México y los mexicanos. Por tanto, si sabes lo que quiero decir, sabes lo que quiero decir.)

Saltamos de la cama al amanecer y ya estábamos en los terrenos del templo cuando lo abrieron. Éramos los primeros y únicos en entrar a aquella hora, y todo el espacio era perfecto para nosotros. Muy pronto aquello se iba a convertir en un hormiguero de personas. Sin perder un minuto comenzamos a buscar el punto sagrado.

Como el templo estaba conectado con el séptimo chakra, el pineal, nos encontramos en la misma situación que en Tulum y Kohunlich. Sabíamos que teníamos que cambiar nosotros mismos de alguna forma para adquirir la sensibilidad necesaria para encontrar el lugar.

Cuando una persona alcanza el nivel de consciencia asociado con el chakra pineal en el cuerpo humano, es porque se está preparando para dejar su cuerpo y ascender al siguiente nivel de consciencia, más allá de lo humano. En los doscientos mil años anteriores de consciencia humana, sólo tres Maestros Ascendidos habían sido capaces de alcanzarlo. Ahora, por supuesto, todo ha cambiado. Todos los ocho mil Maestros Ascendidos han pasado ese nivel en los últimos diez años, llevando la consciencia humana hasta la frontera de nuevas y realmente asombrosas posibilidades. Con el tiempo, todos sabremos de lo que estoy hablando, pues ninguno de nosotros escapará a los cambios que están a punto de sobrevenirnos.

La glándula pineal, situada muy cerca del chakra pineal, en el centro de la cabeza, es la clave para el tercer ojo. Y el tercer ojo tiene posibilidades de largo alcance y que superan en mucho lo que la mayoría de las enseñanzas permiten que se conozca en el mundo exterior. Es el enlace entre el campo Mer-Ka-Ba y el Espacio Sagrado del Corazón. Cuando ambos se unen, un ser humano se convierte en más que humano. Se extiende a la divinidad. (El próximo libro que escriba explicará esto con gran detalle.)

Jesús no podría haber caminado sobre las aguas si no se hubiera abierto su tercer ojo y los ocho rayos de luz procedentes del chakra pineal no hubieran salido sobre la superficie de su cabeza. No es más que un dato cósmico.

Tras varias horas de búsqueda, Ken y yo nos rendimos, como habíamos hecho las veces anteriores, y nos sentamos en los escalones de un templo pequeño, pero muy elegante, al borde de la selva. Habíamos probado con el péndulo, con una aproximación psíquica y con todo lo que conocíamos, pero nada había funcionado. Estábamos realmente cansados y la sensación de estar perdidos inundó nuestros espíritus. Nos quedamos mirando hacia la selva y pedimos ayuda interior.

De repente, un joven maya pasó corriendo a nuestro lado, vestido sólo con un taparrabos, y desapareció en la jungla. Aquella imagen nos produjo la sensación de haber retrocedido unos cuantos cientos de años. Era tan maya y tan real...

Sentimos una sacudida. Nos miramos mutuamente y supimos con exactitud qué era lo que debíamos hacer, pero no el porqué. Sin pronunciar una sola palabra, corrimos tras el joven y entramos en el muro de vegetación.

Un camino bien definido se alejaba de Palenque, y al cabo de unos minutos estábamos avanzando por la selva más espesa que habíamos visto en México. Palenque no está situado en Yucatán, sino en una zona denominada Chiapas, más hacia el interior del país. Allí las colinas podrían denominarse montañas. Ésa es la belleza de Palenque; todos los templos están edificadas sobre montañas a diferentes alturas, lo que le da un cierto aire de misterio.

Nuestro joven amigo maya había desaparecido. O bien era mucho más rápido que nosotros, o bien había tomado otro sendero, pero aquello carecía de importancia. Sabíamos que ése era el camino para encontrar el punto especial, aunque no sabíamos por qué ni cómo.

Debimos caminar al menos once o doce kilómetros por la jungla. A esa distancia de la civilización, la selva vuelve a la vida. De los árboles colgaban las serpientes y unos raros y coloridos pájaros pasaron volando junto a nosotros para ver quién era el loco que penetraba en aquel mundo misterioso. Todo estaba húmedo y viscoso, lo que nos hacía resbalar y caer a cada momento. Pronto adquirimos el aspecto de dos mugrientos mendigos escapando de la justicia. Pero nada podía detenernos.

De repente, el terreno cambió y comenzamos a correr cuesta arriba. Aquello parecía no tener fin. En lo alto de la colina prácticamente tuvimos que escalar, usando nuestras manos para auparnos a lo que parecía ser un saliente de la roca. Y entonces, cuando alcanzamos la cumbre de la montaña, nos asomamos al otro lado para descubrir otro mundo. Toda la falda sur era un campo de maíz. Resultaba enormemente extraño pasar de la jungla salvaje, húmeda y fresca, aparentemente interminable, a un campo de maíz, fabricado por el hombre, seco y cálido. Aquello supuso un fuerte choque para mi cuerpo.

No podíamos creer lo que estábamos viendo. Pero cuando nuestros ojos se volvieron a acostumbrar a la luz, tras salir de la oscuridad de la maleza, pudimos ver que allá abajo, en el valle que se encontraba frente a nosotros, había un auténtico pueblo maya, a poco más de un kilómetro de distancia. Nos quedamos muy quietos y nos sentamos para observar a sus pobladores.

Mi corazón se sentía inmensamente feliz de poder comprobar que los mayas seguían viviendo igual que hacía cientos de años. Me eché a llorar. No pude evitarlo. Seguían vivos. De alguna forma, me habían hecho creer que los mayas ya no conservaban sus antiguos modos de vida y que habían sido asimilados por la civilización.

Había al menos quince cabañas redondas de hierba, con perros y otros animales correteando a su alrededor. En un hoyo en el centro del grupo ardía un fuego. Unas cuantas personas se movían de acá para allá entre las cabañas. Era como si hubiéramos corrido hasta un pasado distante muy anterior a la llegada del hombre moderno.

Me invadió una sensación de paz y mi respiración se ralentizó, pues mi cuerpo prácticamente había detenido su funcionamiento. Alguien se estaba comunicando conmigo. Se me apareció la imagen de un templo y el espacio junto a él. No lo reconocí. La imagen se concentró en una zona pequeña, de no más de un metro cuadrado, junto a una de las paredes del templo. El punto especial para el cristal vibraba de energía. En ese momento supe dónde debía plantarse.

Llevábamos allí sentados una media hora cuando, sin previo aviso para Ken, me levanté y le dije.

—Ken, vámonos. Creo que sé lo que debemos hacer.

Ken no dijo ni una palabra. Pude ver que aquella experiencia también había sido fuerte para él.

Cuando volvimos a Palenque, mi cuerpo se vio empujado directamente a través del complejo del templo, por detrás del Templo de las Inscripciones; pasamos el palacio y el observatorio astronómico, y llegamos a un pequeño templo que se encontraba a un lado, a unos trescientos metros de distancia.

Al llegar a él, mi cuerpo se movió hacia una pared en concreto. Cuando llegué a aquella zona, miré hacia el suelo y, en unos pocos minutos, encontré el punto exacto. Reconocí cada piedra de aquel espacio de un metro cuadrado junto a la pared. Había estado allí anteriormente.

Justo cuando el Sol se estaba poniendo, enterramos el cristal elevando oraciones para que los sueños de los mayas y los de otras personas conectadas con aquella tierra pudieran sincronizarse y crear una nueva realidad, un nuevo comienzo.

La séptima nota de la octava estaba terminada. La octava nota está, en realidad, en otra dimensión, en otra octava, en otro ciclo. En otras palabras, el regreso de la energía a los templos de Palenque estaba completando la primera espiral. La siguiente no estaba en México, sino en Guatemala, y representaba el comienzo de un nuevo ciclo de consciencia.

El octavo chakra es una bola de energía, un diminuto campo Mer-Ka-Ba, que flota en el espacio a un palmo de distancia sobre la cabeza. Es la primera nota de la siguiente octava de la consciencia superior.

Khan Kha: un ojo

Di la espalda a la pared y al punto en que acabábamos de enterrar el cristal vivo, el punto sagrado de luz, y mirando hacia la entrada di un paso al frente. Un terrible dolor me atravesó la cabeza, especialmente entre los ojos, y me hizo tambalearme. Me rehíce y consideré mi situación. No suelo padecer dolores de cabeza, quizá uno cada diez años, y no suelen durarme más de unas horas. Pero en aquel momento estaba padeciendo uno de los peores de mi vida. Parecía no proceder de ningún sitio.

Cuando busqué sus causas, descubrí que había abusado de mis habilidades psíquicas, prácticamente infantiles. Había sido como utilizar los músculos de las piernas por primera vez en muchos años y hacer una caminata de cuarenta kilómetros cuesta arriba. Los músculos se agotan, y eso era lo que les había sucedido a mis habilidades psíquicas. Necesitaba descansar lo antes posible.

Cerraron las puertas del templo detrás de nosotros cuando salimos. Habíamos sido los primeros en entrar y los últimos en salir. El hotel se encontraba a pocos cientos de metros, por lo que unos minutos después estábamos dejando el coche. Ken aparcó en la cuneta, entre otros dos.

Salí y la primera cosa que vi fue la matrícula del coche aparcado delante de nosotros. Era 444-XY-OO. Hace mucho tiempo, los ángeles me enseñaron que ver un número triple en la Realidad posee un significado relacionado con lo que estás pensando o con tu entorno. Tiene que ver con la música y con el hecho de que todas las notas de una octava están separadas entre sí por intervalos de once ciclos por segundo. Por tanto, los intervalos entre las notas son de 11, 22, 33, 44, 55, 66, 77, 88 y 99 ciclos por segundo, o múltiplos de esos números, lo que nos presenta un afinamiento armónico o momento en el tiempo, dado que toda la Realidad fue creada a través de los armónicos de la música.

Por eso, cuando aparecen números triplicados o repetidos más veces de cualquier manera, representan físicamente un momento matemático en el tiempo que contiene los armónicos del valor de ese número. En palabras humanas, 444 podría describirse como la Escuela de Misterio, allí donde uno aprende acerca de la Realidad. Alice Bailey fue la primera persona en escribir acerca de este significado de los números. Brevemente, he aquí los significados de los números triples.

111 = Flujo de energía: cualquier flujo energético, como la electricidad, el dinero, el agua, la energía sexual, etc.

222 = Nuevo ciclo: el comienzo de un nuevo ciclo cuya naturaleza depende del siguiente número triple que veas.

333 = Decisión: debes tomar una decisión, que te llevará al 666, lo que significa que debes repetirla de alguna otra forma, o al 999, que significa culminación y que has aprendido la lección.

444 = La Escuela de Misterio: lo que está ocurriendo en la vida es una lección para aprender acerca de la Realidad. En esta escuela se trata de aprender, leyendo libros o estudiando un tema, y no de hacer.

555 = Conciencia de la Unidad: es el número de alguien que ha obtenido la Conciencia de la Unidad. Ha dominado todos los niveles de la Escuela de Misterio. Es el número más alto. Es el número de Cristo.

666 = Conciencia de la Tierra: en la Biblia es el número de la Bestia, por lo que puede representar el mal puro, pero también es el número de la humanidad y de la vida. El carbono es la base de ésta, y este elemento cuenta con seis protones, seis neutrones y seis electrones. Cuando vemos este número, suele significar que debemos estar alerta ante los acontecimientos físicos que se presentan en ese momento, y que debemos tener cuidado.

777 = La Escuela de Misterio: ésta es la parte de la escuela en la que no estás sólo leyendo libros sobre la vida, sino poniéndolos en práctica.

888 = Culminación de una lección concreta en la Escuela de Misterio.

999 = Culminación de un ciclo de acontecimientos concreto.

000 = Carece de valor.

De pie junto al coche, y mientras observaba el 444, me pregunté qué era lo que se me iba a presentar. Me di la vuelta y vi que la matrícula del coche que estaba detrás era 666. Esto me indicó que la lección estaría relacionada con el plano físico. Me dirigí hacia el hotel y, por primera vez, vi su nombre. Era el hotel Khan Kha. Me quedé mudo durante cinco minutos pensando en lo que aquello significaba.

Cuando estaba a medio camino del hotel, Ken me vio de pie allí y volvió sobre sus pasos hasta donde yo me encontraba.

—Drunvalo, ¿qué ocurre?

—Ken, mira el nombre del hotel.

—¿No es ése el nombre del maya que habló contigo en Chi-chén Itzá?

—Sí —y le mostré las dos matrículas.

—¡Vaya! ¿Qué crees que significa?

—Ken, no lo sé, pero creo que es importante. Recuerda: Khan Kha dijo que era el arquitecto del Templo de las Inscripciones de Palenque. Es posible que realmente lo sea.

Nos encaminamos hacia nuestra habitación, charlando acerca de la lección que nos estaba presentando la vida. Abrimos la puerta, entramos, e inmediatamente encontré una nota doblada por la mitad sobre mi cama. La cogí, y Ken se colocó a mi lado mientras la leía. Decía: «Gracias por todo lo que habéis hecho. Permaneceréis en el corazón del pueblo maya por siempre». Y firmaba «Khan Kha».

Antes de que pudiera reaccionar ante la nota, Ken me la arrebató de las manos, la contempló durante un segundo, me miró a los ojos, y dijo:

—Lo has hecho tú. Sé que lo has hecho tú. Khan Kha nunca escribió esta nota.

Intenté decirle que yo no tenía nada que ver con aquello, pero no me creyó. Durante casi media hora estuvo gruñendo cosas como: «Seguro, un espíritu escribió esta nota y la colocó sobre tu cama. ¿Es que te has creído que soy idiota?»

No paraba. Continuó murmurando hasta que, por fin nos quedamos dormidos.

Para que lo sepas, guardé la nota durante muchos años. Incluso ahora sigue siendo una inspiración para mí.

Me costó dormirme, pues el dolor de cabeza no cesaba. Eventualmente, me quedé traspuesto. Y de repente, en medio de la noche, me desperté. Algo me había sacado de un profundo sueño. Me di la vuelta y miré hacia el espacio sobre mi cama. Allí había un enorme ojo humano que me miraba fijamente. Al principio pensé que seguía soñando, pero el ojo no se iba y la habitación era real.

Aquel ojo medía casi dos metros de ancho y algo más de uno de alto. Era fundamentalmente dorado, pero el iris era verde y negro. De cuando en cuando, parpadeaba.

He visto tantos fenómenos psíquicos a lo largo de mi vida que aquello no me alteró, pero supe que tenía que entender lo que estaba ocurriendo. Mientras lo intentaba, una voz masculina comenzó a hablar. Inmediatamente la reconocí. Era la de Khan Kha.

Comenzó a hablarme acerca de Palenque y de lo que había sucedido aquel día. De repente, paró un segundo y dijo:

—Drunvalo, tienes un terrible dolor de cabeza. Debemos ponerle solución. Dentro de un momento voy a enviarte un conocimiento que te lo curará. Pero ese conocimiento tiene un significado y un propósito que exceden en mucho a tu dolor de cabeza.

Al instante siguiente, en un abrir y cerrar de ojos, recibí un conocimiento ancestral relacionado con la glándula pineal del centro de la cabeza y con los rayos de luz que salen del chakra pineal cuando se dan las debidas condiciones. Hice lo que me indicaba aquel conocimiento y al instante desapareció el dolor. Resulta impresionante pasar del dolor a la falta de él en unos segundos. Khan Kha dijo:

—Así está mejor —y siguió hablando de Palenque. En ese momento, Ken rebulló en su cama. Supongo que fueron mis movimientos los que lo estaban despertando. Se giró para mirarme, luego hacia lo alto de la habitación, y vio el inmenso ojo de Khan Kha.

Se sentó de un salto, tiró de las sábanas contra su pecho y gritó todo lo fuerte que puede hacerlo un hombre adulto. Estoy seguro de que despertó a todo el hotel. Rápidamente intenté calmarle:

—Ken, tranquilo. Sólo es Khan Kha.

Pero aquello no sirvió de nada. Ken estaba mirando fijamente hacia el fenómeno psíquico y parecía estar en estado de shock.

Al cabo de unos minutos logré captar su atención y me escuchó cuando le dije que todo iba bien. Creo que fue su primera experiencia de un fenómeno psíquico que apareciera en la Realidad misma y no sólo dentro de su cabeza.

Tardamos un rato en volver a quedarnos dormidos, pero al cabo de un tiempo lo logramos. La iniciación de Ken en Palenque completó el chakra pineal.

La reacción de Ken ante Khan Kha puso fin a la conversación, pero la información que me había dado era de lo más interesante. Y al cabo de los años he descubierto la increíble importancia que tiene para la consciencia humana en expansión. Es demasiado complicada para un libro de relatos, pero algún día, en otro libro, te la explicaré claramente para que, si lo deseas, puedas comprenderla y ponerla en práctica.

Guatemala

Me sentía completo. Ir al siguiente templo en Guatemala parecía un trabajo que casi no necesitara ni ser terminado, pero sabíamos que sí debíamos hacerlo. Tikal era el lugar en que debíamos terminar nuestro viaje. Aquél es el lugar donde viven los mayas más ancianos y con mayores conocimientos. El Templo del Jaguar era el que guardaba el punto de luz sagrado que necesitaba recibir el último cristal.

Sin embargo, allí tuvo lugar un acontecimiento del que los mayas no me dejan hablar. Lo siento. Nuestro relato debe terminar en este punto. Quizá en un futuro, cuando llegue el momento adecuado, pueda contar la historia de lo que realmente sucedió. Pero debo obedecer, en honor al deseo maya, de que esta información quede reservada por el momento.

In Lak'esh. Es el saludo y la despedida maya, y significa «tú eres otro yo».

CAPÍTULO OCHO

«TE NECESITAMOS OTRA VEZ»

Cuando regresé de mi último viaje a México y Guatemala, creí que iba a poder disfrutar de algo de tiempo para mí, pero estaba completamente equivocado.

Yo creo que la Madre Tierra utiliza cada minuto de su tiempo para seguir expandiendo la consciencia e intentando poner en práctica nuevas ideas de todas las maneras que es capaz de imaginar.

Thoth regresó durante una de mis meditaciones, y me dijo: —Drunvalo, te necesitamos otra vez. Es necesario que se lleve a cabo otra corrección de la red. ¿Estás listo para el servicio?

Si no hubiera sido porque Ken tenía dinero y pagó gran parte de los gastos, el último viaje habría supuesto un duro golpe para mis finanzas. Pero como no había sido así, pude permitirme continuar. Thoth me dejó claro desde el principio que Ken no iba a formar parte del próximo viaje. Pero no me especificó lo que debía conseguirse en él. Quería que me comprometiera antes de explicarme la situación.

Supuse que me estaba volviendo a poner a prueba. Daba la sensación de que eso era lo que hacía constantemente, por lo que le respondí:

—Thoth, tú sabes que la única razón por la que vine a la Tierra fue para ayudar a la humanidad. Dime qué es lo que necesitas.

Empezó a ofrecerme una larguísima explicación que duró casi dos horas. En resumen, me dijo que la energía sexual de la mujer (de todas las mujeres de la Tierra) estaba desequilibrada con respecto a la del hombre, y que incluso aunque en aquel momento ese desequilibrio era pequeño, se haría inmenso cuando la ascensión planetaria diera comienzo al cabo de unos pocos años. Debíamos devolver un equilibrio casi perfecto a esa energía sexual o las consecuencias posteriores serían muy importantes.

Como realmente no le entendía, sólo podía intentar absorber lo que me estaba diciendo.

—De acuerdo, entonces. ¿Cómo quieres que empiece?

Thoth empezó a hablar como si lo llevara ensayado.

—Tienes que comprar un cristal de calcita verde de unos treinta centímetros cuadrados y que tenga una gran calidad. Deberás partirlo exactamente en cuarenta y dos trozos de aproximadamente el mismo tamaño, a excepción de los dos últimos, que serán un poco mayores.

Yo sabía dónde podía encontrar ese cristal, pues lo había visto unos meses antes, suponiendo que todavía estuviera allí.

—Sin problemas —le contesté—, sé dónde hay uno.

Thoth se me quedó mirando durante un minuto sin hablar, y luego me dijo:

—Cuando tengas los cuarenta y dos trozos, debes soñar que cuarenta y dos mujeres van a venir para ayudarte en este proyecto. Estas cuarenta y dos mujeres saben quiénes son, pero tú debes crear el sueño. ¿Lo has entendido?

Estuve a punto de echarme a reír a carcajadas. Thoth sabía lo que estaba pensando, bajó ligeramente los ojos y me dirigió una mirada oblicua. ¿Cómo es posible conseguir que cuarenta y dos mujeres cooperen en algo? (Es broma.)

—No estamos hablando de tus conceptos de la energía humana —me dijo—. Se trata de tu *sueño*.

—Muy bien. Cuando tenga los cuarenta y dos cristales y las cuarenta y dos mujeres aparezcan por arte de magia, ¿qué debo hacer? —pregunté.

Se enderezó y recuperó su habitual forma estudiada de ser.

—Lo que vas a hacer debe estar perfectamente calculado. La alteración de la Red de Conciencia de Unidad sólo es posible durante unos pocos minutos. No habrá espacio ni para un error de un minuto. Por eso, en tu sueño, debes verlo suceder como si un ordenador estuviera controlando los acontecimientos. ¿Lo has comprendido? —No dije nada, y él continuó—: Existen cuarenta y dos lugares sagrados en la Tierra que deben ser cambiados de forma simultánea. Estos cuarenta y dos sitios están relacionados con los cuarenta y dos cromosomas principales del ADN humano. Cuarenta y uno de ellos están en el círculo femenino de la red, y

el último está en Egipto, a unos dos kilómetros y medio de la Gran Pirámide, en medio del desierto.

»Los lugares cuarenta y uno y cuarenta y dos están íntimamente conectados. El cuarenta y uno se localiza en el centro de la isla de Moorea, en el Pacífico Sur.

Moorea y Egipto (el lugar número cuarenta y dos) eran los extremos del eje de la Red de Conciencia de Unidad, por lo que aquello tenía sentido.

Thoth respiró profundamente y siguió diciendo: —Cuando este ajuste se realice, debes contar con un hombre y una mujer en cada extremo del eje, en Egipto y Moorea, mientras que otras cuarenta mujeres estarán también situadas en los cuarenta lugares sagrados concretos que te voy a nombrar. Debes creer en tu sueño. Ve preparando todo esto y yo te daré los detalles finales cuando nos vayamos acercando a ese momento.

Thoth dejó mi meditación y yo regresé a la habitación pensando que me acababan de dar una misión casi imposible. ¿Cómo iba a encontrar a cuarenta y dos mujeres (y otro hombre y yo, por lo que en total sumábamos cuarenta y dos mujeres y dos hombres) que pudieran hacer esto exactamente el mismo día en cuarenta y dos lugares diferentes del mundo? Honradamente estaba convencido de que ni siquiera conocía a cuarenta y dos mujeres.

Pero, como él me había indicado, no se trataba de lo que normalmente se considera posible; lo único que importaba era el proceso del sueño. Suspiré y dejé todo en manos de Dios. Sentí que no había forma humana de que Drunvalo pudiera conseguirlo.

Fui a la tienda de cristales donde había visto la calcita verde un par de meses atrás, y todavía seguía allí. Por alguna razón, sabía que así iba a ser. Compré el cristal y, de camino hacia casa, intenté visualizar la manera de partirlo exactamente en cuarenta y dos pedazos. La verdad es que no tenía ni idea de cómo hacerlo.

Decidí empezar partiéndolo por la mitad, y resultó ser más fácil de lo que había imaginado. A continuación, partí a su vez cada uno de los trozos por la mitad. Seguí haciéndolo hasta tener dieciséis pedazos, pero a partir de ese momento tuve que tener mucho más cuidado y pensar mucho cómo debía cortar cada uno de ellos para conseguir tener al final los cuarenta y dos que deseaba. Fue bastante sencillo, si exceptuamos el proceso de pensar en cómo hacerlo. Cuando partí los dos últimos trozos, completando los cuarenta y dos cristales, me sentí inmensamente orgulloso de mí mismo. Daba la sensación de que se había hecho sin esfuerzo.

Ahora venía lo que creí que iba a ser la parte difícil: las cuarenta y dos mujeres. No me preocupaba el hombre. Estaba seguro de poder contar con algún amigo que quisiera hacer ese viaje para mí.

Pero el hecho de encontrar a las mujeres no fue tan complicado como yo había imaginado. Me quedé allí sentado, sin hacer absolutamente nada. Una mujer, a veces dos, llegaban a la Escuela de Misterio Nakkal y me decían que se iban a un lugar sagrado del océano Pacífico, o a Perú, o a California, exactamente a los lugares a los que Thoth quería que fueran. Siempre terminaban preguntando:

—¿Quieres que haga algo mientras esté allí?

A cada una de ellas le expliqué la misión y le pregunté si deseaba tomar parte en ella. Y cada una de las mujeres me respondió:

—Por supuesto. Estaré encantada de ayudarte. Ya tengo el billete de avión y estoy lista para partir.

Era una de las situaciones más asombrosas que yo había presenciado jamás.

La parte que no les expliqué a la mayoría de ellas fueron las instrucciones finales. Pero no era necesario; todo lo que tenían que hacer era estar allí en el momento preciso con su cristal y mantener el espacio. Incluso sincronizamos nuestros relojes según el mío para ser lo más exactos posible.

Aproximadamente un mes antes de que partiera para este viaje, Thoth se me apareció de nuevo en mi meditación.

—Drunvalo —me dijo—, el varón del polo norte, situado en Egipto, va a sufrir un cambio sexual con la parte femenina de sí mismo, y la hembra del polo sur de la red, situada en Moorea, experimentará simultáneamente un ajuste sexual dentro de su aspecto femenino. La mujer que estará con el hombre en Egipto será la que controle todo el ajuste, mientras que el

varón, que serás tú, será el actor secundario en el polo sur para controlar a la hembra que estará sufriendo el cambio.

»En un momento muy concreto en el tiempo, el espacio y la dimensión, la mujer de Egipto dejará caer uno de los cristales de calcita verde en un agujero del suelo, cerca de la fuente de esta Red de Unidad que sale de la Tierra. Mientras el cristal esté cayendo, y unos pocos minutos después, es cuando el ajuste puede realizarse.

»Para que se pueda llevar a cabo este trabajo, las cuarenta mujeres deben estar en sus lugares de todo el mundo, sosteniendo su trozo del cristal original y meditando acerca de este cambio en el equilibrio de la Red de Conciencia de Unidad.

Thoth quería que yo fuera el varón de Moorea y me dijo que debería elegir a la mujer. Sobre ese particular, no había posible duda. Yo tenía novia, y si hubiera elegido a cualquier otra, probablemente no estaría ahora vivo para contar esta historia.

Aparentemente todo estaba en orden, por lo que mi novia y yo nos dirigimos a Moorea, mientras el resto de las mujeres y el otro hombre se ponían en camino hacia sus respectivos lugares en todo el mundo. Todo lo que podía hacer era confiar en el Gran Espíritu, pues sólo Él podía coordinar un acontecimiento tan elaborado.

Yo sólo estaba en contacto con una persona del grupo, la mujer de Egipto, para confirmar que todo funcionaba correctamente.

CAPÍTULO NUEVE

LA ISLA DE MOOREA, LAS CUARENTA Y DOS MUJERES Y LOS CUARENTA Y DOS CRISTALES

Moorea me causó una gran sorpresa. Era el lugar femenino más suculento que yo había visitado. No era sólo que la isla tuviera forma de corazón, sino también la maravillosa energía sexual que palpitaba desde la tierra y el océano.

Se mirara donde se mirara, uno veía apuestos hombres y mujeres morenos moviéndose por todas partes, vestidos sólo con una pequeña tela en la parte inferior del cuerpo y nada en la superior. La vista de unas personas tan bellas y casi desnudas no hacía más que enfatizar la misión y su propósito: cambiar el equilibrio sexual de las mujeres de todo el mundo.

Thoth quería que llegáramos a la isla al menos una semana antes del ajuste, para que nos pudiéramos acostumbrar a su energía. Sugirió que entráramos en contacto con los nativos para que llegáramos a entendernos plenamente. Al final estuvimos allí diez días y llevamos a cabo nuestro propósito el noveno.

Mi novia y yo éramos principiantes en el deporte del buceo, pero llevamos todo el equipo, pues habíamos escuchado que Moorea era uno de los mejores lugares del mundo para practicarlo. No nos defraudó. El arrecife de coral que rodea la isla es como cristal líquido. Al nadar en esta agua, casi a la temperatura del cuerpo, uno puede contemplar millones de peces multicolores y animales que te rodean hasta una distancia de treinta metros a la redonda. Recuerdo haber pensado que era como nadar en un acuario. No éramos capaces de salir del agua. Cuando lo hacíamos, sentíamos como si la energía descendiera a la mitad, y nos encontrábamos a nosotros mismos volviendo a ella como zombis. Era como si nos arrastrara un imán. Y nadábamos en aquella agua entre seis y ocho horas diarias, adictos a ella.

Tras un par de días de completa felicidad, una joven y alegre pareja de nativos polinesios se nos acercó y nos preguntó si nos gustaría visitar su casa. Nos parecieron tan sencillos y naturales que no lo pensamos dos veces. Fuimos con ellos a su casa como si nos conociéramos de toda la vida.

Su «casa» era una playa escondida a los turistas. Tenía cabañas de hierba para guardar cosas, pero realmente no para dormir. Debía haber unas veinticinco personas, unas pocas mujeres más que hombres. Todo el mundo dormía en la arena, junto al mar, excepto cuando llovía.

Arriba, sobre un saliente que daba al océano, sus ancestros habían construido un edificio especial de piedra con un único propósito. Las mujeres y los hombres se turnaban para utilizarlo. Era un lugar en el que las mujeres se masajaban unas a otras y los hombres se masajaban unos a otros. Se alternaban cada tarde. En su cultura, era muy importante que los miembros de cada sexo se cuidaran unos a otros físicamente, por lo cual cada persona era masajeadada y amada por los demás miembros de la tribu casi todos los días.

¿Y por qué no? Habían llegado a dominar la vida más de lo que la mayoría de nosotros conoce. No utilizaban dinero, pues consideraban que para lo único que servía era para esclavizarlos. Cuando tenían hambre, acudían a un árbol de mangos o papayas. Por todas partes crecían cientos de plantas y hierbas, y ellos sabían exactamente dónde encontrarlas. El océano formaba parte de su hogar, y sencillamente caminaban hacia el agua con un palo puntiagudo y, en unos minutos, salían con el pescado deseado. Rara vez enfermaban, pero cuando lo hacían sus ancestros les habían dicho cómo sanar, por lo que no conocían a los médicos.

Si el paraíso existe sobre la Tierra, ellos vivían en él.

El juego y el amor eran sus principales objetivos en la vida. Por la noche sacaban sus instrumentos musicales, fabricados con materiales procedentes de la selva o del océano. Bailaban y cantaban durante horas hasta que la Luna estaba alta en el cielo. El trabajo sólo era necesario de vez en cuando; si una tormenta destruía un barco y había que reconstruirlo, por ejemplo; cuando lo era, toda la tribu se reunía para ayudar. Incluso entonces convertían el trabajo en algo divertido, excitante incluso. La música fluía por el aire mientras los miembros de la tribu se turnaban para tocar y trabajar. ¡Menuda vida!

Bastaron un par de días para que me quedara claro que su forma de vida no estaba basada en el ego, sino en otra operación más holística.

Se amaban unos a otros de todas las formas, y se cuidaban. Nadie se peinaba ni se acicalaba; siempre lo hacía por él otra persona del mismo sexo. Convertían los actos más simples en una forma de demostrar amor.

Se compartían unos a otros como si formaran un solo y enorme matrimonio. Las mujeres podían elegir entre todos los hombres, y éstos compartían a las mujeres. No creo que la palabra «celos» existiera en su vocabulario.

Tras sólo tres días de estar con ellos, había olvidado para qué estábamos allí. Nunca había sentido tanta liberación y relajación. Mi antigua vida en Estados Unidos había desaparecido por completo. Mi cuerpo había pasado a formar parte de la tribu y mi alma pertenecía a la isla. ¿Cómo había podido tener lugar un cambio tan grande en un periodo tan corto de tiempo?

Ni mi novia ni yo les mencionamos en ningún momento, ni a ninguno de ellos, nuestra intención secreta, pero hacia el séptimo o el octavo día el muchacho que nos llevó a la tribu ROS pidió que nos sentáramos a su lado. Nos miró a los ojos con amor absoluto y comenzó a hablar.

—Sois mi hermano y mi hermana blancos, y conozco lo que está en vuestros corazones. Sabernos por qué estáis aquí y queremos ayudaros. Debéis llegar a un lugar sagrado, que está cerca del centro de esta isla, para llevar a cabo vuestro propósito, pero os está prohibido ir allí. Es demasiado sagrado para que dejemos que nadie llegue a él. Pero vuestro propósito está por encima de nuestras reglas.

»Mañana, uno de nuestros ancianos estará aquí para guiaros. No puedo deciros su verdadero nombre, pero podéis llamarlo Thomas. Estáis en nuestros corazones y haremos todo lo que esté en nuestra mano para que podáis realizar lo que habéis venido a hacer.

A la mañana siguiente, cuando el Sol estaba saliendo y explotando de color sobre el océano, el océano azul, pintando en las nubes hinchadas sombras moradas y anaranjadas, un hombre de unos cincuenta y tantos años de edad se acercó derecho hacia nosotros, y nos dijo que se llamaba Thomas. Medía uno ochenta de estatura y su piel era de color marrón oscuro. Su pelo, casi negro, le colgaba hasta la mitad de la espalda y no llevaba más ropa que una tela blanca alrededor de la cintura y unas chanclas de cuero. Parecía saber exactamente lo que pensábamos.

Sin hacer ninguna pregunta, empezó a decirnos que el lugar al que debíamos ir para celebrar nuestra «ceremonia» estaba en el interior de la isla y que era un poco peligroso llegar hasta él, pero que nos mostraría el camino.

Yo le pregunté si debíamos llevar alguna cosa, y él nos miró como a dos chiquillos.

—No —dijo simplemente, y se volvió y comenzó a caminar. Nos miramos el uno al otro y le seguimos.

Mientras estábamos viviendo en la playa, yo había observado que la mitad de la isla parecía ser montañosa y estar cubierta por la selva, pero no había pensado en ello excepto para sentir su belleza. Ahora estábamos a punto de sentir su poder.

Dejar el nivel del mar, que había constituido nuestra única experiencia de Moorea, fue un choque. El terreno era realmente una selva. Pronto me di cuenta de que, sin nuestro guía, mi novia y yo habríamos sido incapaces de encontrar el camino. Había que conocer los senderos que recorrían la densa jungla y cómo se conectaban con otros, más pequeños, casi imperceptibles, que conducían a nuestro destino.

Varias veces pasamos junto a antiguas ruinas de piedra situadas justo al borde de aquel camino. Le pregunté a Thomas acerca de la primera, y me dijo:

—Mucho antes de que nosotros llegáramos a estas islas vivieron aquí personas antiguas. No sabemos quiénes eran, pero estas ruinas han estado siempre protegidas. Hay personas que celebran ceremonias cada año para honrar a los que nos precedieron. Pero el lugar al que vamos es el más sagrado de todos.

Tras varias horas de trepar, siempre hacia arriba, llegamos a unas cumbres montañosas que yo había creído, desde la distancia, que constituían nuestro destino. Pero cuando llegamos al punto más alto, pudimos contemplar el centro de la isla por vez primera. No podía creer lo que veían mis ojos. Os aseguro que parecía sacado de una película de Indiana Jones.

La cadena montañosa en la que nos encontrábamos formaba un enorme círculo, y exactamente en su centro estaba la montaña más fállica que yo había visto jamás. Era como un pene gigantesco apuntando hacia el cielo, penetrando con fuerza en el círculo femenino de montañas que tenía debajo.

Todo lo que pude decir fue:

— ¡Uau! —y el poder de lo que estaba presenciando me forzó a guardar silencio. No pude evitar recordar que Moorea tiene forma de corazón. ¿Y aquél era su centro? Los tres estábamos sin habla. El único sonido era el del viento soplando entre mi pelo, y aquel silencio me permitió observar que los tres estábamos respirando en perfecta sincronía, como si fuéramos uno solo. Me sentí conectado con la vida por todas partes.

Unos cinco minutos más tarde, Thomas señaló una zona a la izquierda de la montaña fállica, y dijo:

—Ahí. Ahí es donde debéis estar. A partir de este momento iréis solos. Sabréis cuándo habéis llegado al lugar correcto. Mi corazón y el de todo mi pueblo estarán con vosotros —y se volvió y nos dejó solos.

Durante largo rato permanecimos allí, cogidos de la mano, no queriendo romper aquel momento mágico. Al cabo de un tiempo, un loro verde brillante voló demasiado cerca de nuestras cabezas y chilló, sobresaltándonos y sacándonos del trance.

Reímos por el salto que habíamos pegado, pero la seriedad del motivo por el cual estábamos allí comenzó a tomar las riendas. Sabíamos que se nos acababa el tiempo. Debíamos estar colocados en aquel lugar sagrado en una hora y media o todo estaría perdido.

—Venga, vamos.

Sin Thomas, que conocía cada centímetro de la isla, no resultaba fácil, y dependía de nosotros decidir cómo llegar hasta allí. Elegimos bajar casi recto por la ladera de la montaña hacia el cuenco para ahorrar tiempo, lo que probablemente fue un error. A los cinco minutos habíamos perdido el rumbo.

Finalmente, sin embargo, llegamos al lugar sagrado, que era como un dibujo de cuento de hadas: un altar plano de piedra sobre el cual incontables generaciones anteriores a nosotros habían celebrado ceremonias. Sólo disponíamos de quince minutos antes de que el momento crucial expirara.

La verdad es que la vida es asombrosa. Tras meses de planear algo tan crítico para la experiencia humana sobre la Tierra, casi no llegamos a tiempo. Pero allí estábamos, y quiso el destino que también las otras cuarenta mujeres y nuestros dos colegas en Egipto estuvieran en sus sitios. Aquella inmensa ceremonia estaba a punto de convertirse en realidad.

Muy deprisa establecimos las cuatro direcciones para centrar y proteger aquel espacio interior en el que se iba a celebrar la ceremonia. Gracias a mi entrenamiento con los taos pueblo para crear espacios sagrados, conocía unas determinadas intenciones que deben ser protegidas y hechas realidad. Uno debe conectarse con la Madre Tierra y el Padre Cielo en su corazón y pedir a los espíritus de las seis direcciones que contengan el espacio y protejan a los seres humanos durante la ceremonia. Uno debe traer de forma consciente la presencia del Gran Espíritu. Por supuesto, el Gran Espíritu está siempre en todas partes, pero se trata de la consciencia humana de la presencia de Dios. Sin esas intenciones, aquella ceremonia no sería más que una fantasía y carecería de poder.

A nuestro alrededor, todo el anfiteatro nos reflejaba la energía de miles de años de ceremonias sagradas. Thomas nos había dado hierbas y artículos locales que debíamos colocar en el centro del círculo, tal y como mandaba la tradición de los isleños, y sabiendo lo importante que era seguir las creencias locales, así lo hicimos. Y de ese modo, cuando nos quedaban apenas tres minutos, todo quedó preparado.

Miré a mi novia a los ojos. Podía leer la expectación que sentía por no saber lo que iba a suceder. Estaba prácticamente conteniendo la respiración, inmóvil por la realidad de saber que estaba a punto de ser utilizada por la Madre Tierra como una herramienta de inmenso cambio energético, un cambio que iba a afectar a todas las mujeres de la Tierra.

La tranquilidad, le cogí la mano y las palabras brotaron de mis labios:

—En este momento eres la mujer más importante y sexual-mente más bella. Cierra los ojos y deja que tu espíritu entre en tu cuerpo, y permanece ahí plenamente en este momento. Durante los próximos minutos eres la Tierra que crea una nueva forma de expresar la feminidad.

Miré mi reloj. Faltaban cincuenta y cinco segundos antes de que la piedra fuera depositada en el agujero sagrado de Egipto. Me volví hacia mi novia, pero ella no estaba allí. El tiempo y el espacio no significaban nada para ella en ese momento. Había accedido a un lugar en su cuerpo que sólo ella, en todo el mundo, podía entender.

En mi cabeza comenzó una silenciosa cuenta atrás. No pude evitarlo. No podía imaginar lo que estaba sucediendo.

Cinco, cuatro, tres, dos, uno..., ahora.

Mi novia, evidentemente, no podía saber con exactitud cuándo llegó aquel segundo concreto, pero en ese preciso instante todo cambió.

Ella había estado de rodillas, sentada sobre sus muslos, pero en el momento en que llegó la energía de la ceremonia una expresión de asombro se extendió por su cara. Todo su cuerpo respondió dejándose caer más cerca de la Tierra.

Y, a continuación, otra onda de energía pasó a través de ella. Y otra más. Era evidente que estaba viviendo una experiencia de gran intensidad, y para mí, como hombre que la observaba, era también una experiencia sexual.

Yo sabía de lo que iba aquella ceremonia, pero hasta que no la vi y sentí lo que ella estaba sintiendo no me di cuenta realmente del poder del cambio sexual a ese nivel.

Se tumbó sobre la Tierra, abrió las piernas todo lo que pudo y emitió un quejido que brotó desde las profundidades de su reducto secreto y escondido. Sonó casi como un grito de dolor, pero se trataba de algo mucho más primitivo. Había entrado en una región de sexualidad en la que era totalmente masculina, y por primera vez en su vida conoció el impulso de desear unirse a una mujer hermosa. Su sexualidad normal había desaparecido, siendo reemplazada por una realidad que, según me contó después, sólo había existido en sus fantasías, pero en aquel momento era real. Era real en el ámbito de la energía corporal.

De pronto, y a la misma velocidad con que la había inundado aquella experiencia, una nueva ola de energía penetró en su cuerpo y la hizo cambiar involuntariamente de posición. Se agarró a la Tierra y gimió aún más fuerte hacia el Padre Sol, que se encontraba directamente por encima de ella. Su sexualidad se había mudado al polo opuesto. Ahora era completa y totalmente femenina, y deseaba ser penetrada tan hondo como fuera humanamente posible.

Todo lo que podía decir era:

—Dios mío. Te amo —las palabras iban dirigidas a alguien que sólo ella podía ver.

Entonces otra onda de energía la inundó y volvió a ser hombre. Pero en esta ocasión había algo de mujer mezclado con todo aquel deseo masculino. Cada vez que la energía de la Madre penetraba en su cuerpo, entraba en la polaridad sexual contraria, pero se iba acercando más al equilibrio. Como un péndulo que oscilase de un lado al otro, su sexualidad continuó cambiando de una ola de energía a otra, hasta que finalmente alcanzó un lugar cercano al centro.

Cuando la energía se estabilizó, al cabo de una media hora, ambos supimos que aquella experiencia la había cambiado para siempre, a ella y a la Tierra.

En el futuro de este querido planeta, las hembras iban ahora a ser alteradas muy ligeramente, para quedar más centradas en su sexualidad femenina, pues los últimos trece mil años de dominación masculina las habían arrastrado en exceso hacia el mundo de la experiencia masculina. Ahora las hembras estarían preparadas para los cambios que iban a tener lugar en el futuro, unos cambios que no podrían haber experimentado y que no hubieran sido capaces de absorber mientras permanecieran atormentadas por el desequilibrio sexual de los tiempos modernos. Sólo era el principio, pues lo que realmente había cambiado era la Red de Conciencia de Unidad sobre la Tierra. Esa red era el futuro de la humanidad, y este futuro estaba a punto de hacerse completamente dependiente de las mujeres de todos los países, culturas y religiones que la humanidad ha creado desde su mente.

La precesión de los equinoccios estaba a punto de entrar en un nuevo ciclo de trece mil años, pero en esta ocasión conducido por la sabiduría femenina que todas las mujeres han guardado en un pequeño reducto secreto del interior de sus hermosos corazones femeninos. Sin ese amor incondicional, la humanidad estaría a merced de las limitaciones mentales que los hombres han

construido en los últimos trece mil años para protegernos. Esta protección fue necesaria en el pasado, pero ahora constituye el mayor impedimento para la supervivencia, para la expansión de nuestra consciencia y para la ascensión de la raza humana hacia un nuevo mundo de luz.

Doy gracias a Dios por el corazón femenino. Siempre ha sido así. Los hombres nos protegen cuando entramos en la parte oscura del ciclo, y las mujeres nos conducen de vuelta a la luz cuando el Gran Ciclo vuelve hacia el centro de la galaxia.

Mi novia yacía desfallecida sobre el suelo, con todos y cada uno de sus músculos agotados. Acababa de experimentar el orgasmo más asombroso e inusual de su vida, y al hacerlo había salvado a la humanidad.

De repente, un relámpago cruzó el cielo y los truenos retumbaron a nuestro alrededor. Aquello nos sobresaltó a los dos. Ella saltó a mis brazos y pudimos contemplar una atmósfera completamente diferente del cielo azul y las blancas nubes hinchadas que se encontraban allí cuando comenzó la ceremonia. Yo había estado tan inmerso en la energía de la ceremonia que ni siquiera me había dado cuenta de la enorme tormenta que rápidamente había envuelto toda la isla. Los rayos caían por todas partes. Se estaba convirtiendo, por momentos, en una situación muy seria.

Recogimos rápidamente todas nuestras cosas y nos pusimos a buscar un refugio, pero era demasiado tarde. Un cuarto de hora después de la ceremonia, la furia de la lluvia y del viento huracanado barrían todo nuestro entorno. Nunca había visto algo parecido. Sólo podíamos ver a escasos metros delante de nosotros. Del cielo caía un muro de agua.

Encontramos un lugar bajo una formación rocosa en el que apartarnos de la lluvia torrencial y nos abrazamos mientras la tormenta bramaba. Lo que ignorábamos en aquel momento era que la lluvia no iba a cesar durante tres días y tres noches. Eventualmente conseguimos regresar hasta nuestra «familia» cerca de la playa, pero nuestras vidas habían cambiado en formas que no soy capaz de explicar en estas páginas.

Una tormenta de aquella magnitud no era rara en Moorea, pero que sucediera al mismo tiempo en Egipto, sí. Quince minutos después de la ceremonia de Egipto, las lluvias torrenciales se desataron en Giza y continuaron durante tres días y tres noches en aquella región desértica de la Gran Pirámide, habitualmente seca. Los periódicos informaron de que las calles de Giza estaban cubiertas por un metro de agua. Tres personas murieron ahogadas. Un periodista afirmó que Egipto nunca había experimentado algo parecido a lo largo de su historia conocida.

Echando la vista atrás, aquello me pareció una liberación emocional de nuestra Madre para encontrar, una vez más, el equilibrio a sus necesidades interiores. Aunque este nuevo equilibrio sexual femenino no iba a manifestarse en el mundo hasta unos cuantos años después, para nuestra Madre era real, allí y en aquel momento, y suponía el comienzo de un nuevo ciclo de vida para su querido cuerpo, el planeta Tierra.

CAPÍTULO DIEZ

LA ISLA DE KAUAI Y LA CEREMONIA TETRADIMENSIONAL DE LA TRANSFERENCIA DE PODER DEL VARÓN A LA HEMBRA

Por fin, mi novia y yo pudimos quedar en libertad para movernos sin presión alguna por parte de los Maestros Ascendidos. Sin embargo, no tuvimos elección en lo referente a dejar Moorea, pues ya teníamos los billetes de avión y no disponíamos de dinero suficiente para cambiarlos.

Nos costó muchísimo abandonar la isla. Nuestros corazones iban a permanecer por siempre en aquel diminuto pedazo de arena y árboles. Pero la idea de ir a Australia también resultaba emocionante. Era el lugar que habíamos decidido visitar después de aquel viaje espiritual, y cuanto más hablábamos de ello, más animados nos sentíamos. ¡Gran Barrera de Coral, allá vamos!

Tomamos un barco lento a Tahití y desde allí volamos a Sidney. Era una ciudad extraordinaria, preciosa, con su puerto lleno de velas blancas flotando unas junto a otras sobre las aguas azul oscuro. Sin embargo, no nos quedamos en ella mucho tiempo, pues la Gran Barrera nos llamaba. Para entonces éramos prácticamente unos expertos en el arte del buceo y nos habían dicho que este arrecife era por lo menos tan bueno como el de Moorea. Hicimos autostop por la costa oriental, charlarnos con sus habitantes y comenzamos a comprender la asombrosa naturaleza, de los australianos. Son tan abiertos y amantes de la diversión... Yo creo que no me había reído tanto en mi vida.

Acabamos en un lugar llamado Byron Bay. Allí se juntan los océanos del norte y el del sur, y crean uno de los mejores lugares del mundo para practicar el surf gracias a las inmensas olas que se suceden a un ritmo de maquinaria de relojería.

Estoy convencido de que todos los hippies de los años sesenta habían, de un modo u otro, encontrado el camino hasta aquel pueblecito y se habían establecido como cabecera de playa para no permitir que el hombre volviera a entrar y acabar con su paz, amor y buenas vibraciones. Como yo fui uno de los primeros hippies, pensé que había muerto y ascendido al cielo. Tenía la sensación de haber vivido aquello con anterioridad, pero esta vez elevado a la décima potencia. Estaba seguro de que mi idioma sería el mismo que el de aquella gente. A mi novia y a mí nos costaba abandonar el lugar, por lo que decidimos que no teníamos prisa por llegar al arrecife y que podíamos quedarnos un tiempo.

Un día, a las dos semanas de estar viviendo como un vagabundo de playa, me encontraba meditando en un saliente del terreno sobre el océano Pacífico cuando Thoth apareció. Al principio pensé que sólo estaba haciendo acto de presencia, pero no era así. Tenía otros planes.

Aquella fue la única vez que pude observar un atisbo de timidez en Thoth. Le pregunté si pasaba algo, y me respondió:

—Drunvalo, lo siento mucho, pero debo pedirte que hagas algo por nosotros otra vez.

Se me puso todo el pelo de punta. ¡Oh, no! Podía sentirlo.

—¿Qué quieres? —chillé, incapaz de hablar.

—Lo siento de veras —dijo—, pero debes partir inmediatamente hacia Hawai, a la isla de Kauai, lo antes posible.

—Thoth, creí que iba a tener algo de tiempo para descansar. ¿No puedes esperar al menos un par de semanas?

—No —me dijo sencillamente—. Esto es aún más importante que lo que hiciste en Moorea. Por favor, intenta entenderlo.

Guardé silencio durante un rato. No sabía qué decir. Era consciente de que aquel trabajo espiritual era una de las principales razones por las cuales yo había cruzado el universo para estar aquí, en la Tierra. Era algo que estaba por delante de todos los demás aspectos de mi vida.

También me di cuenta en aquel momento de que mi novia no iba a tomárselo nada bien. Estaba harta de andar de acá para allá, y deseaba unas vacaciones con todas sus fuerzas. Al final, levanté la vista hacia mi mentor y dije:

—De acuerdo, si tú dices que es importante, será porque lo es. ¿Qué quieres que haga?
—Todavía no —me dijo—. Espera hasta estar en Kauai y te lo explicaré todo. Gracias, Drunvalo. Si hubiera otra persona que pudiera hacer este trabajo, no te lo habría pedido —y desapareció.

Me quedé sentado largo rato, intentando encontrar el modo de contárselo a mi novia, pero ninguno me parecía adecuado. Sabía que me iba a caer una buena.

Ella estaba sentada junto a nuestra tienda cosiendo una prenda de ropa que se había roto. Levantó la vista cuando me acerqué a ella y luego volvió a dirigirla hacia su trabajo.

—¿Qué ocurre, Drunvalo?

Se lo conté todo, intentando que sonara como si fuera una gran idea dejar Australia e irnos a Kauai. Me miró, muy decepcionada, y dijo:

—Mi vida, no puedes irte sin ver ni disfrutar la Gran Barrera de Coral. Si tú tienes que irte, lo entiendo, pero yo no me voy. ¿Lo has entendido?

—Sí, lo he entendido. Realmente no me apetece nada irme, pero tengo que hacerlo. Es lo que hago en la vida.

—Entonces me uniré contigo en algún lugar, no sé dónde ni cuándo. Este sitio es tan bueno que quizá no lo abandone nunca.

Nos abrazamos, hice mi equipaje y la dejé allí, en un país extranjero, pero ella era una viajera del mundo y una muchacha muy práctica. Y Australia es un país muy bello y seguro. No volvimos a vernos hasta casi seis meses después. La vida puede en ocasiones ser muy extraña, además de sorprendente.

Aterricé en Maui y tomé un pequeño trasbordador interinsular que transportaba más que nada a los habitantes del lugar de una isla a otra, para llegar a las costas de Kauai, la isla más antigua de la cadena y un resto de Lemuria. Allí, la energía es antigua para los estándares de cualquiera.

Cuando descendía del cielo para aterrizar, comencé a preguntarme qué era lo que se suponía que debía hacer allí. No tenía ni idea. ¿Cómo iba a evitar hacerme preguntas?

Densas nubes de lluvia flotaban sobre el centro de la isla. En ese lugar, casi siempre está lloviendo. Es el lugar más húmedo de la Tierra. Cualquier localidad en la que caiga metro o metro y medio de lluvia se considera muy húmeda. En Kauai caen doce, de ahí las impresionantes cataratas que adornan las laderas de prácticamente todas las montañas de la isla.

Pronto me encontré en el aeropuerto, con esa sensación de estar fuera de lugar que los aeropuertos parecen producir en las personas. Decidí alquilar un coche, no sólo para moverme por allí, sino también por la sensación de volver a tener un hogar. Creo que echaba de menos a mi novia.

La decisión de alquilar un coche resultó ser muy acertada, pues Thoth me tuvo correteando por toda la isla. El terreno es tan abrupto en la parte noroccidental que nunca han sido capaces de construir una carretera que rodee completamente la isla; la principal tiene unos cincuenta y tres kilómetros y forma de herradura. Cualquiera que fuera el lugar al que tenía que ir a continuación, siempre daba la sensación de encontrarse en el extremo opuesto de la herradura. Cada vez que llegaba a un sitio al que Thoth me había dicho que fuera, me ordenaba que me diera la vuelta y volviera al otro lado de la isla. Nunca olvidaré el momento en que devolví el coche. La mayoría de las personas recorren unos cien kilómetros, pero yo le había hecho mil doscientos. El encargado del alquiler no podía creérselo, pero yo sí.

La primera noche dormí en mi tienda junto al mar, sobre una loma cubierta de hierba. Por vez primera en mucho tiempo sentí paz, y con el arrullo del mar me quedé profundamente dormido.

Cuando desperté a la mañana siguiente, recordé que Thoth todavía no me había dicho para qué estaba allí, pero sabía que aquella actitud somnolienta pronto se transformaría en trabajo. Y tenía razón. De hecho, Thoth debió escuchar mis pensamientos, pues no tardó más de media hora en aparecer.

—Lo que tienes que hacer es demasiado complicado como para que te lo explique todo junto —me dijo—. Vamos a ir por partes. Puesto de la forma más sencilla, debes tomar parte en una ceremonia que se va a celebrar aquí, en esta isla, y que cambiará el curso de la historia, pero puede que no tenga lugar hasta que determinadas cosas no estén en su sitio.

«Como ya te he dicho, te he traído aquí para que tomes parte en una ceremonia de la Tierra, pero antes de que esta ceremonia principal pueda ser celebrada debes participar en otra más

pequeña, que tiene lugar aquí cada año y que está relacionada con el chakra corazón de esta isla. El lugar se encuentra bajo un árbol de mango. Pregunta y lo encontrarás.

Y después de esto, desapareció abruptamente. Comencé a charlar con los hawaianos, pero siempre que les hablaba acerca de la ceremonia con el chakra corazón bajo el mango, se iban. Evidentemente, aquello era algo que a los extranjeros no nos estaba permitido conocer.

Por fin encontré a un joven hawaiano que sabía exactamente de lo que estaba hablando. Me dijo:

—Si es verdad que debes formar parte de esa ceremonia, asciende por este río —y señaló un ancho río de aguas verde oscuro que parecía proceder del centro de la isla. Dudó un momento, y añadió—: Y si por casualidad encuentras el camino, cuando abandones la ceremonia no mires hacia atrás, pues si lo haces tu vida puede correr peligro.

Le pedí que me explicara lo que quería decir, pero se encogió de hombros y se alejó.

—¿Cómo encuentro la ceremonia del chakra corazón? —grité.

Sin volverse, me respondió: —Usa tu corazón. ¿Qué otra cosa crees que podrías hacer?

Y desapareció en una vieja tienda de comestibles. Yo pensé: «¿Por qué tiene que ser siempre tan misteriosa la vida?»

El río serpenteaba a través de una vegetación maravillosa y unas casas muy caras. Supe que lo que tenía que hacer y el lugar al que tenía que ir estaban en algún punto aguas arriba, pero como de costumbre, aparte de eso, no sabía nada más. Arranqué el pequeño Toyota alquilado y me encaminé río arriba, intentando sentir mi corazón, pero tenía la sensación de que seguir conduciendo sin saber dónde iba no tenía ningún sentido. Además, estaba cansado y lo que realmente deseaba era aparcar y dormir. Y eso fue lo que hice: paré el coche junto al borde de la carretera y cerré los ojos. Me hice sensible a la vibración del corazón y esperé.

Al cabo de unos treinta o cuarenta minutos, cuando estaba a punto de irme, dos jóvenes parejas aparecieron entre los árboles vestidos con ropas ceremoniales y con flores en las manos. Uno de ellos sostenía un puchero de barro. Entraron en un coche y en unos minutos se fueron.

Por puro instinto salí de mi coche y seguí el camino por el que habían venido. El sendero me condujo a las profundidades de la arboleda y por fin llegué al borde del mismo río verde oscuro. Mientras recorría aquella vereda me crucé con más indígenas hawaianos que venían de regreso. Ninguno de ellos me miró a los ojos ni me saludó. Yo seguí adelante. Tras recorrer medio kilómetro siguiendo el río encontré el enorme árbol de mango. La mitad de él estaba sobre la tierra y la otra mitad sobre el agua. En su base se encontraban unas ofrendas con aspecto ceremonial.

Una muchacha de unos dieciocho años, con un aire puramente hawaiano, estaba sentada en tranquila meditación. Al principio no reparé en ella, pues estaba casi escondida entre unos árboles pequeños. Cuando la vi, quedó patente que ella me había visto primero, pero bajó los ojos como si no supiera que yo estaba allí.

Yo sabía que había penetrado en un lugar sagrado y comencé a tratar a aquel árbol y a aquel sitio con respeto y honor. Llevaba un pequeño cristal y había cogido algunas flores a lo largo del camino para imitar a las dos parejas que había visto.

Dejé el cristal y las flores en la base del árbol, me senté un poco alejado de él e intenté hacerme invisible. Entré en meditación, sintiendo mi corazón. Una bellísima sensación de alegría me inundó y supe con seguridad que aquél era el lugar que Thoth quería que encontrara.

En el momento en que sentí aquella certeza, Thoth se apareció en mi visión interior, y me dijo:

—El cristal guarda tu vibración y debe ser arrojado al río. Antes de que golpee el agua, date la vuelta y vete, y *no mires hacia atrás*. Abandona el lugar y regresa a tu coche.

Hice exactamente lo que me había indicado que hiciera. Lancé el cristal al aire allí donde el mango extendía sus ramas sobre el río, y antes de que golpeará el agua me di la vuelta y me fui. Seguí caminando sin mirar atrás. No sé si la muchacha seguía allí o si sucedió algo raro. Sencillamente, obedecí las reglas.

Más hawaianos se me cruzaron en su camino hacia el árbol de mango, pero yo bajé los ojos y continué caminando hasta que alcancé la carretera; me imaginé que ya había salido del campo de energía. Y volví en mi coche hasta el mar.

Cuando me desperté a la mañana siguiente, Thoth vino a mi consciencia y comenzó a hablar acerca de algo nuevo. Me dijo:

—Ahora debes obtener permiso de la kahuna de la isla para realizar la ceremonia principal. Me dio su nombre y me mostró el aspecto que tenía. Era una anciana fornida y de gran voluntad, según lo que Thoth proyectó sobre mí.

—¿Y cómo la puedo encontrar?

—Eso forma parte del proceso —me dijo—. Debes hacerlo tú solo. Pero la encontrarás cuando encuentres este cristal.

Y en ese momento vi, en mi visión interior, un enorme cristal de cuarzo, de metro y medio de alto y casi uno de ancho. Nunca había visto un cristal tan grande excepto en fotografías. Thoth me preguntó si podía ver el cristal que me estaba enseñando. Le contesté que sí. Me dijo que no podía decirme dónde estaba, pues encontrarlo también formaba parte de mi proceso espiritual. Y me dejó con la siguiente frase:

—Encuentra el cristal y encontrarás a la kahuna. »Y una cosa más —añadió—, el cristal está cerca del chakra corazón de la isla—y desapareció.

Conduje el coche por toda la zona que había recorrido el día anterior, preguntando a la gente si había visto un cristal tan grande, pero no conseguí nada. Tras dos días de búsqueda, decidí que para encontrarlo debía utilizar mis habilidades interiores, aquellas que había aprendido en Yucatán.

Al día siguiente fui de nuevo al lugar donde estaba el chakra corazón, pero la carretera era muy larga y tenía muchos desvíos. Me podía llevar toda la eternidad encontrar lo que estaba buscando.

Así que, tal y como había hecho para encontrar el templo de Kohunlich en Yucatán, dejé que fuera mi tercer ojo el que condujera. Mantuve la imagen del enorme cristal en mi mente y seguí circulando por aquella carretera hasta que sentí que debía girar en una dirección concreta. Continué así durante varios kilómetros, girando donde sentía que debía hacerlo. Por fin llegué a lo alto de una cadena montañosa, a una zona residencial con lujosas casas a ambos lados de la carretera. De forma repentina, cuando volví a girar por otra carretera, me encontré acercándome a un templo hindú. Mi coche decidió girar hacia el aparcamiento y parar el motor. Es la única manera en que puedo describir cómo llegué allí: mi coche lo hizo.

Me bajé y caminé hasta una enorme estatua de Ganesh, el dios elefante indio. Tenía probablemente unos cuatro metros y medio de altura y me pareció que estaba muy bien hecha. Pero no fue la estatua lo que me atrajo. Fue la sensación de que el cristal estaba en algún lugar cercano.

Era domingo y se estaba celebrando el servicio en el templo. El aparcamiento estaba lleno de coches. Decidí entrar en el edificio para ver dónde me llevaba todo aquello.

La gente estaba en mitad de un cántico hindú y el humo del incienso penetró inmediatamente por todo mi cuerpo. El servicio me resultaba familiar, pues había pasado muchas noches en la Ram Dass's Hanuman Foundation de Taos (Nuevo México) cantando y salmodiando durante el *darshan*. Cerré los ojos y me uní a los cánticos, olvidando durante un breve lapso de tiempo mi verdadero propósito.

Pareció como si no hubieran pasado más que unos minutos, aunque mi mente sabía que llevaba allí casi una hora. Al cabo de otros diez minutos, la mayoría de la gente se fue y aquel trasplantado templo antiguo recuperó rápidamente su silencio habitual.

Por primera vez, ahora que todo el mundo se había marchado, pude ver el altar, y allí estaba el gigantesco cristal de cuarzo. Era una visión increíble: en lo alto del altar, resonando su influencia a cada centímetro del templo. No era capaz de imaginar cómo no lo había sentido al entrar.

Comenzaba a avanzar hacia él para ver lo que me tenía que decir, cuando el sacerdote que había dirigido el servicio se interpuso en mi camino.

—¿Puedo ayudarle? —dijo en tono autoritario.

Le miré y pude comprobar que acercarme al cristal estaba totalmente fuera de mis posibilidades.

Lo que le respondí fue:

—Estoy buscando a una abuela kahuna. Se llama... —y pronuncié su nombre—. ¿Sabe dónde puedo encontrarla?

Sonrió y dijo:

—No hace falta que busques muy lejos. Date la vuelta.

Volví la cabeza y justo detrás de mí estaba la verdadera imagen que Thoth me había mostrado dos días antes. Su sonrisa y su genuino afecto evaporaron cualquier preocupación que pudiera estar imponiéndome a mí mismo acerca de ella.

—Abuela —le dije—, la he estado buscando. ¿Podemos hablar?

—¿Qué es lo que quieres de mí?

Exhalé un suspiro de alivio y le conté todo. Le hablé de Thoth, de la ceremonia que debía celebrarse en su isla y cómo necesitaba su permiso antes de continuar.

—Abuela, ¿puedo contar con su permiso para llevar a cabo esta ceremonia?

Tomó mi mano con mucho amor, y dijo:

—Drunvalo, tienes mi permiso, pero eso no es suficiente para una cosa tan importante. Ahora debes obtener el del espíritu de esta isla —me dijo el nombre del espíritu, y explicó—: Tienes que encontrarle tú solo y pedirselo. Que el Espíritu te bendiga a ti y a lo que haces.

Me dio un gran abrazo y se inclinó frente a mí a la manera hindú, mientras me decía:

—Namaste.

Le devolví la reverencia y me fui.

Sentado en mi coche, me sentía al mismo tiempo contento por haber conseguido encontrarla y haber obtenido su permiso, y defraudado porque aparentemente no había conseguido acercarme más a mi objetivo. Todavía tenía que conseguir otra autorización.

Cerré los ojos y entré en meditación para recibir asistencia. Thoth apareció de inmediato, y sonrió:

—Estás más cerca de lo que crees, Drunvalo. ¿No te das cuenta de que la vida ya ha tenido lugar? La idea del fracaso o de tener que realizar más trabajos es sólo la parte de tu sueño que sigue creyendo en la separación.

—De acuerdo, de acuerdo, de acuerdo. ¿Qué es lo que viene ahora?

Thoth, con su estilo pausado, contestó:

—Toma la carretera a Hanalei y continúa después de pasar el pueblo hasta que se termine. Aparca el coche y espera mis instrucciones.

Mientras conducía bordeando la costa, comencé a recordar todo lo que me había pasado en los últimos meses. Parecía que el tiempo transcurría demasiado deprisa, casi fuera de control. Por otro lado, era mucho lo que se estaba consiguiendo.

Aquel Thoth se había convertido en un elemento fundamental del trabajo que yo estaba llevando a cabo. Los ángeles eran la principal luz de guía dentro de mí, la verdadera fuente de mis decisiones espirituales, pero me habían dejado claro que lo que debía hacer en aquel momento era escuchar a Thoth. En aquel entonces lo ignoraba, pero no iba a pasar mucho tiempo antes de que concluyera mi trabajo con Thoth.

En aquel momento estaba atravesando Hanalei, que se encuentra situado en el extremo norte de la carretera con forma de herradura. No es posible continuar en coche mucho más allá. Es como una casa en un callejón sin salida, y me di cuenta una vez más de lo mucho que quiero a este pueblo. La zona es asombrosamente bonita, el estilo de vida muy abierto y libre, y las personas reflejan el entorno en el que viven. Mi corazón siempre late un poco más fácilmente cuando estoy allí.

Llegué al final de la carretera y paré en un lugar donde sabía que mi coche no podía estorbar. No sabía cuánto tiempo iba a durar mi viaje. Cerré los ojos y esperé a que apareciera Thoth.

Como de costumbre, no me falló.

—Drunvalo —me dijo—, aquí están tus instrucciones. Quítate toda la ropa, incluidos los zapatos, y enróllate el chal blanco que tienes en el maletero alrededor de las caderas. Lleva sólo el bolso medicinal que usas siempre.

Este bolso medicinal era algo que llevaba conmigo desde hacía muchos años. Contenía objetos de poder que uso en las ceremonias, tales como cristales, piedras, maíz con poderes, salvia y cedro para purificar y trozos de plumas.

—Cuando entres en el camino hacia las montañas, estarás empezando la ceremonia —dijo Thoth—. No te preocupes por el permiso del espíritu de la isla, pues él forma parte de esta ceremonia y ya nos lo ha otorgado. Recuerda que debes respirar y permanecer en tu corazón.

»Debes buscar una cascada que se divide en dos partes iguales a mitad de la caída. Cuando encuentres ese lugar, colócate de pie exactamente delante de ella y gírate ciento ochenta grados. Mira frente a ti y verás una gran roca plana. Ahí es donde te recibirá el espíritu de la isla y donde comenzará la ceremonia. Te queremos y te damos las gracias por anticipado por el trabajo que haces en favor de este planeta.

Con esta frase, Thoth desapareció. Abrí el maletero y encontré el chai blanco. El bolso medicinal colgaba de mi cuello. Me quité la ropa, me enrollé el chai alrededor de la cintura y agarré el bolso medicinal en unos segundos. Cerré los ojos y allí estaban los ángeles. Sonrieron. —Te queremos —me dijeron.

Crucé la calle hasta el camino donde iba a empezar la ceremonia, según me había dicho Thoth. Allí, en la cabecera del sendero, pude ver una gran señal de peligro. En la parte superior se veía el dibujo de la calavera y las tibias entrecruzadas, y la señal decía: «No caminen por esta zona sin botas de goma hasta las rodillas; en el agua hay una bacteria que resulta mortal si entra en contacto con la piel. No toquen el agua».

Bueno, allí estaba yo, comenzando mi viaje y la ceremonia, casi desnudo y descalzo, y esa señal intentando inmediatamente meterme el miedo en el cuerpo y en la mente. Thoth no esperó a que cerrara los ojos. Sencillamente apareció fuera de mí, y dijo:

—Drunvalo, esto es una prueba. Debes confiar en quien eres y en tu conexión con el universo y el Creador. Céntrate en tu corazón y sigue adelante. No te preocupes, no sufrirás ningún daño.

Respiré hondo e hice exactamente lo que me había dicho. Todas mis preocupaciones abandonaron mi cuerpo y supe que estaba completamente protegido. Sin sentir miedo alguno y lleno de emoción comencé aquel viaje sagrado hacia las bellas y abruptas montañas.

Al principio el camino era fácil, pues me encontraba al nivel del mar y cerca de la carretera. Pero a medida que iba pasando el tiempo comencé a subir cada vez más alto, más lejos del nivel del océano, y a adentrarme más en las montañas selváticas, que parecían un paisaje de millones de años atrás. Si hubiera visto un dinosaurio, no me habría sorprendido. Había agua por todas partes: chorreando por las rocas, corriendo por el camino, fluyendo por los riachuelos. Yo estaba empapado. Incluso los árboles de la selva goteaban. Cada cien metros más o menos pasaba junto a alguna cascada espectacular, que me quitaba la respiración. Evidentemente estaba esperando ver la que se dividía en dos.

En un momento dado hice un alto en uno de los raros claros en los que podía ver a través de la selva hacia el océano, a mis pies. Me asombré de lo mucho que había ascendido. La sensación de belleza, los sonidos de las eternas cascadas, los pájaros exóticos que volaban por todas partes, las flores y plantas increíblemente bellas, todo me hacía sentir que no podía estar sobre la Tierra. Tenía que tratarse de un planeta en el que la vida estaba empezando y no había sido aún perturbada.

Thoth me había dicho una cosa más que no he mencionado, algo que probablemente debería decirte ahora. Kauai era el punto geográfico de la Tierra en el que se había conservado la memoria del planeta durante los últimos trece mil años. Sí. Hay un Registro Akáshico almacenado en la atmósfera, además de en el cuerpo humano; pero la memoria de la Tierra también está guardada, de forma intencional y literalmente, en cada uno de cristales colocados junto a la costa frente al lugar exacto en el que me encontraba. No estoy seguro de por qué se hace eso; Thoth nunca me lo explicó.

Había trece cristales en total, pero uno de ellos era el auténtico banco de memoria. Los cristales estaban colocados según el patrón del cubo de Metatrón: uno en el centro de la isla, seis a su alrededor y en la isla y otros seis más en el agua, alejados de la costa y rodeando los seis interiores. Este sistema fue usado por otros pueblos en el pasado lejano. Sabemos que los lemurianos y los atlantes utilizaban esta misma disposición de cristales y con el mismo propósito, sin cambiarlos. Pero según el recuerdo de Thoth, el sistema es mucho, mucho más antiguo que cualquiera de esas dos culturas. Quién lo creó, ni siquiera Thoth lo sabe.

El que estaba en el agua debajo del lugar donde yo me encontraba pertenecía a un tipo de piedra denominado «cristal esquelético», cuya apariencia le da un aspecto espacial. De hecho, éste sí procedía del espacio. Tenía unos sesenta centímetros de largo, treinta de diámetro y era de doble punta; es decir, ambos extremos terminaban en punta.

Los cristales esqueléticos son muy raros, y si nunca has visto ninguno son difíciles de describir. Son cristales de cuarzo, pero no se parecen nada al cuarzo normal. Lo raro de los cristales esqueléticos es que sus superficies están recubiertas de «tubos» de cuarzo. Es como si alguien hubiera pegado tubos redondos de medio centímetro de diámetro por toda la superficie, siguiendo un patrón aleatorio. En el mundo que yo conozco, no hay nada parecido a ellos. Pueden almacenar una cantidad infinita de datos dentro de sí mismos y en el espacio que los rodea.

Fue esta característica la que hizo que se eligiera este cristal para almacenar la memoria del planeta y de todo lo que vive y sucede sobre él. En otras palabras, son los Registros Akáscicos de la Tierra descargados en el diminuto espacio de un cristal. La explicación de la importancia de todo esto supondría otro relato, y como ya he dicho, en realidad no lo entiendo.

Me volví y seguí ascendiendo camino arriba, buscando la cascada especial, y al cabo de unos cinco minutos apareció. Permanecí de pie junto a su base durante al menos diez minutos. Era imponente. El agua caía unos sesenta metros antes de chocar contra una enorme roca que sobresalía de la falda de la montaña y partía el agua en dos.

Era una vista realmente espectacular. En parte, estaba también descansando de la subida. Sabía que pronto tendría que ponerme a trabajar.

Cuando sentí que había llegado el momento oportuno, me giré ciento ochenta grados y me coloqué de cara al océano. Tal y como Thoth me había dicho, justo frente a mí había una gran roca plana, ligeramente elevada sobre la superficie de la montaña, desde la que se divisaba una fantástica vista del profundo océano azul que se extendía hasta el horizonte, lo que hacía de ella un sitio perfecto para celebrar una ceremonia. Supe con seguridad que estaba en el lugar correcto.

Como no sabía lo que iba a suceder, procedí según lo que me habían enseñado los taos pueblo de Nuevo México. Abrí mi bolso medicinal y coloqué cuatro cristales de cuarzo, uno en cada una de las cuatro direcciones, formando un cuadrado de unos sesenta centímetros de lado. En el centro coloqué un cristal especial denominado diamante Herkimer, un cristal de doble terminación y de excepcional transparencia que afecta al mundo de los sueños de un modo positivo, lo que constituye su uso fundamental.

Recé a cada una de las cuatro direcciones para consagrar la ceremonia y pidiendo protección para no ser molestado de ningún modo. Utilicé maíz y tabaco, según manda mi tradición, y coloqué esas sustancias sobre cada uno de los cristales en cada una de las direcciones. También recé a las direcciones bajo el cristal central y sobre él, así como al centro en sí mismo: las siete direcciones. Formé un círculo conectando los cuatro cristales de las cuatro direcciones con muchos cristales más pequeños y piedras de diferentes tipos que creí necesarios, dibujando una rueda. Dentro de ella hice una cruz con piedras del lugar conectando el cristal central con el borde.

Cuando la ceremonia estuvo preparada, cerré los ojos y entré en profunda meditación, esperando al espíritu de la isla. Sabía que eso era lo primero que debía ocurrir, pero no tenía ni idea de cómo iba a suceder. Todo lo que podía hacer era cumplir lo que Thoth me había pedido: permanecer en mi corazón y estar abierto.

Seguí meditando durante una media hora y nada ocurrió. Estaba empezando a sentirme ligeramente preocupado por aquella tardanza; no obstante, sabía que debía tener paciencia y continuar, aunque la espera durara todo el día.

Otros quince minutos pasaron sin que nada sucediera en mi interior. Entonces escuché un ruido. Abrí un ojo y allí, sobre la piedra, había un diminuto ratón blanco, paseándose, oliendo el maíz y revisándolo todo. Era tan gracioso que no vi motivo para molestarle y le dejé que siguiera haciendo lo que quisiera.

Estaba a punto de volver a cerrar el ojo cuando el ratoncito pasó al cristal central, el Herkimer. Colocó sus patitas delanteras sobre él, se volvió y clavó su mirada en mi ojo abierto. Me miraba fijamente. Abrí los dos ojos. El ratón permaneció inmóvil durante un minuto. Estábamos mirándonos mutuamente. El tiempo se detuvo y luego se expandió. Y de repente sucedió.

No recuerdo haber cerrado los ojos, pero necesariamente tuve que haberlo hecho. De repente, el ratoncito creció hasta convertirse en un hombre gigante de más de cuatro metros de altura.

Tenía aspecto polinesio, con la piel marrón oscuro, el pelo negro y los ojos marrones. Le envolvían vibraciones de guerrero y su cuerpo era poderoso y musculado.

Su mirada me penetró, y con voz profunda me dijo:

—Soy el espíritu de la isla y te invito a esta ceremonia.

Retrocedió, y al hacerlo el espacio se expandió para formar un círculo de casi cien metros de diámetro. Allí, de pie junto al borde exterior del círculo y al lado del enorme espíritu, estaba Thoth con otros tres hombres que yo no conocía (aunque mi conocimiento interior me dijo que formaban parte de los Maestros Ascendidos, y todos tenían aspecto polinesio) y una mujer, que supongo estaba asonada a la Atlántida.

En el centro del círculo se encontraba un hombre cuyo nombre no puedo decir porque no me lo permiten. Era la persona que la Tierra había elegido para ser el varón que iba a proteger a la humanidad durante el último ciclo de trece mil años. Cuando le vi, supe con exactitud cuál era el propósito de aquella ceremonia.

Se trataba de la ceremonia tetradimensional que se realiza cada doce mil novecientos veinte años para entregar el poder y la responsabilidad de una energía a otra, en este caso del varón a la mujer. En la Tierra todo tiene lugar primero en la cuarta dimensión, y luego se filtra hasta esta tercera dimensión, que todos conocemos.

Lo que aquello significó para mí al instante fue que, después de esa ceremonia, algún día se celebraría otra tridimensional para cristalizar esas energías en nuestro mundo habitual. Cuando esta segunda ceremonia tuviera lugar, la energía femenina conduciría a la humanidad hacia la luz durante los próximos doce mil novecientos veinte años.

Una sensación de humildad me embargó. Comprendí entonces la importancia de la ceremonia y por qué Thoth me había pedido que dejara todo lo demás para hacer este viaje.

El hombre del centro del círculo estaba de rodillas, de cara a mi derecha. En sus brazos sostenía el cristal esquelético que guarda la memoria de la última mitad del Gran Ciclo (en realidad, hasta el comienzo de los tiempos en la Tierra).

Comenzó a hablar. Habló de su experiencia durante la última mitad del ciclo y de lo agradecido que se sentía de que nosotros, la humanidad, hubiéramos alcanzado este punto de tiempo/espacio/ dimensión sin demasiados problemas. Pude sentir que estaba terriblemente emocionado y conteniendo lágrimas de alivio por lo que estaba a punto de suceder.

En el instante siguiente, una hermosa joven entró en el círculo desde la derecha, la dirección hacia la que miraba el hombre, y caminó hacia el centro, donde se arrodilló frente a él, inclinándose con gran reverencia. Mantuvo la inclinación durante medio minuto y luego se enderezó con los ojos cerrados y de cara a él.

Abrió los ojos y fijó su mirada en los ojos del hombre, pero no dijo nada. El comenzó a hablar:

—Se me ha otorgado la responsabilidad de proteger y guiar a la humanidad durante la última mitad del Gran Ciclo. Ahora tú has sido elegida para protegernos y guiarnos en la próxima mitad de este ciclo. Este cristal es la herramienta que necesitarás para unir las dos partes del ciclo y llevar a cabo tu trabajo. Al entregártelo, mi trabajo queda terminado y completo, y comienza el tuyo. ¿Aceptas esta sagrada responsabilidad?

Ella bajó los ojos, apartándolos de los de él, y comenzó a hablar con voz suave y fluida:

—Muchas gracias por todo lo que has hecho. Eres un gran hombre. Sí, acepto esta responsabilidad con mi vida. Lo haré lo mejor que pueda.

Tras aquellas sencillas palabras, quedó en silencio.

El hizo una breve pausa y luego levantó el enorme cristal, lo colocó en el suelo frente a ella y volvió a su sitio.

—Ahora tienes plenos poderes para seguir a tu corazón y tomar las decisiones que deberán guiar el curso de la historia humana —dijo.

Los allí presentes estábamos siendo testigos del cambio de guardia más importante en varios miles de años. No había nada que decir. Era perfecto.

La muchacha se levantó, se inclinó ante nosotros y se volvió para irse. El cristal se elevó del suelo y flotó tras ella, siguiéndola como un perrito. Ambos desaparecieron en otro reino de la existencia.

Lo que pasó cuando ella se fue resultó visible para mí. Pude verla entrando en su barco con el cristal y volando de regreso a su hogar en Perú. Inmediatamente se dirigió a un lugar entre la

isla del Sol y la isla de la Luna, en el lago Titicaca, donde voló al fondo del lago. Allí plantó el cristal en las profundidades de la Tierra. Luego voló de vuelta a la atmósfera sobre el lago y esperó.

Poco tiempo después, un brillante rayo de luz violeta salió despedido del lago hacia el cielo y los recuerdos antiguos quedaron conectados y comprometidos con el presente. Era el comienzo de una nueva era de luz y hermandad para la raza humana.

Una nota adicional. Para aquellos de vosotros que hayáis leído mis dos primeros libros y conozcáis la historia de la mujer que elevó la antigua nave espacial desde debajo de la Esfinge de Egipto, se trata de la misma persona. En aquel entonces tenía veintitrés años y vivía en Perú, y así sigue siendo en la actualidad. Ahora es la persona más importante del mundo. Pero no se puede dar su nombre, pues su trabajo debe mantenerse secreto por su misma naturaleza. Sabrás más de ella a lo largo de este libro cuando hable del viaje a Perú.

Cuando los antiguos recuerdos inundaron el subconsciente humano al término de esta, ceremonia, se inició un nuevo sueño humano, un sueño que, según cree la consciencia humana superior, conducirá en el futuro a la Tierra hacia una época de paz, belleza y superevolución.

Pero nadie sabía lo que acababa de ocurrir en aquella ceremonia, a excepción de unas pocas almas avanzadas, pues el sueño era una semilla profundamente incrustada en la oscuridad, plantada literalmente en una dimensión superior de la consciencia de la Tierra y que no iba a brotar a la luz de este mundo hasta el cambio de siglo. No se podía hacer más que esperar.

CAPÍTULO ONCE

LOS ANASAZIS Y LA RUEDA MEDICINAL DE UN NUEVO SUEÑO

La Serpiente de Luz y los ciclos del tiempo crean un nuevo sueño

Al cabo de doce mil novecientos veinte años, el ciclo se completa cuando el cambio en la precesión de los equinoccios se acerca a la constelación de Acuario y comienza un nuevo movimiento. Tíbet e India han cumplido su propósito de iluminar al mundo con gran integridad, y la Serpiente de Luz está acurrucada en su nuevo hogar en las alturas de los Andes del norte de Chile, rodeada por Perú, Bolivia, Argentina y el océano Pacífico. Su fuerza crece día a día a través de su conexión con el centro de la Tierra, y la humanidad está a punto de recibir una inmensa sorpresa. Un nuevo ciclo de luz está en proceso de revelarse al mundo, justo en el momento en que parece que la oscuridad está imponiéndose en el alma humana. Decir «gracia sorprendente» es quedarse corto.

Los acontecimientos relatados en este capítulo tuvieron lugar en 2003, y el momento al que han hecho referencia tantos libros, la fecha del 21 de diciembre de 2012, se está acercando con rapidez. Los que están en el conocimiento se preguntan, desde lo más profundo de su corazón, qué va a suceder. ¿Cómo cambiaremos los seres humanos y la Tierra? ¿Conseguiremos llegar a esa fecha antes de que el entorno o los políticos de este loco mundo dicten nuestra desaparición? Son demasiadas las preguntas que han inundado nuestra consciencia, creando un enorme estrés en nuestras vidas.

Para que lo sepas, los niveles más elevados de consciencia pusieron a la Serpiente de Luz en este mundo para responder a nuestras preguntas acerca de la supervivencia, la regeneración y la ascensión. Estaremos bien. De hecho, estaremos mejor que ahora. Por favor, no te preocupes y confía en la Vida, pues es perfecta. Existe un ADN cósmico que está desplegando los acontecimientos del mundo tal y como la Consciencia Única lo soñó originalmente. Esta realidad se aclara a medida que tus ojos se vuelven uno solo cuando pasas de la dualidad a la Conciencia de Unidad, cuando entras en el corazón de la Serpiente de Luz.

La Serpiente se enrosca en su nuevo hogar
y nosotros respondemos

Era una mañana de lunes de 2003 y la luz del sol naciente entraba casi imperceptiblemente por la ventana de mi dormitorio, iluminando el paisaje de mis sueños interiores. En unos instantes alcanzaría mis ojos físicos y yo respondería, pero por el momento estaba tan profundamente inmerso en mi meditación que casi no percibí que mi habitación estaba comenzando a revelarse como si la iluminara con un interruptor que atenuara la luz. Los ángeles llevaban casi una hora instruyéndome y yo había olvidado que todavía me encontraba en la Tierra, dentro de un cuerpo humano. Me estaban diciendo que se me pedía que sirviera a la Madre, para lo cual iba a tener que moverme por todo el mundo y celebrar ceremonias con las tribus indígenas y para ellas, unas ceremonias necesarias para las energías que estaban llegando. Me informaron de que había que hacer aún más cosas para asistir al cambio de poder del varón a la mujer. Eran conscientes de que yo no era capaz de comprender plenamente la extensión de lo que hablaban, pero también sabían que confiaba en ellos. Siempre lo he hecho. Los dos ángeles se me han estado apareciendo desde 1971 y yo sabía que, siempre que lo hacían, era por alguna razón. Por regla general solían ser muy concretos.

Pero esta vez era diferente. Todo aquello de lo que hablaban parecía estar envuelto en un velo. Hablaban acerca de determinados pueblos indígenas y lo importantes que eran para la supervivencia humana. Estos pueblos guardaban recuerdos, conocimientos y sabiduría, y sin esa experiencia y esos conocimientos la humanidad actual nunca sería capaz de llevar a cabo la transición a través del gran abismo, que se estaba acercando a gran velocidad.

Les pregunté de qué tribus estaban hablando, y me contestaron que, de momento, los anasazis, los mayas, los incas y los zulúes eran los más importantes, pero que en su momento vendrían otros, tal y como habían hecho en el pasado.

— ¿Y cómo debo empezar a prestar servicio? —pregunté. Me miraron como si les estuviera tomando el pelo, y respondieron:

—Permanece en tu corazón, Drunvalo, y sabrás lo que debes hacer. En los viajes que estás a punto de emprender, la Madre Tierra será tu guía. Escúchala. Ella dirigirá cada uno de los pasos de tu caminar.

El sol naciente alcanzó mis ojos y me sacó de repente de mi meditación. En mi interior fue como una explosión de luz vibrante, roja y dorada. Antes de que supiera lo que estaba sucediendo, estaba de vuelta en mi cuerpo y era por la mañana. Me quedé sentado, preguntándome a mí mismo qué sería lo que querrían decirme los ángeles, pero luego pensé que lo mejor que podía hacer era comenzar mi día. Seguro que a su momento todo quedaría claro.

Mi asistente, Diane Cooper, que lleva años ayudándome con los asuntos de negocios, me llamó al cabo de un rato. Me sugirió que organizáramos un viaje a la región de las Cuatro Esquinas de Estados Unidos, allí donde se juntan Arizona, Utah, Colorado y Nuevo México, y que lleváramos allí a un grupo de personas procedentes de todo el mundo. Me preguntó si aquello me podía interesar.

Llevar a otras personas de viaje alrededor del mundo es algo que no suelo hacer, pues la mayor parte de mi tiempo lo dedico a enseñar y a escribir libros sobre meditación y consciencia superior. —Esa es la región de los antiguos anasazis, ¿verdad? —pregunté.

—Drunvalo —me dijo—, tú sabes perfectamente que es allí donde vivían.

Supongo que se lo pregunté para poder escuchar la respuesta. Desde luego que sabía que los anasazis habían vivido allí, pero me sorprendió escuchar el nombre de esa tribu poco tiempo después de que los ángeles me dijeran que ellos eran los primeros a los que debía ofrecer una ceremonia. Le contesté que tenía que pensármelo y que ya le respondería.

Habían pasado muchos años desde mis viajes a Yucatán y Guatemala, la isla de Moorea y Kauai, y creía que mi trabajo en esos niveles relacionados con el cambio de poder del varón a la mujer había concluido. Con sesenta y dos años cumplidos, había pensado dejar todo lo relativo a ese tipo de trabajo, no porque estuviera cansado, sino porque sentía que mi objetivo con la Tierra estaba cumplido. En mi interior me sentía contento. Pero la Vida tenía más planes para mí, ¿y quién soy yo para discutir con Ella?

La Red de Conciencia de Unidad había quedado terminada hacia 1989 y 1990, y yo creía sinceramente que no quedaba más que esperar hasta que el proceso de ascensión planetaria comenzara a acelerarse. Pero como ahora entendía a través de los ángeles, había bloqueos inusuales en la red que estaban retrasando el flujo natural de energía de su interior y que debían ser eliminados o equilibrados para que las mujeres pudieran utilizar eficazmente el poder que les había sido entregado. Esos bloqueos procedían de decisiones y actos de determinadas culturas humanas que vivieron mucho tiempo atrás.

Diane y yo organizamos un viaje al suroeste, que denominamos «Viaje a los antiguos anasazis», e invitamos a cualquier persona procedente de cualquier parte del planeta que deseara unirse a nosotros. Mis libros se habían traducido a idiomas de todo el mundo y se leían en al menos cien países, por lo que sabía que sería un grupo realmente internacional. Limitaríamos el número de asistentes a la capacidad de un único autobús y un camión, que iría detrás con el avituallamiento. Al final, cerramos la inscripción con cincuenta y seis personas (sin incluir a nuestro grupo de apoyo, formado por otras cinco personas y yo) procedentes de veintidós países.

El viaje fue completamente distinto de los íntimos y sagrados que había realizado anteriormente solo o con algún amigo cercano. Esta vez éramos sesenta y una personas procedentes de culturas de todo el planeta. A algunos no los conocía, pero evidentemente estaba a punto de hacerlo. Había quien no hablaba inglés, pero así tenía que ser. Se trataba de un trabajo espiritual a un nivel que debía hacerse con muchas almas cooperando, trabajando realmente como una sola.

Lo que es más, creo que en realidad habíamos tomado la decisión de juntarnos para llevar a cabo este trabajo muchísimo tiempo atrás. Creemos que el tiempo es lineal, pero en realidad es esférico. El futuro ya ha sucedido. Probablemente, por mucho que te lo explicara en este momento, no conseguiría que lo entendieras. Sólo la experiencia directa sirve para ello, y esa experiencia te cambia para siempre cuando descubres la realidad del tiempo.

Todo el mundo se congregó en Sedona (Arizona), un lugar de rojas montañas rocosas y con una de las energías espirituales más elevadas del planeta. A pesar de ser un pueblo pequeño (sólo unas diez mil personas viven en él), su población aumenta hasta las veinte mil a causa de los cinco millones de turistas que acuden cada año para sentir la gran energía que sale de la Tierra y entra en contacto directo con el alma. Incluso las personas materialistas y no creyentes, para quienes la política y los mercados de valores son las claves secretas de la Vida, la sienten. Sencillamente, con aparcar el brillante Mercedes negro al borde de la carretera y adentrarse en los vórtices del pasado infinito, cualquiera puede comprobarlo.

Las razones para organizar este viaje eran complejas y se entrelazaban entre sí. En primer lugar, estaba el propósito de ayudar a los anasazis, de quienes me habían hablado los ángeles. Había que devolverlos a este mundo para que la segunda razón pudiera cumplirse; es decir, el desbloqueo de la red asociado con esa antigua cultura.

Había también otro motivo, relacionado con el tiempo. Puede que esto suene poco importante, pero el tiempo es una parte del problema asociada con la razón por la cual los anasazis tuvieron que dejar este mundo. Y el tiempo era la clave para liberar el campo de energía que mantenía a los anasazis escondidos dentro de los mundos interiores de la Tierra. Déjame que te lo explique.

Los nativos americanos creen que en este momento nos encontramos en el Cuarto Mundo, y que pronto todos nos iremos de aquí hacia el Quinto Mundo. Creen que han estado en otros tres antes de llegar a éste, en el que ahora vivimos todos juntos. Creen que los otros tres mundos están, literalmente, dentro de la Tierra, y que cuando vinieron desde el Tercer Mundo realmente salieron del interior de la Tierra hasta la superficie, que es lo que ellos denominan Cuarto Mundo.

Los ancestros de la región de las Cuatro Esquinas de Estados Unidos fueron un grupo de gente que desapareció hace muchos años, un pueblo al que ahora llamamos los anasazis. El término *anasazi* quiere decir «los antiguos», pero para algunas personas también significa «el enemigo antiguo». Da la impresión de que los anasazis desaparecieron en un solo día. La comida y los cacharros de barro se quedaron sobre las mesas. Todo está como si sencillamente hubiesen decidido salir a dar una vuelta para luego volver. Es como si se hubieran levantado y todos juntos, en masa, se hubieran volatilizado.

¿Por qué iban a hacer una cosa así? ¿Dónde fueron?

En los últimos años se ha descubierto que, en las etapas finales de la cultura anasazi, la corriente del océano Atlántico se ralentizó, tal y como está haciendo en la actualidad, y ese cambio hizo que la región de las Cuatro Esquinas sufriera una sequía extrema, como la que tiene hoy en día y por la misma razón. Pero para los anasazis, la lluvia desapareció completamente durante cuarenta y seis años, lo que hizo que todos los lagos, ríos y reservas subterráneas de agua se secaran. No les quedó elección. Tenían que irse o morir.

Por si fuera poco, se veían amenazados por los conquistadores españoles, que intentaban eliminarlos. Fue demasiado para los anasazis y tomaron medidas desesperadas.

Muchos de ellos decidieron regresar al Tercer Mundo, dentro de la Tierra, pensando que eso les salvaría, pero no fueron capaces de comprender cómo aquello iba a afectar a su futura evolución o a la evolución del mundo.

Así que los Antiguos entraron en sus salas subterráneas de oración, sus kivas, donde siempre había un sipapu simbólico. Un sipapu era la abertura que se dejaba en la superficie cuando los Antiguos salían de la Tierra procedentes del Tercer Mundo. Los anasazis (aunque no todos), utilizando un conocimiento especial, volvieron al interior de la Tierra, al Tercer Mundo, donde creían que estarían seguros.

Pero tal y como íbamos a aprender en aquel viaje, no todo era tan fácil. Ahora que sus espíritus estaban conectados con la superficie exterior del Cuarto Mundo, su vida en el Tercer Mundo se convirtió pronto en un infierno. Muy lentamente se dieron cuenta de que se habían equivocado al intentar retroceder en la evolución. También comprendieron que no podían hacer nada contra ello, no hasta que su profecía (su sueño colectivo) pudiese cumplirse. Y nuestro grupo era aquella profecía que llevaban cientos de años esperando.

Aquella elección que habían hecho los anasazis hace más de setecientos años debía ser corregida antes de que las mujeres pudieran tomar el poder. Y tal y como me habían dicho los

ángeles, no eran sólo los anasazis los que estaban produciendo perturbaciones en la Red de Conciencia de Unidad; había otras antiguas culturas indígenas que estaban haciendo lo mismo.

Así pues, nuestro grupo estaba encargado de la triple tarea de crear un medio por el cual los anasazis pudieran volver a este mundo, el Cuarto Mundo; de cambiar los patrones del clima en la región de la Cuatro Esquinas y, mediante las dos primeras, de realizar determinadas ceremonias que eliminaran unos bloqueos específicos en la Red de Conciencia de Unidad para preparar a la mujer para que pudiera usar su nuevo poder. Y todo eso se iba a conseguir mediante la «magia» ceremonial, o llámalo ciencia, si eso es lo que entiendes y prefieres.

En 2002, mi mundo, Arizona, había sufrido la peor sequía de los últimos cien años producida por el calentamiento global y la ralentización de la corriente del océano Atlántico. Los incendios estaban quemándolo todo. La revista *Time* sugería, basándose en la evidencia que había conseguido, que aquella sequía iba a durar otros ciento cincuenta años. Nuestro grupo debía cambiar esa predicción, poniendo fin a la sequía o, al menos, alterándola. Nosotros creíamos que ese patrón climático estaba en realidad conectado con la consciencia humana y el antiguo pueblo llamado anasazi.

Para poder guiar a aquel grupo a través del difícil terreno multicultural, hice lo que los ángeles me habían pedido. Comencé a meditar con la Madre Tierra todos los días, pidiéndole que nos guiara. La amo profundamente y puedo sentir su amor hacia mí. Ella comenzó a instruirme acerca del modo en que debía manejar cada una de nuestras acciones.

Los Maestros Ascendidos, a través de Thoth, me habían ayudado en los primeros niveles de mi recuerdo, pero este viaje requería que mi guía llegase de unos niveles cósmicos que sobrepasaban a la Gran Hermandad Blanca. Ahora iban a dirigirme el espíritu vivo de la Tierra, la Madre Tierra, y, por supuesto, mis queridos ángeles.

Thoth había sido uno de mis guías principales a lo largo de diez años, pero a mediados de la década de los noventa, tanto él como la mayoría de los Maestros Ascendidos abandonaron la Tierra para realizar el viaje al futuro que todos haremos algún día.

Cuando regresó tras el cambio de milenio, se me apareció para hacerme saber que estaba de vuelta, pero que nuestra relación mutua había concluido. Había llegado el tiempo de una nueva forma de guía, una que está dentro de cada uno de nosotros: la guía de nuestra propia Madre Divina.

La primera rueda medicinal

En aquel entonces yo vivía en Payson (Arizona), y los incendios rodeaban mi pueblo. El mayor en toda la historia de Arizona ardía fuera de control a sólo veinticuatro kilómetros de mi casa. La Madre Tierra nos había dicho a mí y a mi familia que hiciéramos una rueda medicinal en nuestras tierras y que rezáramos pidiendo la lluvia.

Lo hicimos de un modo sagrado, hablando a cada piedra, viéndola como si estuviese viva, y al final la Madre Tierra habló a través de mí a toda mi familia y nos dijo que llovería en dos días.

Al día siguiente, el aire se llenó de humedad. Los titulares de los periódicos de la zona hablaron de «día milagroso», porque la humedad se dirigió directamente hacia los incendios. La lluvia tornó el humo negro en blanco y permitió a los bomberos hacerse con el cinco por ciento de aquel gigantesco incendio descontrolado. Era el comienzo del fin de aquel fuego.

Al otro día comenzó a llover ligeramente, pero sólo en la zona que rodeaba Payson. Lentamente, día tras día, empezó a llover más y más hasta que el área de Payson quedó empapada y los fuegos se extinguieron. La rueda medicinal estaba funcionando, pero por desgracia sólo cerca de mi casa. Los incendios seguían por el resto de la región de las Cuatro Esquinas, por lo que el problema no estaba solucionado. Pero aquella rueda medicinal era importantísima, ya que había comenzado la sanación que debería ser completada por nuestro grupo internacional y los talentos especiales que iba a aportar a esta región nativa desde todas las partes del mundo.

La Madre Tierra quería que yo fuera a los cuatro estados de las Cuatro Esquinas: Arizona, Nuevo México, Colorado y Utah, y celebrara una ceremonia para sanar la relación entre los Antiguos y los Modernos, todos los seres humanos que viven en la actualidad. Al hacerlo, el mundo exterior y el interior se equilibrarían y, simultáneamente, un bloqueo existente en una porción de la Red de Conciencia de Unidad desaparecería.

Los anasazis

Los anasazis vivieron desde los tiempos de Cristo hasta alrededor del año 1300 d.C., cuando la corriente del Atlántico comenzó a ralentizarse (históricamente, la Pequeña Edad del Hielo comenzó en 1300 y duró hasta 1850), y su área de influencia se centró fundamentalmente en las Cuatro Esquinas. Construyeron edificios, y en la localización y emplazamiento de sus lugares sagrados se trasluce una increíble ciencia, así como en el uso que hicieron de los dibujos geométricos sagrados. Su historia, recientemente descubierta, ha sido contada en un documental, narrado por Robert Redford, titulado *The Mystery of Chaco Canyon*, que describe cómo los anasazis funcionaban científicamente en un nivel similar al de los antiguos egipcios.

Los anasazis no eran unos bárbaros; eran gente civilizada que entendían una realidad que a nosotros nos parecería ciencia ficción. Los otros mundos, las otras dimensiones, eran para ellos una realidad y sabían cómo moverse entre ellos (al menos hasta un cierto grado).

Para ser claro, el Tercer Mundo es un sobretono de la tercera dimensión de la Tierra, en el que estaban atrapados. Los anasazis intentaron pasar a la cuarta dimensión, pero no estaban preparados para ello y no lo consiguieron. Así que encontraron un mundo sobretonal fuera de este mundo y se sintieron más seguros en él.

Quizá ha llegado el momento de explicar, al menos de una forma sencilla, los modos en los que se relacionan las diferentes dimensiones y sobretonos. (En mis dos primeros libros, *El antiguo secreto de la flor de la vida*, volúmenes I y II, encontrarás una explicación más amplia.) Esta descripción de las dimensiones se corresponde con el punto de vista antiguo, no con el moderno, que considera las tres primeras dimensiones como los ejes X, Y, Z del espacio y la cuarta dimensión como el tiempo. El punto de vista moderno continúa subiendo por las dimensiones de forma matemática, según lo define la ciencia moderna. No es que ese modo científico esté equivocado; es sólo que se basa en conceptos diferentes.

Lo que explico aquí es completamente distinto. En esta explicación, el universo se considera un puro sonido o vibración. La relación entre las dimensiones es también puramente vibratoria y se corresponde perfectamente con las leyes de la música y la armonía. Las dimensiones están separadas unas de otras exactamente en las mismas proporciones que las notas de la escala cromática musical. En lugar de medirse en ciclos por segundo, como en la música, en el caso de las dimensiones la separación se mide en longitudes de onda, pero las proporciones son las mismas.

Existen doce dimensiones de sobretonos mayores y doce de sobretonos menores, dando un total de ciento cuarenta y cuatro dimensiones en cada octava. Aparentemente existen infinitas octavas de dimensiones que se repiten una y otra vez, aunque su experiencia cambia cuando uno asciende por ellas. Todas las dimensiones penetran unas en las otras, por lo que en el espacio en que te encuentras ahora, en este momento, todas las dimensiones están atravesando tu cuerpo.

El universo que podemos ver con las estrellas y los planetas se define como la tercera (mayor) dimensión dentro de las doce dimensiones mayores. Por tanto, la Tierra está dentro de la tercera dimensión, pero dentro y alrededor de ella y de todo el universo existen doce sobretonos de la tercera dimensión. Aunque no puedes ver estos sobretonos de la tercera dimensión, son mundos que han sido conocidos y experimentados por chamanes, curanderos y Maestros Ascendidos a lo largo de miles de años.

Si una persona entrara en un sobretono de la tercera dimensión de la Tierra, o de cualquier otra dimensión, desaparecería de la vista aquí, sobre la Tierra, y reaparecería en otro mundo. Eso no es fácil de hacer sin un gran conocimiento.

Los antiguos anasazis, en su desesperación, consiguieron pasar de la tercera dimensión de la Tierra a un sobretono de la misma. El problema fue que, como estaban retrocediendo en la consciencia al hacer este movimiento, el paso resultó algo parecido al suicidio y se vieron atrapados, incapaces de salir de aquel mundo de un sobretono menor.

Déjame contarte algo acerca de su naturaleza; puede que llegues a sentir la compasión que a mí me inspiran. Su esperanza de vida desde el nacimiento a la muerte no solía sobrepasar los dieciocho o diecinueve años. Si un anasazi vivía hasta los veinticinco, era una persona muy anciana. Una mujer solía tener su primer hijo a los doce o trece años, y moría cinco o seis

después. Esto significaba que los niños tenían que estar solos y ser capaces de sobrevivir a una edad muy temprana.

Por eso, aunque poseían un asombroso entendimiento de la Realidad, carecían de la sabiduría que aporta la edad. Eso es lo que yo siento después de llevar muchos años percibiendo a los anasazis .11 esos otros niveles durante mis meditaciones.

Comienza el viaje sagrado

Estoy escribiendo esto a finales de 2006, y al recordar aquel viaje de 2003 mi corazón se siente vivo por la energía. Lo que sucedió en él cambió mi vida.

La mañana en que debía partir hacia Sedona para reunirme con el grupo, me senté frente a nuestra rueda medicinal «familiar» y recé a la Madre Tierra solicitando su guía y protección cuando entráramos en los mundos de los anasazis. Los ángeles habían dicho que aquellas oraciones serían mi camino y mi guía hasta que ellos cambiaran el sendero. Thoth había sido un hermano y un gran consejero, pero ahora nuestro grupo se enfrentaba a un nuevo tipo de desafío. En mi corazón, le dije: «Querido Espíritu de la Tierra, te escucharé y haré todo lo posible para seguir tu consejo».

Dejé la rueda y me dirigí hacia el norte, hacia Sedona, para el primer encuentro con el grupo internacional. Tras aquella conexión inicial, nos dispusimos a seguir el sendero del nativo americano, que íbamos a recorrer durante el resto del viaje. En ese camino está establecido que, antes de una ceremonia o un viaje sagrado, el grupo debe purificarse en una cabaña de sudación tradicional.

La cabaña de sudación es una pequeña estructura en la que caben entre diez y treinta personas. Suele estar construida con ramas de sauce rojo tejidas según un patrón específico y atadas para que formen una estructura. A continuación, se echan encima de esta estructura diferentes tipos de telas, que antiguamente eran pieles de animales y en la actualidad son mantas, hasta que el interior queda completamente a oscuras. En la mayoría de los casos, la pequeña puertecita de una hoja se sitúa hacia el este.

Delante de la puerta se enciende un enorme fuego y en él se colocan unas piedras de lava especiales y se calientan hasta que están al rojo. Estas piedras se llevan al interior de la cabaña con una pala o una horca, de una en una, hasta tener normalmente siete en mitad del suelo. Cuando estas piedras se enfrían, se lleva otro grupo de piedras calientes para comenzar otra ronda de oración. A veces la sudación es mayor de lo que la gente puede soportar, pero cumple su propósito: permite que nuestra parte sucia nos abandone. Nos prepara para la integridad, que debe ser honrada en todo momento para poder cumplir la profecía.

Nuestro grupo entró en la cabaña de sudación comprendiendo que estábamos entrando en el seno de la Madre Tierra, y que allí iban a cantar y a rezar a Ella, al Padre Cielo y al Gran Espíritu, pidiéndoles ser purificados y preparados para el viaje sagrado que nos aguardaba.

Tras la sudación, fuimos caminando hasta la casa de un amigo, donde sencillamente empezamos a conocernos con una estupenda comida y unos grandes músicos de la región, que vibraban canciones desde el corazón y el didgeridoo. Rápidamente comenzamos a fundir nuestras energías. A la mañana siguiente nos introdujimos en nuestro ultramoderno barco terrestre, denominado autobús, y nos pusimos en camino hacia la tierra antigua en busca de un pueblo invisible.

Los navajos

Navajos es el nombre que les dio el hombre blanco. Entre ellos son los diné. En su lengua, *diné* significa «los hijos de Dios». A ellos no les gusta el nombre de navajo. Los visitamos en primer lugar para solicitar permiso para celebrar una ceremonia en sus tierras, pues son los guardianes, junto con los hopis, de las puertas del lugar en el que existen los anasazis. Todo comenzó ahí.

Mi mentor de los hopis, Grandfather David, encendió una vez mi corazón con su gran poder de visión. Grandfather David era el anciano que guardaba las profecías hopis para la tribu antes de dejar este mundo. Yo tenía su permiso, pero necesitaba que los navajos nos abrieran su corazón y también nos concedieran la licencia para llevar a cabo una ceremonia en sus tierras, que se extienden desde Arizona a Utah, Colorado y Nuevo México, todos los lugares a los que debíamos visitar.

Nunca he visto un navajo que se abra al hombre blanco, pues éste sólo les ha mostrado engaño y mentiras desde el principio de su relación. Los navajos consideran que el hombre blanco tiene una «lengua bífida», como una serpiente, que siempre dice una cosa y hace otra, y su repugnancia se ha ido transmitiendo a lo largo de los años. En toda mi vida jamás había visto que los navajos actuaran de forma confiada, ni amistosa siquiera, con el hombre blanco, pero saber que la vida es sueño ayuda a hacer que lo imposible se haga realidad. He visto esa desconfianza en los ojos de los navajos muchas veces, pero lo que encontré cuando llegamos al cañón de Chelly fue exactamente lo contrario. El pueblo navajo nos acercó a sus corazones y nos condujo a zonas de su tierra sagrada que normalmente no enseñan al mundo exterior.

Nuestros guías navajos nos bajaron a los cañones de su tierra natal y nos señalaron los pictogramas que habían dibujado los anasazis, los Antiguos, que vivieron allí antes que ellos. Pero en nuestro caso, y con gran cuidado, también nos enseñaron lugares y nos contaron historias acerca de su tierra sagrada que otros visitantes blancos no habían escuchado jamás.

La mayor parte de nuestro grupo no conocía la situación. Creían que era normal que los navajos se mostraran así de amistosos, pero muchos de nosotros entendimos que no era así. Nuestro guía nos dijo que había llevado a muchos grupos hasta aquel cañón, pero que el nuestro era diferente. Nos estuvo revelando conocimientos acerca de su tribu y de los anasazis que normalmente se guardan para las conversaciones en familia.

En nuestro segundo día de estancia en el cañón de Chelly, los guías navajos que nos acompañaban celebraron con nosotros nuestra ceremonia sobre un rocoso acantilado que daba al corazón secreto del cañón. Juntos acudimos al «espacio del corazón» y rezamos por la sanación de la Tierra. Fue una experiencia realmente conmovedora y extraordinaria.

Sin embargo, fue la noche anterior, la de nuestro primer día en el cañón de Chelly, cuando muchos de los integrantes del grupo experimentaron la primera apertura del corazón diñé. Yo me ausenté en mitad de aquella experiencia, pues necesitaba meditar y prepararme para lo que se avecinaba. Por eso te voy a narrar la historia del recuerdo de alguien que sí estuvo allí.

Uno de los miembros de nuestro grupo, John Dumas, decidió unirse a un flautista navajo que, junto con dos acompañantes que tocaban el tambor, estaba entreteniendo a los invitados en el restaurante navajo donde cenamos. John toca la flauta y el didgeridoo, y la música que creó con tanta maestría y sentimiento se convirtió en un verdadero lazo de unión entre nuestro grupo y los navajos, una increíble improvisación que duró hasta bien entrada la noche.

Aunque algunos de los integrantes de nuestro grupo estaban muy cansados por haber estado viajando durante todo el día, no éramos capaces de irnos. Era una experiencia muy bella. La música era extraordinaria. Y la comunicación del corazón, no sólo entre los músicos, sino [también] entre los navajos y los miembros de nuestro grupo, fue una de las experiencias más asombrosas que habíamos sentido jamás de lo que significan la amistad y el cariño. Por primera vez, al menos en aquella pequeña habitación, el navajo y el hombre blanco eran Uno. John tocaba mientras le brillaban los ojos, y la felicidad que brotaba de él era algo digno de contemplar, reflejada en los rostros de nuestros amigos navajos.

Al final, cuando estábamos preparándonos para irnos, un hombre muy, muy anciano se acercó al micrófono. Nos dijo que durante la Segunda Guerra Mundial había estado encargado de la retransmisión de mensajes en clave, en idioma navajo, y que había formado parte del grupo que erigió la bandera en Iwo Jima. Allí, en Iwo Jima, había estado con otros tres navajos. Todos ellos habían fallecido, todo menos él. Con suavidad, como si no tuviera importancia, nos dio sus nombres y nos contó cómo habían muerto.

Nos dijo que había escrito una canción sagrada para aquel día, para Iwo Jima y la batalla que habían entablado allí. Y luego, en la silenciosa sala, sin acompañamiento alguno, nos honró del modo antiguo cantándonos su canción.

Cuando aquel anciano abandonó la sala, todos nos abrazamos.

Esta historia sólo tiene sentido interior cuando te das cuenta de lo raro que es para los navajos hacer amistad con el que llaman «hombre blanco». Pero ellos sabían que nuestro propósito era su propósito: sanar el interior de la Tierra y a los anasazis.

La segunda rueda medicinal

Desde el cañón de Chelly nos dirigimos al cañón del Chaco, el centro principal de los anasazis, situado en Nuevo México. Teníamos la esperanza de hacer allí una rueda medicinal, pero al llegar descubrimos que el gobierno había cerrado toda posibilidad de llevar a cabo una ceremonia así en aquel lugar. Hablamos con los funcionarios locales, pero nos dejaron muy claro que ni siquiera podíamos llevar tambores.

Por tanto, fuimos todos a la más importante de las ruinas antiguas y nos vimos arrastrados a una de las kivas abandonadas, donde la energía era poderosa. La kiva carecía de techo, pues en su retirada los chacos habían destruido gran parte de su civilización y las kivas habían perdido el techo. Como no había forma de entrar en ella, la rodeamos y comenzamos la ceremonia sólo con nuestros cuerpos y nuestros espíritus.

Pedimos permiso para entrar en contacto, pero sólo el silencio nos respondió.

Más tarde decidimos pasear por el extenso lugar y conectarnos como individuos con la tierra y con los Antiguos. Fue el único camino que nos dejaron.

Al principio trepé por un acantilado, con unos cuantos miembros del grupo, hasta la cumbre, desde donde podía contemplar todo el cañón. Toqué la flauta un rato, sintonizando mi corazón con la tierra, y luego mi voz interior me dijo que continuara yo solo hasta un saliente escondido para el grupo (y para los funcionarios del gobierno).

El cañón del Chaco padecía sequía; estaba seco, sin rastro de lluvia ni de humedad siquiera. La vida se mantenía por los pelos. La Madre Tierra me pidió que creara una pequeña rueda medicinal en aquel lugar escondido y que la conectara energéticamente con la de mis tierras de Arizona, a cientos de kilómetros de distancia.

Encontré algunas piedrecitas de hierro y las coloqué sobre una gran roca plana para hacer la rueda. Recé a la Madre Tierra como si fuera una rueda medicinal de tamaño normal y le pedí que la conectara con la que estaba cerca de mi casa, tal y como se me había dicho que hiciera.

Después de una hora y media, parecía completa. Regresé al grupo y volví a convertirme en un turista.

En este punto debes recordar que en Arizona llevaba casi dos semanas lloviendo, y todo se estaba volviendo verde y bello. Los incendios eran agua pasada. Pero cuando la rueda medicinal del Chaco se conectó con la de Arizona, la energía creada por esta última fue absorbida y trasladada al cañón del Chaco. Al día siguiente, mi familia me dijo que el tiempo cerca de mi casa había vuelto al mismo estado seco de antes de que hiciéramos nuestra pequeña rueda familiar.

En realidad, yo pude percibir este cambio en el momento en que sucedió, cuando completé la pequeña rueda medicinal del cañón del Chaco. Fue como si me hubieran extraído la fuerza vital. Fue algo personal.

Expliqué a los demás lo que había sucedido y les dije que debíamos seguir moviéndonos para encontrar el lugar correcto en el que crear nuestra rueda medicinal de grupo. Yo sabía que muy pronto iba a llegar el equilibrio a la región.

La ceremonia de la kiva

Durante el siguiente día de viaje, y mientras buscábamos un lugar donde celebrar la ceremonia de la rueda medicinal, visitamos dos de las antiguas ruinas anasazis de la cultura chaco. Están valladas y gestionadas con mucho cariño por sus cuidadores oficiales.

En las ruinas Salmón pudimos caminar por el interior de las estructuras sagradas y las casas que habitaron los Antiguos. Sabíamos que los anasazis eran de pequeña estatura, comparados con nosotros, pero el tamaño de las puertas nos lo confirmó.

En las ruinas aztecas, que en realidad son anasazis, nos encontramos, por primera y única vez en nuestro viaje, dentro de una kiva techada y bajo tierra. Podíamos sentir su energía y su misterio. Nuestro grupo se sentó alrededor del borde de la sala circular y con aspecto de cueva, en unos bancos dispuestos para los visitantes, y yo hablé sobre la historia de la creación de los anasazis, sobre cómo habían surgido del Tercer Mundo y cómo la kiva representaba aquello, con el simbólico sipapu en la parte superior, allí donde los Antiguos habían trepado hasta la superficie de la Tierra. A continuación, entramos todos en el lugar sagrado del corazón, tal y

como hicimos juntos muchas veces durante el viaje, y llevamos a cabo en él una ceremonia de sanación.

No recuerdo lo que dije, pero sí de la energía. Una familia de visitantes se nos acercó y se nos unió reverentemente en la ceremonia. Podía sentir a los Antiguos a nuestro alrededor, conectándose con nosotros. Se estaba preparando el camino mientras meditábamos todos juntos en aquella oscura sala del interior de la Tierra.

Un pequeño apunte. Mientras rezábamos en esta kiva, pedimos a los anasazis que estuvieran presentes con nuestro grupo. Cuando se terminó la ceremonia, muchos de los miembros tomaron fotografías. Aquellas instantáneas revelaron que los espíritus de los anasazis estaban presentes. En total, había más de veinte cámaras que constituían las mismas esferas de luz que aparecen en las fotografías, pero ahora sólo tenemos las imágenes de tres de ellas. Estas esferas de luz no fueron el resultado de la luz que se refractaba en la lente de la cámara; aparecen en las instantáneas de todas ellas. Los anasazis estaban realmente con nosotros, y eso se hizo evidente a medida que continuaba nuestro viaje.



Ceremonia en la kiva anasazi. John Dumas toca el didgeridoo durante la ceremonia. Fotografía de Nicole Andra.



Esfera de los anasazis (1).



Esfera de los anasazis (2).

Lionfire y el destino

Al día siguiente nos metimos en nuestro hogar sobre ruedas y nos dirigimos hacia el norte, a Colorado, el tercer estado de la Cuatro Esquinas y la región más septentrional del imperio anasazi.

Cuando nos acercábamos a los grandes espacios abiertos del Hovenweep National Monument, todos podíamos sentir el poder sobrecogedor de aquella remota región. Paramos en las principales ruinas anasazi de Hovenweep y fuimos recibidos por un guardabosques del U.S. National Park Service para todas las ruinas de Hovenweep. Se llamaba Lionfire.

Cuando Lionfire vio quiénes éramos espiritualmente y descubrió lo que intentábamos hacer, una rueda medicinal para la sanación de los anasazis, supo que el gobierno no nos iba a permitir llevarla a cabo en las tierras de un parque nacional. Se abrió su corazón y nos ofreció llevarnos a sus propias tierras, que estaban dentro de la zona del Hovenweep National Monument y también cubiertas con ruinas anasazis. Él simplemente las llamaba Hovenweep.

Desde sus tierras, situadas en un punto estratégico y especial, podíamos ver picos sagrados y formaciones de tierra de los anasazis y de los modernos nativos americanos en todas direcciones. Cientos de miles de anasazis habían vivido en un tiempo en la zona que rodeaba las tierras de Lionfire, y cientos directamente sobre éstas, y todos pudimos sentirlo y comentamos cómo nos estaba afectando, cómo nos tocaba el corazón.

El aire estaba saturado con el olor de la salvia. Los cañones laterales secretos eran el hogar de los espíritus de las águilas. Antiguos trozos de cerámica estaban esparcidos por el suelo, como si los hubieran echado allí para conducirnos hasta nuestro destino.

Lionfire no era sólo el empleado del U.S. National Park Service que guardaba las ruinas más septentrionales de los anasazis, sino también un chamán que llevaba la mayor parte de su vida estudiando a los Antiguos y que sabía mucho acerca de cómo vivían.

Hovenweep está en la misma longitud del cañón del Chaco, directamente sobre la «línea sagrada», la Great North Road, que se dirige hacia el norte desde Chaco. Hoy día nadie sabe dónde se pretendía que fuera esta carretera ni por qué es tan importante. Sin embargo, Hovenweep está en su ruta y en un tiempo fue un lugar de gran poder.

Cuando llegamos, supe que estábamos en el lugar correcto. Todo el grupo lo percibió. En Hovenweep nos sentíamos «en casa» e inmediatamente supimos que, por fin, aquél era el lugar donde íbamos a construir nuestra rueda medicinal para sanar a los anasazis.

Comenzamos nuestra visita recorriendo un complejo de antiguas viviendas. En algunas de ellas pudimos entrar y, una vez más, comprobamos lo bajos de estatura que tuvieron que ser los Antiguos.

Recibimos el permiso para realizar nuestra rueda medicinal no sólo de Lionfire y de Mary, su mujer, sino también de la Madre Tierra. Ésta nos dijo que nos «relajáramos» y tratáramos aquella tierra como si fuese nuestra. La rueda, una vez construida, sería protegida por Lionfire y Mary, fieles guardianes de la tierra. Según nos dijeron estos, muchos años antes habían recibido una profecía que les comunicaba que nosotros íbamos a ir y a celebrar aquella ceremonia.

Antes de que llegáramos, y sin saber que íbamos a ir a Hovenweep (recuerda que en principio habíamos pretendido hacer la rueda medicinal en el cañón del Chaco), Mary había escrito un poema en honor a nuestro viaje. Nos contó que le llegó entero y que ella se había limitado a escribirlo. Cuando nos juntamos en la gigantesca kiva (sin techo, pero tan profunda que tuvimos que bajar por una escalera), nos lo leyó.

El tejido

Aquí estamos, rodeados por las montañas sagradas, en el sipapu, el lugar donde nuestro mundo comenzó. Venimos de las cuatro esquinas de esta tierra, caminando con amor, trayendo nuestro conocimiento de muchas culturas, muchos idiomas. Buscando entendimiento, crecimiento y cambio para nosotros mismos, para nuestros países, para nuestro mundo.

¡Esta es nuestra intención! ¡Aquí, en este momento, creamos un nuevo mundo, tejemos una nueva realidad!

¡Oramos pidiendo ayuda y solicitamos testimonios de las sagradas energías de nuestro mundo!

- AIRE: vientos de las cuatro direcciones, vientos que mueven las estrellas.
- AGUA: lluvia, ríos, manantiales.
- FUEGO: nuestro Sol, el relámpago que baila sobre el cielo.
- TIERRA: nuestra Madre, su arena, sus acantilados, sus montañas.
- NUESTROS HERMANOS: los de cuatro patas, los alados, los niños del agua y aquellos que se arrastran.
- NUESTRAS HERMANAS: las que están de pie, desde el majestuoso árbol a la más pequeña de las flores.
- NUESTRA PROPIA RAZA HUMANA: desde nuestros ancestros, que caminaron los primeros sobre esta tierra, hasta los hijos de nuestros hijos, hasta siete generaciones; a éstos, sobre todo, invocamos.
- NOSOTROS MISMOS, aquí y ahora, para ser testigos y luchar.

Estamos aquí para crear un tejido de una nueva realidad.

En todo tejido, la belleza es creada por la urdimbre, la trama y el dibujo.

Traemos: para la fundación, el hilo de la urdimbre,

Energía humana, las experiencias de culturas diversas.

Fortaleza y orgullo de nuestras sociedades, de nuestras familias.

Historia, nuestra lucha para manifestar nuestro propio camino.

Todo esto lo trenzamos y ensartamos en nuestro telar para formar la urdimbre, la forma de nuestro tejido.

Sobre ella tejemos la trama de nuestro viaje diario, el hilo de la belleza, hilado, momento a momento, con cada paso de integridad, mientras nuestras acciones van convirtiendo el tiempo en historia.

¿Y el Dibujo?

¿El dibujo que llamará al resto de la raza humana al entendimiento, al cambio?

Este dibujo está formado por nuestros maestros y nuestra intención.

Afirmamos nuestra intención de manifestar un mundo en el cual cada espíritu (humano, animal, vegetal y mineral) camine en armonía y equilibrio, salud y felicidad.

Pedimos a nuestros maestros que nos guíen hacia acciones que coincidan con esta intención.

Buscamos manifestar esa divinidad de nuestro interior que creará esta nueva realidad.

Éste es nuestro tiempo.

Hemos sido llamados.

¡Juntos tejaremos un nuevo mundo!

El poema de Mary nos dejó atónitos. Hablaba de lo que todos habíamos estado pensando y hablando, y sin embargo acabábamos de conocerla el día anterior. Lo más sorprendente fue su mención de «las cuatro esquinas de la tierra» y de «muchas culturas, muchos idiomas». Mary no tenía forma de saber que menos de la mitad de nosotros éramos estadounidenses. Los miembros de nuestro grupo procedían de muchísimos países. Dos de ellos ni siquiera hablaban inglés, pero nos escuchaban con sus corazones.

Tras nuestra ceremonia en la gigantesca kiva de Hovenweep, llegó el momento de buscar el lugar exacto donde situar nuestra rueda medicinal.

La tercera rueda medicinal

Hovenweep es inmenso. Recorrí el terreno, hacia un lado y hacia otro, buscando y «sintiendo» el lugar adecuado para aquella ceremonia de tantísima importancia. Al fin, cuando caminaba sobre una zona concreta, todas las montañas y el antiguo y cercano cañón anasazi parecieron quedar alineados. Justo hacia el sur, a unos metros de distancia, había una ruina anasazi que

hace mucho tiempo tuvo una importancia fundamental debido a su situación sobre el punto más alto.

Supe en mi corazón que aquél era el lugar correcto.

Al mirar a mi alrededor, una gran piedra «me dijo» que debía ser la piedra central, y la coloqué sobre el suelo de lo que sería el centro mismo de nuestra rueda medicinal. Encontré otras cuatro piedras vivas para marcar las cuatro direcciones. Con esta disposición básica, el diámetro de la rueda medía unos diez metros y quedó lista para que el grupo la completara.

Todo el grupo seguía en el autobús con aire acondicionado, resguardados del calor, esperando a que yo terminara mi trabajo. Me había distanciado más de un kilómetro, por lo que enviamos a un mensajero para que los trajera.

Todo el grupo se apresuró a bajar del autobús, ansiosos de comenzar algo que cada uno de nosotros sabía que iba a sanar no sólo a los Antiguos y a los Modernos, sino también al árbol familiar de cada persona, remontándose miles de años. Por la salud espiritual de todos nuestros antepasados, y para sanar la tierra de las Cuatro Esquinas, comenzamos como hijos de la Tierra y como una familia del hombre.

En primer lugar, cada persona se encaminó en una dirección diferente para «hablar» con los espíritus de las piedras esparcidas sobre la tierra, pidiéndoles permiso para usarlas en nuestra rueda. Uno a uno fueron volviendo, sosteniendo las piedras vivas cerca de sus corazones, preparados para el momento en el que debíamos comenzar a crear la rueda. Algunas personas tuvieron que hacer varios viajes.



Rueda medicinal.

Se eligió a dos hombres y a dos mujeres para representar a cada una de las cuatro direcciones. Se colocaron en sus lugares respectivos, detrás de cada una de las cuatro piedras de dirección.

Comencé las oraciones pidiendo permiso una vez más, para luego expresar el propósito y la intención de la rueda medicinal. A continuación, los guardianes elegidos de las cuatro

direcciones elevaron sus plegarias para proteger cada una de las direcciones y el espacio interior de la rueda, de forma que fuera sagrado y santo.

Después, y con el acompañamiento de los tambores y los cánticos, el resto de las personas llevó sus piedras una a una al espacio sagrado, entrando por la «puerta» del este, dedicando cada piedra a los guardianes de las cuatro direcciones y colocándola a continuación en la rueda. Se creó, en primer lugar, un círculo de piedras, cada una en contacto con la que se encontraba a su lado. Luego se hizo una cruz de piedras en el centro para marcar las cuatro direcciones. (Recuerda la cruz.)

Como la rueda tenía unos diez metros de diámetro, nos llevó más de dos horas terminarla. Siguió aumentando la energía hasta que pudimos «ver» a los anasazis bailando con nosotros, conduciéndonos a la plenitud. Cada miembro de nuestro grupo colocaba una piedra para unirse después a los demás, que bailaban, rezaban, cantaban o tocaban los tambores en el exterior del círculo mientras esperaban a que fuera colocada la siguiente piedra.

Y de este modo, con un ritmo similar al del corazón, se construyó la rueda medicinal del Nuevo Sueño.

Todos nos sentamos, y tras un momento de silencio comenzaron las oraciones individuales. Cada persona, con el «palo de hablar» en la mano, pronunció bellas y sagradas plegarias hacia la rueda: unas plegarias para la sanación de esta tierra y sus formas de vida; para la reaparición de la lluvia y para que los ríos volvieran a fluir; para el florecimiento de la salud, el amor y la belleza; para que las relaciones de la humanidad florecieran en armonía; para que la brecha entre el hombre blanco y el indio se cerrara.

Los corazones de las personas estaban abiertos, y la energía y el poder del espacio siguieron aumentando hasta que la última persona hubo hablado. Una sensación de inmensa energía y pureza rodeaba nuestra ceremonia.

En el momento final conduje un ritual especial basado en las ceremonias de los taos pueblo. Aquel ritual insufló aún más vida al círculo al establecer una pirámide sobre muchos kilómetros de tierra, hasta el cielo y las profundidades de la Tierra, conectando la Tierra y los cielos con la rueda medicinal como centro. El propósito de la pirámide era llevar la lluvia y el equilibrio espiritual a todos los seres de las Cuatro Esquinas.

Al final de la ceremonia de la rueda medicinal, la Madre Tierra me dijo que llovería en cinco días, y así se lo anuncié al grupo, pues ésa era mi formación de los taos pueblo. Como estábamos en medio de una sequía histórica, este mensaje ofreció una chispa de esperanza para aquellos que vivían cerca de esa tierra.

Nuestra intención era que esa lluvia comenzara la restauración del suroeste, aportando agua a la tierra y amor y sanación a las relaciones entre el hombre blanco y los nativos americanos.

Todos podíamos sentir el amor y la paz. Podíamos sentir a los anasazis a nuestro alrededor. Era estupendo.

El encuentro con las estrellas

Cuando oscureció y las estrellas comenzaron a asomarse a los cielos, nos reunimos en las principales ruinas anasazi, en el punto más elevado de aquellas tierras. Allí, Daniel Giamario, un astrólogo chamánico que viajaba con nosotros y enseñaba su sabiduría, nos invitó una vez más, como ya había hecho en otras ocasiones, a mirar hacia el cielo nocturno.

Los conocimientos y la percepción que posee Daniel de los modos antiguos son realmente sobresalientes. Este hombre fue, durante todo el viaje, una estrella que se entregó a sí mismo para ayudar a los demás. En aquella noche tan importante, nos condujo a un entendimiento de los cielos como pocos de nosotros habíamos conocido jamás. Juntos contemplamos el centro de la galaxia, en la forma en la que él nos había enseñado, y dirigimos nuestras plegarias individuales al cosmos. El Padre Cielo escuchó nuestras oraciones.

A continuación, nos dirigimos lentamente y en la oscuridad de vuelta al autobús, guiados sólo por la luz de las estrellas, tal y como los anasazis habían caminado por aquella tierra tantos cientos de años atrás. Nos abrazamos, intentando inmortalizar el sentimiento que albergábamos en nuestros corazones.

Podía sentir cómo se unían las tres ruedas medicinales: la de Payson, la pequeña del cañón del Chaco y la que habíamos creado ese día. Sabía que llegarían las lluvias.

Y lo que es más importante, los anasazis contarían ahora con un vórtice que les permitiría volver a entrar en este mundo, de forma que pudieran venir con nosotros cuando la Tierra entrara en los niveles superiores de consciencia, lo que muchos denominan ascensión. Al hacerlo, la Red de Unidad sobre la Tierra se acerca aún más al equilibrio perfecto.

Antiguas viviendas en los riscos

Al día siguiente deseábamos visitar las viviendas anasazi de los riscos de Mesa Verde, cerca de Hovenweep. Mesa Verde fue uno de los más bellos lugares de asentamiento de los anasazis, una alta meseta rodeada por escarpadas montañas. Sin embargo, y a causa de la increíble sequía, se había desatado un incendio forestal que aún no había sido controlado y el Parque Nacional de Mesa Verde estaba cerrado a los visitantes. Los utes, los guardianes de Mesa Verde, nos permitieron visitar de forma privada una parte de la reserva que les pertenece sólo a ellos y no al National Forest Service. Se trataba de un lugar que muy pocos blancos han visto ni oído mencionar jamás.

Para llegar allí, nuestro inmenso autobús, con sus asientos parecidos a los de los aviones y su aire acondicionado, tuvo que atravesar muchas diminutas carreteras de tierra que serpenteaban por los bosques de cedros. Nuestro conductor estaba empezando a desesperarse en silencio, temeroso de que nunca consiguiéramos salir de aquel primitivo lugar. Pero todo fue bien.

Los utes nos trataron con gran honor, pues conocían el propósito que estábamos viviendo. Mientras comíamos, nuestro guía nos contó relatos de la historia tribal del pueblo ute. A continuación, nos condujo al borde de un profundo cañón. Parecía imposible que un ser humano fuera capaz de descender por él sin cuerdas, pero nuestro guía nos mostró tres escaleras de madera que se descolgaban sobre los escarpados riscos.

En estos escarpados, más de uno de los miembros de nuestro grupo se vio obligado a superar su miedo a las alturas para poder bajar por las empinadas escaleras hasta llegar a los salientes que había debajo, donde se encontraban las viviendas. Una de las mujeres sólo fue capaz de descender con la ayuda de los protectores por encima de ella, por debajo y a cada uno de sus lados, pero al final consiguió bajar y volver a subir. Se afrontaron los miedos. Las personas se cuidaron unas a otras. Nuestro grupo se había convertido realmente en Un Solo Corazón.

Una vez en el interior de aquel mágico lugar, pudimos percibir lo vivo que estaba, lo lleno de los espíritus anasazis. Me sentí tan honrado de que se me permitiera entrar en él que casi no podía hablar. Las voces del pasado me rodeaban y me hablaban acerca de sus vidas y de su grandeza. Pude entrar en sus casas, tocar las piedras que ellos habían tocado, sentir con mis dedos la cerámica que ellos habían elaborado hacía tantos cientos de años.

Aquella noche, después de Mesa Verde, tuve un sueño.

Los niños perdidos

Aquél fue uno de esos sueños cuya claridad siempre me avisa de que va a ser especial. Suelo recordarlos, pues son muy importantes para mi crecimiento espiritual.

En aquel sueño yo vivía con mi familia en un lugar cercano a Mesa Verde, en una casa que no había visto con anterioridad. Estaba entrando en el garaje para sacar el coche (en el sueño el garaje era enorme) cuando vi que unos indios vivían en él. Me acerqué a ellos para preguntarles si todo iba bien, pero ellos echaron a correr. Nunca me había pasado nada parecido. Recuerdo que pensé: «Qué extraño que quieran vivir en mi garaje.»

Entonces, mientras me dirigía hacia mi coche, vi a tres pequeños niños indios que corrían hacia la parte trasera para esconderse de mí. Me acerqué para ver dónde se escondían y hablar con ellos, y observé que se habían metido en un agujero redondo de un metro de diámetro. Sabía que nunca había visto aquel agujero antes.

Miré por él y vi que penetraba profundamente en la tierra, por lo que me dejé caer para ver qué había allí.

El espacio subterráneo se abrió a un túnel muy grande, de unos tres metros de alto y ancho, que descendía suavemente hacia las profundidades. No veía a nadie, por lo que seguí adelante para explorar aquel lugar.

Estoy seguro de que no había avanzado ni medio kilómetro cuando me di cuenta de que había personas, muchas personas, bloqueando el camino a pocos metros de distancia. De la mayoría no veía más que los ojos.

Al principio no supe quiénes eran, pero cuando mis ojos se habituaron comprobé que eran todos niños, de entre diez y dieciocho o diecinueve años de edad. Ninguno dijo una palabra. Sólo me miraban. Y no me permitían pasar.

Entonces aparecieron tres hombres de algo menos de cuarenta años y se abrieron paso hacia delante, se me acercaron y me miraron a los ojos. Estaban cubiertos de raspones, magulladuras y heridas infectadas. Estaban sucios y daba la sensación de que necesitaban ayuda.

El mayor, que podía rondar los cuarenta años, comenzó a hablar. Me dijo que era el jefe de los anasazis, como nosotros los llamábamos, y quería saber qué hacía yo allí. Le contesté que sólo deseaba ayudar.

Él se volvió hacia los niños y me hizo señas de que los mirara. Pude ver que tenían un aspecto similar al de los hombres. Rompía el corazón ver a tantos niños cubiertos de heridas y sufriendo tanto dolor. Yo sólo era capaz de pensar en cómo iba a ayudarles.

El jefe vio mi reacción.

—Gracias por estar aquí —me dijo—. Pero ahora debes irte.

Así que me di la vuelta y volví al agujero de mi garaje. Ahora había más niños por mi casa, y yo les dejé estar allí. No sabía qué hacer. Y ahí terminaba el sueño.

Durante la ceremonia de la rueda medicinal, yo había percibido con fuerza la presencia de los anasazis todo el tiempo, al igual que muchos de los integrantes del grupo. Pero en ese momento no fui capaz de relacionar mi sueño con la presencia que sentimos de aquel pueblo durante nuestro viaje.

Un ritual milagroso

A la mañana siguiente, los cielos estaban tan despejados como de costumbre mientras nos dirigíamos al monumento nacional navajo conocido como Monument Valley.

Circulábamos por una carretera llana y bien asfaltada, y estábamos a punto de acceder al sagrado valle navajo, con sus rojas montañas que se elevan hasta el cielo, cuando dio comienzo una visión en mi interior. Frente a nosotros lo único que podía ver era una muchedumbre de anasazis que nos miraban desde ambos lados de la carretera. Es posible que hubiera cientos de miles.

Un hombre pareció acercarse a nuestro autobús hasta que quedó centrado en mi visión, a pocos metros de distancia. Era el jefe anasazi de mi sueño, pero esta vez se presentaba regio y majestuoso, adornado con plumas y con preciosas ropas multicolores. Comenzó a hablar.

Me dijo que la ceremonia de la rueda medicinal que habíamos celebrado había sido profetizada por sus ancianos y les iba a ofrecer una conexión con este mundo exterior. Me dijo también que, mediante aquella rueda y nuestra amorosa intención, su pueblo podía ser salvado de los terribles problemas y dolores que sufrían. Nos dio muchas veces las gracias de corazón por nuestros esfuerzos.

Sin embargo, me dijo que, como grupo, no teníamos nuestras energías correctamente alineadas. Me «mostró» a mí mismo con una camiseta con la imagen de una X en medio de un círculo, y me dijo que lo que hacía falta era girar la X de nuestra energía para que fuera una cruz. Y para hacerlo, todos debíamos juntarnos mucho.

Me informó de que él y los demás estaban atrapados «entre los mundos», y que nosotros habíamos ido allí para liberarlos. Para cada uno de los que ocupábamos el autobús, aquello era una misión que se nos había dado para esta vida. Y todo el trabajo y las penalidades que habíamos pasado, tanto en nuestras vidas como en aquel momento, viajando bajo el ardiente sol del agosto suroccidental, eran necesarios para aquella tarea que estábamos a punto de llevar a cabo.

A través del micrófono de la parte delantera del autobús conté al grupo mi sueño y mi visión. Uno de los miembros había recibido una visión pareja a la mía. Cuando describí aquellos acontecimientos al grupo, casi no era capaz de hablar, pues no dejaba de sentir un gran pesar por el sufrimiento que había visto en aquellos niños anasazi, sus cuerpecitos magullados y flacos cubiertos de heridas supurantes.

En ese momento tan emotivo, y mientras me volvía a sentar, todo el mundo unió sus manos de forma espontánea y entró en una profunda conexión del corazón. Y espontáneamente de nuevo, con lágrimas rodando por nuestras mejillas, todos comenzamos a cantar al mismo tiempo el himno *Amazing Grace*. Podíamos «ver» a los niños a nuestro alrededor y podíamos sentir que se alegraban.

«Una vez estuve perdido, pero ahora he sido encontrado.» En el momento mismo en que empezamos a cantar, el conductor tomó un desvío, de la carretera 666 a la autopista 160, en dirección al punto donde Utah, Colorado, Nuevo México y Arizona, las Cuatro Esquinas, se juntan.

El jefe anasazi de la visión se me volvió a aparecer, y me dijo: —Mira.

La imagen del círculo y la X que me había mostrado con anterioridad se transformó en la imagen de nuestra rueda medicinal, con las cuatro piedras centrales formando una cruz.

—Ahora debes llevar a cabo una ceremonia —me dijo—. Debes poner los pies sobre la Madre Tierra.

Necesitábamos encontrar el lugar más cercano posible donde pudiéramos parar y realizar la ceremonia sobre la tierra, y aquel «lugar más cercano posible» dio la casualidad que era la intersección de las Cuatro Esquinas. Diane Cooper, nuestra «chica para todo», dirigió el autobús hacia el monumento, que está gestionado por los navajos.

Por nuestras experiencias pasadas temíamos que no nos permitieran efectuar nuestra ceremonia en un lugar público. Miramos a la nativa americana que vendía las entradas a los ojos y le pedimos permiso. Sin dudar, nos respondió:

—Podéis rezar aquí, podéis celebrar vuestra ceremonia. Os dejaremos —y señaló a una zona concreta—. Elegid algún sitio por ahí.

Como un grupo único, nos dirigimos a la zona que la mujer nos había señalado y comprobamos que estábamos en Utah, el único estado que aún no habíamos visitado. Aquello era perfecto, pues la Madre Tierra había dicho que debíamos realizar ceremonias en cada uno de los estados de las Cuatro Esquinas.

Nos reunimos en apretado círculo y construimos una pequeñísima rueda medicinal en el centro, utilizando muchas piedrecitas; era la cuarta rueda. Intentamos utilizar una brújula para situar las piedras, ¡pero ninguna de las que llevábamos funcionaba! Cada vez que colocábamos una sobre la tierra, señalaba el norte en una dirección diferente. No tuvimos más remedio que averiguarlo mediante los cercanos carteles de información turística.

Quemamos salvia y cedro y ofrecimos tabaco. Vertimos agua e insuflamos vida al círculo.

Todos nuestros corazones se abrieron de golpe, y la belleza y el poder del momento resultaron abrumadores. Podíamos sentir el amor y la pureza en el aire. Me eché a llorar, pues sabía que nuestra Madre nos quiere y cuida de nosotros. Fue una experiencia realmente buena.

Una vez más, la canción *Amazing Grace* brotó en medio de nosotros. Una de las integrantes del grupo sabía toda la letra, y su voz clara y dulce nos llevó hasta el final: «Dios, que me llamó aquí abajo, será mío por siempre».

Y así fue cómo los niños anasazis fueron liberados de su encarcelamiento de cientos de años.

CAPITULO DOCE

LA CEREMONIA DEL RAYO

El cañón del Antílope

Sin embargo, no habíamos concluido todavía, y yo no sabía bien por qué. Parecía que tenía que estar todo terminado y completo, pero no era así. Le pregunté a la Madre Tierra qué faltaba por hacer, y ella, sencillamente, me contestó:

—Drunvalo, lo que queda es un regalo para ti. Un regalo de entendimiento.

Pero yo seguía sin entender.

Nos pusimos nuevamente en carretera. Frente a nosotros se extendía el largo y fascinante camino a Page (Arizona), al extremo superior del Gran Cañón. Allí íbamos a realizar nuestra ceremonia final. Pero primero pasaríamos la tarde en una catedral natural única, conocida como cañón del Antílope, donde conoceríamos a Dalvin, un chamán navajo cuya fiera protección hacia su gente nos iba a proporcionar nuestra última prueba de fe y amor.

El cañón del Antílope es tan sagrado para los navajos que sólo se permite la entrada a los visitantes si van acompañados por guías nativos. Estos guías (Dalvin y sus dos tías, Carol y Lisa) recibieron a nuestro autobús y todos nos apiñamos en sus camiones para efectuar un trayecto de veinticuatro kilómetros por lo que parecía desierto en estado puro.

A continuación, seguimos a pie a través de un acceso casi escondido y desfílamos desde el calor de una tarde de agosto en Arizona al frescor tranquilo de un cañón con aspecto de cueva. El suelo arenoso, de un color claro, resultaba suave bajo nuestros pies. Una luz multicolor, procedente de las escasas aberturas de la parte superior, se filtraba por los vórtices como un remolino de energía que podía sentirse a nuestro alrededor.

El cañón del Antílope es un pasaje serpenteante y estrecho, de no más de seis metros en su parte más ancha, que conduce de un trozo de desierto a otro, con paredes de piedra roja a ambos lados que parecen haber sido modeladas por algún escultor divino. El espacio fluye y se arremolina como el agua que lo formó. Se trata de un lugar distinto de cualquier otro que yo haya visto.

Dalvin nos condujo en silencio por el cañón, y cuando emergimos al otro lado se sentó sobre un afloramiento rocoso y comenzó a contarnos historias sobre su cultura.

Hablaba muy despacio, con cadencia mesurada, tan bajo, que teníamos que acercarnos mucho para poder escucharle. Nos relató un accidente casi fatal que había sufrido cuando era joven, y cómo aquel accidente había marcado el comienzo de su vida como chamán. Durante el largo tiempo que había estado en coma, había «viajado al fondo del más allá», y cuando volvió estaba cambiado.

Nos habló acerca de su forma de utilizar el peyote, y nos dijo que aquel cañón era una iglesia peyote viva. Y mientras hablaba, nos miraba profundamente a los ojos, como si quisiera comprobar quiénes éramos realmente.

Tras un rato de estar contándonos cosas, Dalvin nos condujo de vuelta al cañón. Me di cuenta de que no estaba seguro de nosotros, de lo que sentía hacia nuestro deseo de llevar a cabo una ceremonia en aquel lugar sagrado, y de que no estaba plenamente convencido de que tuviéramos derecho a hacer nuestra rueda medicinal en Colorado, de lo que le había hablado uno del grupo. Muchos de nosotros percibimos sus dudas.

Cuando finalmente llegamos a una especie de área circular en las profundidades del cañón, nos volvimos a reunir alrededor de Dalvin. Él se puso a tocar la guitarra y a cantar, y luego nos dijo que deseaba cantarnos una canción peyote, pero que no tenía su sonajero. Entonces Vina, una de las mujeres del grupo, que tenía sangre india, le entregó un sonajero medicinal que llevaba consigo. Él lo sacudió unas cuantas veces, mirándolo con atención, escuchando, aparentemente pensando. Luego cantó dos canciones peyotes con el sonajero, las canciones medicinales de su camino. A continuación, y tal y como nos dijo Vina, le devolvió el sonajero y le dijo que era bueno.

—Me ha ayudado a cantar bien —le dijo.

Después de escuchar las canciones de Dalvin, le devolvimos el regalo con lo que se había convertido en nuestra canción: Amazing Grace. Él asintió.



El cañón del Antílope.

Después de escuchar las canciones de Dalvin, le devolvimos el regalo con lo que se había convertido en nuestra canción: Amazing Grace. Él asintió.

Una de las tías de Dalvin nos preguntó si íbamos a celebrar una ceremonia. Asentimos y todos nos dirigimos juntos al Espacio del Corazón, orando para que llegara la lluvia a las Cuatro Esquinas y cambiara el clima en aquella sagrada tierra navaja, y para que los nativos americanos y los hombres blancos se hicieran Uno Solo.

El cañón se iluminó con una suave luz y fue fácil sentir los corazones de todos nosotros fundiéndose en la unidad, todos como un solo hombre.

Susan Barber, una de las integrantes del grupo, se sentó con las dos tías de Dalvin y se puso a hablar con la mayor de ellas, una bella mujer llamada Carol. Le preguntó acerca de lo que había sentido durante nuestra ceremonia.

—Muchísimos grupos vienen a este lugar y hacen rituales que nunca me parecen reales o auténticos —dijo Carol—. Ésta ha sido la primera vez que he podido sentirme igual en una ceremonia con blancos que cuando llevamos a cabo las nuestras —sonrió, con una expresión radiante—. «Vi» cómo venían las lluvias.

Entonces habló Dalvin, y lo que dijo nos puso la carne de gallina a los que estábamos suficientemente cerca de él como para oírle. Nos dijo que la rueda medicinal (y dibujó con su dedo índice un círculo imaginario sobre su camiseta) tiene una cruz (dibujó la cruz, de norte a sur y de este a oeste). El problema era que algunas personas realizaban la ceremonia «casi bien», pero en lugar de tener energía en forma de cruz la tenían en forma de X. E indicó la X imaginaria dentro de la imaginaria rueda medicinal de su camiseta, diciendo:

—La equis conduce al lado oscuro.

¡Era exactamente la misma imagen —hasta en el detalle de la camiseta— que yo había recibido en mi visión del autobús antes de que cantáramos para conducir a los niños anasazis hacia la libertad! Y como ya he explicado con anterioridad, más tarde se me mostró que nuestro alineamiento incorrecto había sido sanado. Y allí estaba aquella enseñanza en la «vida real», confirmando mis visiones.

Pero Dalvin seguía sin estar convencido.

Un ciego puede ver

De vuelta al exterior, y cuando nos estábamos preparando para ser llevados de regreso a nuestro autobús, Dalvin señaló una forma de serpiente sobre la pared de la entrada del cañón del Antílope y empezó a hablarnos sobre ella. Ilustraba cada detalle de lo que estaba diciendo señalando a la forma de la serpiente y moviendo el dedo a lo largo de la formación de doce metros de longitud. Mientras lo hacía, su tía Carol se volvió hacia mí, y me dijo suavemente:

— ¿Verdad que es sorprendente? —Le pregunté qué era lo que quería decir—. Bueno, está totalmente ciego.

Y así fue cómo supimos que Dalvin, que había llevado a algunos de nosotros en uno de sus camiones (¡y que iba a llevarnos de vuelta en la oscuridad!), que nos había conducido sin fallos por el cañón del Antílope, que nos había mirado profundamente a los ojos mientras hablaba y que en aquel momento estaba señalando las características de la serpiente que guardaba su iglesia peyote, había perdido la visión de ambos ojos como resultado de aquel lejano accidente del que nos había hablado.

Según Carol, a los visitantes del cañón nunca se les confesaba la ceguera de Dalvin. De hecho, ni siquiera lo sabían sus propios hijos.

Una vez más habíamos recibido un regalo de conocimiento secreto que normalmente se negaba a las mentes tecnológicas modernas de la mayoría de los visitantes de las reservas. Pero poco sabía yo que Dalvin estaba dispuesto a ir mucho más allá para probar a nuestro grupo.

Rafting en el río Colorado

Aquella tarde llegamos al lago Powell, en Page (Arizona), un lugar de vacaciones en la punta norte de la formación del Gran Callón. Allí Diane tenía un regalo para nosotros: una excursión de *rafting* por el río Colorado, a través del cañón Glen; una excursión de veinticinco kilómetros a través de uno de los lugares más formidables de la Tierra.

Inmensas paredes de piedra roja, de más de quinientos metros de altura, se elevaban a ambos lados del río. Estábamos literalmente metidos en una profunda grieta de la Tierra. Vimos grandes garzas azules que pasaban rozando el agua y escuchamos las historias que nos contaron nuestros guías del río acerca de las personas que vivían allí antes de la llegada del hombre blanco.

En un punto determinado desembarcamos para caminar por la orilla y vimos petroglifos realizados por los nativos americanos que habitaron en aquellos cañones hace siglos. Especulamos con el significado de las imágenes. Una de ella parecía decir: «Aquí se puede cazar». O quizá: «Sigue en esta dirección para encontrar buenos patos».

A la mañana siguiente nos fuimos hacia nuestro destino final, el Parque Nacional del Gran Cañón. Yo sabía que allí, junto al borde de una de las siete maravillas del mundo natural, iba a ser donde celebraríamos nuestra última ceremonia.

La ceremonia de la entrega

Elegimos la ceremonia de la entrega porque fue la utilizada hace mucho tiempo por los Antiguos y la siguen practicando los nativos americanos actuales. Consiste en identificar un objeto al que nos sentimos muy apegados y deseamos conservar con todas nuestras fuerzas..., y entregarlo en sacrificio. Para el mundo nativo supone una sanación para la propia persona y para sus relaciones.

Parece sencillo. Sin embargo, como damos tanto valor a nuestras posesiones y como nuestro cuerpo emocional también suele estar conectado a ellas, a menudo se producen sanaciones profundas.

Tres de nosotros (otros dos hombres y yo) estuvimos mucho tiempo buscando por los bosques del Gran Cañón y finalmente acordamos un lugar entre los árboles, escondido a la vista del resto del parque. Marcamos el punto con una piedra especial y dibujamos una pequeña rueda medicinal en la tierra roja. Luego los otros dos hombres fueron a buscar a los demás.

Cuando me dejaron solo, dos hembras de alce, madre e hija, se me acercaron para averiguar qué iba a pasar. Nos miramos y ellas se sentaron para observar. En aquel momento supe que lo que estaba a punto de suceder sería perfecto, fuera lo que fuese.

Lo preparé todo para la ceremonia, y cuando terminé me senté en el suelo para meditar. Al hacerlo, Dalvin se me apareció en una visión con muchísima claridad. Me dijo:

—Quiero que demostréis que tú y tu grupo estáis realmente conectados con la Madre Tierra y con el Gran Espíritu. Si lo hacéis, me uniré a vosotros en mi corazón y os ayudaré en todo. Pero si no sois capaces de hacerlo, entonces os convertiréis en mis enemigos.

Le dije que yo también buscaba la prueba de que realmente habíamos cumplido el propósito que albergábamos en aquel viaje sagrado, y le ofrecí lo que debía ser la prueba. Yo sabía que la única que Dalvin podría aceptar sería una que viniera de la Madre Naturaleza, una sobre la que yo no tuviera ningún control. Por eso le dije que, cuando comenzara la ceremonia de la entrega, en el momento exacto en que la primera persona entregara su regalo a la Abuela, la directora de la ceremonia, un rayo brotaría del cielo y caería sobre el suelo en un punto muy cercano al círculo. En mi visión, Dalvin aceptó.

Comenzaron a aparecer entre los árboles los miembros del grupo, primero uno, otros muchos a continuación, y se colocaron alrededor del pequeño círculo de piedras. Los alces se pusieron nerviosos al ver a tanta gente y desaparecieron rápidamente en el bosque.

Cuando estuvimos colocados, le pedí a la mujer de más edad que se acercara para ser la Abuela. Ella debía recibir los regalos, escuchar las palabras de las personas que los entregaban y a continuación, al final de la ceremonia, elegir un regalo para cada una de las personas del círculo. Susan Barber, o Moonhawk (su nombre medicinal), se convirtió en nuestra Abuela.

Cuando se colocó en el círculo a un lado de la pequeña rueda medicinal, todos nos dimos cuenta de que se había producido un cambio en el clima. Era casi la puesta de sol, y en lugar del aire calmado y caliente al que habíamos estado acostumbrados durante casi dos semanas, de repente estaba refrescando. Soplaban el viento, azotando los altos pinos que nos rodeaban. Nubes de tormenta corrían por el cielo oscurecido. Se podía percibir una sensación misteriosa, como de otro mundo.

Elevé una oración de inicio para que todo se hiciera de una forma amorosa. Entonces la Abuela pidió a la primera persona que se acercara con su regalo.

Se trataba de Osiris Montenegro. Se acercó con lágrimas en los ojos, pues su regalo en la ceremonia era un objeto de enorme significado para él, y se arrodilló frente a la Abuela, sosteniendo su ofrenda con las dos manos.

Justo en el momento en que estaba a punto de entregarla a la Abuela, un relámpago cruzó el cielo, un trueno ensordecedor nos envolvió y un rayo cayó sobre el suelo a escasos veinte metros del círculo. Todos los que estaban sentados alrededor de él dieron un salto, sobresaltados.

Yo no me sentí asustado. Me sentí feliz. Empecé a reír. No pude evitarlo, pues sabía que habíamos tenido éxito con nuestro viaje sagrado. Recuerdo que miré al grupo y me di cuenta de que frente a mí se encontraban unas almas de gran profundidad y compasión, una comunidad global de maestros. No podía pronunciar palabra. Miré hacia el suelo, pero la felicidad seguía brotando de mi cuerpo.

Tras la ceremonia, Vina, la que había prestado el sonajero a Dalvin para sus canciones peyote, y que no sabía nada de lo que había sucedido en mi meditación poco antes de la ceremonia, dijo que Dalvin se le había aparecido después de ésta y le había pedido que me entregara su sonajero. Yo supe que el gesto había procedido de él y que, a partir de ese momento, Dalvin sería un amigo que nos ayudaría en las ceremonias sagradas que celebráramos en otras tierras. El regalo del sonajero de Vina había sido para todos nosotros. Realmente estábamos respirando con Un Solo Corazón.

La ceremonia de la entrega duró casi tres horas. Durante todo este tiempo, el viento continuó soplando. Las ramas de los árboles se agitaban con gran ruido por encima de nuestras cabezas.

Muchos creyeron que se estaba acercando una enorme tormenta. Era el cuarto día después de la rueda medicinal de Colorado.

Pero en el momento en que concluyó la ceremonia, todo aquel despliegue meteorológico cesó como por arte de magia. Paró el viento, las nubes se alejaron y los árboles quedaron quietos. Y sobre nuestro círculo, billones de estrellas brillaron en el cielo nocturno.

Y llegaron las lluvias

A la mañana siguiente nos pusimos en camino de vuelta a casa. Al entrar en Flagstaff, gotas de lluvia comenzaron a golpear con fuerza sobre nuestro autobús. Era tal y como me había dicho la Madre Tierra después de la ceremonia de la rueda medicinal. Habían pasado exactamente cinco días.

Cuando recogí mi coche aquel mismo día, el cielo estaba cubierto de nubes. Conduje hasta mi casa en medio de una lluvia torrencial.

Las ruedas medicinales eran ya también Un Solo Corazón, pues eran creación nuestra.

Las personas que se habían reunido en el espacio del Corazón Único para el viaje tomaron sus respectivos caminos, de vuelta a sus hogares y junto a sus seres queridos. Aunque ahora estábamos separados por la distancia, en nuestros corazones siempre seríamos Uno. Siempre recordaremos cómo nuestro amor nos guió en aquella peregrinación; recordaremos a las personas a las que conocimos y cómo juntamos nuestro poder creativo en una sola fuerza, y recordaremos las ceremonias que llevamos a cabo por la sanación del mundo.

Yo sé que los anasazis son ahora hermanos míos, y que llegará el tiempo en que su presencia en nuestros corazones pueda contribuir de forma crucial a nuestra gran ascensión.

Que el Gran Espíritu nos bendiga en nuestro regreso al mundo ordinario y bendiga a todos aquellos a los que nuestras vidas tocarán.

CAPÍTULO TRECE

VIAJE A LA TIERRA MAYA

Una vez más, los ángeles empezaron a hablarme de la necesidad de realizar un viaje a la tierra de los mayas, pues al igual que los anasazis, aquella antigua cultura había cometido también un enorme error en el pasado. Se trataba de un error que, si no era corregido, frustraría la ascensión del mundo e impediría a la mujer hacerse cargo de la responsabilidad que debe ejercer durante los próximos trece mil años. En pocas palabras, otro problema de la red.

Había pasado casi un año desde que celebramos las ceremonias en las tierras de los anasazis, y yo no tenía ninguna prisa por volver a correr por el mundo otra vez. Uno de mis mayores problemas es que soy vago. Por eso los queridos ángeles tuvieron que pincharme para que me embarcara en un viaje que yo sabía que iba a suponer un gran trabajo. Soy realmente tonto. He recorrido una distancia enorme para estar aquí, en la Tierra, y llevar a cabo este trabajo, y lo único que quiero hacer es dedicarme a vivir y a jugar.

El viaje a las Cuatro Esquinas había sido impresionante. Habíamos participado en la conexión íntima entre los antiguos anasazis, la Madre Tierra y nuestro pequeño grupo de almas valientes que respiraban como Un Solo Espíritu. Y ahora se me pedía que siguiera Avanzando por el mundo indígena y que profundizara en la oscuridad del pasado.

Yo había observado que Lionfire, el chamán de Hovenweep (Colorado), poseía un conocimiento enciclopédico de los anasazis, pero también me había percatado de lo mucho que sabía acerca de los mayas. Por eso, antes incluso de empezar el viaje, le pedí que viniera conmigo como experto en historia maya. Afortunadamente, accedió.

El momento y el propósito de nuestra entrada en la tierra de los mayas

El momento de nuestro viaje a Yucatán coincidió con una invitación que nos hizo el chamán maya Hunbatz Men para que participáramos en las ceremonias del equinoccio, en Chichén Itzá, el 20 de marzo de 2003.

Hunbatz, el Consejo de Ancianos Mayas y unos doscientos cincuenta ancianos más procedentes de América del Norte, Central y del Sur iban a llevar a cabo una ceremonia por la paz mundial, uniendo sus poderes espirituales en favor de la sanación del mundo. Nuestro grupo debía apoyar este esfuerzo efectuando una ceremonia en un círculo exterior alrededor del núcleo interior de chamanes y ancianos indígenas. Se nos uniría un grupo europeo dirigido por Carolina Hehenkamp, que también había participado en el viaje de los anasazis.

Después de la ceremonia en Chichén Itzá habíamos planeado realizar un recorrido en espiral para cumplir el propósito de nuestro grupo de ir a la tierra de los mayas. Y de forma muy parecida a como lo habíamos hecho en la tierra de los anasazis, queríamos ayudar a los antiguos mayas, que también estaban atrapados en el interior de la Tierra, para que quedaran libres.

En aquel momento no sabíamos (y de hecho no lo supimos hasta que se desplegó ante nuestros ojos) que el viaje tenía otro gran propósito, un propósito que aún hoy día sigue desvelándose.

La sanación del mundo maya interior y del mundo maya exterior

Tal y como había sucedido en las Cuatro Esquinas, la sanación de la tierra maya significaría restaurar el equilibrio de la naturaleza entre el Mundo Interior y el Mundo Exterior de los mayas. Al hacerlo, los Mundos Interiores podrían empezar a moverse con nosotros, el Mundo Exterior, en armonía; o por decirlo mejor, nosotros nos moveríamos en armonía con ellos.

Y esto debía llevarse a término muy pronto, pues —si creemos la versión actual— el calendario maya termina en 2012, algo menos de nueve cortos años después de nuestro viaje de 2003. En la tradición de los mayas, el periodo en el que nos encontramos ahora dará paso a un momento de la historia denominado el Fin de los Tiempos, que ellos entienden como el final de un largísimo ciclo y el comienzo de otro nuevo.

Por este motivo, nuestra tarea debía consistir en abrir los canales para que los mayas del interior de la Tierra pudieran conectarse con los de la superficie para preparar la ascensión final. Al hacerlo, la Red de Conciencia de Unidad se focalizaría mejor y la energía de la Serpiente de Luz, allá en las alturas de los Andes chilenos, se haría más brillante y más potente.

Y una vez más, tal y como ocurría en la región de las Cuatro Esquinas el verano anterior, Yucatán y las zonas limítrofes estaban padeciendo una terrible sequía. Con lo cual, otra parte de nuestro trabajo sería llevar a cabo las ceremonias que debían traer las lluvias, el símbolo físico del equilibrio que estábamos buscando.

¿Por qué querría aquella antigua cultura que un grupo internacional de personas les hiciera este tipo de servicio? ¿Habían ellos olvidado cómo hacerlo? ¿Habían, por alguna razón, perdido el poder espiritual para hacerlo por sí mismos? La verdad es que no lo sé. Todavía me sigue resultando extraño que encargaran una tarea tan personal a alguien de otra cultura. Sin embargo, me recuerda el tiempo en que los taos pueblo de Nuevo México me pidieron que enterrara a sus muertos. Ellos creían que sería mejor para ellos si otra cultura realizara aquel trabajo.

Quizá los mayas precisaban una fuerza exterior para abrir los canales de energía. O puede que, como muchos de nosotros, estuviesen abrumados por las circunstancias y necesitaran ayuda.

Fuera cual fuese la razón, los mayas nos habían invitado, tanto los vivos como los antiguos, a ir a México y efectuar aquellas ceremonias con ellos y por ellos. No podíamos negarnos.

El encuentro en Mérida

En cuanto pisé suelo mexicano, mi corazón comenzó a latir con más fuerza. Pude percibir claramente que existía una conexión entre este viaje y el de los anasazis. Era la misma energía, como si ya hubiera sido soñado. En mi interior sentí que este nuevo periplo por los templos mayas de los chakras iba probablemente a cambiarme la vida; sin embargo, no sabía cómo iba a ser. Quién sino Dios, y quizá los Antiguos, podía conocer lo que estaba a punto de acontecer. Yo estaba claramente entrando en lo desconocido.

Cuando llegué a la ciudad circular de Mérida fui llevado al hotel Los Aluxes (que significa «Las Gentes Pequeñas»), donde me encontré con Lionfire y Carolina, que ya habían llegado. A lo largo de las siguientes veinticuatro horas se fue reuniendo poco a poco nuestro grupo vagabundo de sesenta almas procedentes de todas las partes del mundo.

Una bienvenida maya

Para nuestro primer encuentro, Lionfire nos había organizado una tarde especial con sus amigos mayas.

Nos reunimos en una pequeña habitación del hotel donde una anciana maya, una hermosa abuela, se colocó frente a nosotros y, en lengua maya, nos otorgó su permiso para participar en las ceremonias y visitar lugares que en el pasado habían estado reservados exclusivamente para los sacerdotes mayas. Nos sentimos increíblemente honrados por sus palabras y se derramaron muchas lágrimas.

A continuación, un grupo musical maya llamado Wayak nos deleitó con su música evocadora. Sus gritos guturales y los instrumentos nativos parecían los sonidos de un antiguo pasado. Eran diferentes a todo lo que habíamos escuchado con anterioridad. El encanto de aquella tarde fue el comienzo perfecto de una peregrinación de ceremonias que esperábamos que devolvieran la salud y el equilibrio al pueblo maya y a sus tierras, ayudándoles a prepararse para las inmensamente importantes ceremonias del futuro, unas ceremonias de las que algún día dependerá el mundo entero para su propia supervivencia.

Sentado en aquel círculo, me di cuenta de que nos íbamos a mover por la misma espiral de templos que Ken y yo habíamos recorrido casi veinte años atrás, aunque también iba a haber algunos nuevos. Me sentí veterano y niño al mismo tiempo. Casi no podía esperar.

Los templos de Uxmal

Cuando llegamos a Uxmal, nuestro grupo internacional estaba empezando a recordar que debían respirar como Un Solo Corazón. Se reunieron a mí alrededor mientras les contaba la historia del gigantesco péndulo de Ken y los asombrosos acontecimientos de 1985. Luego fuimos a la Gran Pirámide, donde comprobé que el árbol que había sellado el cristal de

obsidiana seguía allí. Era mucho mayor que la última vez que lo vi, en 1995, cuando estuve en Chichén Itzá con Hunbatz Men para celebrar la ceremonia del equinoccio de primavera de aquel año. Era el único árbol en aquel espacio cubierto de hierba y estaba perfectamente alineado con el centro de la pirámide y el borde del edificio adyacente.

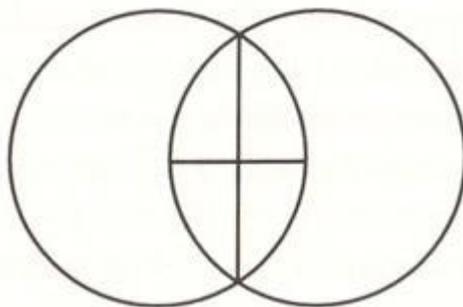


FIGURA 6: Dibujo de un *vesica pisis*.

Nos encaminamos hasta la cumbre de la Gran Pirámide, una subida empinada y una altura de vértigo para algunos de los integrantes de nuestro grupo que no habían hecho nada parecido con anterioridad. Desde arriba podíamos contemplar toda la zona de Uxmal, inmensa, con sus pirámides y templos que se extienden a lo largo de kilómetros de selva. Resultaba fácil imaginar cómo, en tiempos pasados, el lugar había constituido un gran centro para el pueblo maya.

La ceremonia que celebramos allí tomó una forma inusual: la geometría del *vesica piscis*. Imagínate, un grupo de sesenta personas en la cumbre de la pirámide intentando colocar nuestros cuerpos para dibujar dos círculos que se solapan. Al final lo conseguimos, con algunas personas casi colgando del borde, y así se desarrolló nuestra primera ceremonia del viaje. Los dos círculos enlazados representaban las ceremonias de los indígenas interiores y las de nuestro grupo internacional, actuando como Una Sola.

Al final de la ceremonia me di cuenta de que ya estábamos empezando a conectar con los Antiguos. Sentí que nos observaban, nos sentían, nos probaban. Y en respuesta, los corazones de los miembros de nuestro grupo fueron abriéndose cada vez más, exactamente lo que necesitábamos para ser aceptados tanto por los mayas de la superficie como por los de los Mundos Interiores.

Nuestra salida de Uxmal, agotados pero alborozados, estuvo rodeada de esplendor. Por todo Yucatán, los mayas estaban quemando los campos para preparar la siembra de las cosechas de primavera, y la suave neblina que llenaba el aire hizo que el Sol se pusiera en medio de un inusual y brillante derroche de gloria.

Nuestra respuesta ante la belleza del lugar y ante nuestras experiencias me hizo saber que el Gran Espíritu había reunido a las personas adecuadas para aquel trabajo. Ni planeándolo podría haber estado mejor.



Ceremonia con el dibujo del vesica piscis.

Labná

Tras dejar Uxmal nos dirigimos a los templos de Labná y Kaba antes de regresar a Mérida. Labná es el segundo chakra y representa el centro sexual. La tierra es de un color rojo óxido, muy parecida a la de Sedona, en Arizona, donde vivo ahora. Todo el complejo del templo posee un sabor suave, seductor, y una energía que de un modo u otro siempre te llega al corazón.

Realizamos una ceremonia sencilla destinada más a la purificación que a cualquier otra cosa. Yo caminé alrededor de cada una de las personas envolviéndolas en humo de salvia y cedro mientras uno de los miembros del grupo tocaba lentamente un ritmo similar al de los latidos del corazón con su tambor. Pero cuando estábamos en aquel círculo apareció una cosa que más adelante iba a constituir un enorme problema.

Una de las mujeres procedentes de Sudamérica comenzó a perder ligeramente el control cuando el humo ceremonial se elevó alrededor de su cuerpo. Su rostro se contrajo y extraños sonidos temerarios brotaron de su cuerpo. Al cabo de unos minutos empezó a agitar los brazos y el cuerpo, haciendo que algunos sintieran miedo. Las personas que se encontraban a su lado respondieron de inmediato e intentaron tranquilizarla, pero para mí fue evidente que algo asociado con el lado oscuro de la vida estaba comenzando a expresarse.

Lo registré mentalmente y a partir de aquel momento no dejé de observarla. Tenía claro que aquello iba a constituir una influencia perturbadora para nuestro trabajo conjunto, pero por entonces no comprendí lo que significaba ni de dónde procedía.

Kaba

El último templo del día era Kaba. Hace muchos años tenía otro nombre, y es un templo que me resulta extremadamente interesante debido a que los mayas llegaron de la Atlántida allí donde los judíos accedieron por primera vez a la consciencia humana. (Véase *El antiguo secreto de la flor de la vida*, volumen I.) El nombre original de Kaba era Kábala, que todo judío reconocería como perteneciente a uno de los libros sagrados del judaísmo. Esto sólo tiene sentido cuando conoces la historia de los mayas.

Tras lo sucedido en Labná, dejamos que nuestro grupo se dedicara sólo a explorar Kaba, sin celebrar ninguna ceremonia. La energía debía cristalizar para que pudiéramos entender lo que se nos estaba acercando. Volvimos a Mérida, esperando para saber lo que debía venir a

continuación a medida que los mayas fueran suavemente exponiendo sus necesidades a nuestra consciencia exterior.

Mérida

Esa noche todos nos fuimos a la cama pronto, pues debíamos levantarnos a las cuatro de la madrugada. Así debía ser para poder estar presentes en el momento de la salida del Sol en el antiguo lugar de Dzibilchaltún, donde el sol equinoccial se eleva cada año por detrás del ojo de la cerradura de un templo construido por una civilización que se remonta al año 500 a.C., probablemente el sitio más antiguo de todos los que íbamos a visitar en Yucatán.

Después de eso debíamos regresar a nuestro hotel de Mérida, hacer los equipajes, visitar las extraordinarias grutas de Balancanché y poner rumbo a Chichén Itzá para la ceremonia del equinoccio que se iba a celebrar al día siguiente.

Reunión con Hunbatz Men

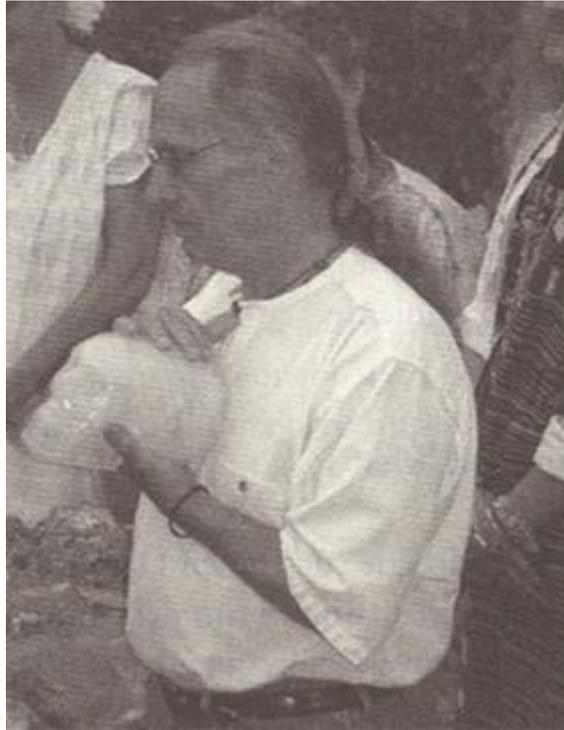
Antes de relatarte lo que sucedió en Dzibilchaltún, donde acudimos para participar en el antiguo rito del equinoccio de primavera, debo contarte una conversación que mantuve con Hunbatz Men el día anterior durante el desayuno.

Mientras Hunbatz bebía su café y yo sorbía mi té, repasamos nuestros programas para sincronizar nuestros movimientos durante los próximos acontecimientos. Como íbamos a celebrar juntos la ceremonia de Chichén Itzá —el chakra corazón—, debíamos determinar con exactitud cómo teníamos que colocar nuestras energías con referencia a los cientos de ancianos incas, mayas y de otras tribus indígenas que iban a acudir de toda América para participar. En otras palabras, Hunbatz quería saber con precisión dónde íbamos a estar y cómo íbamos a interactuar con el grupo. Además, estaba previsto que el grupo de Carolina Hehenkamp fuera con Hunbatz cuando partiéramos hacia Chichén Itzá, y queríamos acordar dónde iba a estar cada uno de nosotros durante los días de aquellas numerosas ceremonias.

Tras discutir aquello, Hunbatz cambió de tema. Quería hablarme acerca del futuro y, en especial, sobre la importancia de las calaveras de cristal en próximas ceremonias. Me explicó que estas calaveras están vivas y que pronto se juntarían todas en nuestras ceremonias a medida que nos iríamos aproximando al Fin de los Tiempos.

Lo curioso era que el Native American Council de Estados Unidos me había enviado una calavera de cristal a mi casa de Arizona antes de mi partida. Debía conservarla durante un período de tiempo indeterminado. Pero las calaveras de cristal no habían formado parte de lo que yo entendía que era el propósito de aquel viaje a Yucatán. Por eso, mientras escuchaba a Hunbatz, consideré que la información acerca de ellas realmente estaba destinada a otro momento.

Qué poco sabía entonces. Como de costumbre, soy el último en enterarme.

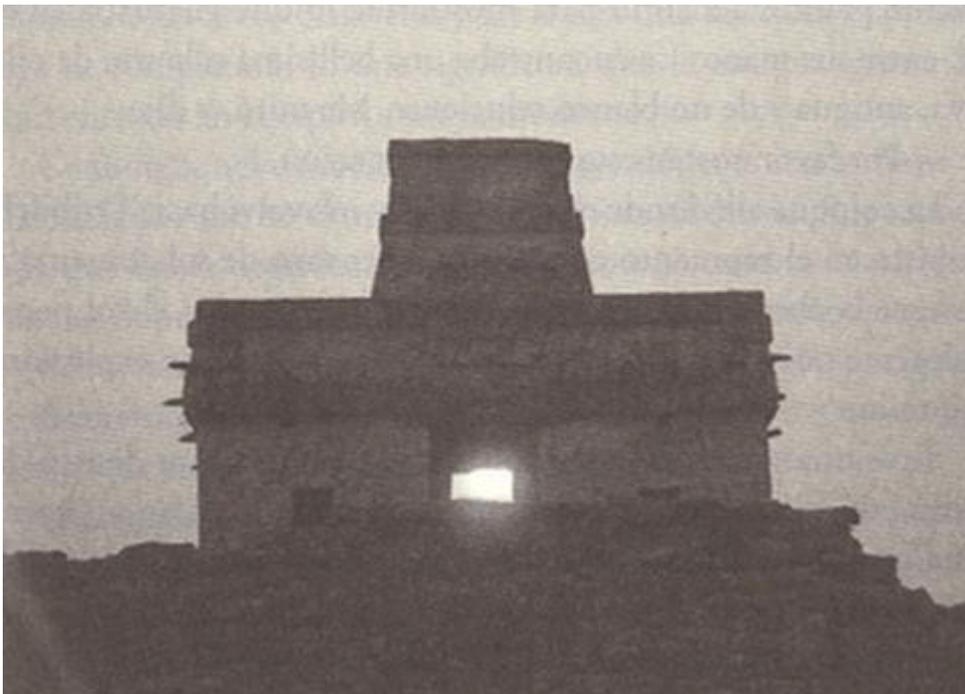


Calavera de cristal maya.

El templo de Dzibilchaltún

Yo había presenciado la ceremonia del equinoccio en 1995 con Hunbatz, y me ilusionaba volver a experimentarla con aquel fantástico grupo.

Llegarnos al lugar, que había sido un importante centro de iniciación para las escuelas de misterio de todo el mundo, unos veinte minutos antes del amanecer. Otras muchas personas, en su mayoría mayas, habían acudido también para celebrar de esa forma el equinoccio.



Dzibilchaltún.

El Templo del Amanecer es un edificio de piedra con una abertura por la que el sol equinoccial, la primera luz del equinoccio de primavera, aparece cada año. El camino que conduce al templo es un pasillo largo y rocoso, casi como una pasarela de desembarque, con arbustos de baja altura a ambos lados. El templo está situado al final de este pasillo.

Lionfire también había estado allí antes y ayudó a nuestro grupo a colocarse en fila, a una cierta distancia del templo, para que pudiera ver la aparición del Sol por la abertura.

Unos dos minutos antes del momento previsto para que el Sol asomara, ocurrió algo que no olvidaré jamás.

Una pareja mexicana de edad, a la que ya había conocido con anterioridad, se me acercó y dijo: —Drunvalo, ¿eres tú?

Me volví para hablar con ellos, sabiendo que sólo faltaban unos «segundos para la salida del Sol.

María, la mujer, llevaba una tela blanca que envolvía un objeto bastante grande. La abrió para mostrarme lo que guardaba en ella. Allí, entre sus manos, se encontraba una bellísima calavera de cristal maya, antigua y de un blanco reluciente. Me miró, y dijo:

—Por favor, sostén esto junto a tu corazón.

La coloqué allí donde ella me pidió y me volví hacia Dzibilchaltún justo en el momento en que el primer rayo de sol comenzaba a atravesar la abertura del templo. En pocos segundos el sol penetró totalmente por ella y los primeros rayos de luz hicieron explosión en mi interior.

Tuve una visión. Vi dos espíritus mayas humanos dentro de la calavera de cristal que sostenía junto a mi corazón. Eran un hombre y una mujer y estaban muy vivos, en unión sexual, mirándose mutuamente con eterno amor.

En ese momento, en un destello de entendimiento, supe con certeza lo que los mayas estaban haciendo con aquellas calaveras de cristal.

Se elegía a determinados mayas, normalmente en el momento del nacimiento, para formar parte de la ceremonia de la calavera de cristal. Cada uno de ellos era designado para capturar la esencia de toda la cultura maya en uno de trece periodos de tiempo diferentes, que se extendían desde el principio al fin de su cultura, y para tal fin recibían un entrenamiento que duraba toda su vida. En el momento adecuado de sus vidas, en una solemne ceremonia, ingerían un psicodélico natural específico y, de acuerdo con su preparación, morían permaneciendo conscientes mientras dejaban su cuerpo y obligaban a su espíritu a entrar en la calavera de cristal. Esta calavera, entonces, se convertía en su hogar, en su cuerpo, durante cientos o incluso miles de años.

Debían vivir en el interior de la calavera de cristal, guardando y preservando el conocimiento, los recuerdos y la sabiduría de los antiguos mayas, para que en este momento, en el Fin de los Tiempos, éstos pudieran ser recordados. Y aquél era justo el momento en que su propósito estaba siendo cumplido. Todas las calaveras estaban reuniéndose lentamente por toda la tierra maya, pues ése había sido su objetivo desde el principio.

Hay un total de trece calaveras, y en un futuro próximo la Ceremonia de las Trece Calaveras Mayas será una realidad y la profecía maya se completará, lo que significará que la antigua transmisión habrá entrado en el espíritu maya moderno.

Cuando aquel conocimiento me inundó, vi a una anciana sentada calladamente en el fondo de la calavera de cristal. Supe que ella era la que había organizado aquel matrimonio eterno entre los dos amantes. Supe que ella era la que había planeado todo lo que la calavera debía hacer para su gente, y que fueron las abuelas antiguas las que diseñaron este método de transmitir información a través de los siglos, y que seguían protegiendo las calaveras.

El conocimiento, los recuerdos y la sabiduría que guardaban los amantes mayas pertenecían al periodo de tiempo en que la cultura maya estaba empezando a florecer. Era aquélla una época en la que el amor y la compasión regían todo lo relacionado con el mundo maya. Y aquel extraordinario amor, la compasión y el conocimiento eran lo que debía ser reencendido en el corazón de los modernos mayas.

La experiencia de la salida del Sol a través de la abertura del templo y la calavera de cristal con sus amantes espirituales abrieron mi corazón como nunca habría creído posible si no lo hubiera vivido. De una forma dramática, los antiguos mayas estaban empezando a hablarme acerca de lo que era importante para ellos.

Escuché y recé. Entonces supe que aquella expedición iba a constituir otro viaje al corazón que cambiaría aún más profundamente la vida sobre la Tierra y sanaría las relaciones entre las personas. Creí que incluso podría sanar las sofocantes nubes de dióxido de carbono que están ahogando nuestro planeta. Aquella experiencia aportó una increíble esperanza a mi ser.

Sin embargo, no era consciente de que otra experiencia de igual intensidad me estaba esperando unas pocas horas después. Debíamos entrar en un lugar tan poderoso, tan profundamente centrado en el corazón, que simplemente por haber estado allí nadie de nuestro grupo volvería a ser el mismo. Estábamos a punto de hablar con los Antiguos directamente.

El cenote de Dzibilchaltún

Los cenotes son estanques sagrados, y a veces incluso lagos de buen tamaño, alimentados por manantiales subterráneos. Recuerda el que vi en Chichén Itzá en 1985, cuando estuve allí con Ken. Para los mayas, todos los lugares sagrados debían estar situados cerca de uno de ellos, pues estos manantiales eran considerados las puertas a los Mundos Interiores. Se cree que el agua de los cenotes posee grandes propiedades curativas, y el de Dzibilchaltún está entre los más importantes para los mayas.

Por eso, después de contemplar el sol del equinoccio de primavera salir a través del templo de piedra de Dzibilchaltún, nos dirigimos a su cenote, un precioso estanque en el límite de la selva. Nos reunimos alrededor de las ruinas de piedra que se encuentran junto a él y celebramos un servicio improvisado, meditando en favor de los mayas, de nuestro viaje y por la sanación de la guerra de Irak, que había estallado exactamente la noche anterior a nuestra búsqueda. Resulta interesante señalar que los mayas habían establecido aquella fecha para la Ceremonia por la Paz Mundial dos años y medio antes.

Tras la ceremonia, los guardianes de la antigua calavera de cristal que yo había sostenido junto a mi corazón colocaron el sagrado objeto sobre una tela que cubría un saliente de piedra y nos permitieron a todos tocarla y sentir su poder.

De repente, una fuerte y horrible manifestación de energía oscura intentó entrar en nuestro círculo haciéndose con el control del cuerpo de una de las mujeres del grupo. Era la misma mujer a través de la cual se había manifestado en Labná. La mujer en la que había penetrado la entidad levantó la calavera de cristal por encima de su cabeza y, con todas sus fuerzas, intentó estrellarla contra el enorme saliente de roca sobre el que estaba colocada. Tres hombres, conducidos por Lionfire, la agarraron para arrebatarle la calavera. El forcejeo duró varios minutos, pero al final la calavera sobrevivió. La mujer echaba espumarajos de furia mientras la entidad se movía por su interior.

Habíamos estado manteniendo una cuidadosa vigilancia para proteger al grupo contra aquella entidad. Sabíamos que estábamos en su casa. Aquella era la entidad que había penetrado en la consciencia maya cuando ésta se encontraba en la cima de su cultura y la había transformado, sustituyendo el amor y la belleza por los sacrificios humanos y el miedo. Sabiendo esto, Lionfire había estado protegiendo de cerca la calavera. Sin embargo, tuvo que echar mano de toda su fuerza y de la de otros dos hombres para evitar que aquel inestimable objeto sagrado fuera dañado.

Ahora sabíamos lo fuerte y decidida que era aquella energía. Sin duda debía ser eliminada del cuerpo de la mujer antes de que pudiéramos participar en la ceremonia del día siguiente en Chichén Itzá.

Normalmente se entiende, tal y como comentaron muchos de los integrantes de nuestro grupo, que esta energía del lado oscuro está entre nosotros por alguna razón. Constituía una parte importante del problema de los que intentábamos ayudar a sanar el mundo, y sabíamos que debíamos lidiar con ella de una forma positiva: con amor, compasión e incluso gratitud, en especial hacia el miembro de nuestro grupo que había accedido, en algún nivel superior de su ser, a representar un papel tan difícil. Debíamos diseñar un plan.

Alegres, impresionados, y sin embargo escarmentados, regresamos a Los Aluxes para desayunar, y a continuación nos dirigimos a la siguiente aventura de nuestro viaje, hacia las incomparables grúas de Balancanché. (Digo «grutas» porque, aunque sea una sola, tiene muchas derivaciones que se extienden en diversas direcciones.)

Humberto, nuestro guía

Me gustaría escribir unas pocas palabras acerca de Humberto Gómez, nuestro guía Merlín por las tierras mayas.

Humberto es un hombre de setenta y pocos años que aparenta sesenta. Es de pequeña estatura y muy esbelto, con un porte aristocrático, como el de sus antepasados hidalgos españoles.

Durante los dos primeros días del viaje se mantuvo callado; educado, encantador, extremadamente colaborador, pero reservado y modesto.

Sin embargo, de camino hacia Balancanché, Humberto no pudo mantener su silencio. Yo sabía que estaba licenciado en arqueología, pero entonces me enteré de que no sólo era un hombre extraordinariamente erudito y con un vasto conocimiento de la arqueología de su tierra natal, ¡sino que él, Humberto Gómez, había sido el que, en su juventud, descubriera las grutas de Balancanché! Al entrar en el aparcamiento de Balancanché me di cuenta de que Humberto sabía más acerca de aquel lugar que ninguna otra persona viva.

Aunque aquel día llevábamos muchas horas levantados, todavía era temprano cuando llegamos al museo. Las cuevas estaban aún cerradas, así que, mientras esperábamos, invité a Humberto a que nos relatará su descubrimiento.

Nos agrupamos a su alrededor, interesados por lo que nos iba a contar. Y disculpándose al principio, pero enseguida con gran brío y color, Humberto hizo que sus increíbles experiencias ocurridas tanto tiempo atrás volvieran a la vida para nosotros. Fue la primera de las muchas historias que Humberto nos regaló durante nuestro viaje espiral a través de Yucatán. ¡Era un narrador increíble!

Humberto era un estudiante de arqueología de veintitantos años cuando encontró una cueva pequeña y de paredes de tierra cerca de su casa. No se lo contó a nadie y la convirtió en su propio escondite. Le gustaba ir allí a meditar o a estar solo.

La cueva era un lugar mágico para Humberto, pero según nos contó, realmente no tenía nada de especial; desde luego nada que pudiera sugerir que tuviera antiguas raíces mayas. Era sólo una cueva. Pero era su cueva y siguió visitándola durante muchos años.

Pero un día, en el año 1959, le dio por dar golpecitos sobre un punto concreto de las paredes de la cueva. Los golpes produjeron un sonido hueco.

La pared estaba cubierta por los elementos químicos que habían estado rezumando de la tierra durante millones de años. Aquel trozo de pared parecía igual que cualquier otro de la cueva. Pero cuando Humberto escarbó en la pared terrosa encontró, escondidos tras ella, ¡los conocidos restos de ladrillo y mortero de un antiguo muro maya! Puedes imaginar su emoción al retirar cuidadosamente unas cuantas piedras de la pared, las suficientes como para poder pasar a la vasta y hasta entonces desconocida gruta subterránea que se escondía al otro lado.

Completamente solo, Humberto recorrió los aparentemente interminables pasillos y caminos excavados en la roca. Y allí encontró algo desconocido y único en toda la tierra maya. Repartidos por toda la cueva había altares fabricados con columnas naturales de estalactitas y estalagmitas. Y alrededor de estos altares encontró ofrendas realizadas quizá mil años antes y que no habían sido tocadas desde entonces. Cada uno de los cientos de cacharros de barro, utensilios, imágenes y molinillos que habían sido ofrecidos a Chac, el dios de la lluvia, descansaba en el lugar exacto en que había sido depositado por antiguas manos mayas en alguna ceremonia ancestral. Nada había sido visto ni tocado en los años pasados desde que la gruta fuera sellada a la vista humana.

Inmediatamente fue en busca de funcionarios gubernamentales a los que contar su descubrimiento arqueológico, para asegurar que todo lo que la gruta contenía fuera protegido contra cualquier alteración y contra el vandalismo.

Normalmente, cuando se encuentra un yacimiento en México, el gobierno toma todo lo que encuentra y lo lleva a un museo. Pero en este caso, y de forma totalmente excepcional, los científicos y funcionarios que entraron los primeros en la gruta se dieron cuenta de la importancia de conservar lo que había descubierto Humberto. Inmediatamente cerraron la entrada y colocaron un guarda para que la protegiera.

Y así sigue, intacta hasta hoy. Nada ha sido movido excepto para hacer un pequeño camino a través del complejo, de forma que los visitantes puedan experimentar la cueva tal y como fue descubierta.

Después de que acudieran los representantes gubernamentales, sin embargo, se corrió la voz y al día siguiente apareció un grupo de ancianos y chamanes mayas que anunciaron que iban a entrar en la gruta llevar a cabo una ceremonia. Nos lo contó Humberto con una sonrisa divertida y nos enfatizó que no preguntaron si podían hacerlo o no. Sencillamente dijeron:

—Vamos a hacerlo.

Los funcionarios respondieron:

— ¡No pueden hacer eso!

La discusión y el debate se prolongaron durante un tiempo hasta que finalmente los representantes oficiales accedieron a que los mayas realizaran su ceremonia..., ¡pero sólo si ellos podían entrar para asistir a ella y tomar fotografías!

Más discusión y debate. Al final los mayas cedieron, pero con dos condiciones: todo el que entrara en la cueva debía jurar que guardaría el secreto, y nadie podría irse hasta que todo terminara, lo que significaba permanecer allí veinticuatro horas sin comida ni agua. Advirtieron que si alguien se marchaba antes del final de la ceremonia, ellos no asumían la responsabilidad por las terribles consecuencias que tendría aquella actuación.

Eso fue lo que se acordó. Los mayas y los mexicanos penetraron en la negrura de la tierra para llevar a cabo la ceremonia..., y volvieron a salir, veinticuatro horas más tarde, en medio de una lluvia torrencial. Aquello era la señal que buscaban los mayas. Así sabían que Chac, el dios de la lluvia, había aceptado sus plegarias.

Humberto fue uno de los participantes en aquella ceremonia a Chac y nunca ha olvidado su poder.

Tras Balancanché, Humberto resultó ser un ameno pozo de bellas historias e información acerca de los yacimientos que visitamos y sobre la historia de Yucatán. Una vez le pedí que me contara la ceremonia maya de Balancanché, pero se negó a ello. Había hecho una promesa. Fue la única vez que rehusó contestar a una pregunta.

En el interior de las grutas de Balancanché

Yo nunca había entrado en las grutas de Balancanché. Me eran totalmente desconocidas. Y ni yo mismo ni nadie del grupo podría haber esperado ni imaginado la experiencia que íbamos a vivir.

Para empezar, creíamos que íbamos a tener que permanecer en Balancanché la mayor parte del día. Ello era debido a que, para proteger la gruta, los vigilantes sólo permitían la entrada simultánea de diez personas. Sólo así les resultaba posible realizar una vigilancia suficientemente estrecha como para impedir que nadie tocara o se llevara algo.

Sin embargo, Humberto había participado en nuestras primeras ceremonias y había podido comprobar la reverencia que sentíamos por los yacimientos mayas y sus gentes. Sabía que teníamos permiso de los Antiguos para estar allí. Y como él era el que había descubierto la gruta, utilizó su influencia para que se hiciera una excepción. Según nos dijo, se nos permitiría entrar en grupos de veinte.

Aquello constituía un gran honor y una enorme prueba de confianza. Pero cuando empezamos a dividirnos en tres grupos, Humberto convenció a los guardas para que hicieran una concesión más. Nos comunicó que ¡se nos permitía entrar en dos grupos de treinta!

Yo fui el último del primer grupo. Con gran reverencia nos encaminamos por el sendero de la selva hasta la boca de la gruta, un inmenso agujero que entraba en espiral en la tierra. Los pájaros que volaban alrededor de ella y las flores que colgaban de todas las paredes parecían inclinar sus cabezas. Yo tenía el vello de punta.

Entrar en la cueva era como entrar en el seno de la Madre. Al instante comenzó a abrirse mi corazón. Fue una respuesta completamente involuntaria ante las energías presentes.

Seguimos descendiendo hacia las profundidades de la Tierra, penetrando cada vez más en la oscuridad. Yo podía sentir que aquél era uno de los lugares más sagrados en los que había estado jamás. Mi corazón seguía abriéndose sin que yo pudiera evitarlo. Podía ver y sentir que lo mismo les estaba sucediendo a todos los que se encontraban delante de mí.

De pronto, observé que estaba cantando suavemente.

Y escuché un sonido a mis espaldas. Me volví para ver quién era, y vi que nuestro segundo grupo se acercaba con rapidez. ¿Se habrían equivocado? ¿Es que no estaban cumpliendo las instrucciones?

La primera persona del segundo grupo se me acercó, sonriendo, sintiendo lo sagrado del lugar.

— ¿Qué hacéis aquí? —pregunté.

—Humberto decidió dejarnos ir a todos como un solo grupo — me respondió.

«Claro», me dije a mí mismo. Parecía lo correcto que estuviéramos todos juntos. Lo sagrado del lugar y su belleza habían puesto mi corazón a punto de estallar. Aquel cambio inesperado colmó el vaso.

Así que seguimos todos juntos, un grupo de sesenta personas en un lugar en el que normalmente sólo se permite la entrada de diez, unidos en un sentimiento de amor y admiración espiritual diferente a todo lo que cualquiera de nosotros había sentido jamás con anterioridad. Y no digo esto a la ligera.

Entramos en la parte principal de la gruta, donde una enorme estalagmita se había unido, hace millones de años, con una estalactita igual de gigantesca, creando un inmenso pilar de al menos veinte metros de altura. Alrededor de este pilar se encontraban las ofrendas que los mayas dejaron allí muchos años atrás. Cerámica y vasijas ceremoniales aparecían colocadas sobre el suelo alrededor de esta columna central, tal y como habían estado durante cientos y miles de años.

La sensación de santidad resultaba abrumadora. Mi corazón no era capaz de retener las lágrimas. Me eché a llorar. Con los ojos empañados, miré a mí alrededor y vi que todos los que me rodeaban también estaban llorando.

Habíamos acudido a las tierras de los mayas para experimentar el Espacio Sagrado del Corazón. Y allí era donde estábamos, en un auténtico espacio físico que estaba vivo con la vibración viva del corazón..., y todos nosotros estábamos en sintonía con este espacio, juntos. ¡Todo mi ser vibraba!

Continuamos recorriendo las grutas y vimos que había otros dos altares formados por una estalagmita y una estalactita, algo más pequeños, con sus antiguas ofrendas. Y la sensación de santidad seguía creciendo.

El cenote de Balancanché

El Espacio Sagrado del Corazón se asocia siempre con el agua. Llegué a otra sala de la gruta desde la que un estanque tiraba de mí. El agua era tan clara que casi no podía verla cuando estaba brotando de una cueva adyacente. Aquella agua estaba viva. Auténticamente viva.

Cuando clavé mi mirada en el cenote fue como si estuviera viendo otro mundo.

Tres personas más del grupo estaban contemplando el estanque con lágrimas en los ojos, y cuando yo me acerqué nos fundimos en un abrazo.

En ese momento supe que estaba con mi tribu. Y con nuestras lágrimas y nuestros corazones abiertos estábamos rezando por nosotros mismos, por los mayas y por la Madre Tierra.

Yo conocía aquel lugar. Lo había sentido con anterioridad dentro de mi propio corazón. ¿Puedes imaginar lo que fue estar allí físicamente, con otros seres físicos, todos experimentando la misma emoción? Fue algo como nunca me había sucedido anteriormente.

Los guardas de la gruta, que hasta entonces se habían mantenido invisibles, nos hicieron señales con las linternas. Había terminado el tiempo de la visita.

Cuando me di la vuelta para salir, era incapaz de hablar. Apenas recuerdo cómo caminé hasta la salida de la gruta. Era como estar inmerso en un sueño.

Lo siguiente que supe fue que estaba fuera de la cueva, acercándome al museo. Me senté yo solo y cerré los ojos. Seguía vibrando en mi corazón. Estuve así más de media hora antes de que la experiencia que había vivido se asentara lo suficiente como para permitirme ponerme de pie y echar a andar hacia el autobús.

Nunca olvidaré aquella experiencia, ni a los mayas, cuyas oraciones siguen resonando en aquel espacio sagrado, ni a las bellas gentes que entraron en la Madre conmigo.

Sentado bajo un árbol, esperando la llegada del resto del grupo, recordé la oración de mi maestra más íntima, Cradle Flower, de los taos pueblo:

Belleza frente a mí
Belleza detrás de mí
Belleza a mi izquierda
Belleza a mi derecha
Belleza sobre mí
Belleza debajo de mí
La belleza es amor
El amor es Dios.

CAPÍTULO CATORCE

LA PURIFICACIÓN DE LAS TIERRAS MAYAS

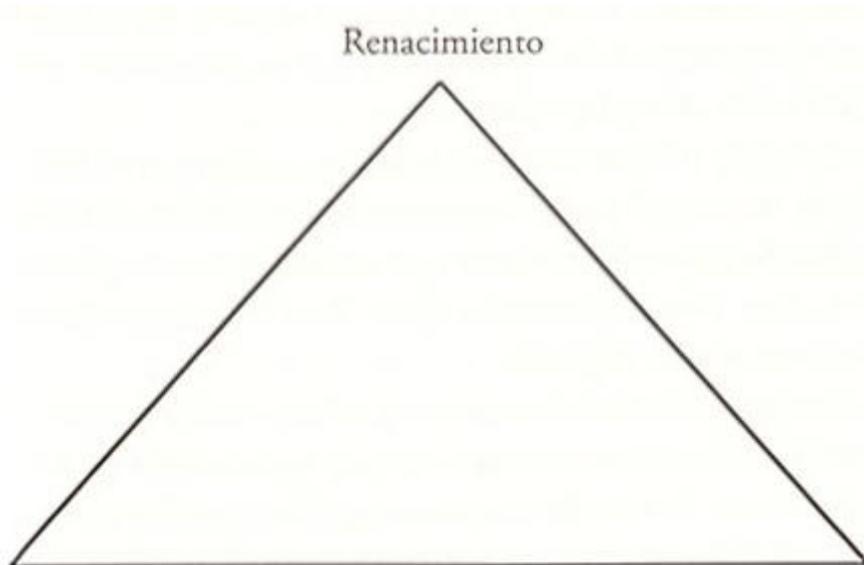


FIGURA 7: La Gran Ceremonia del Corazón maya.

El templo de Chichén Itzá

El elegante Mayaland Hotel se asienta en la selva de Yucatán, al borde mismo de los terrenos del templo de Chichén Itzá. Fuimos allí derechos desde Balancanché y llegamos mucho antes de lo que esperábamos gracias a las facilidades que nos habían dado para visitar las grutas.

Aquella noche, antes de cenar, se me pidió que instruyera a nuestros dos grupos, el de los europeos de Carolina Hehenkamp y el nuestro, sobre la Meditación de Vivir en el Corazón. Sólo para unos pocos de los participantes se trataba de algo nuevo. Muchos ya la habían aprendido en un taller anterior. Gracias a las poderosas experiencias que habíamos vivido durante la tarde, incluso aquellos que nunca habían realizado esta meditación del corazón con anterioridad fueron capaces de comprender fácilmente de lo que trata: la necesidad de apartar nuestra consciencia del cerebro y llevarla al corazón físico, y cómo se consigue: recordando la Conciencia de Unidad.

Es un poco complicado entender y llevar a cabo el cambio interior de empezar a vivir no desde la mente, sino desde el corazón. Así es como vivíamos antes de la caída desde la Conciencia Única a la consciencia del bien y del mal hace trece mil años. En ese momento comenzamos a juzgar todas y cada una de las situaciones y las imágenes que la vida nos proporcionaba.

En realidad, volverse hacia el corazón es algo tan simple que al principio la mayor parte de la gente encuentra difícil vivir la experiencia. Hemos aprendido a creer que cuanto más complejo o complicado es algo, más importancia tiene. Pero eso no puede aplicarse a nuestra consciencia original.

Yo creo que la causa de que los pueblos indígenas del mundo me hayan pedido que tome parte en sus ceremonias es porque he aprendido a vivir dentro de mi corazón. Ellos pueden «ver» que estoy en el corazón, no en la mente, pues así es como ellos funcionan y ése es el aspecto del alma humana que resulta más importante para ellos. Ambos sabemos que podemos confiar el uno en el otro, y como los mayas dicen al saludarse: *In Lak'es* («Tú eres otro yo»). Cuando vives en tu corazón, *In Lak'esh* posee un significado que sólo el corazón entiende plenamente, pues el espíritu que está en tu interior es el mismo que está en el mío.

Si deseas saber más acerca de este asunto, he escrito un libro titulado *Viviendo en el corazón*, que no sólo lo explica con mucho más detalle, sino que también te ofrece las instrucciones

precisas para que puedas probarlo y decidir por ti mismo si vivir en el corazón te hace sentir mejor que vivir en la mente, o no.

Después de cenar, nos colocamos todos bajo las estrellas en aquel precioso lugar con la pirámide del chakra corazón de Chichén Itzá muy cerca, entramos todos juntos en el Espacio Sagrado del Corazón y respiramos como Uno Solo.

Y ahora el lado oscuro: sólo una ilusión

Cuando todo el mundo se retiró a descansar en espera de la gran ceremonia y celebración del equinoccio, me llegó el momento de enfrentarme al problema de la entidad que habíamos observado en la primera ceremonia de Labná y aquella mañana con la calavera de cristal en Dzibilchaltún. Tenía que hacerlo antes de que participáramos en la ceremonia del día siguiente en Chichén Itzá. En caso contrario, aquella energía podría interferir con todo lo que estábamos intentando conseguir. No podíamos ignorarla.

En mi opinión, lo que sucedía era que aquella mujer, una de las integrantes de nuestro grupo en aquel viaje, había sido atacada por un espíritu o varios, cuya intención era perturbar lo que hacíamos tic todas las formas posibles.

Nos reunimos los directores (Diane Cooper, Lionfire, nuestro guía del viaje, Humberto, y yo mismo) y estuvimos de acuerdo en que debíamos solucionar la situación antes de irnos a la cama, dado que al día siguiente íbamos a empezar muy temprano.

Sin embargo, ¿dónde podíamos llevar a cabo la sanación? Yo sabía por experiencia que lo más probable era que la mujer gritara cuando la entidad abandonara su cuerpo, y no se puede tener a una mujer chillando en un hotel. Alguien podría llamar a la policía. ¿Qué podíamos hacer?

Le preguntamos a Humberto si conocía algún lugar al que pudiéramos ir, y él nos sugirió una zona cercana al aparcamiento del hotel. No era privada, pero decidimos que pondríamos allí nuestra furgoneta y llevaríamos a cabo la sanación dentro de ella. Si la mujer gritaba, el sonido quedaría amortiguado.

Finalmente todo quedó organizado. La mujer se tumbó voluntariamente sobre el asiento central de la furgoneta. Dos personas de nuestro grupo se quedaron fuera, por si se acercaba alguien, y otros dos entraron en la furgoneta por si hacía falta ayuda.

La sombra del antiguo sacrificio

Cuando comencé a conectarme telepáticamente con las entidades que se encontraban en el interior de la mujer, me di cuenta de que eran varias, pero dos de ellas formaban en realidad una sola, y esta entidad de dos en uno era extremadamente poderosa. Estaba conectada con el mundo maya y con las antiguas ceremonias sacrificales. ¡De hecho, esta entidad y su deseo de crear el caos habían sido en realidad la fuerza que yacía tras la práctica maya de los sacrificios humanos!

Esta entidad doble vivía no sólo en la mujer que estaba delante de mí, sino también en otros sesenta habitantes de las tierras mayas, en su mayoría pertenecientes a esa cultura. Estaba entrelazada e integrada en la propia tierra. La entidad sabía por qué habíamos ido allí y su función era impedirnos que liberáramos a los mayas que vivían en el interior de la Tierra. Su intención era evitar que restauráramos el equilibrio.

Llamé al arcángel Miguel y construí la pirámide octaédrica dorada alrededor del cuerpo de la mujer, con el propósito de que contuviera a las entidades salientes y sirviera como ventana dimensional para enviarlas de regreso al mundo para el que Dios las creó en origen.

A mi modo de ver, la retirada de una entidad no es un asunto de fuerza, sino de compasión y comunicación. Según mi experiencia, una vez que los espíritus se dan cuenta de que los estamos devolviendo a su mundo, en el que pueden cumplir su propio objetivo sagrado, suelen cooperar. Desde luego, no luchan. En realidad, suelen asemejarse más a niños perdidos que a demonios en busca de destrucción.

Pero aquello formaba parte del pasado. Yo tenía una lección que aprender.

Los espíritus más pequeños se sintieron de verdad agradecidos por la oportunidad que les dábamos de regresar a su casa, y tal y como había sucedido en mis experiencias previas se fueron sin dar problemas. Pero los dos últimos, los que formaban la entidad doble, se negaron a irse. Todo el cuerpo de la mujer se retorció y se hinchaba a causa de su resistencia. No cedían.

El papel que habían representado en las antiguas ceremonias sacrificales mayas y su apego a la tierra y a los mayas eran demasiado fuertes y generales como para que renunciaran a ellos. Durante siglos habían hecho que los mayas hicieran cosas que los propios mayas sabían en el interior de sus corazones que estaban mal.

Finalmente no tuve más remedio que emplear la fuerza. Era algo que nunca había hecho con anterioridad.

Utilizando mi Mer-Ka-Ba, mi cuerpo humano de luz, y el poder y la fuerza del arcángel Miguel, empezamos a emitir una serie de ondas de energía que debían enfocar las energías de la entidad dual hacia la ventana dimensional del octaedro, lo que las sacaría de este mundo y las llevaría al suyo propio, dondequiera que éste estuviera.

¡Aunque se resistieran, si lo lográbamos, para ellas sería como ir al cielo!

Al principio, la parte más débil de las dos fue succionada hacia el vórtice, con una obstrucción tremenda. Una vez conseguido esto, la otra parte del espíritu, la más fuerte, era la que nos quedaba por eliminar.

Pero finalmente, mediante una mayor aplicación de poder y fuerza, el espíritu, que seguía resistiéndose, salió por el estómago de la mujer y comenzó a entrar despacio por la ventana dimensional.

En el momento exacto en que la entidad abandonó el cuerpo, el Mundo Exterior respondió desde el poder de este espíritu y su conexión con la Tierra. A unos treinta metros de distancia del lugar en el que nos encontrábamos, dos cosas sucedieron de forma simultánea. Los árboles que estaban a la derecha de la mujer, en una pequeña zona circular de unos seis metros, comenzaron a agitarse con fuerza. Una rama enorme se rompió y chocó contra el suelo.

A la izquierda, y a la misma distancia, otro grupo circular de árboles, con troncos de un palmo de diámetro, empezaron también a agitarse violentamente. Era como si un bulldozer estuviera junto a sus bases intentando arrancarlos. Aunque resultaba imposible, pues no hacía nada de viento, la mayoría de ellos se rompió por abajo y cayó sobre un viejo Volkswagen, aplastando por completo el techo y el maletero.

En el instante en que el espíritu abandonó a la mujer, yo pude «ver» que los otros mayas que estaban conectados con aquellos espíritus, así como las propias tierras mayas en un espacio de cientos de kilómetros a la redonda, se aclaraban repentinamente. Fue como si hubiera desaparecido en un instante un gigantesco huracán.

Ya había terminado todo. Ya estaba todo tranquilo.

Las tierras mayas eran libres de nuevo. Y una vez más, aquella mujer estaba sola en su cuerpo.

Ahora nuestro grupo estaba preparado para la Ceremonia del Corazón que se iba a celebrar al día siguiente en Chichén Itzá, una ceremonia que hace mucho tiempo predijo el pueblo maya y su calendario: un grupo de ancianos indígenas junto con personas de todos los rincones de la Tierra rezando como Uno Solo para que el mundo encontrara la paz.

El cumplimiento de una antigua profecía

Los sonidos de los pájaros tropicales atravesaban las contraventanas de madera cuando desperté de un bello sueño a otro que por el momento parecía lejano. Entonces recordé. Aquél era el día que llevaba dos años y medio esperando. Hunbatz Men me había enviado un correo electrónico hacía mucho invitándome a una ceremonia predicha por el calendario maya. Y ese día había llegado.

Salté de la cama, me vestí y corrí escaleras abajo, sabiendo que teníamos un horario muy apretado y que era importante no llegar tarde ni cometer errores. Eran demasiadas las personas que esperaban aquel momento con ansiedad. Yo pensaba que si nuestro grupo se retrasaba, tendrían que empezar sin nosotros.

En el vestíbulo había sesenta personas, vestidas de blanco impoluto, tal y como había pedido Hunbatz. Sus sonrisas y su exuberante energía lo decían todo. Estábamos preparados para todo lo que la vida nos ofreciera y dispuestos a dar desde nuestros corazones y nuestras plegarias. Después de las grutas de Balancanché, nuestros corazones estaban abiertos de par en par y nuestro grupo constituía Un Solo Corazón. La vida estaba lista para desplegar otro capítulo de su misterio. ¿Quién sabía lo que estaba a punto de suceder? Desde luego, yo no.

Nos colocamos de dos en dos para entrar por la puerta y caminamos así hacia el complejo de Chichén Itzá, avanzando entre los árboles tropicales hasta que llegamos a la base de la Pirámide del Castillo, en su lado oriental. El Sol brillaba con fuerza., por lo que nos colocamos bajo los árboles buscando su sombra.

Estaba previsto que Hunbatz llegara con su séquito de más de doscientos cincuenta ancianos y chamanes indígenas alrededor de las diez de la mañana, por lo que nos reunimos en pequeños grupitos en los terrenos de la pirámide, charlando entre nosotros y esperando.

Y esperamos, y esperamos. También el grupo europeo estaba con nosotros y unas cuantas personas empezaron a aprender canciones de otras de diferentes países. Estuvieron un rato cantando y luego lo dejaron. Y seguíamos esperando. ¿Dónde estaban los ancianos? Nadie lo sabía.

Ya avanzada la mañana, se me acercaron el sacerdote y la sacerdotisa del templo de Uxmal para presentarse. Llevaban los atuendos ceremoniales completos, bellos y llenos de energía. Sus sonrisas relajadas y su actitud de estar a gusto dejaban ver su gran Luz espiritual interior. Nos dieron las gracias por estar allí y por tomar parte en las ceremonias. En nombre del grupo les presenté nuestro amor y respeto, y ofrecí toda la ayuda que pudiéramos aportar.

Poco después otro hombre, un sacerdote inca de Perú, también vestido con el traje ceremonial completo, llegó y comenzó a hablar con un grupo que estaba cerca de nosotros bajo un gran árbol. Su energía era robusta. Estaba allí, al parecer, para inspirar a las personas para la gran ceremonia que estaba a punto de tener lugar. ¿Pero dónde estaba Hunbatz Men? No había señales de él. Ya era casi mediodía y el Sol estaba alto. Finalmente nos llegaron noticias de que Hunbatz y los ancianos se habían retrasado. La policía había cortado las carreteras a cuatro kilómetros del templo y los ancianos tenían que llegar caminando.

Esperamos un poco más, pero entonces nos enteramos de otro problema. Al parecer, el emplazamiento ceremonial había sido trasladado a una zona detrás de la Pirámide del Castillo, entre los árboles. Y a pesar de la ausencia de Hunbatz Men y de los ancianos, estaba a punto de comenzar.

Yo no sabía lo que le había pasado a Hunbatz, pero mi guía interior me indicó claramente que continuara con aquella nueva ceremonia.

Nuestro círculo del arco iris

Nuestro grupo caminó una pequeña distancia y salió a un gran claro en la selva, donde la energía se sentía perfecta para lo que íbamos a hacer. Estábamos con el grupo de Carolina Hehenkamp y se nos unieron más personas cuando formamos un gran círculo. Un círculo compuesto por gentes de todos los colores y razas.

El sacerdote y la sacerdotisa de Uxmal que iban a dirigir la ceremonia extendieron unas telas especiales sobre el suelo para formar un altar. Sobre ellas se colocaron muchos cristales y objetos ceremoniales. Y finalmente, primero una, luego dos y hasta trece calaveras mayas de cristal se dispusieron sobre el altar en apretado círculo. Sobre ellas se colocó un tejido maya, escondiéndolas de la vista, pues no había llegado todavía el momento de su ceremonia «especial». Me dio la sensación de que las calaveras estaban cantando y una vez más me encontré entrando en meditación con ellas.

Ante mi sorpresa, la sacerdotisa, que claramente parecía ser la que dirigía la ceremonia, me pidió que entrara en el círculo interior.

Me preguntó si había alguien más en mi grupo que perteneciera allí, y yo pronuncié el nombre de Lionfire. En realidad, aquel mundo maya parecía ser mucho más suyo que mío.

Se invitó a unos quince ancianos e indígenas a que se unieran al círculo interior. Algunos eran mexicanos, otros estadounidenses, pero la mayoría, incluyendo al sacerdote inca, pertenecían a culturas indígenas. Recuerdo especialmente a un grupo de tres chamanes incas de Sudamérica; eran tan bellos que yo pude percibir la pureza de la Madre Tierra saliendo de sus corazones en ondas de pura alegría.

La sacerdotisa maya prendió hierbas ceremoniales e incienso en un pequeño caldero maya antiguo, y su olor acre inundó el aire. Luego elevó los brazos mientras su compañero hacía sonar la concha y abría la ceremonia con oraciones a las cuatro direcciones.

Para mantener la ceremonia en sí misma oculta, la sacerdotisa y el sacerdote oraban en lengua maya. Sus plegarias se elevaron, engarzadas con el humo procedente del caldero. A continuación, cada uno de los integrantes del círculo interior hablamos y rezamos por turnos, pidiendo desde nuestros corazones por lo que éstos deseaban con más fuerza: la sanación de la Tierra y de sus gentes.

Había belleza, fuerza y precisión en aquello que estábamos haciendo. Parecía que la ceremonia había sido planeada hacía muchísimo tiempo. Todo parecía desarrollarse como si estuviera cuidadosamente ensayado.

Pero había algo más, un aspecto del que no me di cuenta por lo muy metido que estaba en la ceremonia. Era algo relacionado con las personas del círculo exterior.

Mientras los que dirigíamos la ceremonia murmurábamos, cada uno en su idioma, las palabras que deseábamos enviar al Espíritu, nuestros mensajes estaban siendo traducidos a varios idiomas. Uno tras otro, los sentimientos y las oraciones ceremoniales flotaban sobre el enorme claro en maya, español, inglés, alemán, ruso, francés..., llevados por el viento a aquel increíble grupo de individuos que habían acudido desde todas las partes del mundo para ayudar a la humanidad a convertirse en Uno Solo. Más tarde, una mujer me dijo:

—Durante toda la ceremonia sentí que la Torre de Babel se iba derrumbando despacito. Supe que nuestro mundo nunca volvería a ser el mismo.

Puede que, al unirnos de aquel modo a los mayas en aquella an-igua ceremonia, estuviéramos simbólicamente acabando con las divisiones entre países, culturas y razas. Con el tiempo, esto se hará realidad.

Cuando las últimas volutas de humo se elevaron sobre la multitud y la ceremonia terminó, nos abalanzamos unos hacia otros como viejos amigos de tribus hace mucho tiempo perdidas, abrazándonos y compartiendo no sólo amor, sino también números de teléfono y direcciones, formas de comunicarnos para mantener unida aquella energía que todos sentíamos. Éramos un arco iris de Un Solo Espíritu.

Hunbatz Men y los ancianos

Cuando me dirigía de vuelta a la pirámide se me acercó una persona corriendo para decirme lo que les había sucedido a Hunbatz Men y a los ancianos. Después de la belleza de lo que acababa de acontecer, aquello parecía casi una pesadilla.

Al final habían conseguido llegar a Chichén Itzá y se prepararon para celebrar la ceremonia en el sitio inicialmente dispuesto para ello. Colocaron un caldero con hierbas e incienso sobre el suelo. Y cuando los ancianos estuvieron listos, comenzaron la ceremonia prendiendo el incienso del caldero.

En ese momento entró la policía corriendo con un extintor y apagó el fuego.

Los ancianos se enfurecieron y comenzaron a discutir con la policía. Hunbatz, sin embargo, permaneció en silencio, pues había estado esperando aquello e incluso lo había avisado.

Al final, la policía desbarató la ceremonia e incluso arrestó a ocho de los ancianos sudamericanos. Con lo cual, antes incluso de que empezara, la ceremonia había terminado.

Hunbatz me lo contó más tarde cuando vino a unirse a nuestro grupo. En aquel momento nosotros ya estábamos profundamente inmersos en la oración en nuestra propia ceremonia y, según sus creencias, en esas circunstancias no podía reunirse con nosotros. En vez de eso, dio dos vueltas alrededor de nuestro círculo de oraciones mientras nos bendecía.

Me dijo que si nosotros no hubiéramos estado allí, procedentes de todos aquellos países, y si no hubiéramos llevado a cabo nuestra propia ceremonia conducidos por los dos sacerdotes mayas, el calendario maya no se habría cumplido. Nos dio las gracias con lágrimas en los ojos.

Miramos cada uno en el corazón del otro y estuvimos agradecidos, sabiendo que el Gran Espíritu trabaja en formas que no siempre resultan comprensibles.

La llegada de la serpiente

Cuando concluyó la ceremonia, nuestro pequeño grupo internacional de almas quedó en libertad para unirse a la enorme muchedumbre que se había reunido para contemplar el descenso de la «serpiente» por la Pirámide del Castillo, tal y como Ken y yo habíamos hecho mucho tiempo atrás, en 1985.

En esta ocasión, 21 de marzo de 2003, se estimó que había allí más de ochenta mil personas, tantas que ni siquiera se podía caminar por la enorme pradera cubierta de hierba frente a las escaleras por las que la serpiente debía realizar su portentoso descenso.

Pero, vaya por Dios, el cielo se había cubierto de nubes. Y por la tarde estuvo gris. No había sol que pudiera dar sombra. Ochenta mil personas, gentes de todo México, Sudamérica y el mundo, estaban sentadas o de pie, con sus comidas y sus familias, esperando una sombra que quizá no apareciera nunca.

Y de repente, ya bastante avanzada la tarde, las nubes se abrieron y el Sol se abrió camino, resplandeciente de gloria, para iluminar la pirámide, proyectando su sombra sobre el lateral de los escalones de la pirámide. La multitud, llena de excitación, lanzó un grito de alegría pura y se quedó silenciosa observando el místico movimiento de la sombra de la «serpiente».

La contemplación de la vasta y embelesada multitud me recordó a Lis de los conciertos de rock de los años sesenta. Pero era como si los Antiguos y los Muertos Agradecidos hubieran intercambiado sus puestos. En lugar de estar escuchando a una banda carismática cuya excitante música estallara sobre el escenario, estábamos todos cautivados, todos y cada uno de nosotros, por una sombra lenta y silenciosa que se deslizaba centímetro a centímetro por el lateral de una pirámide mítica, en renovada afirmación de la Espiral Sagrada de Vida.

Los dos cenotes

Cuando terminó el descenso de la «serpiente», y mientras me alejaba de allí, recordé parte de una conversación que había mantenido con Hunbatz Men en la que, de forma inesperada, me habló de los dos cenotes de Chichén Itzá y de cómo estaban conectados. Me contó que un río subterráneo los unía y que la Pirámide del Castillo había sido construida a propósito sobre él. Era aquel flujo de agua subterránea lo que cargaba la pirámide de energía. Ken y yo no sabíamos nada del segundo cenote cuando estuvimos allí.

Hunbatz Men me miró a los ojos, y dijo:

—Drunvalo, también el otro cenote debe ser «recargado» con un cristal. Eso conectaría las energías de ambos.

Así que, al abandonar la ceremonia de la bajada de la «serpiente» por la pirámide, me encaminé hacia el segundo cenote para cumplimentar la solicitud de Hunbatz.

La culminación de los cristales

Unos cuantos miembros del grupo me siguieron, probablemente pensando que deseaban ver lo que yo iba a hacer. Para mí, por supuesto, cualquiera que estuviera allí era porque allí debía estar. No existen los accidentes ni los errores.

En unos pocos minutos encontré el segundo cenote y observé que éramos exactamente catorce personas, incluyéndome a mí. Les expliqué lo que habíamos hecho Ken y yo en el otro cenote en 1985 y la solicitud de Hunbatz Men, y fue como si todo el mundo hubiera acudido a la escuela psíquica. Todos parecían saber exactamente lo que debían hacer.

Nos cogimos de las manos y pasamos el cristal para que cada persona pudiera rezar en él. Oraban para que el pueblo maya y la Madre Tierra pudieran sanar de nuevo. Después, la última persona arrojó el cristal a las aguas profundas y misteriosas.

Pude sentir cómo se realizaba la conexión. Sentí que brotaba una energía. Y en mi visión interior pude contemplar cómo se interconectaban los dos cenotes y cómo la Pirámide del Castillo se iluminaba con una forma de energía nueva/antigua. En aquel momento comprendí la importancia de lo que Thoth y Hunbatz Men estaban intentando comunicarme. Por vez primera tenía sensación de culminación.

La llamada del Sol

De vuelta en el hotel, encontré una nota que me había dejado Hunbatz Men en la que decía que le gustaría hablar con mi grupo. Nos había prometido que estaría con nosotros y eso todavía no había sucedido..., todavía no. Aunque en aquel momento él estaba enormemente ocupado, deseaba cumplir su promesa.

Nos reunimos todos en semicírculo junto a la piscina del hotel y esperamos a Hunbatz. Ya había oscurecido. Brillaban las estrellas y el hotel ponía a nuestro alrededor un ambiente de suave luminosidad.

Hunbatz llegó y nos explicó lo que había sucedido aquel día. Se disculpó ante nosotros y nos dio las gracias por llevar a cabo la ceremonia. Sin nuestra participación, nos dijo, el «trabajo» no habría sido terminado. Nos dijo que todos éramos maestros del nuevo mundo y nos habló de nuestras responsabilidades en aquella tarea.

Y a continuación nos enseñó un cántico sagrado a Kin, el dios maya del sol. Y como muchos de los miembros del grupo ya estaban «recordando» su herencia maya del pasado, entonar este cántico despertó un increíble sentimiento de estar en dos lugares al mismo tiempo: el antiquísimo pasado y el hoy.

Nuestro día en Chichén Itzá había terminado con todos juntos bajo las estrellas, cantando y recordando nuestras antiguas conexiones.

Estábamos tan repletos de emoción y de sensación de misterio que parecía que no podríamos ser capaces de absorber nada más.

Si hubiéramos sabido todo lo que nos aguardaba, nos habría costado creerlo. En verdad, lo cierto era que acabábamos de empezar.

CAPÍTULO QUINCE

EL ARCO IRIS CIRCULAR

Al día siguiente de la celebración del equinoccio en Chichén Itzá, y con las ceremonias y las oraciones resonando aún en nuestros corazones, dejamos el Mayaland Hotel y dirigimos nuestros pasos hacia Quintana Roo.

Ese día íbamos a viajar hacia el emplazamiento maya del quinto chakra, situado en Tulum. De camino hacia el hotel, un centro turístico en el Caribe mexicano, debíamos visitar Coba, quizá el mayor yacimiento de Yucatán, aunque gran parte de sus restos aún no han sido excavados. A última hora de la tarde teníamos previsto recorrer el camino hasta uno de los cientos de cenotes de Quintana Roo, situado en tierras particulares y escondido en las selvas cercanas a Tulum.

Mientras recorríamos lentamente el largo camino hasta Coba, y después de haber vivido tantas sorpresas, habíamos dejado de pensar en lo que podíamos encontrar. Como niños, nos limitábamos a mantener el corazón y los ojos abiertos. Esperábamos sencillamente que Dios nos mostrara nuestra siguiente responsabilidad.

La antigua ciudad de Coba

En Coba encontramos un área llena de pequeños establecimientos al aire libre, cubiertos con techados de palma, donde comimos. Una de las especialidades era la leche de coco fresca, que se sorbía con una paja procedente del mismo coco. Tras la comida, penetramos en el recinto del templo de Coba.

Este templo abarca casi ochenta kilómetros cuadrados y en un tiempo fue el hogar de una población estimada de cuarenta mil mayas. La antigua ciudad que en origen rodeaba Coba era tan grande que si la hubiéramos podido ver como era hace mil años, probablemente habríamos cambiado nuestro concepto de quiénes eran los mayas. Desde la parte superior de la Gran Pirámide de Coba, Nohoch Mul, podíamos comprobar que allí estuvo establecida una civilización muy avanzada.

Nuestro guía, Humberto, nos dijo que Coba era el centro de un sistema de sofisticadas carreteras antiguas denominadas *sacbe*. Estas carreteras de piedra alcanzaban una altura de uno o dos metros y estaban cubiertas de mortero. En la actualidad, la mayor parte de este mortero ha desaparecido, pero muchas de las piedras permanecen en su sitio, Humberto nos las había estado señalando a lo largo del viaje. En la cumbre de la civilización maya, todas las *sacbe* conducían a Coba.

Como nos comentó Humberto, la razón de ser de estas carreteras constituye un enigma, pues los mayas carecían de medios de transporte sobre ruedas y tampoco tenían caballos. Puede que se utilizaran para procesiones religiosas. Lo cierto es que, según nuestro guía, los dibujos que forman las carreteras están relacionados con el calendario maya. Parecen ser partes de una gigantesca «máquina del tiempo» astronómica, pero no quedó claro cómo pensaba Humberto que funcionaba todo aquello. Es una de esas cosas que alguien debería investigar.

Uno de los encantos de Coba son los bicitaxis. Aquellos visitantes que no desean hacer a pie el largo trayecto desde la entrada hasta la Gran Pirámide pueden hacerlo montados en estos vehículos. Carecen de motor y son muy parecidos a *rickshaws* de cuatro ruedas, pero el conductor va pedaleando en lugar de tirar de ellos a pie. No los vimos en ningún otro lugar de Yucatán.

Al acercarme a la Gran Pirámide, Nohoch Mul, me pregunté si se parecería en algo a lo que Ken y yo habíamos visto hacía tantos años. En 1985 allí no había más que una pequeña casa de piedra en lo alto de una gran colina. En la actualidad, ya totalmente descubierta, es la pirámide más alta de Yucatán.

Otros muchos de los seis mil templos, pirámides y demás estructuras que se estima que puede haber en el lugar habían sido excavados desde mi visita anterior. Ahora la Gran Pirámide, a pesar de su tamaño, parece algo casi sin importancia entre todas las de este vasto complejo. Resultaba sorprendente ver tantas construcciones descubiertas y dibujadas en los mapas, unas construcciones que anteriormente habían estado escondidas.

La energía del lugar era fantástica.

No íbamos a celebrar ninguna ceremonia en Coba, sólo queríamos sentir y estar en comunión. De ahí que todos los integrantes del grupo tuvieran libertad para explorar y, como agua que se evapora, rápidamente desaparecieron entre los árboles para investigar por todo el lugar. Luego, como la niebla que se separa y vuelve a juntarse, se volvían a encontrar descubriendo lugares intrigantes, meditando. Me divertí muchísimo. Todo aquello producía una sensación maravillosa.

Tulum: el arco iris circular

En los dieciocho años que habían pasado desde que caminé sobre la hierba de Tulum, el gobierno había arreglado la zona para poder controlar con más facilidad a los turistas; y aquel fin de semana había muchos.

Sin embargo, nada de eso me importaba; ni las masas de gente, ni los cambios. Podía sentir que lo que iba a suceder allí tendría significado y sería importante para el equilibrio de las energías mayas.

Al principio todos nos fuimos en direcciones diferentes, explorando, mientras yo intentaba recordar el lugar en el que habíamos colocado el cristal. Hacía tanto tiempo..., pero al cabo de unos veinte minutos lo encontré. Supe de inmediato que aquél era el lugar cuando miré hacia el interior y vi los frescos.

De pie en aquel templo recorrí con la mirada la zona de Tulum, buscando un lugar en el que realizar nuestra ceremonia. Enseguida observé, en una extensión de hierba que rodeaba los templos de Tulum, una zona que parecía brillar más que ninguna otra. Caminé directamente hasta ella. Para entonces el grupo se había congregado y todos me siguieron.

El lugar era perfecto. Qué era o por qué lo era, no tengo ni idea, pero era perfecto.

A continuación, elegí el lugar que debía marcar el centro de nuestro círculo, coloqué un trozo de tela sobre el suelo para formar el altar y señalicé las cuatro direcciones. Alguien del grupo me entregó un cristal de gran tamaño y lo situé en el centro del altar. Luego los demás fueron añadiendo sus propios artículos y cristales. Muy pronto todo quedó preparado para nuestra ceremonia.

Entre los que se ofrecieron voluntarios, elegí a cuatro personas, dos hombres y dos mujeres, para las posiciones de las cuatro direcciones. Los cuatro se colocaron en las direcciones que representaban, de cara al centro del círculo. Por turnos, pronunciaron sus plegarias y «se convirtieron» en aquella dirección, proporcionando protección al círculo interior.

Entonces yo me arrodillé en el centro del círculo, representando las direcciones de arriba y abajo, y elevé oraciones para sellar aquel espacio interior.

Ahora voy a describir las cosas que tuvieron lugar en aquella ceremonia tan poderosa, en los «planos interiores».

A los pocos minutos de haber comenzado, algunos de los mayas que vivían en el interior de la Tierra establecieron contacto conmigo y me pidieron permiso para tomar parte en la ceremonia. Tres mayas muy ancianos aparecieron, literalmente, frente a mí; sus cuerpos eran translúcidos, pero yo podía verlos con claridad. Me miraron a los ojos y con gran respeto preguntaron telepáticamente si podían entrar en la ceremonia. Se unieron a nosotros y a continuación llegaron más.

Para ayudar a aquellos integrantes del grupo que no podían «ver», comencé a hablar y a describir lo que estaba ocurriendo en uno de los sóbretenos invisibles de la tercera dimensión que nos rodea.

En primer lugar, los tres ancianos mayas que acababan de pedir el permiso entraron en nuestro círculo desde el norte y se colocaron de pie frente al altar. Era evidente que el mayor de los tres, el que estaba en el centro, era el dirigente. Comenzó a hablar en lengua maya, pidiendo a los demás miembros de su tribu que emergieran.

A continuación vinieron otros cuatro, dos hombres y dos mujeres, y se colocaron detrás de los de nuestro grupo en cada una de las cuatro direcciones, sellando el espacio interior aún más con su conocimiento y su comprensión. Luego vinieron alrededor de treinta más, que se dispersaron alrededor de nuestro círculo.

Tras esto comenzó un intercambio entre nuestro grupo y el suyo. Su interés primordial era obtener el control del medio, y en especial de la lluvia, para aportar equilibrio tanto al Mundo

Exterior como al Interior, pues ambos estaban desequilibrados. De hecho, la península del Yucatán estaba atravesando un periodo de gran sequía. Llevaba meses sin llover.

Los mayas comenzaron a «construir» una inmensa pirámide energética que se extendía en las cuatro direcciones. Al principio la hicieron pequeña, aproximadamente del tamaño y área de la zona sobre la que se encontraba el grupo, y luego la agrandaron con sus mentes hasta que llegó a medir unos cinco kilómetros por cada lado. Lo hicieron exactamente de la misma forma que me habían enseñado a mí los taos pueblo de Nuevo México. «Vieron» o dibujaron en sus mentes aquella pirámide en el espacio de la tercera dimensión (nuestro mundo) y luego, con su intención, la hicieron realidad. También le dieron su aliento para otorgarle energía de fuerza vital, que es lo que realmente hace que el entorno reaccione como si se tratase de una pirámide tridimensional real.

Una persona normal no habría sido capaz de ver aquella pirámide, pero el entorno no conoce la diferencia. Y una pirámide actúa exactamente igual que una montaña en la naturaleza. Atrae las nubes y la lluvia. Las pequeñas no producen demasiado efecto, pero las grandes, especialmente cuando alcanzan un tamaño de cinco kilómetros, afectan al entorno como si fuesen montañas gigantescas.

Aquella pirámide se convirtió en la «montaña» central para traer la lluvia. Los mayas del interior de la Tierra podían controlar la altura de la montaña, y con ello la cantidad de lluvia que debía llegar a aquella parte de la península. Para aumentar aún más la zona de influencia de la pirámide, los mayas hicieron más y las colocaron una junto a otra, como una sierra que se extendiera muchos kilómetros hacia el norte.

Cuando aquello terminó, el anciano maya del centro anunció que llovería antes del día siguiente y que la sequía había pasado.

Para terminar la ceremonia, el anciano maya nos pidió que cantáramos al Sol pronunciando su nombre, Kin. Todos, tanto los mayas espectrales como los integrantes de nuestro grupo, entonamos varias veces el nombre del Sol. Con la última nota, levantamos las manos al aire y abrimos los ojos mirando hacia el cielo para dar fin a aquella poderosa ceremonia.

Cuando abrimos los ojos con la última nota del sagrado nombre maya del Sol, miramos hacia el cielo y fuimos testigos de un signo deliberado y sagrado que indicaba que habíamos realizado la ceremonia correctamente. Alrededor del Sol, en aquel día claro y sin nubes, pudimos contemplar un arco iris circular, perfecto y brillante, tanto que cada color resaltaba como si se tratara de luz eléctrica. En aquel momento supimos que lo que acabábamos de hacer, y todo lo que estábamos haciendo durante aquel viaje, era bendecido por el Gran Espíritu. Mi corazón se abrió tanto que creí que me derretiría en la Tierra junto con los mayas, que estaban retornando a sus Mundos Interiores. Fue precioso.

Me pregunto lo que debieron pensar los cientos de turistas con sus niños cuando nos vieron abrazándonos, llorando y sonriendo de oreja a oreja mientras hablábamos entre nosotros en cuatro o cinco idiomas diferentes. En aquel momento, sin embargo, yo no era consciente de que hubiera más personas por allí.

La mayoría de nosotros corrimos hacia el mar y saltamos a las maravillosas aguas color turquesa, que nos columpiaron como a los corchos de una red de pesca. Los que no habían llevado el bañador se metieron vestidos, y todos chapoteamos, reímos y jugamos. ¡Era fantástico! ¡La vida era estupenda!

Y todavía, en el cielo, el mágico arco iris seguía rodeando al brillante Sol. Duró muchísimo tiempo.

Aparece otra calavera de cristal

Un rato después llegó el momento de volver al autobús..., o al menos eso era lo que creíamos. Sin embargo, Dios consideraba que todavía no habíamos concluido aquel día. Cuando cruzaba los terrenos del templo de Tulum, de camino hacia el aparcamiento, me paró el mexicano que me había entregado la calavera blanca en Dzi-bilchaltún. Tenía en las manos otra antigua calavera maya de cristal que me atraía como la llama a una mariposa. Aquella era verde como el jade y ligeramente transparente.

Cuando me conecté con el cristal, me presentó a un único hombre que vivía en su interior. Este me volvió a demostrar cómo los antiguos mayas utilizaban aquellos cristales.

Un individuo era elegido para morir, afirmó. Entonces su espíritu entraba en el cristal y residía en él hasta que el propósito de éste se cumplía. En el cristal blanco lechoso de Dzibilchaltún, los residentes de la calavera habían sido una pareja, hombre y mujer, y una abuela. Si en ésta había otra abuela, yo no la vi. Puede que estuviera allí pero que no se dejara ver.

Parece ser que los propósitos de los cristales están siempre relacionados con guardar y mantener los antiguos conocimientos y recuerdos mayas hasta el Final de los Tiempos..., este momento que estamos viviendo ahora.

Yo no sabía lo que significaba que tantas calaveras de cristal penetraran en las energías de nuestro pequeño grupo. Normalmente solía aparecer una, como lo hizo en Dzibilchaltún, y una vez que había revelado lo que deseaba revelar, desaparecía de nuevo en la selva. Entonces aparecía otra, interactuaba con nuestro grupo y volvía a desaparecer para no ser vista nunca más. Esto sucedía de continuo, tal y como Hunbatz Men, en su sabiduría maya, había predicho cuando estuvimos tomando el té juntos en Mérida.

Aquella noche, poco después de llegar a nuestro bonito hotel, el cielo se abrió y la lluvia comenzó a caer en auténtico diluvio, respondiendo al anuncio del anciano maya de que «lloverá antes de mañana». Miré hacia los cielos, cerré los ojos y di gracias a Dios por su bendición y por aquel segundo reconocimiento hacia nuestras oraciones y nuestra ceremonia. No pude evitar volver a sentir, como ya había hecho con anterioridad, que aquél era el grupo «correcto» para lo que estábamos haciendo.

Debíamos llevar a cabo dos ceremonias concretas más antes de regresar a Uxmal y Mérida. Pero primero debían tener lugar dos procesos para que nos preparáramos a nosotros mismos, y quizá al mundo, liberando nuestras energías negativas masculinas y femeninas de los últimos miles de años. Aquellos dos «procesos» se parecían bastante a una ceremonia, pero de hecho estaban más cerca de la terapia moderna. Cada miembro del grupo había acudido a Yucatán con graves trastornos emocionales internos asociados con sus energías sexuales. Esto le sucede prácticamente a todas las personas. Para explicarlo de forma breve, cuando los chakras sexual, corazón y pineal —el situado en el centro de la cabeza— están alineados, trabajan juntos como si fuesen uno solo. La falta de alineamiento provoca trastornos emocionales, y estos trastornos emocionales provocan la falta de alineamiento. Había que reequilibrar aquellos trastornos en nuestro grupo antes de que pudiéramos llevar a cabo las dos últimas ceremonias, o seríamos incapaces de terminar nuestro trabajo.

Para muchas personas, estos dos procesos, que debían tener lugar tras completar nuestro trabajo en Kohunlich, el templo del tercer ojo, constituyeron las experiencias más sentidas de todas las que vivimos a lo largo de nuestro viaje.

La energía se había acumulado de tal manera en Tulum que todos sabíamos que nuestro viaje seguiría desarrollándose de una manera milagrosa que estaba fuera de nuestro control. Sólo la Madre Tierra y los antiguos mayas sabían lo que iba a suceder o a dónde conducía aquello.

Y eso es exactamente lo que los mayas actuales nos han estado diciendo a todos. En palabras crípticas nos contaron, en agosto de 2003, que el 15 de diciembre de ese mismo año íbamos a entrar en un nuevo mundo. Y que, mientras tanto, puede que estuviéramos rodeados por el caos.

Yo sentí que nuestro viaje por tierras mayas estaba demostrando la naturaleza de este cambio que vamos a experimentar todos nosotros. Pues lo cierto es que nuestro mundo es un sueño, y que su naturaleza onírica se está haciendo cada vez más evidente. De hecho, el Soñador está a punto de despertar y darse cuenta de que está soñando. Y lo que es aún más importante, el propio Sueño de vivir en este planeta puede ser ahora cambiado. ¡Ésa es la clave!

Después del 8 de noviembre de 2003, momento en el que se produjo un eclipse total de Luna y una gran conjunción planetaria (el acontecimiento astrológico fue denominado Concordancia Armónica), todos debemos ir lentamente dándonos cuenta de que el Sueño es en realidad «sólo luz e intención». Eso es lo que yo creo, aunque sé que todavía va a tardar un tiempo. El portal hacia la cuarta dimensión comenzará a abrirse de par en par para aquellos que saben.

¿Qué es lo que esto significa? Significa que estamos fuera de tiempo. Debemos asumir la responsabilidad de nuestros pensamientos, sentimientos y emociones. Cada uno de nosotros es el Soñador. Y lo que soñemos se hará real en este mundo. Esto es lo que creen los mayas: a medida que nos acercamos al 21 de diciembre de 2012 y al 19 de febrero de 2013, el poder del Soñador se va haciendo cada vez más fuerte.

Los Mundos Interiores y el Mundo Exterior comenzarán ahora a fundirse en uno solo. Esto lo creen no sólo los mayas, sino también muchos otros grupos y profetas indígenas. Y para crear esta unidad, primero debemos quemar la escoria de la dualidad, la negatividad con la que hemos vivido tanto tiempo.

De acuerdo con eso, la siguiente fase de nuestro viaje sagrado por tierras mayas parecía ofrecernos un patrón para esta preparación que todos estamos experimentando ahora. En los dos días que tardamos en ir de Tulum a Palenque, todos experimentamos una serie de experiencias y ceremonias que parecían diseñadas para conducirnos a todos al siguiente nivel de ser.

CAPÍTULO DIECISÉIS

KOHUNLICH Y EL TERCER OJO LA INTEGRACIÓN DEL HOMBRE Y LA MUJER

Cuando el grupo llegó a Kohunlich, los recuerdos que tenía de mi anterior viaje con Ken estaban vivos en mi mente. Las preguntas se atropellaban. ¿Estaría igual? ¿Estarían allí todavía la escalera y el agujero triangular? Aún no había relatado al grupo lo sucedido entonces.

Comenzamos caminando hasta la pirámide principal, la que tenía los enormes rostros humanos sobre sus paredes. En aquel momento estábamos sólo haciendo turismo, explorando y sintiendo las energías de aquel lugar sagrado. Entonces les conté a todos la historia del extraño agujero y el árbol con el otro agujerito pequeño delante. Finalmente, nos pusimos a buscar la escalera de mármol.

Pero Kohunlich había cambiado. Yo había esperado encontrar la pirámide en la que había colocado el cristal con Ken años atrás y recordar aquellos recuerdos, pero no iba a ser así.

Ahora el lugar estaba surcado de caminos, que se extendían muchos kilómetros a la redonda, con mapas en diversos sitios. Seguimos los caminos durante un rato, yendo en una dirección, volviendo y probando otro nuevo, pero no éramos capaces de encontrar la pirámide especial ni el agujerito frente a ella en el que yo había depositado el cristal hacía ya tantos años.

Finalmente llegamos a una ancha y antigua escalera de piedra construida sobre una colina bastante empinada. No se parecía en nada a la de mármol que Ken y yo habíamos encontrado, pero el lugar me llamaba. Todos nos sentimos empujados hacia lo que pudiera haber en su parte superior.

Cuando llegamos arriba, pude comprobar que en lugar de tratarse de una pirámide o de un edificio sagrado, aquella zona había sido en realidad una residencia de los antiguos mayas. Había diminutas habitaciones por todas partes, organizadas de una forma muy bella, y patios abiertos donde las personas podían congregarse. Y parecía el lugar perfecto para lo que habíamos ido a hacer.

Así que abandoné la idea de la pirámide y el agujero triangular y encontramos el lugar perfecto bajo unos árboles, que nos aportaban sombra contra el sol abrasador. Extendimos un «lienzo del sol» sobre el suelo, elegimos un punto central y nuestro altar comenzó a formarse a medida que las personas le fueron colocando cristales y objetos sagrados.

El grupo se reunió en círculo alrededor del altar y de nuevo cuatro personas, dos hombres y dos mujeres, fueron elegidos para sellar las cuatro direcciones.

Tal y como había sucedido en Tulum, el sumo sacerdote maya apareció desde el interior de la Tierra frente a mí, elevó los brazos hacia el cielo y colocó a cuatro de sus propias gentes detrás de nuestros guardianes de las cuatro direcciones. Pero a continuación, muchísimos mayas comenzaron a surgir del suelo, formando un círculo ligeramente mayor que el nuestro.

Al principio sólo sus cabezas sobresalían del suelo, dibujando una espiral alrededor del círculo. Después, lentamente, mientras seguían formando el círculo, sus cuerpos empezaron a emerger de la Madre Tierra. Finalmente, los mayas estuvieron sobre la superficie en nuestro mundo. Habían asignado a uno de ellos para que permaneciera con cada uno de los integrantes de nuestro grupo durante toda la ceremonia.

Estaban vestidos con túnicas de vivos colores y plumas en el pelo, y habían dibujado formas geométricas sobre sus rostros. Su energía era eléctrica. Pude sentir que aquella ceremonia era algo que habían predicho hacía mucho tiempo y que poseía para ellos una gran importancia. Estaban muy serios.

El desarrollo de la ceremonia fue muy diferente al de Tulum. Allí se habían creado muchas pirámides de energía cubriendo una gran distancia para devolver el equilibrio a la Tierra y traer las lluvias. En esta ocasión se creó una sola, pero inmensa. Su propósito, según me comunicó el jefe de forma telepática, estaba relacionado con el despertar psíquico de los mayas.

No soy capaz de comprender realmente todo lo que transpiraban aquellos antiguos mayas durante la ceremonia. Lo que sí sé es que mi corazón se sentía cada vez más ligero. Lionfire dice que los mayas que estuvieron en Kohunlich se llevaron con ellos, al irse, toda la energía negativa con la que habíamos estado luchando en nuestro grupo hasta entonces y la habían enterrado en las profundidades de la Madre Tierra. Fuera lo que fuese lo que sucedió, lo cierto

es que nos hizo a todos muy felices. Recuerdo que miré hacia arriba, nada más terminada la ceremonia, y observé que todos y cada uno de nosotros estábamos sonriendo y llenos de luz.

Lo que sucedió entonces fue un reflejo de lo anterior; puede que Lionfire tenga razón acerca del efecto de limpieza. Las personas comenzaron a abrazarse unas a otras y a jugar. Flotaba en el aire una tremenda sensación de bienestar entre todos nosotros. Al mirar, me di cuenta de lo perfecto que era que estuviéramos haciendo aquello en las mismas viviendas de los antiguos mayas, en sus hogares.

Pero tenía claro que, aunque los mayas habían ayudado a eliminar la energía negativa de nuestro grupo, todavía no habíamos alcanzado la parte más profunda de nuestro cuerpo psíquico y emocional: nuestros trastornos sexuales. Resolver aquello era algo que debíamos hacer nosotros. Y era algo que requería un profundo perdón.

Al día siguiente, con aquella luz recién encontrada, volveríamos a acometer un difícil trabajo interior. Ese día, sin embargo, nuestro trabajo estaba terminado. Con alegría nos dirigimos de vuelta al autobús.

Sí, yo seguía buscando la pirámide con la escalera de mármol y el agujero triangular. Pero de algún modo, sabía que no iba a encontrarla. Era algo que debía permanecer en secreto.

Los templos del perdón

El siguiente día de nuestro viaje a Yucatán fue único para mí. Nunca había visto los templos a los que íbamos a ir. Aquellos templos representaban el lado oscuro de las energías masculina y femenina. Allí debíamos realizar dos increíbles ceremonias o procesos para eliminar para siempre de nuestro ser las polaridades masculino-femeninas, dejándonos libres, con toda nuestra fuerza divina.

Nuestro propósito al visitar aquellos lugares estaba totalmente relacionado con el Ahora, con el Fin de los Tiempos, como lo denominan los mayas, y con las correcciones que debían hacerse en nuestra consciencia de la polaridad para que pudiéramos pasar a un nivel superior de consciencia. Aquello debía completarse o no podríamos seguir avanzando. Ese estado equilibrado no iba a durar para siempre, pues cada vez que respiramos y actuamos creamos más karma, pero sí lo suficiente como para permitirnos terminar nuestro trabajo. Antes de aquel viaje a las tierras mayas, no sospechábamos que ese tipo de terapia equilibradora ceremonial fuera a formar parte de nuestra experiencia. Sencillamente se fue desplegando ante nuestros ojos y nuestros corazones. Aquella fase de nuestro sagrado viaje a tierras mayas parecía un patrón para la preparación que todos estamos llevando a cabo en la Tierra. En los dos días de viaje entre Tulum y Palenque, todo el grupo pasó por una serie cohesionada de experiencias y ceremonias que parecían haber sido específicamente diseñadas por los mayas para acelerar nuestra salida de la polaridad y nuestra entrada en la Unidad, tanto si queríamos como si no.

La preparación: comenzamos en Becán

Al salir aquella mañana del hotel, ninguno de los miembros del grupo, a excepción quizá de Lionfire, sabíamos el cambio tan total que aquel día iba a suponer para las vidas de muchos de nosotros. Había sido él quien había elegido aquellos tres templos, y él era el único de todo el grupo que parecía tener una premonición de lo que nos iba a acontecer.

Lionfire había estado profundamente conectado con los enormes acontecimientos energéticos relacionados con el lado oscuro de las energías masculino-femenino que le estaban sucediendo a nuestro grupo. Él lleva en su propio ser chamánico una manifestación energética de las energías duales, una especie de *kachina*, que es oscuridad absoluta por un lado y luz total por el otro. Forma parte de su viaje en esta vida el armonizar y equilibrar estos dos lados, y su presencia ayudó a combinar esta energía en nuestro grupo con el lugar donde los aspectos negativos pudieran ser eliminados.

Nuestro comienzo en Becán tenía en sí mismo el espíritu de diversión y juego. Era una perfecta preparación para las ceremonias que llevaríamos a cabo más adelante.

Becán fue la capital regional del antiguo imperio maya; fue construida alrededor del año 600 a.C., pero su momento de mayor actividad tuvo lugar entre los años 600 y 1000 d.C. Es uno de los yacimientos arquitectónicos más importantes de Campeche.

Esta antigua ciudad está rodeada por un foso, único en la región maya. De hecho, la palabra *becan* significa «garganta formada por el agua». Algunas personas creen que este foso servía como protección en caso de guerra. En opinión de otros, representaba una división de clases sociales: la élite construyó sus monumentales estructuras dentro de la zona rodeada por el foso y las clases inferiores vivían en el exterior.

Un túnel en superficie, construido de piedra, une las dos plazas principales de la antigua ciudad, y en un punto se pueden ver sorprendentes máscaras pintadas. En uno de los altares pudimos «sentir» que había sido usado para sacrificios humanos. No sé si eso era cierto o no, pero sí es verdad que la cultura maya fue descarriada en un momento dado hacia estas horribles prácticas.

Para nosotros, Becán constituía el templo para la integración del hombre con la mujer, un lugar de equilibrio. En palabras de Lionfire:

Mientras muchos de nosotros charlábamos con Drunvalo en el altar de la integración de lo masculino con lo femenino, otros se fueron a jugar y bailar con las pirámides. Anteriormente, en Coba, yo había explicado cómo cada pirámide es como un instrumento musical y debe ser «tocada» de diferentes formas, dependiendo de cómo la «bailes». Cuando nos alejamos del altar y paseamos por los patios, vi con gran asombro que la mayor parte del grupo estaba bailando por encima, por debajo, alrededor y sobre las pirámides.

¡Qué alegría! Aquello era exactamente lo que necesitábamos: la diversión, al niño. Ésa era la preparación. El grupo había superado el miedo. Sobre la acrópolis de Becán podíamos ver con claridad en la distancia los templos de Xpuhil y Chicanná, los lugares en los que íbamos a efectuar ceremonias para honrar la unión de las energías masculina y femenina en nuestro interior.

Xpuhil: la ceremonia de la integración masculina

Desde Becán recorrimos el corto trayecto a Xpuhil. Allí fuimos caminando deprisa por un sendero rocoso a través de un bosque hasta que llegamos a un lugar cubierto de hierba, junto al templo de las tres torres, donde íbamos a llevar a cabo nuestra ceremonia.

Xpuhil significa el «lugar de los juncos cola de gato». Sus asombrosas torres representan a Itzamna, el Dios Creador y primer chamán, como una serpiente celestial. El edificio principal de Xpuhil tiene doce habitaciones y plataformas, con tres enormes torres que se elevan hacia el cielo. En el centro hay un hueco rodeado por la cabeza de una serpiente. Este complejo integra energías masculinas bajas, medias y altas, centradas en el sexo cósmico y en el amor.

Tanto la ceremonia de integración de la energía masculina que íbamos a llevar a cabo en aquel templo como la ceremonia de integración de la energía femenina que debíamos celebrar más tarde eran algo que yo no había experimentado jamás. No sabía cómo iban a funcionar ni lo que iba a suceder. Sencillamente me estaba permitiendo a mí mismo sentir lo que debía hacer y así lo dije, sin ideas preconcebidas.

En primer lugar, encontré un punto en un prado frente al templo de Xpuhil y luego pedí a todos los hombres que se reunieran en grupo y se sentaran sobre la hierba, mientras las mujeres formaban de pie un círculo alrededor de ellos. Las mujeres se cogieron de las manos y establecieron la energía del grupo.

Entonces me sentí guiado para construir formas de geometría sagrada alrededor de los hombres, concretamente el octaedro platónico con luz dorada; la punta estaba conectada con el Padre Cielo, la mitad inferior completamente introducida en la Madre Tierra y la punta inferior conectada energéticamente con la propia Madre Tierra. Yo sentía que aquellas formas adquirirían vida con prana, la energía de la fuerza de la vida.

Pedí a los hombres que liberaran toda la parte negativa de su energía masculina hacia esos dos polos y que visualizaran aquella energía abandonando sus cuerpos mentales, emocionales y físicos, y fluyendo como agua por aquellas dos puntas. Las energías mentales debían subir y ser liberadas hacia el Padre Cielo. Las energías más físicas y emocionales bajarían hasta las profundidades de la Madre Tierra.

Y para que lo sepas, esta energía negativa no constituye ningún problema para nuestra Madre y nuestro Padre Divinos. Sencillamente la reequilibran y la vuelven a usar para la Vida.

Me quedé en silencio y dejé que empezara.

Aquel día hacía mucho calor en Xpuhil y estábamos al sol. Antes de la ceremonia éramos muy conscientes de la temperatura, y después de ella volvió a asaltarnos con su presencia casi tangible. Pero mientras la ceremonia estaba teniendo lugar, no creo que ni uno solo de los miembros de nuestro grupo se diera cuenta de nada que no fueran las energías espirituales que estábamos moviendo y cambiando.

Todos podíamos sentir lo que estaba ocurriendo mientras los hombres soltaban los aspectos masculinos negativos de toda nuestra historia, representados en sus propios cuerpos y campos de energía aquí y ahora.

El principio fue lento, pero a medida que los hombres fueron dándose cuenta de lo que les estaba ocurriendo, la liberación fue haciéndose más fácil y rápida.

Yo puedo ver esos tipos de energías en movimiento, y lo que contemplé resultó al mismo tiempo precioso y escalofriante. De los hombres salían en espiral dibujos de energía fundamentalmente rojos, negros y de un color verde amarillento, pero en realidad todo estaba sucediendo al mismo tiempo.

Pude ver reflejado en sus rostros el dolor que les producía desprenderse de algo a lo que llevaban aferrándose miles de años, una vida tras otra; una energía que había estado afectando seriamente a sus propias relaciones con sus mujeres, con sus hijas y con sus amigas en aspectos que no eran capaces de controlar, todo antiguo y más allá de su pensamiento consciente.

Todas las violaciones, y los asesinatos, y la violencia, y el dolor que el hombre colectivo ha infligido a mujeres y niños inocentes fueron revelados y trasladados a los corazones de nuestros Padres Divinos, que con su divina compasión estaban sanando las almas de aquellos hombres.

En un momento dado se produjo un cambio. Casi pudimos escuchar una especie de suspiro colectivo brotando del grupo al unísono. Y muy poco después todo quedó hecho.

Me gustaría decir que aquél fue el grupo de hombres más fuerte de todos aquellos con los que he estado. Había una proporción de hombres mayor de lo habitual, y ellos mismos eran extremadamente poderosos, pues muchos eran chamanes de alto nivel y sanadores por derecho propio.

Debido a su nivel espiritual, aquellos increíbles hombres estaban extremadamente abiertos. No sólo tenían la intuición, sino también la capacidad de hacer lo que yo les pedía. Cuando dije: «Hemos terminado», la mayoría de ellos, sentados en el centro del círculo de las mujeres, estaban llorando.

Pedí a las mujeres que abrazaran a los hombres, y aquellos abrazos duraron mucho tiempo. Los hombres iban de una mujer a otra, con lágrimas en los ojos, abrazando. Dando silenciosamente las gracias a la Mujer por el amor que ella sigue manteniendo, a pesar del abismo que ha existido entre los sexos a lo largo de tantos milenios. Pidiendo perdón en silencio. Permitiéndose a sí mismos sentirse vulnerables. Permitiéndose a sí mismos ser alimentados. Abandonando el núcleo de rigidez y soledad que ha constituido la carga masculina a lo largo de los siglos.

Todos hablamos del sentimiento que aquella liberación había producido no sólo en nosotros, sino también en toda la Tierra. De una forma u otra habíamos creado un camino para que los demás lo pudieran seguir, en un proceso que iba a continuar creciendo durante los siguientes días, meses y años hasta que la integración estuviera realmente completa para toda la humanidad.

De vuelta al autobús, todos estábamos muy callados. Nadie podría haber predicho lo poderosa que iba a ser aquella ceremonia de integración. Y todo el mundo pareció saber que llegar a aquella experiencia había sido una de las principales misiones de esta vida. Cada uno de nosotros pertenecíamos allí. Todos éramos únicos y necesarios para el conjunto.

En esta atmósfera de silenciosa Unidad, nos dirigimos hasta los templos de Chicanná, sin sospechar ni por lo más remoto la explosión que nos aguardaba.

Chicanná: la ceremonia de la integración femenina

Teníamos el tiempo muy ajustado, pues debíamos llegar a Palenque aquella misma noche.

Sintiendo todavía la emoción de la ceremonia de Xpuhil, caminamos por los senderos rocosos y cubiertos de hojas de Chicanná en busca de un lugar donde celebrar nuestra siguiente ceremonia. Hacía aún más calor, así que buscamos una sombra.

Lionfire nos contó que Chicanná era muy diferente a los demás yacimientos mayas, pues su estilo arquitectónico era elaborado, barroco. Como pudimos observar, los edificios son pequeños, con puertas en las que aparece la boca de Itzamná, pero esta vez con la forma de un monstruo de la Tierra cuyas fauces abiertas representan la entrada a Xibalbá, el inframundo maya.

Se dice que a menudo los iniciados sienten aquí los cambios dimensionales y la sensación de estar caminando entre las estrellas. Es un lugar de intensa magia oscura femenina. Chicanná equilibra e integra las energías femeninas y masculinas en las mujeres. Aquí era donde íbamos a celebrar la ceremonia de integración de la energía femenina.

Llegamos a una pequeña pirámide con un patio frente a ella y una pared de piedra baja, semicircular, cerca del límite del bosque. De ahí que los árboles le dieran sombra.

Pedí a las mujeres que se congregaran en una zona a lo largo de la pared y frente a ella, y que se sentaran cómodamente formando un semicírculo. A continuación, indiqué a los hombres que se colocaran de pie frente a las mujeres en línea recta, de un extremo de la pared al otro. Habíamos formado un cuenco largo, poco profundo y con tapadera, con las mujeres en su interior y los hombres representando la tapadera.

Los hombres se cogieron de las manos y sellamos la energía del espacio. Yo construí los mismos octaedros platónicos de geometría sagrada, pero esta vez con una suave luz rosa alrededor de las mujeres para que ellas también pudieran liberar sus energías hacia arriba, hacia el Padre Cielo, y hacia abajo, al corazón de la Madre Tierra.

Y entonces comencé a hablar. No sabía lo que iba a decir. Al principio mis indicaciones para las mujeres fueron muy similares a las que había dado a los hombres. Y entonces se me ocurrió pedir a las mujeres que emplearan esta oportunidad para liberarse de todas las cosas innombrables que se les han hecho a las mujeres a lo largo de siglos de civilización, que la aprovecharan para liberarse y perdonar. Cuando pronuncié estas palabras, muchas mujeres me miraron boquiabiertas. Algo cambió en nuestro campo de energía, como si se hubiera abierto una especie de grieta en el cuenco humano que habíamos formado. A continuación, me quedé en silencio y dejé que el proceso comenzara.

Lo que sucedió fue bastante diferente de lo que había pasado con los hombres. Las mujeres estaban intentando permitirse a sí mismas entrar en contacto con el dolor y el horror que nunca antes habían sido capaces de afrontar o sentir. Una a una fueron entrando en la realidad de lo que la vida había sido para ellas en las épocas en las que habían sido tratadas como objetos o aún peor. Mucho peor.

Las mujeres necesitaban ayuda para continuar. Intervine y pedí a los hombres que se acercaran a ellas, que les acariciaran la cara, las miraran a los ojos y les ofrecieran la ternura, el amor y la comprensión que necesitaban en aquel momento. Me uní a los hombres y fuimos de una mujer a otra, consolándolas, ayudándolas a atravesar los enormes asaltos de dolor y pesar emocionales que estaban experimentando e intentando liberar.

Aquello duró mucho tiempo. Las mujeres chillaban, sollozaban, con un pesar profundo que les partía el alma y al que nunca antes habían sido capaces de enfrentarse. Y los hombres las sostenían, las consolaban, las amaban. Un par de mujeres se colocaron en posición fetal y fueron sostenidas y consoladas con increíble ternura, como si fueran niñas pequeñas.

Una mujer me contó más tarde que había pasado los primeros diez minutos del proceso con ganas de vomitar. Según me confió, aquello era una experiencia nueva para ella. Nunca había sido capaz de comprender por qué los personajes de los libros hablaban acerca de sensaciones nauseabundas a la vista de profanaciones del cuerpo humano, pero que en aquel momento se dio cuenta de que su falta de comprensión había sido debida a que ella nunca había sido capaz de «ir allí» con anterioridad.

En aquel día, y con el admirable apoyo de los demás (las mujeres, que habían tenido el valor de entrar en contacto las primeras con sus verdaderos sentimientos, y los hombres del grupo, que acababan de adquirir su propia fortaleza), por fin se había permitido a sí misma afrontar y experimentar unos sentimientos que había apartado a un lado una vida tras otra. Cuando por fin se efectuó el pleno contacto emocional, sintió que se doblaba, sobrecogida. Y entonces, con el consuelo que recibió de los hombres, el dolor fue eliminado y se sintió completa; por primera vez en miles de años.

En conclusión

En silencio y con los ojos enrojecidos por el llanto, emocionalmente exhaustos, nos encaminamos hacia nuestro querido autobús y pusimos rumbo hacia el suroeste, a Palenque y la ceremonia final que iba a celebrar nuestro grupo por la espiral de templos que Thoth me había entregado.

Tengo la sensación de que la integración que realizamos aquel día todavía está teniendo lugar. Siento que continúa nuestra aquiescencia a la plena experiencia de las energías masculinas y femeninas, la liberación de toda la ira, el miedo y el odio. Pero en verdad creo que aquel día en Campeche creamos un sendero para que los demás pudieran seguirlo, un camino que conduce a una nueva forma de ser para los hombres y las mujeres sobre la Madre Tierra.

CAPÍTULO DIECISIETE

PALENQUE Y EL ESPECTÁCULO DE LUZ EN UXMAL

Tras celebrar las dos ceremonias para la integración del Divino Masculino y el Divino Femenino, nos subimos al autobús dispuestos a realizar el largo viaje hasta Palenque, donde íbamos a pasar tres noches. Al día siguiente, aunque todavía quedaban otros lugares que visitar, debíamos llevar a cabo nuestra ceremonia final con cristales en la pirámide de Palenque.

Durante el viaje, algunos de los integrantes del grupo expresaron su preocupación por la situación de nuestro próximo hotel, pues estaba en las afueras de la ciudad y para llegar a él había que pasar un puesto de control militar. Como ya habíamos podido comprobar, esto podría ocasionarnos un retraso de horas. Pero aparentemente el Espíritu Divino estaba con nosotros, porque no nos pararon y pudimos llegar puntuales al hotel.

Era un complejo precioso, con edificios de poca altura rodeando una pradera cubierta de hierba y caminos bordeados de palmeras y arbustos en flor. Tal y como ya había sucedido muchas otras veces durante nuestra estancia en México, nos recibieron en el hotel con zumos de fruta y flores.

A la mañana siguiente, después de un bello desayuno en el gran comedor del hotel, nos encaminamos hacia Palenque.

El templo de Palenque

En nuestra guía, Lionfire había escrito que Palenque, además de ser la capital del chakra pineal, es el lugar donde se cruzan las arterias activas y las líneas ley de la Serpiente Emplumada.

Se trata de una ciudad muy elegante, en el límite de la selva de Peten, en el estado de Chiapas, una región enorme en el suroeste de Yucatán. Es muchas cosas: Registro Pleyadiano, escuela de misterio de geometría sagrada, uno de los principales centros arqueoastronómicos y el vórtice de iniciación terrestre de Occidente.

Palenque integra la energía kundalini a lo largo de todos los chakras y los cuerpos espirituales de los iniciados, y por eso la Serpiente de Luz utiliza este recinto de templos para conducir la nueva energía kundalini desde Chile al pueblo maya, de forma parecida a como una lupa concentra la luz del sol. Por eso este templo poseía una gran importancia para todo lo que estábamos haciendo.

Para mí, Palenque posee un misterio único entre los templos mayas. Con un equilibrio exquisito, concentra las energías del chakra pineal mejor que cualquier otro lugar sagrado de la Tierra. Me sentí honrado por estar de nuevo inmerso en aquel bello y antiguo mundo de tan profundo entendimiento psíquico.

Una vez dentro, todos los miembros del grupo se fueron a explorar el enorme lugar, con su multitud de pirámides y plataformas de piedra, mientras yo intentaba encontrar el lugar donde Ken y yo habíamos colocado el primer cristal. Sólo después de saber dónde estaba enterrado aquel cristal podía determinar el punto adecuado para celebrar nuestra ceremonia.

No fue fácil encontrar el lugar. Gran parte de lo que ahora podía ver había estado enterrado cuando visité Palenque por vez primera. Recordé que, dieciocho años atrás, Ken y yo habíamos colocado nuestro cristal entre una pirámide y una pequeña colina. Pero, como muy pronto comprobé, la «pequeña colina» había sido excavada. ¡Ahora era una pequeña pirámide! En cuanto me di cuenta de que allí era donde habíamos colocado el cristal, me dirigí hacia ella. Cuando llegué a la pequeña pirámide vi que uno de los miembros de nuestro grupo estaba sentado en la cumbre, por lo que subí a charlar con él. Al alcanzar el lugar en el que se encontraba, comprobé que estaba meditando, así que le dejé y me puse yo también a meditar.

Al hacerlo pude ver que la energía que brotaba de aquella pirámide era extremadamente poderosa y salía en una espiral que se extendía a lo largo de kilómetros. En ese momento comprendí, como no lo había hecho antes, por qué habíamos colocado el cristal en aquel punto. Estaba claro que había sido programado para utilizar el lugar como una antena para propagar su mensaje al mundo, y en especial al mundo maya.

Cuando abrí los ojos, mi amigo abrió también los suyos.

— ¿Sientes la energía que brota en espiral de esta pequeña pirámide? —me preguntó—. Me cuesta creer lo inmensa que es, y sin embargo nadie lo diría al verla.

Un extraño visitante

Para la ceremonia elegí un lugar alineado con aquella pequeña pirámide y el enorme vórtice, y otra pirámide cercana un poco mayor.

Cuando extendí el lienzo del altar, orientado en las cuatro direcciones, y coloqué un cristal en el centro, unos cuantos miembros del grupo comenzaron a congregarse a mí alrededor. Dejé a uno de ellos vigilando el altar para salir a buscar al resto de nuestros andariegos peregrinos, repartidos en pequeños grupos por todo el enorme lugar.

Luego regresé y me senté bajo un árbol para esperar a que todo el mundo recibiera el mensaje. Estaba pensando en el cercano Templo de las Inscripciones, donde muchos creen que sobre una gran lápida funeraria aparece representado un astronauta maya. Yo estaba sentado cerca de la base de aquel templo, bajo un viejo árbol de sombra, recordando que Khan Kha era su arquitecto y pensando en lo mucho que se parece a su otra obra de arte de Chichén Itzá, cuando se me acercó una anciana.

Había venido desde Sudamérica, me dijo, para participar en una ceremonia. No sabía quién era yo, pero creía que podría saber dónde iba a celebrarse aquella ceremonia.

Sorprendido, señalé hacia el altar. Cuando ella se dio la vuelta para ir hacia allí, la paré y le pregunté por qué había venido desde tan lejos.

—Soy chamán —me respondió—. Sé que esta ceremonia tiene una gran importancia. Se trata de una ceremonia conocida por toda América Central y del Sur. Hay mucha gente rezando para que se celebre.

Le dije quién era yo, y se me acercó y me dio un largo y sentido abrazo. Me pidió permiso para participar en la ceremonia, permiso que, evidentemente, fue concedido.

Yo no tenía ni idea de que nadie excepto Dios, nuestro grupo y unos cuantos ancianos mayas supieran lo que estábamos haciendo. Pero debía haberlo sabido, pues las noticias se trasladan de selva a selva como un cóndor en pleno vuelo.

La ceremonia de luz

La ceremonia comenzó como las demás. Pero al cabo de muy poco tiempo apareció un antiguo anciano maya del interior de la Madre Tierra y levantó las manos. Al hacerlo, una fuerte energía comenzó a elevarse desde la tierra.

La energía siguió subiendo hasta que se convirtió en lo único que yo era capaz de sentir. Esta energía me rodeaba por todas partes y estaba también en mi interior. Y lo único que yo podía ver era luz blanca.

Sé que algo debía estar sucediendo en el mundo tridimensional, pero no soy capaz de describir el resto de la ceremonia en esos términos. Ni siquiera sé el tiempo que duró. No sé nada, aparte de aquella sorprendente energía de luz blanca. ¡Tampoco puedo decirte cuál era su propósito fundamental!

Quizá fue mi falta de experiencia en esos niveles lo que me impidió ver el conjunto. Pero lo que me quedó fue la sensación de que aquella ceremonia había sido planeada hacia más de mil años, y que una vez llevada a cabo la vida iba a ser mejor para los mayas y para el mundo.

A pesar de lo poco que comprendí de todo lo que estaba ocurriendo, me levanté del suelo con el corazón inmensamente feliz. Había amor en los ojos de la gente. Supe que, fuera lo que fuese lo que había sucedido, había sido «correcto». Y también supe que antes de que aquel viaje terminara, nuestro pequeño grupo iba a comprobar lo mucho que la Madre Tierra y los mayas apreciaban nuestro amor y nuestro apoyo.

Cómo sucedería, era un misterio, pero yo supe que así iba a ser. Me alejé de la ceremonia de Palenque meditando profundamente y con la mano sobre el corazón.

El descenso a la tumba de Pacal

Mientras tanto, algunos de nosotros habíamos recibido el privilegio, reservado habitualmente para los indígenas mayas, de ver la antigua tumba de Pacal, el rey del siglo VIII. Era importante que los miembros de nuestro grupo lo aprovecharan, pues poco tiempo después la tumba de Pacal iba a ser cerrada para siempre.

Pacal fue el último de los grandes reyes mayas y era considerado un dios. Los mayas creían que, después de su muerte, cuando hubiera sido colocado en el sarcófago que él mismo había diseñado y cubierto de jade, Pacal ascendería a la divinidad, trascendiendo la muerte y renaciendo en el panteón maya.

Como sólo podían entrar unos pocos, yo me quedé atrás, pues ya la había visitado hacía mucho tiempo, y en aquella ocasión pude permanecer en ella todo el tiempo que quise. He aquí una descripción de la tumba de Pacal de una persona que estuvo allí en este viaje. No discute las increíbles imágenes de la superficie de la lápida de este rey maya, pero hay al menos un libro escrito sobre ellas. Son enormemente misteriosas y están repletas de conocimientos sagrados. Te sugiero que las estudies.

La entrada a la tumba de Pacal se realizaba por una escalera de piedra que descendía a las profundidades del Templo de las Inscripciones. Para llegar a aquella escalera había primero que subir hasta la cumbre de la pirámide.

Un funcionario comprobó cuidadosamente nuestra autorización y nos contó, para asegurarse de que sólo entraba el número de personas especificado.

En la entrada de la escalera central fuimos recibidos por un anciano maya que, según nos dijo Lionfire, era ya el guardián de la tumba mucho antes de que México comenzara a proteger los yacimientos mayas. El gobierno creía, evidentemente, que aquel hombre era empleado suyo, pero en verdad había estado montando guardia allí durante la mayor parte de su vida y servía sólo a los dioses.

Para llegar a la tumba tuvimos que descender con cuidado por la escalera interior, oscura, estrecha y empinada; bajando, bajando, bajando, hasta el nivel del suelo y más aún. Los escalones habían sido fabricados de mármol rosa y estaban muy pulidos por los cientos de miles de pies devotos que han pisado sobre ellos durante los doce siglos que han transcurrido desde la muerte de Pacal.

El sarcófago se encontraba en una pequeña habitación, protegido por una reja de hierro. Nos sentamos en el hueco de la escalera, unos pocos cada vez, pues el espacio era diminuto, en comunión respetuosa y juguetona con aquel gran rey. La santidad de la tumba de Pacal era palpable.

Luego, con un sentimiento de gratitud y de enorme paz, volvimos a trepar por la empinada y oscura escalera hasta alcanzar la luz del día.



Lápida de la tumba de Pacal.

Bailando en el sueño

Antes de contarte nuestra siguiente experiencia aparentemente milagrosa, necesito decirte algo acerca del yacimiento maya conocido como Tikal.

Para todos los mayas, Tikal representa el octavo chakra, el situado a un palmo de la cabeza. Este chakra contiene nuestra conexión mística con Todo Lo Que Es y supone la apertura a los niveles superiores de consciencia. Ken y yo habíamos colocado allí un cristal, y yo sentía que la energía de este lugar era mayor que la de cualquier otro de los sitios mayas que había visitado, mayor incluso que la de Palenque.

Pero Tikal está en Guatemala, y nuestro grupo no podía ir allí. Sin embargo, el Espíritu nos proporcionó a Nadia y a Adam, dos bellos seres que vivían en Guatemala y que, como la dama de Sudamérica, se habían sentido llamados para estar con nosotros en nuestra ceremonia sagrada. Aunque no se habían apuntado al viaje, Adam y Nadia formaban parte de nuestro grupo. Y supieron, en el momento en que se lo pedí, que era tarea suya colocar el último cristal en Tikal, aquel que iba a transmitir nuestras intenciones y plegarias a ese último templo.

Lo extraño era que llevábamos un par de días sin verlos. Entonces aparecieron en la ceremonia de Palenque y descubrimos por qué se habían ido. Habían vuelto a Guatemala para poder

traernos a un grupo de músicos cuyas melodías eran tanto un rito sagrado como un entretenimiento. Este grupo se denominaba Kan Nal e iba a tocar aquella noche para nosotros bajo las estrellas.

Nos reunimos en el exterior después de la cena, en un lugar del hotel que había sido reservado para nuestro grupo. Cuando se encendieron las antorchas, comenzó la música, lentamente, con suavidad, un instrumento rústico haciendo una llamada, otro uniéndosele, el toc-toc de un tambor de madera, el trino hechicero de una flauta, el grito ocasional de un pájaro de la selva.

Cuando la música creció en volumen y complejidad, una sacerdotisa nos entregó hojas de plataneras. Sobre ellas había colocado mazorcas de maíz, cristales y otros objetos naturales sagrados para los mayas. Cuando a cada uno le pareció el momento adecuado, lo llevó como sacrificio para el fuego.

La música adquirió un ritmo hipnótico y uno de los integrantes de nuestro grupo, uno de los muchos chamanes de gran talento que se encontraban entre nosotros, tomó algunas de las antorchas encendidas y comenzó una danza del fuego, moviéndose al compás de la música, girando las antorchas como si fueran bastones.

Todos comenzamos a movernos sobre la «pista de baile» de grava, meciéndonos en éxtasis con los sonidos mágicos y orgánicos de Kan Nal.

El baile se prolongó hasta altas horas de la noche. Me dijeron que yo había bailado descalzo durante una hora sobre la grava. Supongo que así fue, ¡pero lo mismo podía haber estado haciéndolo sobre nubes!

Necesitábamos aquella celebración. Y nos fue dada. Todo en el momento perfecto.

Todos estamos en el mismo barco

Al día siguiente nos encaminamos hacia el sudeste, hasta la frontera con Guatemala. Aquella misma noche debíamos regresar a nuestro hotel en Palenque.

Durante el viaje visitamos Bonampak, un lugar en el que pueden contemplar unos asombrosos murales antiguos que describen la vida maya y sus ceremonias con gran detalle.

Pero nuestro destino principal era el Templo del Jaguar de Yaxchilán. Se trata de un fantástico templo construido a ambos lados de un río. Uno de los lados pertenece a México y el otro a Guatemala. Los mexicanos han excavado su lado del yacimiento, pero los guatemaltecos no han permitido que nadie toque el suyo.

Acudimos allí sabiendo que estaba previsto construir una presa en el río junto al cual están enclavados aquellos templos, y que muy pronto este lugar precioso, y todos los demás situados a lo largo de las orillas, iba a desaparecer para siempre bajo las aguas.

La seña final

El último día de nuestro viaje maya íbamos a visitar Uxmal una vez más. Necesitábamos estar allí a una hora concreta para poder asistir al espectáculo de luz que se representa cada noche. Así era como queríamos terminar el viaje. Se suponía que iba a ser una representación muy bella, y Uxmal se encontraba de camino hacia Mérida, completando el enorme círculo de templos que habíamos estado visitando.

Pero entre el grupo se extendió una protesta:

— ¿Por qué tenemos que terminar nuestro viaje con una exposición artificial, tecnológica, para turistas?

Les parecía una idea estúpida.

Yo no era capaz de responder a su pregunta, sólo sabía que «debíamos» ver el espectáculo de luz de Uxmal y que era realmente importante que estuviéramos allí. Así que, a pesar de la rebelión, continuamos.

En Uxmal hay restaurantes y tiendas, y no se permite a nadie visitar las pirámides hasta que concluye el espectáculo de luz, por lo que esperamos, compramos y tomamos un bocado. Todo el mundo seguía preguntándose por qué teníamos que terminar nuestro increíble viaje con un espectacularillo de tres al cuarto en Uxmal.

En el momento exacto en que debía dar comienzo la representación, y mientras todos estábamos esperando..., *comenzó*. Primero una ligera llovizna, luego el cielo se abrió a una lluvia torrencial que enseguida se convirtió en un diluvio. Durante dos horas los relámpagos

cruzaron el cielo y los truenos restallaron a nuestro alrededor. Era una tormenta muy fuerte. La Madre Tierra había decidido hacer su propio espectáculo de luz allí donde pudiéramos observarlo a cubierto en el complejo urbanístico de Uxmal.

Habíamos llegado a Yucatán en mitad de una larguísima sequía. Ya habíamos visto la lluvia, la pequeña tormenta que se había desatado en el Caribe tras Tulum y un ligero chubasco mientras nos dirigíamos hacia el sur, pero no se había parecido a esto ni de lejos. El dios maya Chac nos estaba homenajeando y, desde nuestro punto de vista, nos estaba diciendo que nuestro trabajo ceremonial era aceptado en el mundo maya.

Todavía puedo vernos, calados hasta los huesos por el azote de la lluvia que se colaba por el techo, sabiendo todos por fin por qué estábamos en Uxmal, riendo, bailando y abrazándonos unos a otros con las caras bañadas en lágrimas de alegría mientras observábamos y escuchábamos nuestro propio espectáculo de luz personal ofrecido por la Madre Tierra y el Padre Cielo.

Al entrar en Mérida camino del hotel, las calles tenían treinta centímetros de agua y nuestro autobús parecía un barco en la noche, con olas que se abrían en la proa, arribando a casa tras un largo viaje por mar.

Nuestros corazones estaban abiertos de par en par y una vez más éramos Un Solo Corazón, y las redes que rodean la Tierra estaban más cerca del equilibrio perfecto.

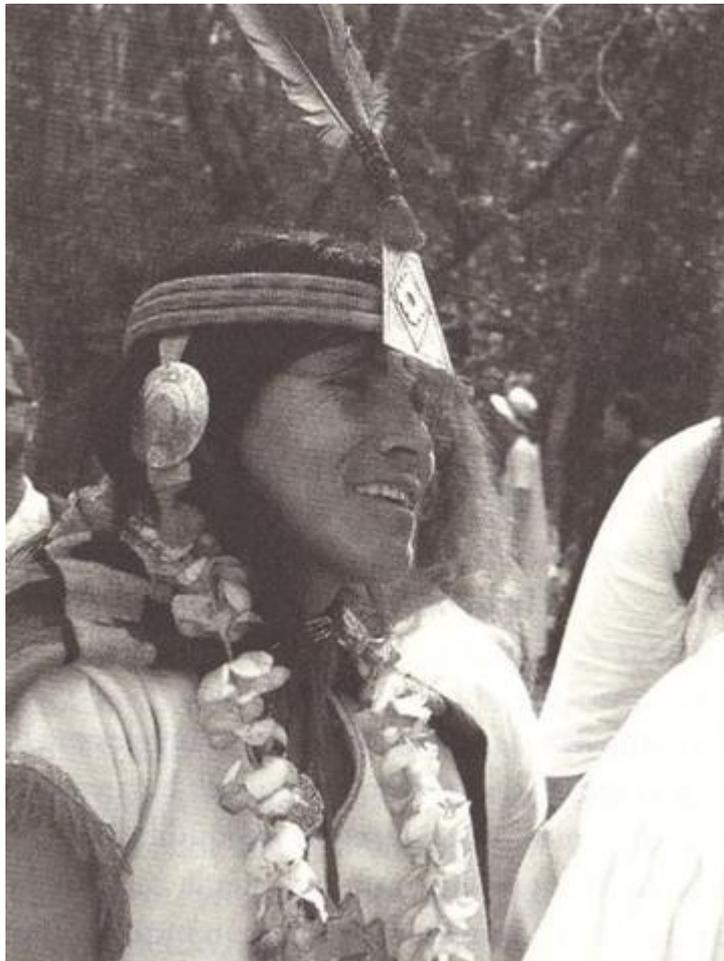
CAPÍTULO DIECIOCHO

LA INVITACIÓN INCA A PERÚ

Antes del comienzo de aquellos viajes, los ángeles me habían dicho que Perú y el imperio inca eran uno de los lugares donde hacía falta celebrar ceremonias para conseguir el equilibrio en el mundo. Cuando estuve en Yucatán, justo después de la ceremonia en Chichén Itzá, se me acercó un sacerdote y chamán inca y comenzó a hablar conmigo.

Se trataba de un hombre de treinta y tantos años de edad, vestido con todo el atavío ceremonial inca, con plumas en el pelo y una hermosa sonrisa. Su padre, también chamán inca, le había enviado para que hablara conmigo. El joven chamán me dijo que su gente tenía una profecía por la cual un grupo de gente —él lo denominó un «círculo mundial»— debía acudir a Perú, procedente de todas las partes del mundo, para sanar a su pueblo de algo que había hecho en épocas pasadas.

Puso mucho énfasis en el hecho de que su padre era el que me estaba pidiendo que reuniera a aquel «círculo del mundo», y que deseaba que yo fuera a Perú para celebrar una ceremonia con él y con otros chamanes. Pero también me dijo que su padre no estaba seguro de que el grupo que yo fuera a llevar a Perú fuese realmente el que mencionaba la profecía. Me confesó que aquello debería ser establecido por los ancianos incas una vez que estuviéramos allí.



Chamán inca en Chichén Itzá.

Le contesté que meditaría acerca de lo que él me había dicho, y que si estaba en el Orden Divino llegaríamos a lo largo del año 2004. Nos abrazamos con fuerza, conectando nuestros corazones, sabiendo ambos que ahora todo dependía del Gran Espíritu.

De vuelta a Estados Unidos los ángeles me hablaron largo y tendido acerca de la importancia que tendría aquel viaje. Me dijeron que los incas también habían dejado a gran parte de su pueblo en el interior de la Tierra cuando se trasladaron al Cuarto Mundo, y que aquella división en el seno de su cultura debía ser sanada para poder equilibrar la Red de Conciencia de Unidad. Los incas no podían llevar a cabo la sanación sin asistencia externa, tal y como había sucedido con los anasazis y los mayas.

Los ángeles me dijeron también que ese desequilibrio en la Red de Conciencia de Unidad era más serio que cualquier otro que hubiéramos visto con anterioridad. Lo que es más, me contaron que cuando se culminara con éxito aquel viaje, la energía kundalini de la Serpiente de Luz podría, por vez primera, entrar en los corazones de las mujeres del mundo, especialmente en las regiones de Chile y Perú. Alinearía a las mujeres en posición casi perfecta para que pudieran comenzar sus enseñanzas a la humanidad en las formas concretas de la Luz, incluso mientras la humanidad seguía viviendo en la parte más oscura del ciclo más oscuro, denominado Kali Yuga por los hindúes.

Los ángeles me dijeron que el propósito de la ceremonia final de Perú sería que los incas recuperaran sus conocimientos, sus recuerdos y su sabiduría, algo que según los ángeles era esencial para que la humanidad pudiera continuar su camino hacia la consciencia superior. Según el sacerdote inca, estaba escrito que sus conocimientos, sus recuerdos y su sabiduría volverían a ellos en el momento en que aquel círculo del mundo llegara a sus tierras.

También me hablaron acerca de una ceremonia que debíamos celebrar en Bolivia, en la isla del Sol, situada en el lago Titicaca. En esta isla, el poder del viejo ciclo de trece mil años, conducido por el hombre, sería transferido a la mujer para que ella pudiera completar su trabajo sobre la Tierra y guiar al mundo de vuelta a la Luz.

En el capítulo diez hablé de una ceremonia parecida en la isla de Kauai. Aquella ceremonia fue la auténtica transferencia de poder del hombre a la mujer en la cuarta dimensión. Ahora debía ser en la Tierra así como en el cielo.

Aquella fue la única información que recibí acerca de las tres ceremonias. Yo sabía que la primera debía tener lugar en Machu Picchu y la segunda en la isla del Sol, pero no tenía ni idea de dónde se celebraría la tercera. Era consciente en todo momento de que tenía que rodearme de la confianza y el conocimiento pleno de que el Gran Espíritu vivía a mí alrededor y dentro de mí.

Así que le dije a Diane Cooper, mi asistente, que confirmara que el primer lugar al que íbamos a acudir era Machu Picchu y que de un modo u otro debíamos terminar en la isla del Sol. El resto lo dejé en sus manos para que ella estableciera el itinerario que deseara. Y el 24 de julio de 2004, el viaje comenzó.

Machu Picchu

Este viaje lo denominamos «La llamada del cóndor», el ave que representa la consciencia sudamericana. Nuestro grupo se reunió en Lima (Perú), procedente de veintidós países de todo el planeta, y lo sorprendente fue que todo el mundo llegó puntual. Un sobresaliente.

Como ya había comprobado con anteriores grupos, aquél tampoco estaba compuesto por gente corriente. Habían meditado y estudiado enseñanzas esotéricas de prácticamente todas y cada una de las tradiciones del mundo y estaban bien preparados para servir a la Madre Tierra o, como dicen en Sudamérica, *Pachamama*.

Al segundo día estábamos ya en carretera, viajando hacia el valle de Urubamba y en dirección hacia el pueblo andino de Ollantaytambo, donde debíamos tomar un tren que en dos horas nos conduciría a Machu Picchu.

Yo había viajado en aquel tren a mediados de los años ochenta, cuando estudiaba con el guía egipcio Thoth. Él me había llevado hasta un indio quechua llamado Narciso, que era el individuo que había descubierto el Camino Inca que recorría los aproximadamente sesenta y cinco kilómetros que separan la bella ciudad de Cuzco de Machu Picchu. Narciso se convirtió en nuestro guía para conducir a mi pequeño grupo de diez personas a lo largo de aquel penoso camino, por pasos montañosos de más de cuatro mil doscientos metros de altitud, para ir a caer a Machu Picchu, a unos dos mil quinientos. ¡Fue increíble!

Por aquel entonces se acababa de descubrir el Camino Inca y los turistas no se habían enterado todavía. El tren que estábamos a punto de tomar en esta ocasión tenía parada para que la gente que lo deseara pudiera bajarse para hacer el camino a pie, pero en los ochenta no era así. Tuvimos que convencer al maquinista para que parara en un punto de la vía sin definir en lo alto de las montañas.

Accedió, pero nos dijo que, pasara lo que pasase, él volvería a arrancar en sesenta segundos exactos. En aquella época el tren iba lleno de gente que cantaba canciones a pleno pulmón y tocaba instrumentos musicales. Las gallinas, los perros y las cabras viajaban en primera con sus amigos humanos. El tren estaba tan lleno de seres vivos que uno casi no podía ni moverse. Tuvimos que arrojar las mochilas por la ventana y saltar tras ellas con el tiempo justo antes de que el tren volviera a arrancar.

Las cosas han cambiado considerablemente en los últimos veinte años. Con las masas de turistas que llegan cada día, el dinero en circulación lo transforma todo.

Llegamos a Aguas Calientes y descubrimos que el diminuto pueblecito se había transformado en un pueblo tropical de vacaciones, con manantiales de aguas termales y lindas tiendas para turistas. Cualquier cosa que desearas, los nativos te la conseguían. Debo admitir que era muy bonito, encantador incluso.

Y cerniéndose seiscientos metros sobre aquel pueblecito, casi en línea recta, Machu Picchu flotaba majestuosamente entre las nubes.

Los sacerdotes incas estaban esperándonos y llevaban tres días preparándose para nuestra llegada. Se habían colocado en las montañas circundantes en lugares desde los cuales pudieran observarnos sin que nosotros lo supiéramos. Habían estado meditando sin comida ni agua, rezando para que nuestro grupo fuera el que iba a cumplir su profecía.

Los chamanes incas escucharon a sus guías interiores, pero en su tradición cualquier cosa de esta magnitud debe ser probada por señales que escapan al control humano. Necesitaban tres signos antes de poder darnos su aprobación.

Todo lo que yo sabía era que debíamos empezar en Machu Picchu y que la primera ceremonia debía celebrarse allí. Tras el largo y tortuoso viaje en autobús hasta la cima de la montaña, nos reunimos cerca de la entrada a Machu Picchu. Rezamos una sencilla oración de apertura para bendecir nuestro comienzo y pasé por el arco de entrada junto a nuestro humilde grupo de exploradores de la consciencia.

Cuando entramos en aquel espacio sagrado, un enorme cóndor voló directamente sobre nuestras cabezas. Uno de los chamanes me contó posteriormente que aquello fue una señal increíble para los sacerdotes incas. Hacía más de veinte años que no veían un cóndor sobre Machu Picchu. Pero aquella señal no era suficiente. Debía haber tres.

Al penetrar en el recinto, todos nos encaminamos en direcciones diferentes, cada uno de nosotros siguiendo a su corazón. Pero acordamos volver a reunirnos en algún momento para llevar a cabo la ceremonia de sanación para la tierra inca y sus gentes.

Muchos de los integrantes del grupo decidieron trepar Wayna Picchu, una montaña fálica que se eleva otros seiscientos metros sobre el yacimiento principal. Desde la cumbre de este lugar sagrado uno parece estar sentado en el centro de un círculo perfecto de montañas, y si eres sensible puedes percibir la intensa energía que fluye desde la cumbre y se extiende por toda la región. Recuerdo que la primera vez que subí, hace años, me costó irme, pues la energía recargaba intensamente mi cuerpo y mi espíritu.

Dos son los lugares de Machu Picchu donde se guardan las antiguas librerías y registros, y están plenamente a la vista. Uno puede encontrar templos repartidos por todo Perú, y en el centro de la mayoría de ellos suele haber una roca labrada que parece una escultura de piedra. Pero estas rocas son mucho más que simples esculturas. Con un poco de sensibilidad uno puede sentarse junto a uno de esos «archivos» y, al recorrer con la mano una curva concreta, las detalladas imágenes colocadas allí cientos o miles de años antes aparecen en la visión interior. Lo sabrás al ver en imágenes detalladas lo que la persona que labró aquella parte de la roca colocó en los registros.

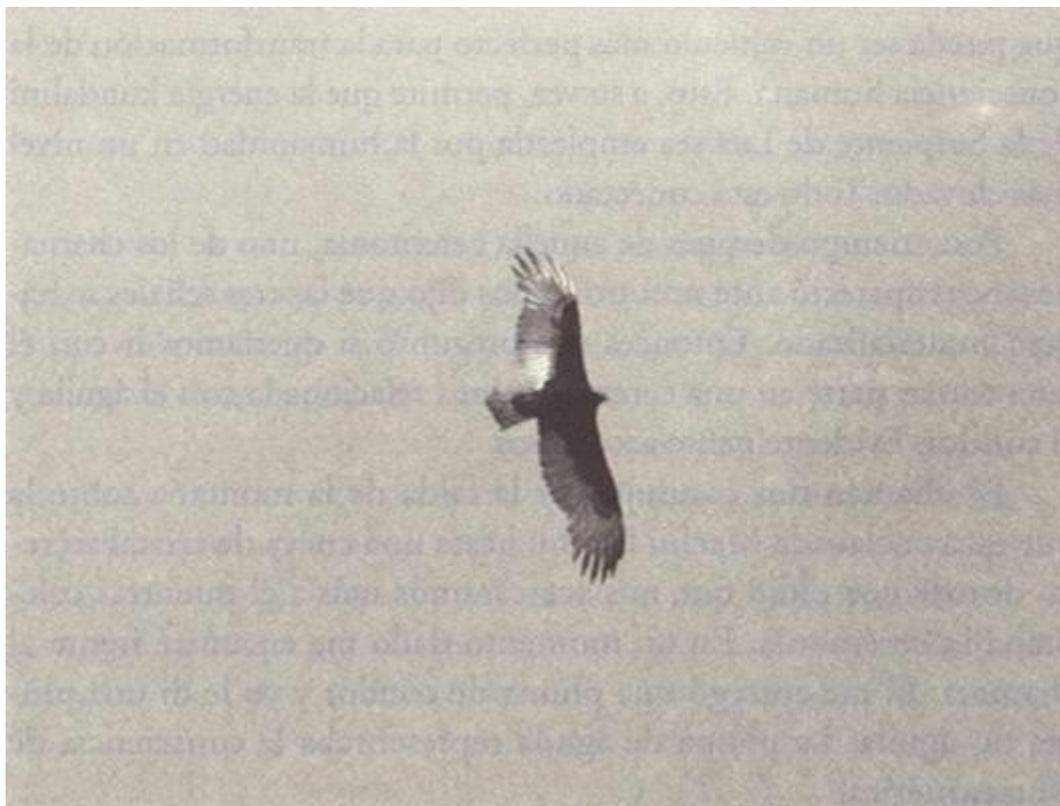
Ésa es la razón de que el suelo del observatorio inca sea también una «escultura» de roca. Para que los incas pudieran percibir unos cambios astronómicos, tales como la precesión de los equinoccios, debían registrar los fenómenos y cambios que se producían en el cielo nocturno a

lo largo de cientos y miles de años, mucho más que la vida de un único ser humano. Lo que los incas crearon con estos archivos en la roca iguala a la exactitud que consiguen nuestros modernos ordenadores.

Se eligió una zona predeterminada para nuestra primera ceremonia y, a medida que se iba acercando el momento, los miembros del grupo comenzaron a llegar. Finalmente, todo el grupo quedó reunido.

Extendí sobre el suelo un tejido peruano, de color rojo brillante con finas rayas negras, y coloqué cuatro cristales en las cuatro direcciones. Situé un cristal especial como pieza central y abrí la ceremonia para que los participantes colocaran sobre el altar los objetos que hubieran llevado consigo. Pronto la tela estuvo llena de objetos sagrados. Aunque esto se asemeja mucho a la tradición de los incas, los objetos que éstos utilizan están programados de unos modos de los que la mayor parte de la gente no es consciente.

Cuando el altar estuvo preparado, comenzamos la ceremonia. Y en el instante en que empezábamos a establecer las energías de las cuatro direcciones, de nuevo un gigantesco cóndor voló sobre nuestro grupo. De hecho, estuvo planeando directamente por encima del altar durante todo un minuto antes de alejarse volando.



El cóndor voló por encima como señal.

Los chamanes incas observaron esta señal con gran alegría, pues aquella era la tercera señal que habían estado esperando para probar que nosotros éramos el grupo internacional que estaba profetizado que llegaría para salvar a su gente. ¿Cuál fue la segunda señal? No lo sé; los chamanes sólo nos quisieron decir que había sido observada.

Uno de los miembros del grupo tomó esta foto del cóndor (véase página anterior) cuando volaba sobre nosotros.

Terminamos aquella ceremonia creando un enorme vórtice de energía que permitiera a los incas atrapados en el interior de la Tierra salir a la superficie del planeta, dándoles la oportunidad de nacer al mundo actual. También les otorgaba la posibilidad de pasar con el resto de la población humana a la consciencia superior de la ascensión que está a punto de tener lugar. Y lo que es más importante, alteraba geoméricamente la Red de Unidad sobre la Tierra, de forma que

pueda ser un vehículo más perfecto para la transformación de la consciencia humana. Esto, a su vez, permite que la energía kundalini de la Serpiente de Luz sea empleada por la humanidad en un nivel más elevado. Todo está conectado.

Poco tiempo después de aquella ceremonia, uno de los chamanes incas apareció ante nosotros y nos dijo que las tres señales se habían materializado. Entonces nos preguntó si queríamos ir con él para tomar parte en una ceremonia inca relacionada con el águila y el cóndor. Evidentemente accedimos.

El chamán nos condujo por la falda de la montaña sobre la que está enclavada Machu Picchu hasta una cueva de cristal secreta, donde nos pidió que nos acercáramos más a él mientras celebraba la ceremonia. En un momento dado me encontré frente al chamán. El me entregó una pluma de cóndor y yo le di una pluma de águila. La pluma de águila representaba la consciencia de Norteamérica.

Después de esta ceremonia se corrió la voz entre el mundo peruano indígena y más allá. Parecía que allá donde fuéramos, los chamanes peruanos, tanto hombres como mujeres, salían de la selva para pedirnos que tomáramos parte en sus ceremonias. Esto sucedió siete increíbles veces. Aunque estas ceremonias fueron importantes en sí mismas, pertenecen a los incas, por lo que voy a mantenerlas en secreto. Todas excepto una de ellas.

CAPITULO DIECINUEVE

LA ISLA DE LA LUNA Y LA ISLA DEL SOL

¡Desde luego, la vida es asombrosa! Lo que sucedió en aquella pequeña islita situada en mitad del lago Titicaca no podría haber sido planeado jamás, pues fue algo perfectamente cronometrado y ejecutado con la precisión del bisturí de un cirujano. Nosotros fuimos meros testigos.

Nuestro gran pájaro de plata había aterrizado en La Paz (Bolivia), y lentamente recorrimos el camino hasta un pueblo con sabor europeo llamado Copacabana, a orillas del lago Titicaca. La isla del Sol, donde yo sabía que debía tener lugar nuestra segunda ceremonia, estaba cerca, pero Diane había organizado que fuéramos primero a la isla de la Luna. Aquello me pareció lógico, dado que la separación entre ambas es de seis o siete kilómetros.

Yo no esperaba que fuera a suceder nada especial en la isla de la Luna, aunque sabía que había allí un lugar sagrado denominado Templo de las Sacerdotisas. Se dice que es uno de los centros de energía femenina más poderosos de la Tierra y se nos había pedido que participáramos en una ceremonia nativa llamada Ofrenda a la Madre. A pesar de todo, mis pensamientos estaban centrados en la ceremonia que yo sabía que iba a tener lugar en la isla del Sol.

Fuimos recibidos por la mujer más anciana de la isla, la Abuela Mamani, que dispuso que su ceremonia se celebrara en una casita al borde de un acantilado sobre aquel increíble lago que más parece un mar. En la única habitación de la casa sólo había espacio para un número muy reducido de personas al mismo tiempo, por lo que la mayoría de nosotros nos quedamos fuera, esperando y entrando por turnos en el espacio ceremonial. Nos explicó que la razón de que lo estuviera haciendo en un espacio cerrado era porque tenía miedo de lo que pudieran pensar los demás ancianos si supieran que ella estaba realizando una ceremonia tan sagrada con personas que no eran nativas.

Fue una ceremonia larga, de más de dos horas, y yo no comprendí su propósito hasta justo antes de que nos fuéramos, cuando ella me lo dijo. ¡Era una ceremonia que se celebraba sólo cada trece mil años para transferir el poder del hombre a la mujer!

La verdad del momento era que allí estábamos, en la isla de la Luna, la isla femenina, transfiriendo el poder del hombre a la mujer, e inmediatamente después íbamos a llevar a cabo la misma ceremonia en la isla del Sol, la isla masculina.

¡Dios mío! ¡Pachamama está viva!

Cuando nuestro pequeño grupo de barcas nos condujo a la isla del Sol, recordé a la mujer peruana de la isla de Kauai que recibió el cristal esquelético del hombre polinesio que había guardado la Tierra durante los trece mil años anteriores. Cuando ella abandonó la ceremonia tetradimensional, acudió allí, al lago Titicaca, y colocó el cristal en un punto equidistante entre la isla de la Luna y la isla del Sol, a gran profundidad bajo el agua.

Y allí, justo enfrente de nosotros, estaba el rayo de luz ultravioleta saliendo del lago. Sin decir una palabra al barquero, pasamos directamente a través de este rayo, y una vez más me di cuenta de la verdad de la Consciencia Universal. Todo está vivo. Todo es consciente. Los accidentes no existen. Estamos viviendo el despliegue del ADN cósmico que lentamente revela las intenciones del Gran Espíritu. No debemos hacer más que ser conscientes del momento.

El barquero me devolvió a la realidad, diciendo:

— ¿Dónde desean desembarcar en la isla?

No había pensado en ello, por lo que respondí:

— ¿Dónde está todo el mundo?

Él señaló el lado derecho de la isla.

Le grité:

—Muy bien, entonces vaya al lado izquierdo.

Rodeamos una enorme roca en el agua que técnicamente podía considerarse una isla. No había casas ni signos de vida por ningún lado.

— ¡Allí! —le dije, señalando un puntiagudo saliente de roca.

Nuestras cinco barcas se acercaron lentamente a tierra y encontramos una forma de anclarlas a las rocas. Cuando desembarcamos con cuidado, vimos unos escalones fabricados por el hombre

que surgían del agua y ascendían por la falda de la colina. Seguimos la escalera para ver dónde conducía.

En la parte superior encontramos una zona circular, llana, que ofrecía una vista sobrecogedora del lago. No había señales de personas ni de actividad humana que pudieran interferir con lo que íbamos a hacer. Parecía el lugar perfecto para realizar nuestra segunda ceremonia, por lo que sin darle más vueltas, nos preparamos.

Cuando estábamos a punto de empezar, dos muchachas de unos veinte años aparecieron de la nada y se acercaron a nosotros.

—Yo soy inglesa y mi amiga, escocesa —dijo una de ellas—. Y hemos sabido en nuestras meditaciones que ibais a llevar a cabo esta ceremonia hoy en esta isla. Hemos hecho todo el camino para estar aquí. ¿Nos permitís que nos unamos a vuestro grupo?

¿Qué podía decir yo? Ni siquiera había sabido dónde iba a tener lugar esta ceremonia hasta unos treinta minutos antes. La isla del Sol era un lugar grande. ¿Cómo podían habernos encontrado con tanta precisión? Me imaginé que alguien que hubiera hecho lo que ellas acababan de hacer debía estar allí.

—Por favor, colocaros en el círculo de las mujeres —les dije.

Las cuatro abuelas más ancianas fueron elegidas para sentarse en las cuatro direcciones, con la mayor de todas ellas hacia el este. El resto de las mujeres debían sentarse alrededor de ellas, circundando el altar. A su alrededor, los hombres formaron un círculo de pie, con las manos cogidas, protegiendo la energía femenina interior. Con la bendición de las cuatro direcciones comenzó la ceremonia.

Aquella misma mañana los ángeles me habían dicho que llevara mi tambor, el que he estado usando en las ceremonias durante más de veinte años. Comencé a quemar cedro y salvia, y caminé alrededor del grupo exterior en dirección contraria a las agujas del reloj, purificando a las personas y a las energías de la tierra. A la segunda vuelta, el sonido del tambor, al ritmo de los latidos del corazón, comenzó a sincronizar la respiración de todos los participantes.

En un momento dado de la ceremonia pedí a los hombres que sometieran su poder espiritual al círculo interior de las mujeres, pues ahora eran ellas las que debían conducirnos durante los próximos trece mil años. Unos cuantos hombres encontraron difícil hacer lo que les pedía. Era una lucha distinta de todo lo que habían experimentado con anterioridad, pero al final todos los hombres permitieron a las mujeres tomar los mandos.

Cuando el último de los hombres entregó su poder a las mujeres se me aparecieron los ángeles, que me dijeron:

—Ahora te toca a ti. Entrega tu tambor a la Abuela del este como signo externo de la entrega del poder masculino.

Sin dudarle, me dirigí a la Abuela del este.

—Con este tambor masculino como símbolo —le dije— te pedimos que termines esta ceremonia, y que a partir de ahora conduzcas a este grupo en las ceremonias.

Ella tomó el tambor, comenzó a tocarlo con un ritmo lento y uniforme y continuó la ceremonia hasta su conclusión.

Desearía poder recordar sus palabras, pero no soy capaz de hacerlo. Entraron en mi corazón para ser, quizá, secretamente recordadas en otra época. Yo sabía que la historia estaba siendo vivida mientras las olas del lago cantaban su canción de millones de años sobre la belleza, el viento que nos rodea y acaricia a cada uno de nosotros. Todos pudimos sentir la bendición de la Madre con cada aliento de vida. Y con esto concluyó la ceremonia.

CAPITULO VEINTE

LA CIUDAD ESCONDIDA DE CAHUACHI

En Sudamérica uno debe siempre esperar lo inesperado. La última vez que había estado allí, en la década de 1980, cuando fui conducido para encontrar a Narciso, los rebeldes de Sendero Luminoso se habían hecho con casi todo Perú y constantemente nos paraban y amenazaban nuestras vidas. Pero una vez que estás dentro del país, no puedes hacer gran cosa.

En este viaje se suponía que debíamos tomar el avión en La Paz para visitar las misteriosas líneas de Nazca, pero todo el aeropuerto de aquella ciudad estaba cerrado al tráfico aéreo a causa de un problema político. No tuvimos más elección que alquilar un autobús que nos llevara hasta la costa.

En aquel momento no fuimos conscientes de que tendríamos que atravesar los Andes a unas altitudes de cuatro mil quinientos metros y más. Esto puede constituir un problema para las personas mayores a causa de la escasez de oxígeno. Sin embargo, aquello no supuso un problema para nuestro grupo, aunque sí surgió otro. Muchas personas se quedaron sordas entre uno y tres días. En mi vida había escuchado tantas veces la frase: «¿Qué has dicho?»

Pero la vida sigue. Tras un largo y bonito viaje por el paisaje peruano, encontramos nuestro hotel y tuvimos tiempo de descansar durante la tarde. Nuestro grupo se reunió en un restaurante nativo, donde hubo que esperar a que nuestras mesas quedaran libres. Yo estaba sentado en el bar tomando un café, haciendo un esfuerzo por despertarme un poco, cuando un chamán inca entró en la sala. Su atuendo atrajo la atención de casi todo el mundo, con dos plumas saliendo de su pelo y apuntando hacia el cielo, la túnica de piel curtida que le llegaba hasta las rodillas y un montón de collares de huesos y cristales rodeando su cuello. Daba la sensación de estar perdido o buscando a alguien por la forma en la que recorría la sala con la vista.

Junto a él estaba su hijo, un muchacho de unos diez años y que evidentemente seguía los pasos de su padre. Parecía una versión en pequeño de su papá, con los ojos abiertos de par en par, fuerte y sin miedo.

Sin haber recibido indicación alguna, el padre vino directo hacia mí y se sentó. Me tendió la mano, se presentó y me dijo que sabía que al día siguiente íbamos a llevar a cabo una ceremonia en Cahuachi. A continuación, me pidió permiso para formar parte de ella.

Le pregunté cómo sabía que íbamos a celebrar una ceremonia en Cahuachi, si era algo que yo ignoraba.

—Todo el mundo sabe que vais a realizar una ceremonia en Cahuachi —me respondió—. Es nuestra profecía.

«¿Entiendes la historia de Cahuachi? —siguió preguntando.

Yo sacudí la cabeza. No la sabía. Lo cierto era que nunca había oído hablar de Cahuachi con anterioridad y no tenía ni idea de lo que representaba.

El chamán acercó su silla hacia mí y comenzó a hablar.

—Hace mucho tiempo, más de quinientos años, Cahuachi era una inmensa ciudad con muchísimas pirámides y templos. Era una ciudad moderna, poderosa, que inspiraba un gran respeto en toda la región.

»Pero los conquistadores españoles la iban a encontrar y la gente supo que se perdería para ellos. Por eso los chamanes y sacerdotes se reunieron para encontrar una forma de salvar su ciudad. Se decidió que aquella vez no iba a poder ser salvada, por lo que los santos rezaron al viento para que les ayudara. Le pidieron que enterrara Cahuachi completamente en la arena para que los conquistadores no pudieran encontrar su preciosa ciudad.

«Ahora, Drunvalo, debes entender que a sólo cien metros al otro lado del río están las líneas de Nazca. Ellas son la razón de que Cahuachi se construyera en este lugar. Era un sitio al que la gente solía acudir desde todas partes para estar en la energía de las líneas de Nazca. Era considerada una ciudad sagrada.

»Y las líneas de Nazca fueron creadas retirando rocas de la superficie y dejando un terreno de un color ligeramente diferente expuesto al aire. Por eso, todos los dibujos que podemos encontrar en este desierto tienen sólo un centímetro de profundidad. Pero como aquí no llueve jamás, estos diseños se han conservado durante miles de años.

«Cuando los chamanes y sacerdotes rezaron al viento, le pidieron que no tocara las líneas de Nazca situadas en la otra orilla del río. Y a continuación oraron para que, en un futuro lejano, esta ciudad fuera reabierta en el momento adecuado de la historia para traer de vuelta el conocimiento, la sabiduría y la experiencia de los incas a los miembros de su cultura que estuvieran vivos en ese momento. Ellos sabrían entonces que la ciudad iba a revelar un conocimiento especial capaz de ayudar a todo el mundo.

«Los chamanes y sacerdotes hicieron dibujos en los altares de los templos y pirámides con objetos sagrados, de forma que cuando la ciudad fuese redescubierta en el futuro, sus hermanos y hermanas incas pudieran saber, al ver y coger los objetos que les habían dejado, y recordar sus antiguos conocimientos, sabiduría y entendimiento.

«Y el viento comenzó a soplar y a llevar la arena. La tormenta duró semanas, y al final toda la ciudad de Cahuachi quedó completamente enterrada bajo más de veinte metros a partir de la punta de la pirámide más alta. Pero en el otro lado del río, a no más de cien metros de una de las pirámides, no cayó ni un solo grano de arena sobre las líneas de Nazca. Hasta hoy han permanecido intactas y perfectas, pero la ciudad se perdió para la memoria humana. Los conquistadores españoles sabían que Cahuachi existía, pero no fueron capaces de encontrarla jamás.

«Hace quinientos años se decidió que el redescubrimiento y la apertura de esta antigua ciudad debía coincidir con una ceremonia que sería realizada por un círculo de personas procedentes de todo el mundo. Drunvalo, creemos que éste es el grupo.

Una vez más, me preguntó:

— ¿Puedes darnos permiso a mi hijo y a mí para estar presentes en la ceremonia que vas a llevar a cabo?

Me giré para mirarle cara a cara, y le respondí:

—Amigo mío, no soy yo el que celebrará la ceremonia. Será la abuela más anciana del grupo. Pero sé que ella os dará permiso a ti y a tu hijo para que estéis presentes. Después de todo, la ciudad de Cahuachi os pertenece a vosotros, no a nosotros.

A la mañana siguiente, muy temprano, nos subimos al autobús con nuestros dos nuevos amigos y nos dirigimos al desierto. En el autobús sólo quedaba sitio para una persona más, por lo que el hijo del chamán decidió sentarse sobre mis rodillas durante el viaje. Se acurrucó contra mí y yo sentí como si nos conociéramos de toda la vida.

Recorrimos interminables dunas de arena de más de treinta metros de altura. La arena parecía hacerse más profunda a medida que nos íbamos adentrando en el desierto. En mi mente supe que bajo aquella arena se encontraba una deslumbrante ciudad de gran poder para este tiempo en que vivimos. Era una sensación extraña, la de saber algo que casi nadie más sabía en este mundo.

De no haber sido por el río a nuestra derecha y los árboles y la vegetación que se nutrían de él, no habría habido más que arena hasta el horizonte. Aquel muchacho y yo caímos en una especie de trance observando la arena pasar constantemente ante nuestros ojos. Nos quedamos callados.

Tras unos cincuenta kilómetros, en lo que parecía no ser más que un lugar cualquiera entre la arena, el autobús se arrimó a la cuneta y apagó el motor. Supuse que habíamos llegado. Cuando salimos del autobús contemplé la cumbre de una inmensa duna. Aproximadamente un metro estaba despejado y revelaba la punta de una antigua pirámide de piedra. No era una pirámide pequeña. En aquel lugar la profundidad de la arena era grande, por lo que si la pirámide llegaba hasta el nivel del suelo, debía tener una altura de unos treinta metros.

Aquella pirámide marcaba el comienzo de la exploración y el descubrimiento de la ciudad de Cahuachi. Según los arqueólogos que trabajaban en ella, se trataba de la punta del iceberg. La ciudad se extendía todo lo que abarcaba la vista desde el río. Estábamos allí en el mismo momento en que la perdida ciudad inca estaba renaciendo. Trepamos durante largo rato por la arena caliente y pasamos de la pirámide expuesta a otra duna que tenía también la misma forma. Sabíamos lo que yacía bajo la arena. El viento había formado una plataforma sobre ella y allí fue donde la abuela decidió llevar a cabo nuestra última ceremonia, la que los ángeles me habían dicho que se realizaba con el propósito de que los incas pudieran recordar sus conocimientos, su sabiduría y su experiencia. Era tan perfecto que yo me sentía incapaz de hablar. Era evidente que la que dirigía aquel grupo era la Madre Tierra y no yo.

La abuela extendió el lienzo peruano sobre el suelo directamente encima de la enorme pirámide antigua y comenzó a colocar los objetos de poder en las cuatro direcciones. Las mujeres se situaron en el centro, alrededor del altar, y los hombres por fuera, protegiéndolas. El chamán inca se colocó con nosotros en el círculo exterior, pero se pidió a su hijo que entrara en el círculo interno de las mujeres. Mientras la abuela preparaba la ceremonia, el chamán prendió hierbas en una concha marina y caminó por nuestro grupo, bendiciéndonos y purificando las energías.



Chamán inca y su hijo en Perú.

Las mujeres habían estado practicando la ceremonia para aquel lugar con canciones y palabras que debían utilizarse. Cuando comenzó la ceremonia, me di cuenta de que era la primera dirigida por las mujeres con la energía del nuevo ciclo que iba a prolongarse durante los próximos trece mil años. Estaba siendo testigo del cumplimiento de la profecía.

Y una vez más tuvo lugar el milagro. En medio de la ceremonia, el cóndor voló sobre el altar, efectuó un giro y planeó sobre nosotros durante varios minutos, tal y como había hecho en Machu Picchu. Enfocamos nuestras cámaras hacia el cielo.

Cuando la abuela terminó la ceremonia, se había conseguido la culminación en muchos niveles de la vida y comenzaba un nuevo ciclo. Las mujeres de la Tierra estaban empezando a llevar la batuta, a conducirnos a una nueva altura de consciencia, tal y como habían predicho las profecías.

Finalmente, mientras nos dirigíamos lentamente de vuelta al autobús, el chamán y su hijo se me acercaron y ambos me dieron un gran abrazo. Me dieron las gracias a mí, aunque en realidad las estaban dirigiendo al grupo. En ese momento el cóndor voló una vez más sobre el círculo y en esta ocasión liberó una pluma de su cuerpo. La pluma empezó a flotar hacia la tierra.

Dio vueltas por el cielo durante varios minutos mientras los tres seguíamos su recorrido, preguntándonos dónde caería. Y el lugar donde lo hizo fue otra demostración más de la consciencia de la Tierra. La pluma tocó el suelo justo delante del chamán.

Este la recogió cuidadosamente, me miró, se volvió hacia su hijo y se la entregó con estas palabras:

—Hijo, esto es tuyo. Tú eres el futuro y el cóndor te guiará durante toda tu vida. Cuando veas esta pluma, acuérdate de mí, pero recuerda también a todos tus antepasados, que te dieron la vida. Ellos están dentro de ti.

Descendí por el promontorio con ellos a mi lado, sintiendo una enorme gratitud por estar en presencia de la historia mágica viva de este tercer planeta a partir del Sol. Que el Gran Espíritu bendiga al imperio inca para que éste pueda, algún día, vivir de nuevo su gran gloria pasada.

CAPÍTULO VEINTIUNO

LOS WAITAHAS Y LOS MAORÍES DE AOTEAROA (NUEVA ZELANDA)

Hace mucho tiempo, una amiga nativa americana, Mary Thunder, me llamó pidiéndome permiso para traer a mi casa a un maorí llamado Mac Ruka que quería hablar conmigo. Ella me contó que Mac Ruka estaba considerado la cabeza espiritual de los maoríes y había viajado desde Nueva Zelanda para invitarme a su tierra, a la que él llamaba Aotearoa.

En mi último libro, *Viviendo en el corazón*, conté esta historia, pero no le dediqué toda la atención que merecía. En aquel momento no fui consciente de quién era aquel hombre ni de la importancia de su linaje para la ascensión de la raza humana. Mac me invitó a visitar Nueva Zelanda y me dijo que, cuando lo hiciera, mucho más me sería revelado. Sin embargo, y por las cosas de la vida, el viaje resultó imposible hasta 2007. Por desgracia, Mac falleció a finales de los noventa y no pude volver a verle.

Mac tomó parte en la redacción del libro *The Song of the Waitaha*, así como en otros acerca de este pueblo. Yo creo que también estuvo detrás del texto de la película *The Whale Rider*, que ganó tantos premios internacionales.

Conocí a Mac en 1994 y trece años después decidí que debía ir a Nueva Zelanda para cumplir mi compromiso de visitar algún día a su tribu. Diane y yo planeamos ir allí con otro «círculo mundial», compuesto en esta ocasión por cincuenta y cinco personas procedentes de diecinueve países.

Fue interesante la manera en la que entró en mi consciencia realizar aquel viaje. Me habían dado un ejemplar de *The Song of the Waitaha*, del neozelandés Barry Brailsford. Mientras lo leía, me di cuenta de que los waitahas hablaban exactamente de la forma de «Soñar con el Corazón» que yo estaba experimentando en mi vida y acerca de la cual había escrito en *Viviendo en el corazón*. Es una forma de soñar que cambia realmente el mundo exterior sobre el que caminamos.

Mientras investigaba para el libro descubrí que no había casi nada escrito acerca de los Sueños desde el Corazón o del Espacio Sagrado del Corazón, a excepción de los Upanishads de la India antigua y de un pequeño libro conectado con la Torah judía titulado *The Secret Cavern of the Heart*. Aparte de estos dos libros, todas las enseñanzas que conscientemente poseo de este tema han estado siempre contenidas en la tradición oral. Ambos libros eran antiguos, pero aquí había otro, procedente de Nueva Zelanda, que describía con gran detalle esta experiencia a partir de una antigua tribu nativa denominada los waitahas, los «portadores del agua».

Según sus propias palabras, los waitahas son un pueblo nativo considerado maorí, aunque en su opinión son mucho más antiguos que éstos, pues se remontan a la época de Mu, o Lemuria, hace más de sesenta mil años. Yo creo que, en realidad, hace sesenta mil años tuvo lugar el fin de Lemuria, y el comienzo del linaje waitaha puede remontarse a hace ciento treinta mil años. Ellos se dan cuenta de que no pueden probar científicamente esta afirmación, pero en sus propios relatos orales y en sus canciones este conocimiento está vivo.

Yo me sentía intrigado. Y como los ángeles son los que guían mi vida, hace unos pocos años, justo después de leer *The Song of the Waitaha*, viajé a Suiza para visitar a un hombre llamado Shin Shiva, un gurú que enseñaba kundalini. Durante una comida en su casa, mencioné a los waitahas, pues el contenido del libro estaba muy presente en mi mente.

Shin me miró con sorpresa y pidió a uno de sus discípulos que trajera a Ojasvin a la habitación. Unos minutos después, un apuesto hombre de piel oscura y pelo negro entró silenciosamente en el cuarto. Su presencia resultaba sumamente elegante.

—Has mencionado a los waitahas y aquí, de pie ante ti, te presento a Ojasvin —dijo Shin—. Es waitaha.

Ojasvin me dio un abrazo cálido y lento, y empezó a charlar. A los pocos minutos estaba llorando, mientras me decía:

—No he conocido a nadie fuera de mi tribu que comprenda los Sueños del Corazón. Es maravilloso haberte encontrado.

Charlamos durante un rato y luego me fui a Francia, donde debía dirigir un taller. Pero no olvidé a aquel hombre. Recuerdo que esto tuvo lugar en 2003.

Cuando el viaje a Aorearoa comenzó a tomar forma, los ángeles me dijeron que iba a aprender mucho en él y que lo que aprendiera debía formar parte del libro que estoy escribiendo. De hecho, dejarlo fuera habría sido no desvelar jamás la verdad completa sobre la Serpiente de Luz, pues los waitahas guardan la pieza secreta para el proceso de ascensión del mundo. Lo guardan en su ADN.

Invité a Ojasvin (su nombre waitaha es Kingi) a venir con nosotros, pues los ángeles me habían dicho que él sería «fundamental para unir el mundo del corazón con el mundo de la mente». Kingi aceptó su nombre waitaha para este viaje y, efectivamente, constituyó una luz de valor incalculable para todo el grupo.

La reina de los maoríes

Aunque habíamos sido invitados por Mac Ruka a ir a Nueva Zelanda, también recibimos otra invitación que eliminó cualquier duda que pudiéramos albergar sobre el hecho de que teníamos que ir y participar en una ceremonia tradicional. La reina de los maoríes, Teahairangi Ka-ahu, que significa «La luz del amanecer que abre el camino a los cielos», nos invitó personalmente a sus bellas islas, que todos los maoríes conocen como Aotearoa.

Sólo dos semanas más tarde, la reina falleció. Su hijo ocupó su lugar y concedió permiso a nuestro grupo para que continuáramos.

El entierro de la reina Teahairangi Ka-ahu se convirtió en un acontecimiento nacional y fue televisado a toda Nueva Zelanda. Su muerte santa unió a toda la nación. Por su estatus, el entierro tradicional implicaba llevarla en un barco, denominado *waka*, fabricado y tallado a mano y capaz de atravesar el océano Pacífico a una velocidad de treinta y cinco nudos, aguas abajo hasta su lugar de descanso, en la falda de una montaña sagrada a orillas del río.

Me gustaría bendecirla en este libro con el amor en nuestros corazones y desearle un paso seguro hacia los mundos superiores.

Comienza el viaje

Nos reunimos todos en Auckland, donde llegamos conducidos por los pájaros de plata de los cuatro vientos. ¡Qué bellos rostros, abiertos y listos para todo lo que pudiera llegar! ¡Y cuánto valor! Nos miramos a los ojos y supimos que algo increíble iba a suceder, pero no creo que ninguno de nosotros supiera lo profunda que iba a ser aquella experiencia.

Además de los participantes del viaje, había muchos autores, investigadores espirituales, arqueólogos y agencias de viajes trabajando entre bastidores para llevar a aquel grupo procedente de todo el mundo hasta el remoto mundo de los pueblos nativos. La mayor parte de los participantes no tenía ni idea de los planes que fueron necesarios para organizarlo todo, y lo cierto es que yo tampoco. Lo que sí sabía era que sin la ayuda de la comunidad neozelandesa, nuestro viaje habría sido sólo una excursión turística corriente.

Nos fueron asignados dos maoríes como guías y para que se quedaran con nosotros mientras nos desplazábamos por todo el país. Poco sabíamos quiénes eran realmente. Una era una anciana maorí llamada Makuini Ruth Tai. Nos pidió que la llamáramos Ruth, y muy pronto había logrado penetrar en nuestros corazones. El otro guía era un maorí llamado Herini. Personificaba los principios masculinos maoríes que han florecido en las islas durante miles de años, y el modo en el que nos condujo hacia el mundo maorí fue impecable y necesario.

Cuando terminó el viaje, estos dos maoríes nos habían mostrado el corazón del sendero de su pueblo y nos habían ayudado a entender y a vivir un estilo antiguo, que constituye un antiguo recuerdo perdido para la mayor parte de la población mundial.

Gracias a los dos por estar vivos.



Talla que muestra diseños de tatuajes tradicionales.

Los waitahas

En nuestra segunda noche llegamos al corazón de un valle verde y montañoso. Era cálido y acogedor; niños, perros y muchachos corrieron a nuestro autobús para ver quién había llegado procedente de todas las partes del mundo a aquel punto diminuto y aislado, en el interior de una pequeña isla, que separa la Antártida del resto del océano Pacífico.

Nosotros sentíamos tanta curiosidad como ellos por lo que iba a suceder. Más tarde nos dijeron que nunca habían visto tanta gente, especialmente de tantos países diferentes. Y nosotros nunca habíamos visto a nadie que se pareciera a ellos. Desde tiempos remotos, los waitahas se han tatuado los rostros y los cuerpos, creando imágenes tanto de belleza como de miedo. Encontrarlos por la calle haría que la mayor parte de la gente intentara protegerse contra ellos, pero si los conoces en el corazón poseen una belleza que rivaliza incluso con la de las flores del loto.

Descargamos nuestro pretencioso e inacabable equipaje junto al autobús y alejamos el vehículo del terreno sagrado. A los pocos minutos comenzó la ceremonia.

Ruth pidió a la mujer más anciana que se colocara al frente con ella, con las mujeres más jóvenes detrás y los hombres por detrás de éstas formando la última fila. Esperamos en silencio.

Seis ancianas, vestidas con chales azules que parecían hechos de agua, formaron una línea recta sobre los escalones de la casa larga, el lugar tradicional donde los waitahas y los maoríes duermen y sueñan juntos. Cuando se reúnen dos o más tribus, suelen tratarse con un estricto protocolo basado en miles de años de tradición. Toda la ceremonia debía seguir aquellas reglas hasta que las diferentes tribus se fundieran y se convirtieran en una sola. A partir de ese momento, todos seríamos waitahas.

Las ancianas comenzaron a cantar un canto waitaha de bienvenida; sus voces tenían un volumen que alcanzaba hasta las colinas situadas a nuestras espaldas. Entonces la anciana maorí Ruth y las mujeres de nuestro grupo devolvieron el canto en maorí dando la respuesta necesaria para cumplir la tradición. Habíamos sido instruidos por Ruth mientras viajábamos en el autobús camino de aquel valle. Los cánticos fueron pasando de unas ancianas a otras mientras ellas se iban acercando cada vez más entre sí.

Cuando aquella parte de la tradición terminó, fuimos como el agua hacia la casa larga para la siguiente etapa de la ceremonia. Los waitahas nos colocaron cuidadosamente en lugares previamente establecidos en su interior. Entonces fueron los hombres waitahas los primeros que nos hablaron, la mayor parte del tiempo en lengua waitaha, aunque también algo en inglés, expresándose desde sus corazones. Cuando cada uno de ellos terminaba de hablar, cantaba una canción o tocaba uno de sus instrumentos. Esa era su costumbre. Cuando alguien hablaba desde la mente, repetían lo que había sido dicho poniendo sus intenciones en una música procedente de su corazón. Fue precioso.

Como yo era considerado el jefe de mi «tribu de diecinueve países», se me pidió que hablara a los ancianos y al grupo. Pero antes de hacerlo, pedí permiso para que Kingi estuviera a mi lado. Yo les hablaría, pero quería que él les cantara en waitaha para poder llegar más hondo a sus corazones.

Recuerdo que les dije que ellos eran el pueblo original del planeta Tierra, procedente de Lemuria, y que lo que estaba contenido en sus recuerdos, sus conocimientos y su antiguo ADN eran los secretos para sanar la Tierra y permitir a la humanidad continuar hacia niveles más elevados de consciencia. También sabía que Soñar desde el Corazón constituía el auténtico secreto para la ascensión del hombre, y que no hay nadie vivo que entienda esto mejor que los waitahas, ni siquiera los mamos kogi de Colombia.

Por desconocimiento, el hombre moderno camina «dentro» de su mente, creyendo que las estrellas y los planetas están «fuera» de él. Pero eso no es más que una ilusión. Lo cierto, según los waitahas y los kogis, es que no existe el mundo exterior. Es sólo un holograma creado por la mente. Después de todo, cualquier científico sabe que nuestra única prueba de la existencia de las estrellas y los planetas está basada en los impulsos eléctricos de nuestro cerebro y nuestro cuerpo, nuestros cinco sentidos. Pero sentir algo no prueba que eso exista; en realidad, no prueba nada.

Los waitahas creen (al igual que otras muchas razas indígenas, incluidos los antiguos hindúes, que llaman *maya* a la realidad, lo que significa «ilusión» o «no verdadero») que la realidad exterior no es real. Para ellos la realidad existe sólo en el corazón, y concretamente en un espacio sagrado del interior de este órgano, y no en la mente. Yo comprendo que esto resulte muy difícil de creer, y mucho menos de comprender, pero si los waitahas tienen razón, pronto sabremos la verdad.

Yo estaba empezando a darme cuenta de que la Serpiente de Luz, que estaba luciendo sus poderosos rayos desde Chile por toda Sudamérica, también los estaba enviando desde las alturas de los Andes por el océano Pacífico hasta aquel pueblo primigenio. Lo comprendí cuando hablé con ellos, les miré a los ojos y, al hacerlo, me quedé sin aliento. Aquello cambió por completo mi comprensión de lo que estaba sucediendo en el mundo con esta poderosa energía kundalini de la Tierra.

La Madre Tierra es extremadamente inteligente. Había colocado su energía para el despertar espiritual en la localidad exacta para que pudiera ejercer el máximo efecto sobre todas sus gentes.

Cuando terminé de hablar, Kingi cantó a los waitahas en su propio idioma con la intención que yo había expresado. Kingi es un maestro de traductores y un magnífico cantante.

Esta forma de ser y percibir comenzó a cambiar poco a poco nuestras estructuras mentales occidentales y a suavizar nuestros corazones para que pudiéramos experimentar otra cultura de una forma directa e íntima. Comenzamos a fundirnos y a convertirnos en niños pequeños.



Drunvalo y Kingi haciendo hongí.

Tras el intercambio de palabras pasamos a la siguiente parte de la ceremonia, en la que cada una de las personas de nuestro grupo (o tribu, como nos veían los waitahas) saludó a cada una de las personas de su tribu, hombres, mujeres y niños, con el saludo maorí consistente en tocarse la frente y la nariz y respirar juntos. Este gesto se denomina *hongí*.

Cuando cada una de las personas de cada tribu ha saludado a las demás, es tradicional hacer una comida todos juntos como si formaran una gran familia. Así que pasamos a la zona de cocina donde los waitahas nos habían preparado un ágape estupendo. Nos mezclamos todos para conocernos, rezar, comer y, al estilo waitaha, cantar, tocar instrumentos y bailar durante todo el banquete. Fue más una fiesta que una ceremonia.

Como estaba oscureciendo, preparamos las camas, unas ochenta, en líneas rectas contra las paredes, y nos dispusimos a dormir. Según la tradición waitaha, cuando dos tribus se encuentran deben dormir juntas. También *sueñan* juntas, que es la clave de la ceremonia. Para los waitahas, los sueños son algo más que una visión que uno tiene por la noche. Son la realidad futura, si se sueña en ceremonia.

Cuando dos tribus han llevado a cabo su ceremonia, han intercambiado palabras, han respirado juntas y han dormido y soñado a la vez, son una familia. La familia waitaha ruka nos aceptó como una parte íntima de ella, y a partir de aquel momento todos fuimos waitahas. Fue precioso, y constituyó un gran honor.

Debo admitir que yo estaba convencido de que algo iba a suceder en el estado de sueño colectivo. Me sentía muy excitado a la hora de dormir pensando que algo increíble iba a tener lugar. Pero no fue así como sucedió, al menos no para mí. Fue como si apoyara la cabeza sobre la almohada para despertar al cabo de pocos minutos.

No fue hasta muy avanzado el día, cuando estaba hablando con el hermano mayor de Mac, Barney, que me di cuenta de que se estaba manifestando el sueño colectivo. Espera un poco y lo entenderás.

Cuando el sol matutino nos sacó de los sueños internos para llevarnos a los sueños que llamamos realidad, los cuerpos comenzaron a salir lentamente de las mantas y los sacos de dormir. Los niños corrían por toda la casa, los hombres y mujeres comenzaban su baile de vida, y los abuelos y las abuelas establecían la energía del día. Iba a ser un día de compartir conocimientos y experiencia.

Barney Ruka me pidió que fuera con él, los dos solos, a un campo abierto. Quería hablar conmigo en privado. Durante casi una hora estuvo entregándome unos conocimientos secretos de los waitahas referentes a que cuando (y si, por supuesto) su profecía se manifieste, cambiará el mundo para siempre.

Mac me había proporcionado parte de aquella información cuando nos conocimos años atrás. Ahora su hermano me la ampliaba enormemente, y yo me di cuenta de que lo que se iba a desvelar en aquel viaje tenía gran relevancia para la Serpiente de Luz y la energía kundalini que irradia por todo el mundo. Aunque el Abuelo Barney no sabía lo que estaba escrito en estas páginas, sus palabras revelaron un gran conocimiento de las historias originales y la precesión de los equinoccios. Completó las partes que faltaban con precisión. Y en ese momento me pidió que hiciera un voto de silencio de la profecía waitaha hasta que llegara el momento adecuado.

Y de repente todo comenzó a estar en su sitio. Pude verlo en su conjunto. Sin embargo, todavía no me han dado permiso para contarlo todo. Lo que sí te diré es que, según el Abuelo Barney, la profecía waitaha predice un momento decisivo en la historia el 15 de agosto de 2009. Este acontecimiento podrá ser conocido públicamente, o no, pero constituirá el principio de un nuevo sueño humano, un sueño casi idéntico a la creencia maya de que los cielos se abrirán y nuestros hermanos y hermanas del universo se nos mostrarán.

Mientras Barney hablaba, yo sentía el estado onírico que sus palabras estaban creando. Eran conceptos e ideas en los que ningún hombre moderno ha creído, que ni siquiera ha considerado, a lo largo de miles y miles de años. Si tienen razón, el mundo va a recibir una gran sorpresa, una sorpresa gloriosa, un despertar a un nuevo mundo de luz y comodidad.

Como recién nacidos hermanos y hermanas waitahas, abandonamos aquel bello mundo verde y montañoso y comenzamos a viajar a muchos mundos de árboles gigantescos, rocas enormes, playas impresionantes y lugares en los que uno podría pasar fácilmente el resto de su vida. Estas páginas no son el lugar adecuado para relatar todas las maravillosas experiencias que vivimos entre nosotros y con la tierra. Sin embargo, esas experiencias fueron abriendo lentamente nuestros corazones, y esta apertura fue muy importante para que pudiéramos continuar con nuestro viaje espiritual, pues los waitahas/maoríes no nos habrían dejado entrar más profundamente en su mundo si no hubiéramos sido capaces de abrir nuestros corazones. Aquello era imprescindible para el cumplimiento de su profecía.

Aparecieron en secreto. Simulando sentir la energía de un enorme árbol sagrado de más de dos mil años de antigüedad, un pequeño grupo de maoríes se bajó de un viejo coche cerca de nuestro autobús. Antes incluso de bajarme de él pude ver por la ventanilla a un hombre al que conocía bien, aunque nunca lo había encontrado en el mundo físico. Se llama Walisi. Tiene la piel oscura y un pelo muy largo, blanco dorado, peinado en una trenza. Era uno de los que se encontraban al fondo de la ceremonia de Kauai. ¿Recuerdas la ceremonia tetradimensional de la transferencia de poder del hombre a la mujer? (Véase capítulo diez.)

Me acerqué a él y Walisi me rodeó con los brazos en un largo y sentido abrazo. Él me conocía, yo le conocía a él, y ambos sabíamos exactamente de dónde. Él deseaba que yo comprendiera cómo la cultura del océano Pacífico, una de las más antiguas culturas vivas, era parte íntima de la Serpiente de Luz y del Nuevo Sueño. Sus palabras me llegaron muy dentro, pues yo ya estaba dándome cuenta del significado de la forma en que la nueva kundalini de la Tierra estaba llegando a Aotearoa.

Walisi comenzó a entrar y salir de nuestro viaje hasta que me hubo traspasado toda la información acerca de los próximos cambios para la humanidad. Fue un gran honor por su parte compartir aquel conocimiento secreto conmigo. Sé que voy a volver a verle.

También me presentó a una mujer. Se llamaba Loma Allen y era una anciana de una tribu maorí que iba a tener un papel principal en la revelación de más conocimientos secretos de los maoríes al grupo. Pero nosotros no sabíamos quién era ella mientras estábamos sentados despreocupadamente a su lado, bebiendo té y charlando.

Continuamos viajando por aquellas antiguas tierras de un lugar asombroso a otro, mientras diferentes maestros nativos que se materializaban constantemente a lo largo del camino nos iban revelando enseñanzas maoríes/waitahas.

La ceremonia de la liberación de la fragancia de las flores

El 20 de febrero de 2007 se nos pidió que tomáramos parte en una ceremonia denominada «ceremonia de la liberación de la fragancia de las flores», que según los maoríes sólo tiene lugar una vez cada trece mil años. Teníamos que caminar descalzos unos tres kilómetros a lo largo de una tranquila carretera rural de tierra que conduce a uno de los lugares más sagrados de Aotearoa: la Casa de la Cruz de Miringa Te Kakara.

Cuando llegamos a aquella tierra sagrada, el guarda nos retuvo hasta que quedaron cumplimentados todos los trámites para que pudiéramos ser recibidos. A continuación, caminando a paso lento, nos acercamos al lugar situado en un prado cubierto de hierba, donde nos esperaba un grupo de ancianos y ancianas. En ese momento lo desconocíamos, pero estábamos a escasos quince metros del centro de aquel antiguo lugar sagrado.

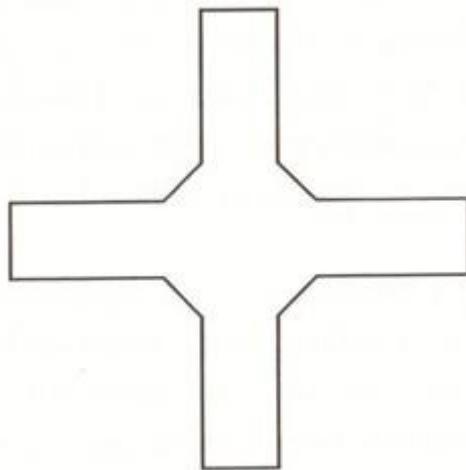


FIGURA 8: Cruz.

Al igual que sucedió con los waitahas, la mujer más anciana nos condujo a aquel punto, con las mujeres más jóvenes detrás y los hombres detrás de ellas. Pero cuando nos acercamos a pocos metros de los ancianos maoríes, se pidió a los hombres que hicieran un círculo delante para colocarse frente a los ancianos, pues eran los que primero iban a hablar con éstos.

La ceremonia prosiguió de forma parecida; los hombres hablaron primero unos a otros y, a continuación, las mujeres lo hicieron como quisieron. Una vez más todos nos colocamos en línea y cada uno de los integrantes de nuestro grupo hizo el hongí con cada uno de los miembros de la tribu maorí. Pero en esa ocasión, una vez que hubimos respirado con cada maorí, nos pidieron que fuéramos directamente hasta una zona situada junto a los ancianos, donde había una cruz excavada en el suelo, a una profundidad de unos treinta centímetros.

Mientras esperábamos a que el grupo concluyera el hongí, nos contaron parte de la historia del lugar donde estábamos sentados. Aunque los maoríes creen que este lugar es extremadamente importante para el conocimiento maorí/waitaha del universo, exteriormente no da la sensación de ser nada especial, sólo un dibujo grabado en el suelo y rodeado por verdes colinas onduladas.

Según nos dijeron, había un viejo edificio de madera que guardaba la cruz, y ese edificio encerraba un conocimiento secreto, pero le prendieron fuego deliberadamente en el año 1985. También nos contaron que con anterioridad había sido quemado otras cuatro veces, y todas ellas había sido reconstruido, y también lo sería en el futuro. Sin embargo, nunca nos explicaron por qué era quemado el edificio una y otra vez para ser reconstruido de nuevo.

Para entonces el grupo estaba ya reunido. Los hombres se sentaron en el suelo en los bordes de la cruz y las mujeres se quedaron de pie, en grupo, en la parte exterior, esperando a que las ancianas dieran la señal de acudir a la zona de la cruz y sentarse con los hombres. Cuando las mujeres comenzaron a aproximarse a la cruz, los hombres, conducidos por Kingi, se pusieron de pie y comenzaron a bailar una danza simbólica del poder fálico masculino para recibir a las mujeres con gran energía. Tuvo que resultar sorprendente ver la fuerza de aquellos hombres

mientras creaban un envoltorio de energía, basado en la tradición waitaha, para que entraran en él las mujeres.

Las mujeres entonaron cánticos secretos a los hombres en lengua maorí mientras ellos llevaban sus brazos desde encima de la cabeza hasta las rodillas y cantaban a las mujeres en maorí desde sus corazones. Fue precioso tanto formar parte de aquella ceremonia como presenciarla. Y aquello no era más que el principio.

Al final acabamos de pie formando un gran círculo con la cruz en el centro. A mí me pidieron que diera la mano al jefe maorí situado a mi derecha para completar el círculo. Comenzando por mí fuimos hablando todos, uno a uno y desde nuestros corazones, a los participantes en la ceremonia, expresando una visión o un sueño del futuro para toda la humanidad. En el sentido de las agujas del reloj, el último en hablar fue el jefe al que yo estaba dando la mano.

Los sueños que expresamos iban a hacerse realidad en el futuro, pues estábamos soñando desde el «centro del mundo». Pero el significado de todo aquel acto sólo se nos fue desvelando poco a poco; prácticamente no nos dijeron nada acerca de aquel sagrado lugar hasta después de la ceremonia, y en realidad no lo supimos todo hasta el día siguiente. Si llego a saber dónde estábamos celebrándola, lo que transpiraba el lugar habría cambiado todo mi ser.

Me entregaron un tambor procedente de los Países Bajos. Su diseño parecía de los nativos americanos. Aquel tambor de paz estaba recorriendo el mundo hacia diferentes círculos parecidos al nuestro, círculos de personas con sueños internos de paz mundial.

Comencé a tocar el tambor, bailando lentamente alrededor del borde exterior del círculo en el sentido de las agujas del reloj, tal y como enseña mi tradición. Cuando completé el círculo, conduje al grupo formando una larga fila hasta la cocina, donde debía tener lugar la comida de la ceremonia.

Los maoríes habían construido una preciosa casa de madera para celebrar esta parte de la ceremonia. Sobre las mesas que rodeaban el edificio habían dispuesto un fantástico surtido de coloridos alimentos y plantas con intrincados diseños grabados en la superficie. Contemplé de cerca aquellos dibujos y me pregunté quién podría ser capaz de desear comerse aquellas obras de arte y destruir su belleza. Las flores con las que habían adornado toda la habitación tenían las hojas trenzadas formando increíbles diseños que, con seguridad, tenían algún significado a los ojos de los maoríes/waitahas, pero que para mí eran fundamentalmente bellos objetos que admirar.

Tras la comida, el jefe trajo un álbum de fotos y comenzó a contarnos la historia de aquel lugar sagrado. Nos explicó que hace mucho tiempo un grupo de extraterrestres procedentes de Sirio había planeado sobre el punto exacto en el que está situada la cruz y había introducido un enorme cristal en la Tierra, en el centro mismo de la cruz.

Aquel cristal era la razón de que los maoríes lo consideraran un lugar sagrado. El cristal daba al sitio el poder necesario para convertirlo en la Universidad Maorí. Nos dijo que cuando la casa de madera está colocada sobre la cruz y el cristal, la Universidad Maorí está completa, pero no nos llegó a explicar plenamente lo que aquello significaba.



Talla en madera situada sobre la puerta de un templo waitaha/maorí.
Observa los pies de sus antepasados.

Nos habló de un maorí que estudió en esta antigua casa de madera durante catorce años y que luego se puso un traje y se marchó a Inglaterra para convertirse en un gran profesor en una de sus universidades, a pesar de que nunca acudió a una escuela formal. No llegué a saber su nombre. De alguna forma, sólo por estudiar en aquel sencillo edificio de madera, el hombre había llegado a comprender el universo.

Por muy interesante que todo aquello resultara, yo no era capaz de entender de qué estaba hablando. Había tanto que se mantenía en secreto que yo sólo podía «sentir» por qué los maoríes consideraban que aquel lugar era sagrado. ¿Era sólo por el cristal extraterrestre o había alguna otra razón? Mi curiosidad espiritual estaba al rojo vivo.

Terminamos la ceremonia con largos abrazos y regalos especiales en ambas tribus y supimos que deberían pasar otros trece mil años antes de que aquella ceremonia pudiera ser celebrada de nuevo.

Una de las ancianas me entregó un trozo grande de un cartílago que se encuentra entre las vértebras de las ballenas. Tenía casi la forma de un corazón y había estado en el altar; la energía que procedía de él era extraordinaria.

—Es un regalo de nuestros antepasados —me dijo.

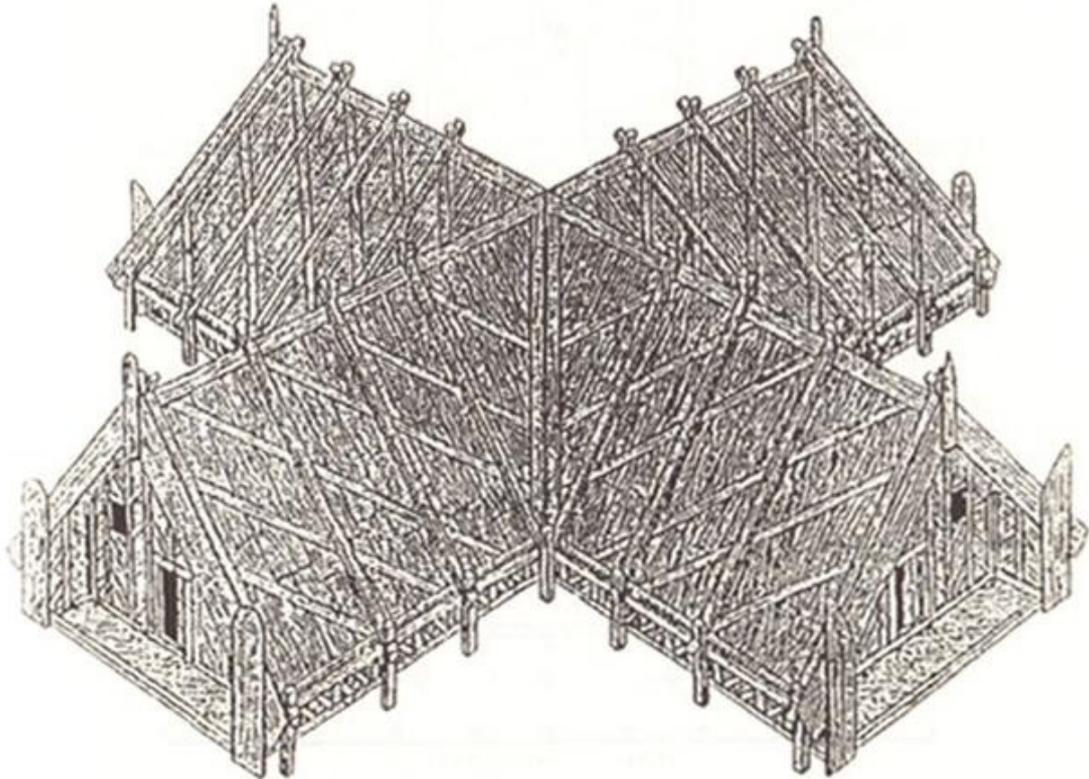
Tanto los maoríes como los waitahas creen que las ballenas y los delfines son sus antepasados, y que fueron los cetáceos los que realmente crearon a la humanidad. (Esto es también lo que creía la cultura humana más antigua del mundo, la sumeria.)

Al mirar los antiguos dibujos labrados en la madera de las aberturas de la mayoría de sus edificios sagrados podemos ver a sus antepasados humanos con manos y pies palmeados, lo que indica al menos que pasaban una gran parte del tiempo en el mar, quizá mirando directamente a los ojos de aquellos que consideraban sus ancestros.

Dos días más tarde, cuando estábamos a punto de realizar nuestro último círculo del viaje, una de las mujeres del pueblo me enseñó la geometría sagrada de la vieja casa de madera que había cubierto la cruz del prado. En cuestión de minutos me di cuenta de por qué aquella pequeña cabaña de madera podía ser una universidad y cómo un hombre podía sentarse en el edificio y comprender todo el mundo.

He aquí parte de lo que ella me enseñó. Toda esta información (y mucha más) está contenida en el libro *Ancient Celtic New Zealand*, de Martin Doutré. Si deseas profundizar más en el entendimiento antiguo de los waitahas/maoríes puedes adquirirlo en www.celticnz.co.nz.

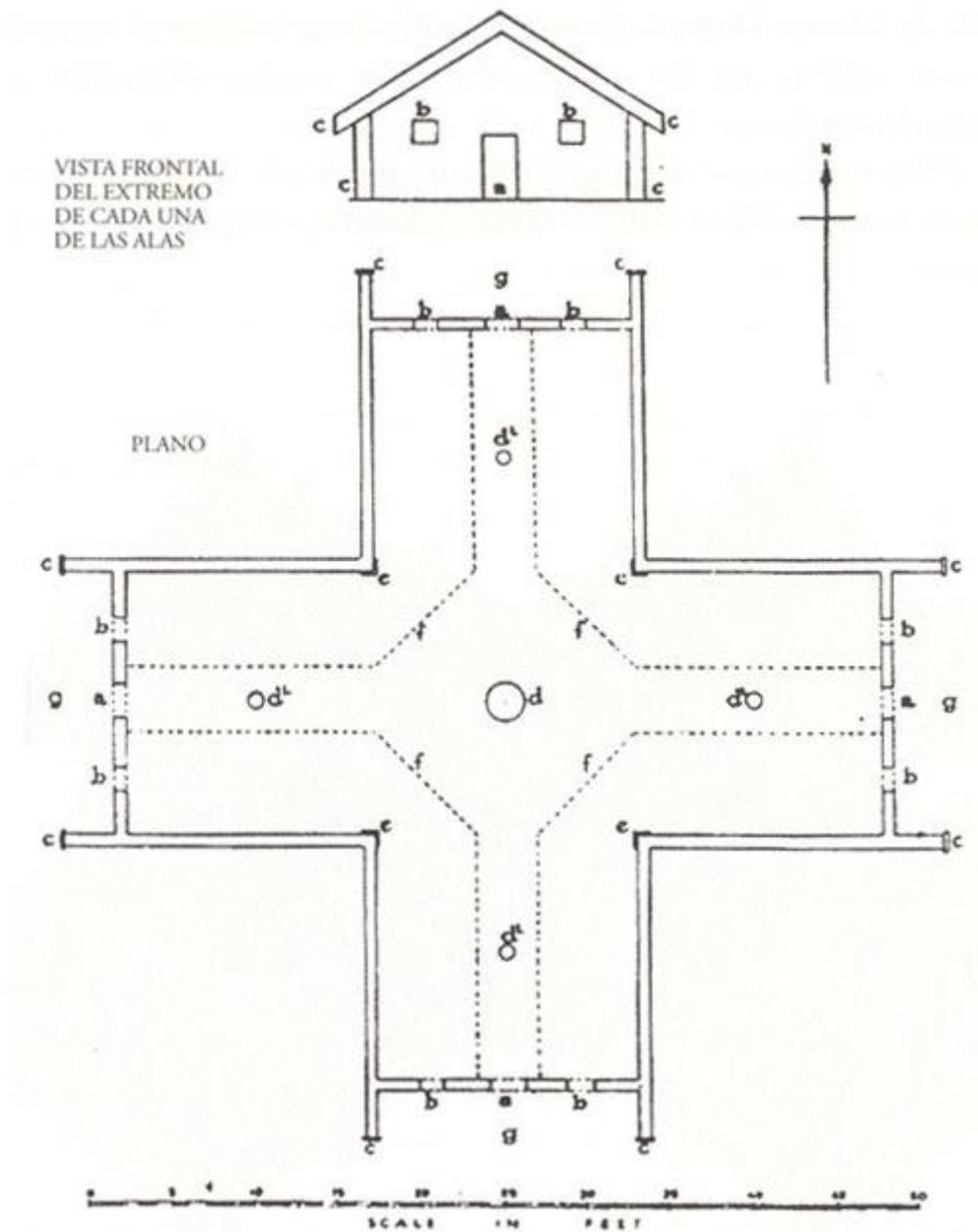
Aquí puedes ver un dibujo realizado por W. A. Taylor del aspecto que tenía el edificio cruciforme cuando estaba en perfectas condiciones.



Dibujo de W. A. Taylor del edificio cruciforme.

Éste es el plano que realizó C. G. Hunt del edificio de la casa de la cruz, con la cruz en su interior.

EDIFICIO CRUCIFORME, MARINGA TE KAKARA



Clave:

a: puertas correderas de madera de 120 x 60 cm.
b: ventanas correderas de madera de 45 cm²

c: paramentos de madera de 30 x 5cm.
d: pilar central de 180 cm de circunferencia.
d1: pequeños pilares de 45 cm de circunferencia

Plano del edificio de la cruz realizado por C. G. Hunt.

sagrados del complejo de la isla de Aotearoa podían situarse con precisión, por encima o por debajo del nivel del suelo.

Esta misma forma de los edificios se utilizó también en el antiguo Egipto y con el mismo propósito. Lo que me quedó claro cuando examiné la geometría sagrada de Maringa Te Kakara fue que los waitahas/maoríes poseen un entendimiento del universo igual al de todas las grandes culturas antiguas que han existido sobre la faz de la Tierra. Y con la misma precisión que los antiguos egipcios, son capaces de predecir el futuro con asombrosa exactitud.

Los waitahas han permanecido escondidos en su conocimiento íntimo del proceso de la creación hasta la actualidad. Este conocimiento está sólo parcialmente contenido en un edificio. El secreto crucial se encuentra en el interior de su ADN. Los waitahas son el primer pueblo que salió de Gondwana para vivir en libertad en Mu o Lemuria, y su ADN contiene el secreto original de Dios de cómo usar los sueños para crear o alterar la realidad en este universo de estrellas y planetas.

Sin este conocimiento secreto de Soñar desde el Corazón, la humanidad no habría sido jamás capaz de trascender este mundo y ascender a niveles superiores de consciencia. Pero gracias a Dios, los waitahas están vivos y respiran esta manera de ser, y como lo hacen, toda la humanidad será capaz de pasar al siguiente nivel de vida. La Serpiente de Luz y su poder de transformación irradian hacia el océano Pacífico, despertando a los waitahas y, con ellos, a los maoríes. Es esta energía kundalini de la Tierra, procedente de Chile, la que está acelerando su despertar. Con su comprensión especial de la Vida, serán un catalizador para que el mundo pueda pasar la consciencia humana al próximo nivel de existencia. Los waitahas saben que éste es el momento, y es ahora cuando están llamando al mundo para que acuda a su puerta.

Los peruanos y los chilenos serán los maestros de los nuevos modos femeninos, pero los waitahas y los maoríes serán los ejemplos de la vibración pura contenida en cada una de las células de sus cuerpos. Uno aprende de los waitahas simplemente permaneciendo en su vibración y soñando con ellos.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

AMOR INCONDICIONAL IMÁGENES DEL INTERIOR DEL CORAZÓN

La Serpiente de Luz está ya en el lugar geográfico que va a ocupar durante los próximos trece mil años y funciona perfectamente. La Red de Unidad sobre la Tierra, que contiene y focaliza la consciencia humana y le permite pasar a la consciencia superior, estará por fin completamente ajustada para mediados de 2008. Todavía queda algo por hacer, pero no mucho. En mi final debe haber un viaje a la isla de Pascua, para sanar un aspecto determinado de los maoríes, y una última ceremonia en la isla de Moorea, para completar la Red de Unidad y conectarla de un modo que el mundo aún no ha visto.

El año 2009 traerá la primera conexión real con la vida de otros mundos, lo que no podría haber ocurrido antes de que la Red de Unidad estuviera funcionando de un modo concreto. Esto es una profecía procedente de varios pueblos indígenas, entre los que se encuentran los mayas y los waitahas.

El 21 de diciembre de 2012 se completará la precesión de los equinoccios y dará inicio el comienzo de un nuevo ciclo de otros trece mil años. Para entonces, el viejo ciclo y las viejas formas masculinas de controlar la vida humana estarán ya desmontados.

En ese momento la mujer tendrá el control para dirigir a la humanidad de vuelta a la Luz. Y el 18 o el 19 de febrero de 2013 los mayas llevarán a cabo la primera ceremonia del nuevo ciclo, lo que disparará la apertura de todo tipo de vida en todas partes para comenzar el intercambio con la humanidad de una forma «personal», y la humanidad dará comienzo a una rápida sanación de las personas que queden sobre la Tierra. Para ese momento, el 19 de febrero de 2013, lo más probable es que la población humana de la Tierra se haya reducido de forma drástica, pero los que queden sobre el planeta comenzarán de verdad a mostrar que el amor y el cariño constituirán la nueva forma de vivir del mundo.

Lo que estoy diciendo es que los próximos años serán los más importantes en la historia de la humanidad. Sobreviviremos a estos enormes cambios en el entendimiento humano con la ayuda de la Madre Tierra y su Serpiente de Luz, tal y como hemos hecho muchas otras veces anteriormente, pero nunca antes se ha abierto a nosotros el universo como lo hará en los años venideros.

El secreto es el Amor Incondicional, que se presentará a sí mismo a través de los seres humanos que cambiarán la vida sobre la Tierra para siempre. La mayoría de esos seres humanos serán niños o adultos jóvenes que han encontrado el camino hacia sus corazones. Por último, y probablemente de forma muy agitada, los hombres llevarán a cabo la transformación que completará de verdad el ciclo. Casi siempre sucede así.

Serán las imágenes o los sueños procedentes de los corazones de esos niños los que tendrán el poder de llevar a cabo esos cambios. Los niños y las mujeres serán los primeros en entrar al acto de la creación y cambiar el mundo desde él.

Déjame que te lo explique más a fondo utilizando la ceremonia como ejemplo.

La ceremonia es el resultado del entendimiento antiguo y la sabiduría de que el mundo exterior de las estrellas, los planetas y todo lo que existe sobre ellos fue creado por el mundo humano interior de imágenes del corazón y la interacción con el Gran Espíritu. Casi todos los pueblos indígenas saben que eso es así en la vida.

Muchos hombres modernos creen que Dios es inalcanzable. Creen que posiblemente se encuentre en algún lugar o de algún modo en la naturaleza, o quizá incluso más allá de la naturaleza, pero decididamente, para la mayor parte de la gente, Dios no está «íntimamente en nuestro interior». Y para la mayoría, Dios y el hombre son definitivamente una consciencia distinta. Y sin embargo, y de forma paradójica, ¡la fuente de este pensamiento también dice que estamos hechos «a imagen de Dios»!

En el interior del corazón humano existe un lugar especial donde se concibe toda la creación. Esta fue la enseñanza fundamental de Jesús, aunque los dirigentes griegos y romanos de la

Iglesia la descartaran por razones políticas, y este entendimiento se extiende aún más hacia atrás, al menos tres mil años antes de Cristo, hacia la antigua India y Egipto a través de los escritos de los Upanishads y las enseñanzas orales del tantra egipcio.

Cuando nosotros, los seres humanos, comencemos a darnos cuenta de quiénes somos realmente, los verdaderos Hijos e Hijas de Dios, la consciencia que creó todo lo que existe, sólo entonces la humanidad y Dios serán uno solo en la mente, el corazón y el cuerpo, y se levantará el velo de sopor.

Los habitantes originales de este planeta pueden ayudarnos enormemente, pues saben mucho y recuerdan su conexión eterna con la Madre Tierra y el Padre Cielo. ¿Cómo si no habrían podido vivir sobre la Tierra durante tanto tiempo y con tan poco desequilibrio?

La Serpiente de Luz se ha trasladado a una nueva localización geográfica, y este movimiento ha hecho que se esté emitiendo una nueva vibración sobre la Tierra. Esta vibración es totalmente diferente de la que ha venido siendo emitida durante los últimos trece mil años. El ciclo no es un círculo sino una espiral. Cada vez que completa un giro no vuelve al mismo lugar, sino a una nueva parte de la espiral, exactamente igual que la molécula del ADN. Y al igual que en esta molécula, los códigos se liberan en nuevos patrones. Esto produce unos nuevos modos, un nuevo mundo y una nueva interpretación de la Realidad Única para que la humanidad pueda contemplarla y, con el tiempo, vivirla.

¿Te preguntas qué es lo que puedes hacer tú? Es fácil; abandona tu mente y tus pensamientos constantes y vuelve a tu corazón. Dentro de él hay un lugar diminuto donde reside todo el conocimiento y toda la sabiduría. Cualquier cosa que puedas necesitar en todos los niveles de tu existencia la tienes ahí a tu disposición.

Y en los cambios humanos y terrenales que nos rodean, y en los increíbles cambios que están a punto de permear nuestras vidas diarias, si vives en tu corazón, la Madre Tierra te cuidará con su suave amor mágico, el mismo amor mágico que creó todo este planeta físico.

Recuerda quién eres realmente, confía en ti mismo y abre los ojos a la nueva belleza de una nueva Tierra que se abre ante ti cuando respiras. Escudriña más allá de la oscuridad y la destrucción del final de este viejo ciclo masculino. No mires a los ojos de Kali, pon tu atención en los capullos de la vida y la luz del centro del vórtice.

Como una semilla, tu futuro está sólo empezando a brotar de la oscuridad, pero algún día mirarás hacia atrás y te darás cuenta de que todo el miedo y la angustia no fueron más que un sueño creado a partir de la confusión producida por el final de un ciclo y el comienzo de otro. La muerte y la vida son parte del mismo círculo.

Ahora mira hacia la Luz y aspira profundamente la alegría de vivir. La Vida Eterna sin sufrimiento ha sido tuya todo el tiempo. Nunca estuviste apartado de la Fuente. Vive la vida sin temor. Vive tu vida con los ojos y el corazón abiertos desde la joya del interior de tu corazón, y te extenderás hacia los próximos trece mil años aquí, en la Tierra, y mucho más allá.

OM MANÍ PADME HUM

OM MANÍ PADME HUM

OM MANÍ PADME HUM

¡Mira! ¡La joya del loto!

ACERCA DEL AUTOR



Cualquier persona que conoce a Drunvalo Melchizedek percibe al instante el amor que éste siente por todos los tipos de vida presentes en todas partes. Durante más de tres décadas ha estado aportando al mundo su amplia visión a través del programa de la Flor de la Vida y la meditación Mer-Ka-Ba. Es el autor de otros tres libros ya publicados, *El antiguo secreto de la flor de la vida*, volúmenes I y II, y *Viviendo en el corazón*. Estos libros se han traducido a veintinueve idiomas y se han distribuido en más de cien países de todo el mundo. Drunvalo es el editor jefe de la revista internacional de internet *Spirit of Ma'at*, www.spiritofmaat.com, con más de un millón de lectores anuales.

Hijo de los sesenta, educado en el torbellino del campus universitario, en la revolución contracultural y en la búsqueda espiritual de su tiempo, Drunvalo es un viajero del mundo y un embajador espiritual para y de muchos de los pueblos indígenas de todo el mundo que poseen información que compartir para el bien del planeta. Ha impartido talleres, seminarios y conferencias sobre geometría sagrada, campos humanos de energía, espiritualidad, meditación y la forma de vivir en el corazón por todo el mundo. En este libro se recogen las historias de muchas de sus ceremonias de sanación y de sus viajes al servicio de la Madre Tierra.

Su meditación con los ángeles y su trabajo con el prana y la sanación mediante la energía han ayudado a decenas de miles de personas. Drunvalo ha afirmado que la sanación en estas áreas es de extrema importancia, pues las dificultades de nuestro propio cuerpo a menudo nos impiden continuar avanzando por nuestro sendero espiritual. Su investigación en la tercera dimensión con productos y métodos naturales para ayudar a sanar a la Madre Tierra y a todas las formas de vida también constituye uno de los principales intereses de su vida.

Vive en Arizona. Puedes visitarle en www.spiritofmaat.com o en www.drunvalo.net.